

Horacio Cabrera Sifontes

El abuelo





El abuelo


ELPERRO
yLARANA

1.ª edición editorial Centauro, 1988

1.ª edición impresa, Fundación Editorial El perro y la rana, 2024

© Horacio Cabrera Sifontes

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Edición y corrección

Luis Enríquez

Diagramación

Sonia Velásquez

Diseño de portada

Bairon Torres

Imagen de portada

Cortesía internet

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5557-8

Depósito legal: DC2024000729

Horacio Cabrera Sifontes

El abuelo

Vida y ambiente del general guayanés

Domingo A. Sifontes

A mis nietos, Ignacio y Gabriela Barrios Cabrero

Nota editorial

El pasado 9 de enero de 2024 fueron trasladados los restos mortales del general Domingo Antonio Sifontes al Panteón Nacional, al cumplirse los 112 años de su fallecimiento. La Fundación Editorial El perro y la rana, como homenaje a este gran patriota y fiel defensor de nuestro suelo patrio, presenta la edición de *El abuelo* biografía de este insigne militar defensor de los mas elevados valores patrios escrita por su nieto Horacio Cabrera Sifontes. La presente edición es tomada de la hecha por ediciones Centauro en el año 1988, con motivo del bicentenario de Tumeremo. Ha sido corregida y revisada, le fue incorporado luego de un trabajo de investigación un aparato crítico, algunas notas aclaratorias y bibliografía para facilitar y contextualizar su lectura. También fue incluida en los anexos una importante misiva que el general envió al director del diario *El Tiempo* Carlos Pumar el 19 de abril de 1895 y publicada en la edición del 22 de abril de 1895 para aclarar los sucesos del conocido “Incidente del Cuyuni”. Sirva esta edición de este invaluable documento histórico para la mejor comprensión de nuestra historia.

ÍNDICE

Prolegómeno por OMAR HURTADO RAYUGSEN	13
Capítulo I: El hombre, su medio y su origen	59
Capítulo II: El Territorio del Yuruary	95
Capítulo III: El general Celestino Peraza	115
Capítulo IV: El muerto de la Carata	127
Capítulo V: El Mocho Hernández	153
Capítulo VI: La Guerra Legalista, Batalla de Orocopiche	165
Capítulo VII: El incidente del Cuyuní	185
Capítulo VIII: La gran manifestación antiinglesa en Caracas	203
Capítulo IX: La oración fúnebre	209
Anexos	213
Carta de Domingo Sifontes enviada al director del diario <i>El Tiempo</i> , publicada en la edición Nro. 629 con fecha 22 de Abril de 1895.	243
Bibliografía	253

Prolegómeno

*Todo enfoque, más aún el científico, reproduce
una determinada concepción del universo.
Las divergencias fundamentales que suscitan obedecen
—consciente o inconscientemente— a los conflictos
o enfrentamientos que tales concepciones
puedan implicar.¹*

La Guayana venezolana, entendiendo por tal la extensa región que se extiende al sur del padre río y que representa cerca de la mitad del territorio nacional, ha acompañado a la hoy República Bolivariana, desde 1498, cuando el Almirante de la Mar Océana se tropezó con nuestra porción nororiental. Posteriormente, en 1595, la corona española crea la provincia de Guayana, definiendo el alinderamiento que a los efectos nos corresponde. Para la mejor comprensión de las líneas siguientes, hemos de puntualizar que los hitos anteriores se desarrollaron cuando no existían el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte², ni los Estados Unidos de América, ni —mucho menos— la República Cooperativa de Guyana. Pese

1 Ramón A. Tovar L. *El enfoque geohistórico*: 1986, p. 17.

2 Por respeto al autor y a los actores involucrados, mencionaremos la grafía de “inglés” y otras derivadas cuando ellos las utilicen, porque para el uso común son las normales; pero, con sujeción a la verdad geohistórica, el término correcto es “británico” y afines, porque a partir de 1707, cuando surge el Reino Unido, este país —incluyendo a Inglaterra— comienza a interesarse y a hacerse presente en el continente suramericano.

a ello, estos países han pretendido, sobre todo en los dos siglos más recientes, disputarnos un quinto del espacio referido.

La primera fecha marca un momento clave en la confrontación entre imperios, que signó la relación dominante para finales de la décima cuarta centuria y buena parte de las subsiguientes en la evolución cubierta por la cultura occidental. Para ese presente, la Inglaterra que pugnaba por imponerse a los otros reinos de las islas británicas se hacía presente en el lado occidental del Atlántico a través de filibusteros que, a la par que asolaban los endeblés establecimientos poblacionales y asaltaban los convoyes de navíos, sobre todo hispánicos, exploraban y dejaban constancia de la posibilidad de penetración hasta el corazón del cuasi desconocido continente, por los ejes fluviales que ilegalmente cursaban; así como de las potencialidades mineralógicas de tan vastos territorios.

Una vez centralizado el poder británico, emprendió acciones contra sus rivales del viejo continente y, prevalido de su poderío militar y naval, taimadamente se hizo presente más allá de las ínsulas que hasta entonces controlaba; y comenzó a usurpar territorios que el dilatado reino español no parecía estar en capacidad de defender. Este enfrentamiento, que duró siglos, fue trasladado a las circunscripciones que estructuró –verbigracia, virreinos, capitanías generales y gobernaciones– y, posteriormente, heredado por las nacientes repúblicas. En nuestro caso, por la República de Colombia, 1819; por los Estados Unidos de Venezuela, 1830; por la República de Venezuela, 1953; y por la República Bolivariana de Venezuela, 1999.

En torno a la pugnacidad que esquematizamos, el sur de Venezuela tiene dos de los elementos clave para convertirse en un espacio apetecido por “La pérvida Albión”: la capacidad que representaba el Orinoco de interconectar la red fluvial continental, lo que permitiría la penetración y poblamiento del interior de Suramérica, contrastando con el modelo costanero que hasta entonces había primado y aún permanece; y la potencialidad aurífera de la Guayana,

que –de acuerdo a estimaciones adelantadas por los corsarios– dejaría empequeñecidas las de otras áreas de explotación como las de California y/o África del sur; por lo que, esencialmente, desde mediados de la centuria decimonónica, dicha sección ha representado una superficie de disputa entre el añejo imperio colonial y la decidida nación que, pese a todas las dificultades, no ha cesado en su disposición de ser libre, autónoma y soberana, sin ceder en su integridad territorial.

Tal oposición de criterios ha pasado por disímiles momentos, pero en todos ellos ha quedado claramente establecida nuestra firme voluntad de mantener la enejabilidad del territorio nacional. Dentro de los numerosos compatriotas que han defendido la inviolabilidad de nuestra soberanía nacional, descuella la figura del general Domingo Antonio Sifontes, quien, no obstante todos los méritos que acumuló en vida, ha sido silenciado por la historia oficiosa y, solo en tiempos relativamente recientes, su memoria se ha rescatado por quienes creen en la necesidad de escribir la verdadera historia de la delimitación de nuestras fronteras.

Pese a su contribución al mantenimiento de la integridad de la fisiografía nacional, este venezolano ha sido poco estudiado por la historia que nos han contado. De los pocos que han escrito acerca de él podemos mencionar a Mario Briceño Iragorry, quien en 1948 lo denomina “Quijote de la nacionalidad”; Eduardo Oxford López, quien destaca la obra de este guayanés de corazón en su libro *La Guayana hispano-venezolana*, de 1954; Enrique Bernardo Núñez, quien trabaja ampliamente su actuación en el notorio ensayo *El incidente del Yuruari*, que, dentro de una trilogía dedicada al complejo problema de la Guayana Esequiba, nos entregó en 1962; Manuel Alfredo Rodríguez, quien lo menciona en su extraordinaria obra *El Capitolio de Caracas*, que vio la luz primera en 1974; Américo Fernández, quien en su blog “Vida y obra de Horacio Cabrera Sifontes” le dedica la nota “Domingo Sifontes: un general que asumió

el dolor del pueblo contra el invasor”, el 29 de marzo de 2014; y antes en su página “Cronología del estado Bolívar”, le había dedicado dos entregas: el 13 de abril de 2013, “Domingo Sifontes expulsa a los invasores del Cuyuni”; y el 2 de enero de 2014, “Incidente del Cuyuni”; y a Hildelisa Cabello Requena, quien hace una breve semblanza de él al tratar la división político territorial del estado Bolívar y justificar la eponimia del municipio Sifontes.

Sin duda, el autor que más escribió acerca del general Domingo Antonio Sifontes y su entorno fue Horacio Cabrera Sifontes, nieto de nuestro personaje e individuo de amplia figuración en los anales guayaneses. Horacio nos legó: *Caramacate*, publicado en 1937, que está constituido por una serie de relatos sobre la selva guayanesa; *La Guayana Esequiba*, exhaustivo estudio de nuestra área en reclamación, que fue motivado por la denuncia ante las Naciones Unidas del laudo arbitral de París y que fuera publicado en 1970; *La Rubiera*, editado en 1972, donde narra sus experiencias como administrador del que se ha considerado el fundo más extenso que ha tenido Venezuela, funciones en las que tuvo que enfrentar a los cuatrerros organizados y a la fieras depredadoras que diezmaban el ganado; *El conde Cattáneo*, libro que vio la luz en 1972 y donde narra la vida de un aristócrata llegado a ese país profundo, que hizo amistad con la familia Sifontes, especialmente con el general Domingo Antonio, bajo cuyas órdenes participó en la expulsión de los británicos empeñados en rodar la frontera hacia el oeste; *La verdad del lago Parima*, editado en 1979 y dedicado a demostrar la existencia de este cuerpo acuático señalado en las crónicas coloniales, que desapareció por características naturales como resultado de la configuración geológica del sector y que no constituyó ningún emporio de riquezas, pero estuvo ubicado donde indican las mediciones de Alejandro de Humboldt, que corresponden al hatu La Vergareña, que fue propiedad de Horacio; en 1980 publicó *Guayana y el Mocho Hernández*, donde da a conocer las características

de este personaje que destaca en la historia nacional de finales del siglo XIX e inicios de la vigésima centuria; en 1982 da a conocer *El profeta Enoch*, en el que narra sus vivencias con esta especie de vidente que conmovió a Guayana con sus predicciones; en 1984 nos entregó *La Guayana del oro y don Antonio Luccioni*, en el que cuenta la vida de este personaje muy vinculado a la fundación de El Callao y que administró una de las minas más fabulosas descubiertas en este distrito minero; en 1985 dio a las imprentas *El tigre de Madre Viejo*, donde cuenta sus andanzas como cazador de felinos tanto en sus posesiones como en el sur del lago de Maracaibo.

En 1988 nos entregó *El abuelo*³, que constituye un ensayo sobre la época, el ambiente y la figura del general Domingo Antonio Sifontes. Precisamente, el objetivo de estas líneas es presentar la que, a nuestro entender, constituye una de las pocas biografías que se han elaborado sobre el general Sifontes. Se trata del libro que fue publicado por Ediciones Centauro en 1988, a instancias de la Asamblea Legislativa del estado Bolívar, para conmemorar el bicentenario de la fundación de Tumeremo, capital del municipio homónimo, por los capuchinos catalanes. Hemos de aclarar que lo que ofrecemos es una especie de lectura libre que hicimos de la obra en cuestión, sin ningún ánimo de sugestionar a sus posibles lectores.

El libro en cuestión consta de doscientas cincuenta y tres páginas, divididas en nueve capítulos y un anexo dedicado a reproducir documentos y fotografías de la época, con los cuales el autor busca dibujar el presente vivido por nuestro personaje, en procura de dimensionar su actuación real, para diferenciarlo del estereotipo en que lo han encasillado aun aquellos que han tratado de resaltarlo.

Comenzaremos la narrativa que nos hemos propuesto resumiendo el Primer Capítulo, denominado “El hombre, su medio y su origen”, señalando que Domingo Antonio Sifontes nació en Cantaura, estado

3 Horacio Cabrera Sifontes. *El abuelo*: 1988.

Anzoátegui, en 1934⁴; su padre fue Manuel Antonio Sifontes, descendiente de canarios que llegaron al nombrado estado en los convulsos tiempos que precedieron la guerra nacional de Independencia, se estima que en el año 1807⁵; y su madre, Manuela Simona Delgado⁶. Narra el autor que a los primeros Sifontes les correspondió vivir las duras contingencias de la guerra. Los ubica como sobrevivientes de la Batalla de Aragua de Barcelona y los emparenta con el general Pedro María Freites, héroe de la Casa Fuerte. Él mismo se pregunta “No sabemos hasta dónde puede haber llegado el trauma de la Batalla de Aragua de Barcelona en la manera de pensar de la familia...” (p. 34), como una manera de sugerir las razones de su traslado a la sección ganadera del estado Bolívar, donde encontraron similitud entre las actividades agropecuarias que desarrollaban desde generaciones anteriores. La Guayana a la que llegan, luego de explorar los contornos buscando el sector más propicio para las actividades que los identificaban, es un área de gran movimiento cultural e intelectual, lo que permeó desde muy temprano a nuestro personaje.

En efecto, en esa parte de la Venezuela profunda se imprimían y circulaban prestigiosas revistas y renombrados periódicos; eran usuales las bibliotecas familiares en las que se encontraban los autores más destacados, sobre todo franceses e ingleses, idiomas que eran de difundido dominio debido a la presencia de naturales de esos países o sus colonias en las actividades predominantes. Las familias pudientes contrataban profesores calificados para que les dieran clases a sus hijos y parientes en edad escolar, las tertulias literarias eran una costumbre extendida y era usual que los jóvenes más avanzados cursaran estudios en prestigiosos colegios de Puerto España, Londres y París. No era de extrañar que los casanderos y las

4 Hildelisa Cabello Requena. *Historia regional del estado Bolívar*: 2019, p. 208.

5 Alexis Rodríguez Cabello. *Discurso de orden*, 9 de enero de 2024.

6 Carlos Mata Espinoza. *Discurso de orden*, 7 de enero de 2024.

casanderas escogiesen cónyuges en estas urbes. Valga decir que el abuelo de nuestro citado Horacio contrajo nupcias en la capital gala con una señorita de apellido Nier, su padre se graduó de ingeniero industrial en la ciudad Luz, y vino a aplicar sus conocimientos en el central azucarero que la familia tenía en las cercanías del cerro de Nuria.

Lo hecho por los Sifontes no constituía una excepción, sino que era usual, dada la riqueza ganadera y aurífera del sector, que nos explica la conducta de los habitantes de este ángulo de la patria y la incidencia, bien directa o a través de intermediarios, de figuras de proyección nacional. Las localidades que más se mencionaban durante estos años eran El Callao, Tumeremo, Guasipati y Upata, en la primera de las cuales, según el decir del general Celestino Peraza, “... no había pobres... El más infeliz podía vivir cómodamente de su trabajo personal y sin mayor esfuerzo (...) muchos empleados públicos de la actualidad [se refiere a la segunda parte avanzada del siglo XIX] se encontrarían holgados si gozaran de la asignación diaria que para entonces ganaba el último de los jornaleros del Yuruary”.⁷

No debe extrañarnos que desde sus años mozos el joven Domingo demostrara aptitudes para desenvolverse con igual éxito en las labores del campo y en los estudios. En esta faceta, su preparación la demuestra en su paso por la escuela militar, su buena letra, comprobada prestancia, que relievará en el “incidente” que lo catapultó a la historia nacional. Su nieto enfatiza en que “... se hace necesario diferenciar al general Domingo A. Sifontes de los generales ‘macheteros’. Y por eso presentamos –dice– pruebas facsimilares de sus cartas y ‘partes de guerra’ que reflejan (...) su sólida cultura, lo bien definido de sus conceptos [y] su sencillez expresiva...” (p. 47). En lo que respecta a su dedicación a las labores agropecuarias, bástenos con destacar que se le conoció como “El llanero intelectual”, apelativo que el autor analizado explica así: “Un llanero en

7 Celestino Peraza. *Los piratas de la sabana*: 1979, p. 60.

la interpretación guayanesa, donde los terrenos son quebrados, no significa que había nacido en tierra llana, sino [en] ser un hábil conocedor de los trabajos de llanería” (p. 21).

El comentado ácape, que bien pudiéramos llamar el personaje y su entorno espacio-temporal, abunda en datos referidos a la feracidad de los suelos de esta porción del territorio nacional, buenos para el cultivo, para la cría de ganado –devenida para el presente del autor, avanzada la vigésima centuria, en extensiva debido al agotamiento de los pastizales–, en la riqueza vegetal expresada en la explotación del balatá o caucho natural y en la potencialidad aurífera. Esta última es la que explica parcialmente las ambiciones británicas por posesionarse del sector. Igualmente, contrasta los tiempos de la llaneridad guayanesa y sus usos y costumbres con los de otros espacios semejantes; por ejemplo, en las dificultades comunicacionales y en la dispersión poblacional, pese a lo cual hubo un permanente forcejeo con el centralismo, en el que este muchas veces salió mal parado ante los justos reclamos regionales. En los que nos ocupan, el joven Domingo Antonio se distinguió por sus esfuerzos progresistas, su desinterés, generosidad y propio dinamismo, lo que le hizo ganar prestigio como buen ciudadano, que no esperaba recompensa alguna por su actuación; lo que no obstó para que fuese considerado el cabecilla de esas reacciones locales y se ganase la ojeriza de los acólitos del poder central.

Como hemos adelantado, él nace cuatro años después de la muerte del Libertador Simón Bolívar; no obstante, le tocó lidiar con algunas derivadas del calculado interés de quienes se opusieron al gran proyecto bolivariano. Con todo el respeto que se merecen por su figuración histórica, citaremos el caso de la Legión Británica, que, según el autor, “no existió como tal sino en el ánimo de Farriar y en el pincel de Martín Tovar y Tovar” (p. 49). Resaltamos este caso porque está comprobado que actuaron como profesionales de la guerra que, habiendo quedado desempleados al concluir las

llamadas guerras napoleónicas, encontraron oficio en la confrontación que tuvo lugar en el continente de la esperanza. Muchos de ellos cobraron bien cara su contribución, pese a lo exhaustas que estaban las arcas de la naciente República, por lo que esta tuvo que negociar un préstamo leonino con la banca inglesa, del cual el país recibió solo el 27,35 %, porque la diferencia con el monto suscrito fue deducido como intereses por los usureros prestamistas; además, exigieron al Congreso que se les entregara casi toda la provincia liberada, que, a grandes rasgos, coincidía con la máxima aspiración británica fundamentada –años después– en los fraudulentos mapas de Schomburgk, lo que fue negado por el órgano legislativo, pero algunos de los reclamantes obtuvieron la concesión de la explotación de la extensa zona ubicada entre los pueblos de “Tumeremo, Tupuquén, El Palmar hasta el Miamo”, incluyendo la extracción de balatá y de oro, así como la administración de los fundos en ella establecidos, “hasta que les [fuese] saldada la deuda que con ellos tiene la Nación en guerra”. Dice el autor que “Dada la turbulencia de esos días se hace imposible investigar la magnitud del desastre que hicieron en los pueblos del interior de Guayana [estos] especuladores”. Lo cierto es que habiéndoseles cancelado con holgura sus servicios como comerciantes de la revolución y vencido el plazo de la concesión otorgada, el Libertador emite un decreto en el que destaca el carácter de la misma, su vencimiento y el estado de arruinamiento en que se encontraba el territorio contemplado en la adjudicación; declara en su artículo primero que, considerando terminado el lapso de arrendamiento y el estado de absoluta ruina en que se encuentran las misiones “concede a los indígenas de Guayana el restablecimiento de sus antiguos privilegios... que tanto los hizo prosperar”.⁸

Nos preguntamos por qué esta calificación de mercenarios, dada a preclaros actores de la guerra nacional de Independencia, no ha sido

8 Fabio Puyo Vasco y Eugenio Gutiérrez Cely. *Bolívar día a día*, volumen III: 1983, p. 523.

suficientemente investigada. Por eso, hemos tratado de fundamentar las afirmaciones del autor. Entre los casos que nos han llamado la atención por su doble papel de aparentar ser un leal ayudante del Padre de la Patria, mientras actuaba como servidor de los intereses británicos, citaremos el siguiente.

Bedford Hinton Wilson, quien fuera edecán del Libertador, acompañándolo hasta la hora de su muerte en Santa Marta, y de quien Bolívar escribió “Algunas veces me parece tener en él a un hijo”, pero creemos que su conducta debe ser revisada por los historiadores, porque el mismo año en que está negando ambiciones inglesas sobre el Orinoco y diciéndonos que son infundados los temores venezolanos en ese sentido, escribe como representante diplomático en Caracas al *Foreing Office* [cursivas en el texto] que era de necesidad urgente para Inglaterra dominar el gran río.⁹

Sirva el ejemplo del joven asistente del Libertador como premisa emblemática para explicarnos las razones por las que los estudiosos de la evolución cubierta por la Venezuela contemporánea, al tratar el problema limítrofe con la excolonia británica, han silenciado el nombre del general Domingo Antonio Sifontes. Sabiendo que vamos a tocar fibras sensibles, señalaremos que el mismo presidente de Colombia, el 15 de diciembre de 1827, abogó ante el rey británico para que exonerase a los soldados de esa nación de las sanciones que su gobierno les había impuesto en 1819, cuando la guerra aún no se había inclinado a favor de los patriotas¹⁰. Como señala este mismo autor, bajo el nombre de “Legión Británica” tradicionalmente se ha agrupado a todos los provenientes del viejo continente, los que tuvieron igual proceder para cobrar sus emolumentos a la naciente República. Incluso algunos que no eran integrantes de los

9 Mario Briceño Picón. *Cartilla Patriótica: La infamia del Esequibo: 1966*, pp. 43, 44.

10 Eric Lambert, Eric. “Legión Británica”, en: *Diccionario de Historia de Venezuela*, tomo II: 1997, pp. 921-924.

diversos contingentes mencionados se comportaron de igual manera. De allí que Cabrera Sifontes nos diga:

A todo el que quiso reclamar se le dejó satisfecho, con excepción de algunos abusos demasiado pronunciados. Al almirante Brión se le pagaron 150.951 libras esterlinas con 12 chelines, aumentado con el 70 % de comisión de los “angelitos” ingleses... No estaría de más recordar que el Libertador le acababa de dar a Brión 300.000 pesos y que fue como el señuelo que completaba la orden [para] que entrara inmediatamente por el Orinoco, haciendo caso omiso de su reciente compromiso con Mariño para que este fuera jefe del Ejército, reemplazando a Bolívar, mientras Brión presidía, como verdadero jefe, el congresillo de Cariaco. También se le cedieron a Brión, que era especialmente negociante, centenares de mulas y miles de pacas de algodón de El Palmar y tabaco especial de Uputa y de Barinas. El negocio de Brión consistía en vigilar la marcha de sus “préstamos”.¹¹

En lo concerniente al joven Domingo Antonio, hemos de enfatizar en que, habiendo nacido en la antigua provincia de Barcelona, se radicó desde temprana edad en los predios del río Yuruán, valorizando de tal manera su identificación con esta área que muchos ubican como natural ella, en la que todavía se le recuerda y admira por su desprendimiento personal; algo que contrasta con los casos anteriores. Así podemos constatarlo en la comunicación que dirige al general José Manuel Hernández en 1892, en la que le dice:

Soy yuruarenses, y ya por mi larga residencia, relaciones de familia e intereses que al Yuruary me ligan, me creo si no con mejor derecho, sí CON MAYORES DEBERES [mayúsculas en el texto] que muchos, para con esta tierra que, como al resto de la Patria, aspiro ver próspera, grande del mayor grado de libertad, orden y justicia posible.

Por alcanzar tan inestimables bienes, abandoné, como otros muchos, mi hogar, comprometiendo el porvenir de mi larga familia.

11 Horacio Cabrera Sifontes. *Op. cit.*, p. 52.

No salimos a combatir en pro del personalismo; sí de los principios, de las libertades públicas, de los derechos ciudadanos cobijados por la bandera “Legalista” enarbolada CONTRA LAS PRÁCTICAS ODIOSAS DEL DESPOTISMO.¹²

Esta comunicación nos parece toda una declaración de principios y que, asociada con sus orígenes, las razones de su radicación en el ángulo sureste del país, así como con la evolución del sector y su relación con los personajes relevantes de la segunda parte del siglo XIX y la primera del XX, nos resultará clave para entender el accionar del general Sifontes. Son estas las razones por las que le hemos dado un tratamiento más dilatado a este componente del libro. Para que ningún lector desprevenido piense que estamos exagerando, citaremos a su nieto, quien nos dice:

En Tumeremo colinda la sabana con la gran región selvática que, por un lado, se extiende hasta el Brasil y, por el otro, con la zona en disputa con Guyana que nos fue sorpresivamente usurpada CON ACTOS DE PIRATERÍA [mayúsculas en el texto] “diplomática” por el Imperio británico, cada vez que Venezuela tenía conflictos internos, hasta que se produjo el choque con el general Domingo Sifontes...¹³

En el Segundo Capítulo, denominado “El territorio del Yuruary”, nos explica cómo la reorganización político-administrativa adelantada por Antonio Guzmán Blanco en 1881 buscó integrar los espacios definidos por las poblaciones de Cupapuy, El Callao, El Palmar, Guasipati, Guri, Miamo, Nueva Providencia, Pastora, Puerto de Tablas, Santo Tomé de Guayana, Tumeremo y Upata, en una sola entidad. Las razones alegadas para crear esta circunscripción fueron de carácter estratégico porque, supuestamente, así se facilitaría la defensa de la zona fronteriza, dado su alindamiento con la zona en reclamación que limita con el río

12 *Ibid.*, p. 197. Igualmente, aparece reproducida la copia facsimilar de la comunicación en los anexos, pp. 268 y 269.

13 *Ibid.*, p. 41.

Esequibo, al mismo tiempo que se concentraría la explotación de los yacimientos de valiosos minerales.¹⁴

No obstante la importancia que el gobierno central decía asignarle a la entidad, sus habitantes no vieron con agrado la segregación que se hizo de los sectores mencionados de sus entornos administrativos tradicionales ni la disminución de sus fueros que conllevaba y, pese al nombramiento de figuras de relieve para que fungiesen como presidentes de la nueva sección, se movilizaron para frenar lo que entendían que era el interés mayor del “Ilustre Americano”: ponerle la mano a los ricos yacimientos auríferos de la zona.

Esta no es una afirmación vana. Nuestro autor abunda en datos acerca de la naturaleza de los ríos de la zona, de la potencialidad mineralógica, que ya hemos señalado que había sido descubierta desde los años del dominio español y, como avistada por los corsarios ingleses, despertó la codicia del imperio en ciernes. Pivoteado en una valiosa información nos demuestra la llegada de viajeros provenientes de diversas naciones y, por supuesto, con fines no siempre altruistas. Hubo quienes se radicaron allí y con laboriosa dedicación dieron origen a notorias empresas, bien de carácter extractivo, comercial o de transporte y distribución; al mismo tiempo que se ligaron, ya entre sí o con apellidos del área, y formaron familias cuya progenie se extiende hasta los días en que escribimos esta nota.

Pero, lógicamente, también arribaron quienes con fines meramente lucrativos se dedicaron a especular a los habitantes de tan rico sector e, incluso, escribieron fantasiosos libros que, pese a su difusión en la misma Europa, no resisten la contrastación con la historia real. Un buen ejemplo de estos últimos nos lo presenta el autor en el caso de Lucien Morisse, quien escribió una especie de vademécum que intituló *Excursión a El Dorado*, en el que presenta una serie de elucubraciones acerca de personajes, explotaciones de

14 Fundación Polar. “Territorio Federal Yuruary”, en: *Diccionario de Historia de Venezuela*, tomo iv: 1977, pp. 320 y 321.

yacimientos, medios de transporte y funcionarios, que no guardan compaginación alguna con la realidad. Valga un ejemplo para demostrar la seriedad del autor del libro que nos ocupa: Cabrera Sifontes toma de la página 53 de la referida *Excursión...* la manera como Morisse “retrata” la unión de las dos cuencas más importantes del subcontinente:

El Orinoco y el Amazonas, cuyas líneas de demarcación son apenas sensibles, no forman, por así decirlo, sino un solo y vasto sistema hidrográfico, del cual el río Casiquiare que los comunica... es el gran canal regulador CORRIENDO TANTO HACIA UNA VERTIENTE COMO HACIA LA OTRA, AUNQUE GENERALMENTE LO HACE HACIA LAS AGUAS BAJAS Y MEDIANAS, DESDE EL RÍO NEGRO HASTA EL ORINOCO [mayúsculas en el texto].¹⁵

Dice Cabrera Sifontes que estos fantasiosos abundaron en el área en el presente que decidió historiar. Con relación al caso tratado por el libelista francés, nos bastaría con observar una carta fisiográfica del espacio “descrito” para darnos cuenta de la incongruencia de lo que afirma; pareciera ser que escribió para un público ávido de aventuras y que nunca pensó que su libro sería traducido al castellano, y que circularía con relativa profusión en la Guayana que quiso presentar en Francia. Para nuestro biógrafo, la presencia de estos personajes es explicable por la riqueza aurífera del sector, que solo en el año de 1885 llegó a producir 8.193.510 gramos de oro. Las explotaciones de este metal precioso se hacían bien lavando las arenas de los ríos, extrayéndolo de las arenas y arcillas ubicadas en las formaciones sedimentarias de las colinas o explotando, mediante el uso de dinamita y la construcción de galerías subterráneas, las montañas de cuarcita, que exigían el uso de molinos industriales para pulverizar esta y obtener el oro que contenían las “vetas”.

La conmoción que originaban estos yacimientos eran conocidos como “bombas”, “bullas” y/o “bochinchas”; es justo que digamos

15 Horacio Cabrera Sifontes. *El abuelo*, pp. 79 y 80.

que los que permanecieron más en el tiempo dieron lugar a poblamientos, teóricamente estables. Lo cierto es que, de una manera u otra, El Callao producía tal cantidad de oro que se ubicó a la altura de yacimientos como los de California, del Yukón y del Transvaal, sin la connotación de violencia que signó a estos.

La visualización de esta realidad no escapó al ojo avizor de Guzmán Blanco, quien, apoyado en su control casi absoluto del gobierno, sugirió al Congreso Nacional la creación del mencionado territorio, que por su condición federal dependía directamente de la Presidencia de la República. Esta adscripción explica la sucesión de gobernadores de la entidad que siempre fueron hombres de confianza del presidente de la República, fuese Antonio Guzmán Blanco, Joaquín Crespo, Juan Pablo Rojas Paúl, Raimundo Andueza Palacios, Ignacio Andrade o Cipriano Castro, pero que no gozaron de la simpatía local, que permanentemente luchó por volver a sus delimitaciones anteriores. La existencia de esta entidad, que sufrió varias modificaciones tanto en su extensión como en los cantones que la conformaban, podemos considerarla efímera por cuanto en 1909 desapareció definitivamente.

Leyendo su evolución, encontramos que esta circunscripción nunca contó con la empatía de sus pobladores. Ejemplo de ello es la conformación de la Sociedad Liberal Democrática del Yuruary, quienes, en acta suscrita en El Callao el 17 de junio de 1889, se fijaron entre sus objetivos “Tratar por todos los medios [de lograr] la reivindicación de los fueros ciudadanos de los habitantes del Yuruary”¹⁶. A esta asociación se vinculó el general Domingo Antonio Sifontes, dadas sus convicciones que lo separaban de las aventuras políticas y que lo hacían creer en la posibilidad de encontrar formas distintas a la guerra para armonizar las partes.

16 Omar Alberto Pérez. “Estado Bolívar”, en: *Diccionario de Historia de Venezuela*, tomo 1: 1977, p. 472.

El Tercer Capítulo está dedicado a “El general Celestino Peraza”, curioso personaje que estuvo entre quienes llegaron a El Callao en el resaltable flujo de individuos que movilizaron las minas de este sector. Se le ubica como natural de Chaguaramas, donde nació en 1847¹⁷. Su naciencia lo instala entre familias guerreras, que abundaban en esa porción del actual estado Guárico; algo que él ayudó a acrecentar con su porte marcial, su bien ganada fama de hombre valiente y su gesto mal encarado. Algunos de los que han escrito acerca de él llegan a señalar que no era bien mirado por el contingente femenino porque no era de risa fácil.

Para lo que nos interesa, se apareció en El Callao con su título de general a mediados de la década de 1880; pese a que se atribuye su presencia en la rica zona a la imantación que una posible riqueza personal ejercía en los viadantes, pronto fue seducido por sus inclinaciones revolucionarias, razón por la cual adquirió a crédito una imprenta que, según nuestro autor, nunca pagó y utilizó para publicar la revista *Horizontes*, la cual causó un relevante impacto por su buena impresión y le permitió ganar una gran proyección social. Destaca Cabrera Sifontes que el prestigio de la publicación fue tal que devino en órgano científico literario de la sociedad guayanesa, logrando acrecentar su bien ganada fama cuando fue dirigida por prestigiosos intelectuales de la región y, sobre manera, cuando pasó a editarse en la capital del estado.

Pese a estas connotaciones, continuó siendo un desconocido en el área, donde se comentó que la verdadera razón de su presencia allí era buscar la posibilidad de una amplísima concesión minera que iba a constituir un monopolio, puesto que Guzmán Blanco estaba decidido a ponerle las manos a la mina El Callao. No obstante, desde su segundo número en la revista afloró el Peraza revolucionario que hizo causa común contra la criticada mala gestión del gobernador y a favor de la reintegración del territorio al estado. Esta conducta lo

17 Oldman Botello. *Chaguaramas*: 2015, p. 154.

llevó a chocar con el general José Manuel Hernández “El Mocho”, quien era el otro militar en liza por el liderazgo de la lucha, por las dos intervinientes señaladas, en la entidad.

Cabrera Sifontes, al contrastarlos, establece que “El Mocho” gozaba de una popularidad que rayaba en el fanatismo, en tanto que su rival era poco confanzudo; Hernández siempre vestía un uniforme de guerra, mientras que Peraza usualmente andaba de liquilique. El primero aparentaba una actividad constante; por su parte, el segundo se caracterizaba por la tranquilidad propia de los llaneros; el guariqueño ostentaba un grado aquilatado por su fama de guerrero y el caraqueño detentaba un generalato que nadie podía atestiguar cómo lo había obtenido. Estos dos adalides pasaron de ser amigos y participar en empresas comunes a estar fuertemente enfrentados. De estos altercados surgió la “noticia” que Peraza había sido enviado a Guayana para contrarrestar la actividad revolucionaria de El Mocho.

En el tratamiento que Horacio da a Celestino Peraza involucra autores de la talla de Pedro Sotillo, quien, desde su sitial de figura preclara del periodismo, las letras y la política guariqueña, se duele que una persona de la calidad del general, luego de haber estado en las alturas del poder desde la época de Guzmán Blanco hasta la de Cipriano Castro, “muriese anciano, sin recursos y ciego [el año de 1930] en Villa de Cura”; algo que es confirmado por el citado Oldman Botello. Para el autor que hemos venido siguiendo esto es consecuencia de su condición “voluble, oportunista y de posición cambiante”, lo que lo hace mutar de actitud constantemente “sembrando desconfianza y no manteniendo una amistad sincera con nadie”, en “una especie de exhibicionismo, como quien cultiva el miedo a tener miedo”.

Nuestro autor cuestiona el idealismo desde el cual Sotillo estudia al general Peraza en su *Evocación del tránsito de Celestino Peraza*, que salió de la imprenta en 1940. Para él, el militar llanero asumió con

pundonor su condición como tal; no pudo esconder las verdaderas razones que lo llevaron a la cuenca del Cuyuní, lo que podemos deducir de las críticas que hace a los conductores de las minas y a la gestión que desarrollan frente a estas; igual ambivalencia mantuvo con las autoridades del estado, a las que en algún momento apoyó para combatir las en otro; al mismo tiempo dio rienda suelta a sus inquietudes literarias, lo que permite a Ramón J. Velásquez llamarlo cursor de “Territorios de riesgos y confusiones [en los que se desarrolló] la vida de Celestino Peraza, general de guerrillas, ministro en repetidas ocasiones y autor de las más interesantes novelas sobre el tiempo de la Guayana del oro”¹⁸.

En esta faceta nos legó *Los piratas de la sabana*, en la que recreó el asalto sufrido por el Correo del Oro en 1878; *El muerto de La Carata*, en la que da su propia versión acerca de una supuesta leyenda, que Cabrera Sifontes trata en el componente siguiente; *Leyendas del Caroní*, que es una larga relación de acontecimientos ocurridos en la cuenca del afamado río; *Carne humana*, en la que cuenta la supuesta huida de un nombrado general cuyas huestes perdidas en la selva tienen que comerse unos a otros; y “Cicapra”, aparentemente un folleto que, igual que la mayor parte de su producción, permanece ignoto. No obstante esa múltiple presencia, el general Celestino Peraza fue, en esencia, primero, un guerrero que procuró negociar la guerra con el general Domingo Antonio Sifontes; algo que no logró porque este no le tenía confianza a quien manifestaba una concepción distinta de las finalidades de la confrontación bélica y, en segunda instancia, un habilidoso negociante que obtuvo una gigantesca concesión que constituía un monopolio, pero que no pudo disfrutar porque sus partidarios perdieron la guerra. Esa es la explicación que nuestro comentado autor le da al final del objeto de este apartado.

18 Ramón J. Velásquez. “Lino Duarte Level”, en *Historia patria*: 1995, p. 11

El Capítulo Cuarto está dedicado a “El muerto de La Carata” y en él narra las peripecias vividas en el hato La Carata, propiedad de la familia Sifontes desde el siglo XIX. Carata es el nombre de una palma abundante en el área y fue el nombre que Manuel Antonio Sifontes, padre del futuro general Domingo Antonio y bisabuelo de Horacio, eligió para su fundo. El autor que hemos venido siguiendo describe la casa grande, señalando que era “de estilo colonial, tenía cuatro galerías... los cuartos y [la] sala tenían piso de madera pulida y ladrillos en los corredores. Los cuartos tenían puertas hacia los corredores...”¹⁹. Pues bien, en la referida estancia, para finales del siglo XIX y primera década de la vigésima centuria, se corrió la especie de que aparecía un muerto, quien con voz estentórea se identificaba como “El Hermano Penitente”. Sus apariciones ocurrían en medio de la más absoluta oscuridad y un silencio que crispaba los nervios, mientras batía puertas, hacía ruidos y movía objetos, sin explicación racional posible.

Tal anormalidad, que eran muy corriente en la Venezuela previa al surgimiento de la luz eléctrica, se convirtió en una notoriedad que trascendió nuestras fronteras y desafió las diversas creencias religiosas y las teorías científicas en boga. Según nuestro autor, al hato de La Carata, en interminable peregrinación y sin que nadie lo llamara, llegó un curioso parasitaje integrado por doctores de diferentes especialidades, representantes del catolicismo, seminaristas, frailes, sacerdotes, obispos, taoístas, budistas, sacerdotes ortodoxos griegos, musulmanes de diversas sectas, rabinos judíos, adventistas, anabaptistas, coptos, brahmanes y supuestos representantes de extrañas religiones; todos dotados de instrumentos propios de sus respectivos cultos, mediante cuya aplicación, presuntamente, encontrarían la explicación al fenómeno.

19 H. Cabrera Sifontes. *Op. cit.*, p. 115.

Hasta el hato también llegaron militares de alta graduación, queriendo imponer su autoridad para esclarecer el misterio. De estos el autor destaca “el machismo” del general Celestino Peraza, quien llegó a producir “dos hojitas... que no aportan ningún bagaje... que haga honor a su inteligencia” (p. 117). Por su parte, Horacio se pasea por las teorías y autores psicológicos y sociológicos más destacados del momento, en la búsqueda de “esclarecer la más grande incógnita de todos los tiempos” (p. 121). La cual, por cierto, nunca dio pistas acerca de las razones ni de la duración de su penitencia.

Entre las presencias más llamativas está la de un grupo de hebreos que fueron puestos en evidencia “como judíos, cuya única ambición es el dinero” (p. 137). Si bien Cabrera Sifontes marca distancia con el calificado narrador del episodio, lo incluye como una muestra de la atracción que el inexplicable misterio ejerció sobre las más variadas mentalidades. Es de notar que, para para la economía de los dueños del fundo, la afluencia de personas en tal cantidad les ocasionaba fuertes gastos porque, entre la acostumbrada hospitalidad del área y de la época, más los temores originados en la superstición, obligaba a sacrificar varias reses diariamente para asegurarles la alimentación y hacer nuevas construcciones para cobijarlos; llegando, casi, a provocar la ruina de ese floreciente centro de producción.

De las consecuencias que nos llaman la atención, de lo que venimos narrando, está el hecho de que el general Domingo Antonio Sifontes, quien no estuvo entre los convencidos de la existencia del ánima en pena –descreimiento que era producto de su convicción positivista que le hacía buscar las causas de los efectos evidenciados–, hubo de construir un nuevo fundo que llamó “Buen Retiro”, cuyo nombre parece decirnos su propósito de vivir aislado y descansar de aquella jeringonza que cada día tomaba nuevas dimensiones y se le hacía más insoportable (p. 123). Aunque hubo quienes lo atribuyeron a “su elemental malicia que lo impulsaba a estar escondido, dadas las condiciones políticas de siempre y la tirante lucha civil”.

Lo innegable es que ante la incógnita despertada por la misteriosa aparición sucumbieron todos los esfuerzos científicos, las teorías religiosas de inspiración divina, las tentativas de “espantarlo con la cruz, igualmente fracasaron las normas de percepción y la sensibilidad mística y muchos librepensadores” (p. 116). Por otro lado, como el tráfago de gente dificultaba el trabajo con el ganado, se tuvieron que construir nuevos corrales, distantes de los tradicionales, a los que se denominó “El Rosario”. No obstante, al poco tiempo esa ruta se convirtió en vía de peregrinación, con cánticos y antorchas, que alumbrarían el camino al penitente y se le llegó a edificar una capilla con cruces por los cuatro lados.

Cabrera Sifontes despeja la incógnita que rodeaba las apariciones, cuando señala la tetralogía de elementos que hacían posible la “aparición del Hermano Penitente”: la oscuridad, el silencio, Pedro Manuel y Joaquín; a los dos primeros los hemos mencionado, pero a los dos últimos no. Pedro Manuel (nombre ficticio para ocultar la identidad de un miembro de la familia) “era una persona erudita, estudiosa, que vivió en Francia, pero conocía la vida del campo” (p. 120); y Joaquín (igualmente simulado) era un ser “monstruoso, quizás afectado por una neurosis epiléptica, no tenía un pelo en la cabeza y cuyos dientes espaciados, más la mirada reticente, constituían una amenaza gratuita” (p. 132). Lo que se supo, al final, es que Pedro Manuel dominaba el arte de la ventriloquia y era capaz de emitir voces fingidas y sonidos raros sin que se le notara. La conjunción de estos factores hizo que durante años se mantuviese esta cara función. La muerte violenta y misteriosa de ambos personajes hizo desaparecer al muerto de La Carata, aunque, según las tradiciones, siguieron viéndose luces hacia un sector de la posesión y hubo quien asegurase que ellas condujeron a encontrar entierros de valiosa cuantía. Pero los hechos que nos interesa destacar son los que hemos esquematizado, para lo cual nos hemos basado, casi exclusivamente, en lo que cuenta el autor analizado, quien concluye

esta parte diciendo: “El muerto de La Carata fue un producto de la oscuridad, de la superstición y de los prejuicios ingenuos”. (p. 149).

El Quinto Capítulo está consagrado a “El Mocho Hernández”, singular personaje que, siendo hijo de un carpintero y una hacendosa señora de orígenes canarios, signados por su honradez, nacido en la populosa parroquia caraqueña de San Juan y habiendo concurrido solamente a la escuela primaria, supo destacarse por su desarrollado sentido de comprensión de los acontecimientos y por su aguda capacidad de observación, que le hicieron aprovechar los viajes realizados. Él estuvo vinculado a Guayana entre 1887 y 1892, logró tener una relación parcial con el general Domingo Antonio Sifontes y pudo consolidar una fama sin parangón, por encima de muchos caudillos. Dice Cabrera Sifontes que merece la pena estudiar el fenómeno de su fama de guerrero, sin guerrear, sin gobernar, sin realizar actos ni triunfos trascendentes, que adquirió en Venezuela, su pueblo y pueblos cercanos una popularidad que sirvió de fama y pedestal a su vida (p. 154).

Tal y como se ha sugerido, no se sabe de dónde sacó su rango militar, porque en su hoja de servicios solo constaba el combate de Los Lirios, en las cercanías de Paracotos, en el que combatiendo a favor de los Azules contra las huestes guzmancistas fue derrotado, dado por muerto y con lesiones en su mano derecha que le limitaron su movimiento; circunstancia que le ganó el cognomento con el que se le conoció durante el resto de su vida y le hizo ganar tanta fama que “... la historia de su mano mocha era su [mayor] atractivo, los muchachos lo seguían en la calle para vérsela y él se la ocultaba en el pantalón”²⁰. La notoriedad que ganó este ciudadano es tan destacable que nuestro autor le escribió una biografía²¹, a la que nos hemos referido.

20 H. Cabrera Sifontes. *Guayana y El Mocho Hernández. Breve semblanza de los generales Anselmo Zapata y Domingo Sifontes*: 1980, p. 14.

21 *Ibid.*

Su arribo a El Callao sucede el primero de los años citados, momento en que estaba en plena efervescencia el movimiento contra la mala gestión del gobernador Pedro Vicente Mijares y por la reintegración del territorio federal Yuruary al estado Guayana. Tal circunstancia lo hizo coincidir con el general Celestino Peraza, como ya hemos comentado, y una vez que afloraron la diferencias entre ambos, por la diferencia de objetivos en la lucha, hizo una recolecta popular para comprar e importar una imprenta, acción que neutralizó el ascendiente que aquel había ido adquiriendo en la sociedad yuruanense, obligándolo a migrar con su publicación hacia Ciudad Bolívar.

De la misma manera ocurrirá en las relaciones con el general Domingo Sifontes. Cuenta Horacio que, tratando de ganarse la incorporación del héroe del sureste guayanés para la guerra que se estaba incubando, Peraza le presentó a Hernández. El general Sifontes, con ojo avizor, diferenció los propósitos de ambos y se hizo más amigo del central, porque este era más sincero, exhibía una honradez a toda prueba y desbordaba simpatía a raudales, contrastando con el ánimo hosco del llanero y con su inocultable afán de lucro.

Lo que sucede entre esta trilogía de generales es el resultado lógico de sus contrastantes personalidades. Peraza ya ha sido presentado como un inconstante que se debatía entre sus creencias revolucionarias y su afán de logros personales, razón por la cual no logró cultivar relaciones duraderas y, al final, fue abandonado por todos. Hernández, por su parte, fue un enamorado de la revolución, de allí su fácil identificación con la Sociedad Liberal Democrática, su adscripción a la lucha por la reintegración del Yuruary a su circunscripción natural y su asociación con las luchas de los sectores esencialmente guyaneses. Esta compenetración adquirió tal grado que, años después, cuando lideraba la revolución de Queipa contra el fraude que impulsaba Joaquín Crespo para imponer a Ignacio Andrade, él arengó a sus seguidores con la expresión de “Soldados

de Guayana, cada uno de ustedes vale por un ejército”, pese a que los soldados guayaneses ya no estaban con él (p. 159). En lo que respecta al general Sifontes, entre este y el caraqueño hubo un reconocimiento mutuo de cualidades y, evidentemente, aquel aquilató la integridad de este y, pese a las voces en contra, le asignaba una veteranía y una capacidad de estrategia que —el tiempo demostraría— no eran más que voluntad y grandes ansias de superación (p. 168).

Dentro de las opiniones más autorizadas, que pugnaban por el reconocimiento de los méritos del general Hernández, se destaca la de don Vicente Lecuna, quien lo identifica como representante de las ideas más puras que se opusieron al gobierno de Guzmán Blanco; a la vez que lo señala como poseedor de un “carácter activo y emprendedor, que no pudo dedicarse a ningún negocio particular por su impaciencia de opositor apasionado”²². Tal vez por las mismas razones lo señala como “el alma de la revolución del Yuruary”.

Tales afirmaciones conducen a Horacio Cabrera Sifontes a aclarar que la mencionada revolución se desarrolló, por razones de carácter regional, sin que el citado general la condujese; por el contrario, fue la División Roscio, integrada por propietarios de fundos, con sus familiares y peones, quienes aportaron su propio armamento, garantizaron la logística y elevaron hasta la condición de gran estrategia al general Hernández. Así lo comprueba nuestro autor con la reproducción de los partes de guerra y le sirvieron de pivot para crearle una fama a nivel nacional, que —afirma Horacio— hicieron posible que “... en la historia política de Venezuela no haya existido un caudillo que haya jamás alcanzado tan extraordinario prestigio” (*ibidem*). A escala regional, el bando que combatió contra los intereses continuistas fue identificado como legalista, por su oposición a las decisiones del gobierno nacional, pero su lucha se hizo a favor de las huestes de Joaquín Crespo, sin que este caudillo hubiese pisado el territorio al sur del Orinoco.

22 C/f Vicente Lecuna. *La revolución de Queipa*, 1954.

Como quiera que nuestro objetivo central es desarrollar la trama que estructura Horacio Cabrera Sifontes acerca del general Domingo Antonio Sifontes, remitiremos a quienes muestren mayor interés en conocer los detalles de la vida y logros del general José Manuel Hernández “El Mocho” a revisar el libro que el mismo autor nos entregó, acerca de este personaje que ya hemos citado. Según él, “El Mocho” Hernández era uno de esos conspiradores profesionales, como han existido muchos... que no pudieron salvar la distancia entre el dicho y el hecho...” (p. 158).

En el Sexto Capítulo se narran las incidencias de “La guerra legalista [y] la batalla de Orocopiche”. En esta sección, nuestro autor continúa el desarrollo de las ideas que ha venido exponiendo. Una vez que se hubo desembozado el continuismo de Andueza Palacio, antes que el general Joaquín Crespo se alzara desde su hacienda El Totumo, el fermento revolucionario había adquirido visos de irreversibilidad en Guayana. La respuesta que dio el gobierno fue una intensa represión, que se tradujo en la persecución y el encarcelamiento de personalidades representativas del sentimiento regional; situación que guardaba correspondencia con los desafueros que cometía el Ejecutivo Nacional, tales como el nombramiento de inspector de minas del repudiado exgobernador Mijares y el conferimiento descarado de concesiones mineras al general Celestino Peraza, por un lapso de 99 años; conferimiento que abarcaba toda la zona potencialmente minera de la inexplorada selva (p. 174). No es una nota baladí aclarar que, para estos años, Guzmán Blanco había sido descartado, pero sus sucedáneos mostraban persistencia en continuar sus mismas prácticas; tanto en el atornillamiento en los órganos del Poder Público como en la voracidad por beneficiarse de la riqueza mineralógica del sur.

La guerra era inminente y así lo entendían los ganaderos de la zona, quienes se agruparon para defender sus derechos. Hemos de destacar que esta no era una soldadesca arreada a punta de sable ni

a la sombra de una consigna vengativa, de allí que entre las instrucciones “mil veces repetidas [estaba] la de obedecer la orden de respetar a la propiedad y a la familia, como principal consigna ‘legalista’” (p. 176). Los involucrados se declaran “alzados” en Tumeremo el 7 de mayo, designan al general Víctor Antonio Zerpa como primer jefe y como jefe del Estado Mayor al general Domingo Antonio Sifontes. Los pueblos de El Callao y Guasipati se entregaron sin resistencia, ante la huida de las autoridades continuistas; el pueblo derribó las puertas de la cárcel y liberó a los prisioneros, quienes fueron ubicados en puestos de mando. El 22 de mayo se produce el primer comunicado oficial de la División Roscio, suscrito por el general Sifontes, quien desde Laguna Larga –en las cercanías de Upata– hace un llamado al general José Manuel Hernández “desde el camino de los hombres honrados”.

Destaca otro biógrafo del general Hernández ²³, que este se une a la revolución legalista en Guayana y que con los combates de la Pica Arasiana, San Antonio [Placideño] y Buena Vista de Orocopiche, efectuados entre abril y agosto de 1892, quedan destruidas las fuerzas gubernamentales. Nuestro autor es más explícito: señala que el convocado, quien se había fugado de Ciudad Bolívar, localidad que tenía por cárcel puesto que había sido considerado opositor al régimen, se une a los rebeldes en el pueblo de San Buenaventura de Guri –que hoy día está bajo las aguas de la represa–. En esta localidad ocurre un encuentro que tendrá significativas repercusiones para el futuro de la zona y para las banderas que enarboló el general Sifontes, que resumiremos siguiendo la narrativa de Horacio.

La llegada del general Hernández fue saludada con vítores y disparos que celebraron su admisión como jefe –según se había acordado–, que seguidos por un prolongado toque de corneta “le hicieron asumir su morisquetero plantaje militar” (p. 179), pero al día siguiente se

23 Nikita Harwich Vallenilla. “Hernández, José Manuel”, en: *Diccionario de historia de Venezuela*, t. 2: 1997, pp. 676 y 677.

presentó el general Manuel González Gil, a quien se conocía como “El Gallito del Caura”, exigiendo ser oído y proclamando ser el enviado del general Joaquín Crespo para dirigir las acciones de guerra. La comparación entre ambas figuras fue inevitable. Mientras José Manuel resaltaba por su porte marcial, enfundado en su pulcro uniforme en el que se destacaba su gorra militar; Manuel González deslucía mucho y, difícilmente, podía hacer connotar su personalidad en un traje de campesino. Esto ocasionó cierto revuelo momentáneo y un sorpresivo malestar en la tropa que llevaba más de tres meses actuando como en familia. González Gil reconoció que no iba a conseguir imponer su autoridad y aceptó que se le diera una escolta para su regreso, pero dejando claramente establecido que” ... perdían 700 hombres que él tenía en el Caura” (*idem*). Probablemente –continúa Cabrera Sifontes–, él era el único que conocía al general Crespo, entre todos los guayaneses que peleaban, pero ofrecía poca confianza al ser una persona que pretendía capitalizar, sin credencial alguna como director, una tropa de gente desconocida que ya tenía marcado su rumbo y su propósito.

La marcha de la División Roscio, salvo el encontronazo de San Antonio, fue triunfal; lo que puede explicarse por el conocimiento que tenían del terreno de combate, en contraste con el superficial que –a la postre– demostraron los continuistas. La batalla de la Pica Arasiana es una buena demostración de lo que afirmamos; en esta los legalistas se ubicaron en las alturas de una hondonada, difícil de asaltar, y desde ellas lograron matar cincuenta y cuatro de los cien que los creyeron vencidos²⁴. Moviéndose con seguridad, salvando las dificultades que el general González Gil –en su retirada– les fue creando, logran dispersar algunas avanzadas de las fuerzas guberneras, atravesar el Caroní y ubicarse en Buena Vista del Orocopiche, donde se atrincheran en la “Piedra del Murciélago”, que se encuentra entre los ríos Marcela y Orocopiche; posicionamiento que,

24 Horacio Cabrera Sifontes. *Guayana y El Mocho Hernández*, 1980, p. 50.

erróneamente, el comandante de las fuerzas del orden consideró un elemento favorable para su partida, cuando en realidad había sido seleccionado a conciencia por los alzados, quienes ya sabían a qué atenerse con respecto a las ínfulas del general Hernández y, pese a darle un comando simulado, estaban siendo dirigidos por los baqueanos del lugar; de hecho, habían pasado los ríos por “El Paso de Betancourt”, nombre dado en honor a quien estaba combatiendo en territorio de su propiedad, que conocía como la palma de su mano. Los continuistas, creyendo tener acorralados a sus enemigos, se pusieron a tiro de estos, que estaban favorablemente ubicados. El combate fue arduo; las pérdidas en vidas humanas, animales y pertrechos militares fue elevado. Uno de los partes de guerra habla de:

... 240 prisioneros, 154 muertos y cerca de doscientos heridos (...) todas las bestias aperadas (...) tres cargas de parque, además de las quince que se habían cogido donde cayó muerto el general Santos Carrera [jefe de las fuerzas del gobierno] (...) toda clase de prendas de vestir, maletas (...) Posteriormente se extrajo [del] río más de un centenar de fusiles y cerca de cien cobijas, la derrota (...) había sido completa; y a Ciudad Bolívar no entraron ni cien hombres de los 860 que tres días antes habían salido en busca de la “montone-ras legalistas”, a cuyo jefe se proponían “traer atado a la cola de un caballo”.²⁵

En función de lo que nos narra Cabrera Sifontes, este fue el único éxito que logró obtener “El Mocho” Hernández en Guayana, que no se logró por su capacidad guerrera, sino por la calidad de sus “subalternos”. Así nos lo hace saber, en folleto publicado en Trinidad, el expresidente del estado, quien para salvar su vida hubo de huir precipitadamente del sitio de los acontecimientos, botando armas y bagajes al río, entrar en plena desbandada a la aterrada ciudad y embarcarse, más raudamente aun, en el vapor inglés *El Callao*, que estaba descargando mercancías en uno de los muelles, y llegar a Puerto España, desde donde daría a conocer su opinión acerca de lo acontecido, declarándose “víctima de la agresión oficial”

25 Horacio Cabrera Sifontes. *El... Op. cit.*, 1980, p. 185.

(p. 184). Este hijo de patriotas presenta su *Exposición a los pueblos de Bolívar*, en la que dice:

Elógiese enhorabuena la actividad de Hernández, su constancia y tenacidad, pero no con tales exageraciones, no concediéndole altas dotes militares a quien tuvo de hecho por auxiliar poderoso los desacertados proceder de sus mismos adversarios; a hombres como los señores generales Domingo A. Sifontes, Antonio Zerpa, Tomás Pérez, Feliciano Fernández, Florentino Vidal, Lara, José María Betancourt, Berardo Lezama, hermanos Zapata (...) por soldados a un puñado de jóvenes valerosos como los hermanos Gruber, Alberto Mathison y tantos otros (...) y, por último, por mentor inseparable, la suerte caprichosa que como la Minerva del paganismo lo condujo a través de sus errores, dispensándole una visible protección...²⁶

La mortandad entre los vencidos y los pocos de los vencedores obligó a enterrar con honores al comandante de los derrotados y a su oficialidad, así como a los cuerpos de los ganadores, y a incinerar a los demás para evitar la propalación de una epidemia. De tal suerte que, habiéndose desarrollado el combate el día 10 de agosto, la entrada a tambor batiente de los triunfadores solo pudo efectuarse el 13. De esta manera, el general Hernández pudo cosechar los frutos de “su” triunfo y quedó ruidosamente aclamado como jefe civil y militar del estado Bolívar. Pero duraría muy poco en esta posición: las artimañas de viejos conspiradores y mejores conocedores de las ventajas del poder, como el general José Velutini, pronto lo hicieron sustituir por el general Manuel González Gil, quien demostró su mayor cercanía a Crespo y que no había olvidado la afrenta sufrida en el Paso de Guri; mientras tanto, “El Mocho” fue llamado a formar parte de la Constituyente de 1893 y, más temprano que tarde, sintióse llamado por sus ganas de guerrear. De manera que lo veremos aliándose circunstancialmente con los sucesivos gobernantes, para luego distanciarse de ellos. Finalmente, terminó sus días en Nueva

26 *Exposición a los pueblos de Bolívar*, p. 191.

York en 1921, exiliado del país que no supo gobernar, tal vez por “tener miedo a hacerlo” (p. 202).

Por su parte, el general Domingo Antonio Sifontes, derrotado el continuismo en Guayana, regresó, junto con quienes habían constituido la División Roscio, a sus haciendas y quehaceres ordinarios. Poco tiempo después debió ir a Caracas para buscar remedio a su quebrantada salud. Estando en estos menesteres, fue llamado por el presidente Joaquín Crespo a su residencia en Maracay, lo que él comentó diciendo “al fin conoceré al hombre, por el que luché”. En esta entrevista le fueron ofrecidos varios cargos que él rechazó, alegando razones de salud y la necesidad de estar con su familia; finalmente, le fue conferido el cargo de comisario de fronteras y se le otorgó una espada con un escudo de oro y el lema “Joaquín Crespo en Premio de Lealtad y Valor, 1893”, ante lo cual el general Sifontes, agradecido, dijo: “General, yo colgué mi espada con mucha ceremonia y delante de personas que tienen un espíritu guerrero. Si llego algún día a usar otra espada, será solamente en rechazo al invasor inglés; ese es nuestro enemigo” (p. 211).

Con la afirmación anterior damos entrada a lo que Horacio Cabrera Sifontes narra en el Capítulo Séptimo, al que llama “El incidente del Cuyuní”. Para nosotros, solo la modestia del general Domingo Antonio Sifontes puede explicar que haya calificado como “incidente” lo que fueron dos enfrentamientos, incluyendo uno armado, contra los emisarios de la mayor potencia del momento. En el libro, que con el mismo nombre publica, nos presenta en primera persona lo sucedido; definición que ha sido repetida por algunos de los que nos han contado sus versiones, con la solapada intención de rebajar la magnitud de lo ocurrido y no profundizar en la investigación acerca del comportamiento por parte de figuras consagradas por la historia oficiosas.

En la página 11 se identifica como alguien alejado de la política y ajeno a la búsqueda de cargos públicos, pero que observaba con

preocupación cómo la debilidad venezolana era aprovechada por los británicos para avanzar, cada vez más, sus líneas de demarcación hacia el oeste; al extremo que ya incluían la localidad de Tumeremo, su sitio de residencia. Nos habla de las denuncias que efectuó por la prensa y de su convicción de que “... era preferible perder en desigual pero honrosa lucha el suelo querido de la Patria, a permitir ser vergonzosa y pacíficamente despojados”.

De la misma manera nos narra la manera como se involucró, con sus amigos, en el alzamiento del Yuruary, en el que participaron en la ruda campaña que concluyó con la ya comentada batalla de Buena Vista de Orocopiche y la toma de la capital del estado Bolívar; explica cómo a los diecisiete días de cumplidas estas se retiraron para volver al seno de sus respectivos hogares. Cuenta cómo fue a Caracas con el “fin de reponer su quebrantada salud” y recibió –mediante telegrama– el llamado del general Crespo, de donde salió distinguido con el cargo de comisario del Cuyuní y sus afluentes, que aceptó gustosamente. Textualmente, nos dice:

El 2 de marzo de 1984 me hice cargo del puesto, dando principio enseguida a varias exploraciones y otros trabajos que me fueron ordenados, lo que juzgué de mayor urgencia, tales como vehículos para recorrer los ríos, de que en absoluto carecía, vías de comunicación, telégrafo... [tendido que tuvo que hacer de un todo desde Guasipati hasta El Dorado, dada la importancia que el general daba a las comunicaciones para el cuidado de la frontera].

Luego nos narra cómo la crudeza del “invierno”²⁷ anticipado solo permitió cubrir parcial y provisionalmente algunos puestos, medida que le pareció suficiente para impedir el paso de los ingleses;

27 [las] voces de “invierno” y “verano” (...) se popularizaron. Sin embargo, resulta inconveniente emplearlas en dicho sentido debido a la confusión de conceptos (...) para significar las dos estaciones térmicas extratropicales extremas: la fría y la cálida. Para evitar todo mal entendido en vez de [esas] voces como expresión de mayor o menor lluviosidad, emplearemos para sustituir las denominaciones de “estación lluviosa” y “estación seca”. Pablo Vila. (1969). *Geografía de Venezuela*, tomo I: 1969, p. 180.

lo que él deseaba porque intuía que tenían como objetivo ocupar “la línea Schomburgk”, como podía colegirse de lo publicado por algunos medios impresos y el reiterado comportamiento de sus connacionales. Para evitar que estas afirmaciones del general Sifontes sean consideradas como exageradas, Horacio resume la evolución de la propiedad colonial desde los primeros tiempos del Imperio español y la pugnacidad de este con el británico por la posesión de esta vasta y rica provincia, que motivó la reclamación del Libertador en 1821, y cuya máxima extensión llegó a ubicarse hasta donde actualmente –siglo XXI– se encuentra el embalse de Guri, para lo que se apoyaban en los fraudulentos mapas del botánico prusiano Robert Schomburgk.²⁸

Ya hemos aludido al hecho de que el joven Sifontes se hizo hombre, viendo la voracidad británica frente a nuestras agotadas finanzas y nuestro feraz territorio. El autor que hemos venido siguiendo nos habla de la tensión creciente en el sector porque los invasores “... estaban urgidos del oro que brotaba de El Callao, de los grandes bosques balateros (...) y de las sabanas (...) a la salida de Tumeremo donde podría criarse [el] ganado [del] que ellos carecían en Demerara...” (pp. 214 y 215). La tirante situación –que habían provocado los británicos, exigiendo que quienes cultivaban en las márgenes del río desocuparan perentoriamente los terrenos ocupados, instrucción que fue desatendida por Sifontes, quien prestó

28 Robert Schomburgk era un botánico de nacionalidad prusiana que fue enviado por el Reino Unido, en 1834, para que determinara los linderos británico-venezolanos. Ha resultado imposible, para los súbditos de su graciosa majestad, ocultar las discrepancias entre el primer mapa que elaboró, en el que sigue la información fehaciente, y los que dibujó a partir del momento en que fue investido como “caballero” por su majestad la reina Victoria, en los que adulteró totalmente la realidad limítrofe. C/f Cabrera Sifontes. *El abuelo*, pp. 208 y 209; y *La verdad sobre el Esequibo*: 2015, pp. 63 y 65. Para nosotros, son estos los únicos títulos sobre la zona en reclamación que han podido exhibir Gran Bretaña, antes, y la República Cooperativa de Guyana, desde 1966.

protección a los amenazados— hizo crisis el día 2 de enero de 1895. Leamos como Enrique Bernardo Núñez describe los acontecimientos:

En la mañana del 2 [los ingleses] volvieron a bajar el río, arriaron la bandera de Venezuela e izaron la inglesa. Este acto fue cometido a la vista de la guarnición venezolana (...) Sin pérdida de tiempo, el capitán Domínguez repasó el río, bajó el pabellón inglés y volvió a enarbolar el venezolano. El inspector Barnes y el subinspector Baker fueron capturados y conducidos con otros prisioneros a la margen izquierda. (...) El 3 de enero Domínguez comunica a Sifontes lo ocurrido. Este se apresura a buscar en Guasipati a su abogado (...) y se pone en marcha para El Dorado... Paga (...) en pesos fuertes la suma en que estimaban el daño sufrido “para quitar, dice Sifontes, a todo extranjero el derecho de queja contra un venezolano, pasando por la buena fe de los informantes” [El recibo lo incorpora Oxford López en la página 36 de su libro que citamos]. Abre con su abogado Chacón el sumario correspondiente y remite, con escolta, los presos a Ciudad Bolívar (...) En su declaración, Barnes se confiesa autor de haber bajado la bandera.²⁹

Esta actuación fue saludada con entusiasmo. Veamos lo que nos dice Eduardo Oxford López:

Hoy detener al inglés en su progresivo movimiento de avance, asumiendo una actitud digna, es ya algo. Lo demás vendrá con la Paz, bien inapreciable a cuya conservación debemos dedicar todos nuestros esfuerzos, porque con ella vendrán: el restablecimiento de las garantías ciudadanas, del orden administrativo, de la confianza necesaria al desarrollo industrial, el progreso en todas sus manifestaciones, circunstancias estas indispensables a los pueblos para ser prósperos y fuertes.³⁰

Lo que significó un acto de reafirmación de la soberanía nacional sobre el disputado territorio no obtuvo el respaldo indispensable, ni a escala regional ni nacional. Dice Cabrera Sifontes que el general Joaquín Crespo era lo suficientemente timorato para entender esa variante del conflicto fronterizo, habiendo incluso sugerido al

29 Enrique Bernardo Núñez. “El incidente del Yuruán”, en: *Tres momentos en la controversia de límites de Guayana*: 1962, p. 70.

30 Eduardo Oxford López. *La Guayana hispano-venezolana*: 1954, p. 15.

comisario de fronteras que abandonara la margen derecha del Cuyuní “como cosa suya”, por lo que puso el grito al cielo; y su fiel Manuel González Gil –que estaba enemistado con el general Sifontes desde los incidentes del Paso de Guri–, quien era el jefe civil y militar de Guayana y no le perdonaba que rindiera cuentas directamente al presidente y al ministro del interior, mandaron a soltar los presos, girando instrucciones para que se les brindaran recursos que les permitiesen volver a su país y condenaron lo hecho por las autoridades fronterizas³¹. En los capítulos siguientes, nuestro autor enfatizará en el divorcio creciente entre la opinión pública y el gobierno en torno a esta materia y cómo ello contribuyó a resquebrajar la fuerza moral del gobernante.

Sostiene Cabrera Sifontes, apoyado en los escritos del general Domingo Antonio Sifontes, Ovidio Abreu y Enrique Bernardo Núñez, que todavía no los habían soltado cuando desde Demerara destacaron un equipo de treinta policías de vanguardia con campamentos portátiles y cincuenta hombres de boga –remeros– armados, que debían tomar Tumeremo. El general Sifontes, quien había ignorado el llamado de sus superiores, fue alertado acerca de este desplazamiento, frente al cual y ante la carencia de un ejército regular:

... levantó al pueblo (...) como en la oportunidad legalista. Acudieron espontáneos dueños de hatos con sus peones y armas... Aquel mar de gente cubrió la sabana en la noche y amanecieron en Súa-Súa. Allí, bajo la bandera inglesa, habían llegado los equipados 30 policías de vanguardia jefaturados por el propio expedicionario Michael Mac-Turck, quien huyó herido. Muy pocos escaparon con él y el pueblo persiguió por su cuenta a los derrotados. Otros quedaron heridos y fueron llevados a Tumeremo, pobres trabajadores [que habían sido] reclutados (...) De la otra falca con los 50 bogantes no se supo nada nunca. Lógico es suponer que se sumaron a los derrotados.³²

31 Enrique Bernardo Núñez. *Op. cit.*, p. 71.

32 H. Cabrera Sifontes. *Op. cit.*, p. 228.

Cabrera Sifontes presenta a Mc Turck como el típico zángano inglés, quien ya había tenido problemas con las autoridades de El Callao cuando quiso violar las leyes venezolanas, por lo que estaba animado de profunda rabia contra todo lo que representase lo nacional. Por esas razones, fue escogido para guiar la respuesta represiva que Inglaterra pretendió dar a lo ejecutado por el general Sifontes y sus subalternos los primeros días de enero del año 1905, con un contingente predominantemente integrado por afrodescendientes reclutados en la localidad de Bartica Grove; tentativa que hubo de abandonar –como ya se ha dicho–, herido, derrotado y profiriendo insultos en inglés, que por decencia no citaremos, vocablos que desde entonces han constituido el nombre de la caída de agua por donde escapó. La intervención del presidente de los Estados Unidos de América, solicitada por el presidente Crespo, a nombre de la nefasta Doctrina Monroe, obligó a que se silenciasen los enfrentamientos del Cuyuní; cuando el general Sifontes fue impuesto de estas condiciones, en una reunión de la Embajada estadounidense en Caracas, las aceptó y solemnemente les repitió “pero si vuelven, los matamos a todos” (p. 230).

Según nuestro biógrafo, el general Sifontes no se quedó en las simples amenazas. Habiendo regresado de Caracas, donde no fue recibido por el general Crespo ni atendido por el ministro Núñez –quienes antes del “incidente” se habían mostrado sumamente solidarios con sus iniciativas– y tampoco se le pagaron los gastos en que había incurrido –pese a los recibos que tenía–, “se encaminó directo a El Dorado, pasó el río y voló e hizo quemar hasta sus cimientos todas las instalaciones inglesas (...) Pero (...) allí no volverían los ingleses y... no volvieron” (p. 231).

La revisión de estos momentos de la historia cubierta por la nación venezolana, desde 1884 hasta 1890, en lo referente a la defensa de nuestras fronteras, le hace decir a Enrique Bernardo Núñez que, tal vez, dejamos escapar la mejor ocasión para obtener una victoria en

este litigio. Las consecuencias inmediatas de lo narrado por Cabrera Sifontes, afirma Enrique Bernardo, se tradujeron en que se "... ordenó someter a juicio al capitán Andrés A. Domínguez (...) [de quien] meses más tarde se informó que anda[ba] prófugo sin que se tengan noticias de su paradero (...) En lo referente a Sifontes, fue destituido [por cuanto] su responsabilidad (...) dependía de su ausencia de la Comisaría General del Cuyuní y no podía ser enjuiciado"³³; aparte de que –como dice en la página 63– “costó a la República la cantidad de 1.500 libras esterlinas pagadas como indemnización...”. Más adelante encontraremos que el arbitramento a que nos sometimos y donde nos representaron los Estados Unidos nos produjo la pérdida de 159.500 kilómetros cuadrados. Lo que, dentro de la más sana lógica, no podía ser previsto por el general Sifontes.

El Capítulo Octavo Cabrera Sifontes lo denomina “La gran manifestación antiinglesa en Caracas”, que asumimos como la mayor expresión popular de respaldo a lo hecho por el general Domingo Sifontes. En él cuenta cómo el reclamo contra la burla de los ingleses fue tomando cuerpo. “Se (...) culpaba (...) a los blancos británicos (...) no a los negros. En el caso de Súa-Súa, todos los sacrificados fueron negros, potencial de esclavo detestado (...) llevados a punta de bayoneta a matarse por algo que nos les importa y cuya naturaleza ignoran” (p. 235). Se protestó contra el inglés, en cadena, públicamente y con toda la fuerza representativa de la sociedad. De manera que:

... se programó con fuerza creciente, desopinada del gobierno caudillista, la Gran Manifestación Antiinglesa, para desplegarla frente al Gobierno y frente a los indiferentes, por las calles, a gritos y con discursos debidamente asignados a los mejores oradores de talla internacional, que eran conocidos por sus conceptos de progreso y su gran presencia como humanistas y anticoloniales.³⁴

33 Enrique Bernardo Núñez. *Ob. cit.* (p). 72.

34 H. Cabrera Sifontes. *Ob. cit.*, (p). 237.

Destaca nuestro autor que la actividad promocional se desarrolló a lo largo de todo el año, lo cual no fue obstaculizado por el gobierno porque no iba directamente contra él. A la instauración del ánimo anticolonialista contribuyó la edición de la obra del general Sifontes, en la que la actitud poco nacionalista del régimen quedó muy mal parada. El héroe del Cuyuní fue invitado a participar, lo que aceptó bajo la condición de ser observador. El día 24 de diciembre fue de actividad febrilmente revolucionaria; en esa ocasión circuló por millares el llamado a la acción pacífica que estaría en capacidad de mover los ánimos menos inclinados a apoyarla.

La convocatoria para la manifestación la hizo el Club Simón Bolívar y estuvo muy bien organizada. Como se resalta entre las páginas 236 y 241, en ella participaron, además de los directivos de la asociación, quienes fungieron de maestros de ceremonia, las juntas parroquiales, representantes de los estados, las colonias extranjeras, los gremios, las corporaciones y las sociedades civiles. La marcha la abrió la banda musical, detrás marcharon en perfecto orden las diferentes delegaciones involucradas; se desplazó por la avenida Oeste, cruzando en la esquina de Piñango, tomó por la que hoy es la avenida Baralt hasta llegar a la esquina de Dos Pilitas, para hacer una primera parada frente a la Legación Americana, ocasión en la que César Zumeta se dirigió al ministro plenipotenciario de esa nación, demostrándole las simpatías de Venezuela hacia esa gran nación.

Luego buscaron hacia el Panteón Nacional, donde se distribuyeron organizadamente para hacer una ofrenda ante la estatua del Precursor de la Independencia de Suramérica, oportunidad en la que habló el doctor Tomás C. Llamozas; desde este punto se dirigieron a la plaza Washington, ante cuya figura marmórea igualmente ofrendaron una corona y tomó la palabra el doctor Luis R. Guzmán; posteriormente, se desplazaron por la calle Sur 1 y adyacencias hasta llegar a la plaza Bolívar, ante la estatua ecuestre del Padre de la Patria. Luego de la ofrenda floral y frente a la Casa Amarilla se dirigió al

presidente de la República, el señor Eloy G. González. Entre los oradores primó el sentido de fustigar a la Inglaterra anacrónica de las conquistas y malabarismo con las líneas fronterizas, que se adentraban en Venezuela cada vez que teníamos dificultades internas y se inclinaron por la fórmula del arbitraje. Cumplido este itinerario, la concentración se disolvió tras escuchar a los otros oradores que habían sido seleccionados. Debemos resaltar que los manifestantes marcharon con una roseta en la que resaltaban los colores de Estados Unidos y de Venezuela, y portando pendones distintivos de sus respectivas adscripciones, que fueron suministrados por los organizadores; que el desfile transcurrió, el día de Navidad de 1895, con gran entusiasmo y en perfecto orden.

Para el autor:

El incidente del Cuyuní se despidió con un contagioso sentimiento patriota, que como una campanada sonora llamaba a la defensa de la soberanía nacional. Amplia y estimulante armonía espiritual experimentó el general Domingo Sifontes al oírse nombrar positivamente en los discursos de aquellos hombres representativos a algunos de los cuales solo conocía de fama (...) jamás estuvo su corazón más satisfecho de la forma en que había cumplido su deber.³⁵

Cabrera Sifontes cierra esta documentada biografía con el componente número IX, que lleva por nombre “La oración fúnebre”, la cual podemos asumir como el balance de la mayormente silenciada labor que en defensa de la integridad territorial venezolana desarrolló el general Domingo Antonio Sifontes. En ella nos cuenta que el ilustre venezolano murió en El Callao cuando tenía 78 años, lo que quiere decir que pudo ver los estragos causados por la labor mediadora de los Estados Unidos de América, quienes dieron la razón a Gran Bretaña y le asignaron un territorio sobre “el cual no tenía la menor sombra de derecho”³⁶, según la autorizada opinión

35 *Ibid.*, pp. 241, 242.

36 *Cf La verdad sobre el Esequibo*, pp. 41- 42.

de uno de los jueces que nos representó dentro de la confabulación urdida entre las potencias nombradas.

En este capítulo merecen ser destacadas las palabras con las que el doctor Luis Felipe Vargas Pizarro despide los restos del general Sifontes, entre ellas resaltaremos las siguientes:

Este muerto (...) no es un derrotado de la vida. A la edad en que la mayor parte de los hombres se tornan fríamente egoístas y se arrebuja bajo el manto del más desconsolador pesimismo; a la edad en la que los hombres no luchan porque creen vanos e inútiles los esfuerzos por el bien, el hermano Sifontes conservaba intacta la fe del ideal (...) Qué hermoso es llegar a la tarde de sus días conservando sus ideales que acariciaron nuestra frente en la mañana de la juventud y caer –como los héroes de Ossián³⁷– sobre su escudo, creyendo todavía en la exaltación de la justicia y en el triunfo definitivo del bien. ¡Así vivió el hermano! (pp. 250 y 251).

Para irnos acercando a la conclusión de este, ya largo, Prolegómeno, destacaremos desde la óptica de algunos autores la vigencia que asignamos a la lucha desarrollada por el general Domingo Antonio Sifontes. Como ya hemos resaltado, desde muy joven Domingo Antonio Sifontes se vio obligado a desplazarse desde el área central del actual estado Anzoátegui hacia la provincia de Guayana. Dado que esta migración de la familia ocurre como consecuencia de la crueldad de las huestes monárquicas, es comprensible que en su ánimo se instalara la tendencia democratizadora que dominaba en su familia. Instalados en el ángulo sureste de la república que se estaba pergeñando fue testigo de la manera como, quienes se decían héroes de la patria, habían esquilado a esta y disimulaban, no muy bien, su papel de agentes del Gobierno británico y sus apetencias por el rico sector, donde los venezolanos, incluidos los Sifontes, procuraban desarrollar una sólida actividad económica. La contrastación de ambas intencionalidades fortaleció su espíritu nacionalista. Por

37 Ossián: antiguo bardo gaélico del siglo III, que escribió un poema épico que sirvió de inspiración a poetas del siglo XVIII.

otro lado, no obstante, de lo lejana que aparecía Caracas –tanto que para las familias adineradas era más fácil ir a Europa que a la capital del país–, hasta el apartado territorio guayanés llegaban los desmanes del Gobierno nacional; razón que hizo brotar el afán de luchar por la reivindicación de los fueros provinciales.

Esta trilogía de propósitos definió la personalidad del general Domingo Antonio Sifontes, por lo que encontraremos que procuró formarse en el ejército, donde se destacó por su personalidad y disciplina, sin descuidar sus ocupaciones en las propiedades de su familia y su preparación intelectual; vértices que le hicieron ganar una fundamentada fama como conductor de tropas, como respetuoso de los derechos de los demás y como abanderado de los más elevados principios políticos que motivaban a sus paisanos adoptivos. Esto se evidenció en las oportunidades en que convocó a sus coterráneos, bien para defenderse de los excesos del centralismo o para combatir al invasor extranjero.

El primer tipo creemos haberlo demostrado cuando presentamos cómo lucharon contra los propósitos continuistas, a nivel central; y sus intenciones de colocar áulicos, a escala estatal, que pretendieron avasallar la sana convivencia que primaba en la provincia. El segundo caso se puso de manifiesto cuando

... tuvo lugar un incidente fronterizo, por el abuso con que los británicos fueron tomándose nuestro suboriente, hasta haber plantado el pabellón británico frente al pueblo de El Dorado, frente al majestuoso Cuyuní, y hasta haber destituido nuestro gobierno al patriota oficial venezolano que apresó a los ingleses y los remitió amarrados a la cárcel de Ciudad Bolívar. Nos referimos a “nuestro Sifontes guayanés, cuyas fueron las últimas plantas venezolanas que pisotearon el estandarte de los piratas”. ¡Gran patriota Sifontes!³⁸

38 Mario Briceño Picón. *Cartilla patriótica: La infamia del Esequibo*: 1966, p. 45.

Esta epopeya no constituye un accidente aislado. Tal aseveración se desprende de lo que señala Manuel Alfredo Rodríguez, cuando afirma:

El recuerdo de las hazañas de la independencia venía a confortar a los venezolanos, en la hora de la prueba a que lo sometió la insolencia del usurpador inglés. En el fondo de la Guayana, el general Domingo Antonio Sifontes, comandante de la Estación de El Dorado, se oponía valerosamente al grosero despojo y probaba que los Padres de la Patria sí habían dejado descendencia.³⁹

Por su parte, Eduardo Oxford López nos dice:

En la vasta soledad del interior de Guayana late un corazón patriota y decidido en el pecho generoso y sin miedo del general Domingo A. Sifontes, a quien podríamos aplicar, parodiándola, la afirmación del general Level de Goda que “la civilización llegó hasta donde fue llevada por alguna persona confiable. En este caso el general Domingo A. Sifontes”.⁴⁰

La mayor extrapolación la encontramos en don Mario Briceño Iragorry, cuando nos señala:

Domingo Antonio Sifontes, desamparado de la justicia de los hombres, revive la raza de los libertadores cuando apresa y castiga a las intrusas autoridades británicas que querían saciar la sed de expansión en nuestro territorio guayanés. No se cierra un pasado con muros tan sórdidos que impidan el eco de las voces antiguas. La fuerza de las voces nuevas acrece con el murmullo de las voces viejas.⁴¹

Por si acaso esta formulación pudiese parecer incompleta, posteriormente nos la amplifica en los siguientes términos:

Por su boca habló nuestra América indohispana, con palabras de entereza que consonaban con la altivez antigua de los Bolívar, de los San Martín, de los

39 Manuel Alfredo Rodríguez. *El Capitolio de Caracas. Un siglo de historia de Venezuela*: 1977, p. 330.

40 Eduardo Oxford López. *Ob. cit.* p. 17.

41 Mario Briceño Iragorry. “Mensaje sin destino”, en: *Obras Completas*, volumen 7: 1989, pp. 182 y 183.

O'Higgins, de los Hidalgo, de los Juárez, de los Morazán, de los Santamaría, de los Martí. Con esa voz que aún tuvo garganta en nuestro Sifontes Guayanés.⁴²

En pocas palabras, concluiremos diciendo que el estudio de la vida y obra del general Domingo Antonio Sifontes merece ser profundizado a la luz de la nueva metodología de las ciencias sociales. Ella es un claro ejemplo de cómo la historia que nos han relatado ha sido deformada en función de los intereses de clase, para colocarla al servicio de espacios privilegiados y para enaltecer a figuras consagradas por un juicio que nos esconde la verdadera evolución cubierta por el país; y distorsiona, manipula, difumina y niega la participación de la Venezuela profunda y del pueblo, quien, en definitiva, es el verdadero protagonista. La aseveración anterior, fundamentada en el epígrafe que abre estas líneas, es lo que ha orientado nuestro tratamiento. Queda en las manos de los leyentes interesados la apreciación acerca de su validez.

OMAR HURTADO RAYUGSEN
Cronista de Caracas

42 Mario Briceño Iragorry. "Aviso a los navegantes", en: *Obras completas*: 1990, volumen 8, p. 153.

Bibliografía

- Botello, Oldman. (2015). *Chaguaramas*. Caracas: Fondo Editorial Fundarte.
- Briceño Iragorry, Mario. (1989 y 1990). *Obras completas*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, volúmenes 7 y 8.
- Briceño Picón, Mario. (1966). *Cartilla patriótica: La infamia del Esequibo*. Caracas: Ediciones Independencia.
- Cabello Requena, Hildelisa. (2019). *Historia regional del estado Bolívar*. Tomo III. Villa de Cura: Editorial Miranda.
- Cabrera Sifontes, Horacio. (1988). *El abuelo*. Caracas: Ediciones Centauro.
- Cabrera Sifontes, Horacio. (1980). *Guayana y El Mocho Hernández. Breve semblanza de los generales Anselmo Zapata y Domingo Sifontes*. Caracas: Ediciones Centauro.
- Fundación Polar. (1989). *Diccionario de historia de Venezuela*. 4 volúmenes.
- La verdad sobre el Esequibo*. (2015). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.
- Lecuna, Vicente. (1954). *La revolución de Queipa*. Caracas: Ediciones Garrido.
- Mata Espinoza, Carlos. (2024, enero 7). “Discurso de orden en la plaza Bolívar de Cantaura”.
- Núñez, Enrique Bernardo. (1962). *Tres momentos en la controversia de límites de Guayana*. Publicaciones del Ministerio de Educación.
- Oxford López, Eduardo. (1954). *La Guayana hispano-venezolana*. Caracas: Tipografía Garrido.

- Peraza, Celestino. (1979). *Los piratas de la sabana*. Caracas: Ediciones Seleven.
- Rodríguez Cabello, Alexis. (2024, enero 9). *Discurso de orden en el Panteón Nacional, durante la inhumación de los restos del general Domingo Antonio Sifontes*.
- Rodríguez, Manuel Alfredo. (1977). *El Capitolio de Caracas. Un siglo de historia de Venezuela*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República.
- Puyo Vasco, Fabio y Eugenio Gutiérrez Cely. (1983). *Bolívar día a día*. Bogotá: Ediciones Procultura S. A., 3 volúmenes.
- Tovar L., Ramón A. (1986). *El enfoque geohistórico*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- Velásquez, Ramón J. (1995). “Lino Duarte Level”, en: *Historia patria*. Caracas: Héctor Pérez Marchelli editor.
- Vila, Pablo. (1969). *Geografía de Venezuela*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación. Tomo I.



Capítulo I

El hombre, su medio y su origen

La época del general Domingo Sifontes, como todas las épocas, tiene sus características peculiares, sus determinantes geográficos, sus localismos y costumbres donde juegan una función vital los factores económicos.

Para fines del siglo pasado y comienzos del presente, había para la economía rural de los pueblos del interior de Guayana, un alto nivel cultural. Nuestra fecunda escritora Lucila Palacios, en su última obra titulada *Espejo Rodante*, aprecia esa situación desde un ángulo descriptivo, casi familiar, como si les hablara “a la gente de la casa”:

Así como en Ciudad Bolívar durante mucho tiempo hubo un movimiento intelectual capitaneado por Tavera-Acosta, J. M. Agosto Méndez, Luis Felipe Vargas Pizarra, Luis Alcalá Sucre, el Dr. Escalona y más tarde el coriano Rafael Recao, cuyo órgano de difusión era la revista Horizontes; en Uputa conservaban la tradición literaria, además de los Cova Fernández, un grupo de distinguidas personalidades de las letras: José Ramón del Valle Laveaux, César d'Escriván, Eduardo Oxford López, José María Rizzo, Angel Enrique Osuna y Anita Acevedo Castro. Ya Trinita Casado mostraba su afición al periodismo aunque no colaboraba en el semanario upatense. Desde Tumeremo Matias Carrasco se mantenía en comunicación permanente con sus compañeros upatenses, talentosos y activos al mismo tiempo.¹

Así sucedía con Concepción Acevedo de Taylhardat, África Casado de Monsalve, Sandalia Siso, María Cova y muchas otras.

O sea, que hasta las mujeres de los hatos y de los pueblos dirigían periódicos y competían como poetisas dentro de un afán literario.

1 Lucila Palacios, *Espejo Rodante*, 1985, p. 71.

En El Callao circulaba la revista *Horizontes* desde 1879 cuando el general Celestino Peraza importó a crédito por medio de la casa de Cagnninacci & Liccioni una imprenta marca Washington. Esta revista *Horizontes* siguió circulando en El Callao y después trasladó su equipo directivo a Ciudad Bolívar. También circularon *El Cuarzo* y *Eros del Yuruary*. En Tumeremo, con la colaboración de Ramón Yáñez González, el poeta Carlos José Moreno y el bardo Matías Carrasco, circuló *La Campana*. En Guasipati, en esos días capital del territorio del Yuruary, circuló *El Liberal* y el *Correo del Yuruary* dirigido por el general Ángel Olmeta. Después vino otra imprenta importada por el general José Manuel Hernández mediante una suscripción popular y a través de la casa Dalton & Cía. Despertaron los diletantes, era lógico. Pero una marcada influencia de cultura clásica tenía varias formas de manifestarse en el nivel femenino. Muchos estudiosos atribuyen el hecho a que las damas de ese momento, en una especie de mercado cautivo, eran las que disponían de más tiempo en los hatos, porque los recios trabajos de la llanería y el conuco que signaban la economía rural de esos días, empezaban de madrugada y nadie sabía cuándo terminaban, requiriendo de los hombres un gran esfuerzo traducido en tiempo.

Se estaba en una especie de transición romántica porque en la economía semifeudal el tiempo anda despacio, la preocupación se estira y se sensibiliza, y, en esas lentas pulsaciones afectivas de la vida, los años se hacen largos y no son comparables con el acelerado ritmo de la vida moderna. Para comprenderlos habría que volver a nacer en aquellos tiempos.

Pero los fundos pecuarios tenían bibliotecas y el tipo de cultura europea ejercía gran influencia, como una especie de tentación obligante. Todos hablaban inglés y francés. Se pagaban profesores privados que daban clases hasta de astronomía en el hato y por eso Miguel Ángel Odremán descubrió una nueva estrella que le fue universalmente reconocida con toda su secuela de prestigio estudioso.

El observatorio de Berlín la bautizó “Estrella Simón Bolívar”. Esto ha desaparecido hoy por razones lógicas de facultades, de caminos y distancias.

Por dificultades de tráfico con Caracas, los muchachos guyaneses eran educados en Europa o en la cercana Isla de Trinidad que en un tiempo fue venezolana y hasta capital de Guayana en tiempos de Antonio de Berrío. Y así nuestra, hasta 1796.

A los muchachos que regresaban de vacaciones se les notaba un gran interés por la geografía universal. Cualquier muchacho dibujaba un mapamundi y sacaba una “regla de tres” o de “falsa posición”. Era la época de charadas en familia y se competía en agudeza de razonamientos.

El tiempo había cambiado del absolutismo español y del absolutismo misionero. Se fundían los tiempos y los idiomas. Todavía se sintió el anclaje de la tradición. La gente del campo cantaban “corridos” de origen europeo que se los aprendían de memoria y que eran sin duda, compuestos por profesores respetuosos de los sucesos reales o de las fantasías históricas como *La Canción de Rolando*, el galerón de *Fierabras*, de Carlo Magno o de Ricardo de Normandía. Quizá no queda hoy una sola persona que recuerde un “corrío” de esa época. En “Las Cosoibas”, el viejo Pancho Delgado con su maravillosa voz se hizo célebre cantando esos clásicos que pretendían quizás arraigar el sentimiento español en esa atractiva forma artística. Esto iba aparejado con el canto de coplas importadas, realistas, conservadoras y, algunas de naturaleza revolucionaria, han quedado para siempre. Toda esta mezcla que trató de aparecer como expresión espontánea del pueblo, produjo un arte autóctono en la improvisación relancina del llanero, de gran poder descriptivo, casi epigramático, de nuestra copla, en la cual se fueron fundiendo los motivos clásicos.

La permanente presencia de familias corsas e inglesas eran ingrediente poderoso en la agreste circunstancia cultural. la gente de

más baja cultura mezclaba estos idiomas y formaron el patuá, en el podían insultarse sonoramente y a larga distancia sin que ningún prejuicio denunciara sus intimidades.

La gente viajaba mucho. Mi abuelo paterno, Leonardo Valentín Cabrera, arrendatario de terrenos baldíos que luego pasaron a ser del Colegio Nacional de Guayana en el sitio denominado “El Guarán”, inmediato a Tumeremo, se casó en París con Ana Nier. Mi padre, Valentín Cabrera Nier, nacido también en el fundo pecuario “El Guarán”, estudió y se graduó en París de ingeniero industrial y vino a encargarse de toda la maquinaria del ingenio azucarero que teníamos al pie del Cerro de Nuria, llamado “Las Nieves”, donde ya el ruido industrial había herido de muerte la clásica lentitud del feudo.

En Francia estudiaron todas mis tías paternas. Esos viajes a Europa casi se convirtieron en ley, especialmente en los días de la efervescencia del oro en El Callao y del saludable impulso económico que para el comercio produjo el caucho o balatá.

El escritor guerrero y hombre de riesgosas aventuras, general Celestino Peraza, describe en su obra *Los piratas de la sabana*, refiriéndose a la sociedad de El Callao que:

En efecto, en aquellos lugares no había pobres, en el lato sentido que el Diccionario de la Lengua interpreta esta palabra. El más infeliz podía vivir cómodamente de su trabajo personal y sin mayor esfuerzo, por la escasez de brazos y abundancia de obras existentes en aquella zona; y a fe que muchos empleados públicos y privados, de actualidad, se encontrarían holgados si gozaran de la asignación diaria que para entonces ganaba el último de los jornaleros del Yuruary.²

Figuremos un gran triángulo equilátero entre El Callao, Nuria y Tumeremo. En El Callao, el retumbo cosmopolita y confuso de los pilones de cuarzo aurífero; al pie del Cerro de Nuria el incipiente movimiento industrial del ingenio azucarero que marcaba la

2 Celestino Peraza, *Los piratas de la sabana*, Tipografía R. A. García, 1905, p. 60.

invasión de las primeras máquinas complementando la agricultura; en Tumeremo, el ámbito aparentemente pacífico de las explotaciones pecuarias a cuya sombra, como una rémora, prolifera siempre el sentir justiciero como motivo del brote revolucionario.

Es en este ambiente pastoril del fundo “La Carata” inmediato a Tumeremo, en uno de los tantos años de transición política, 1834 con Andrés Narvarte encargado de la Presidencia de la República, cuando nace Domingo Sifontes y llegó a ser, como era natural, un llanero ilustrado.

Un llanero, en la interpretación guayanesa donde los terrenos son quebrados, no significa que había nacido en tierra llana, sino ser un hábil conocedor de los trabajos de llanería, dominar un toro con más maña que fuerza, amansar y educar un caballo cerrero, manejar con destreza el lazo a pie y a caballo donde se requieren rápidos reflejos en convergencia veloz de tiempo, fuerza y espacio, para atrapar con la soga en el preciso momento en que cruza el animal perseguido.

La calidad de un buen llanero dependía de la habilidad con que realizara su trabajo, cosa que, aunque aparentemente sencilla, en algunos lleva muchos años de aprendizaje y es necesario advertir: gran cantidad de hombres que trabajan el llano, a veces mueren de viejos, sin haber llegado nunca a ser lo que se llamaba “un buen llanero”. Es como un jugador de billar que no por ser viejo en el oficio y ejercitarse, llega a tener un conocimiento cabal de ángulos y proporciones que otros dominan subconscientemente y sin conocer la fórmula física, saben por la práctica que el ángulo de incidencia es igual al ángulo de reflexión, cosa que les confirma su “tanto de bola” y el rebote de la banda. De allí que dominen el “piquete” y logren en determinados casos el piquete al revés que se trae la bola en retroceso, como imantada, en la punta del taco. El coeficiente de inteligencia llanera se perfila en estos trabajos naturales como en cualquier otra ciencia. Es un trabajo rudo que siempre se menosprecia, primero, porque se supone que se puede realizar con

muy baja cultura, y segundo, que sólo se requiere sentido común y fuerza bruta. Y no es así. Se requiere iniciativa, inventiva, inteligencia nata, buenos reflejos y habilidad especial, además de cierta capacidad de valentía. El buen llanero es capaz de inventar recursos de emergencia cuando el momento lo reclama. Es capaz de fabricar con ingenio todo lo que el hato necesita, desde las sillas de montar, sus riendas de cuero estilizadas, con sus nudos “de rienda” en el centro y “de piña” en los terminales; torcer los cabestros o cabrestos de crines de caballos; preparar látigos y manecas que llevan también su tipo de nudo apropiado que no se suelta con los brincos de los animales y que son fáciles de quitar cuando uno así lo desea; sacar las sogas del cuero de la res cortando del centro hacia afuera y torcidas hacia la derecha si el usuario es “zurdo” o lo contrario si no lo es, para que la soga no se le destuerza ni le resulte una “vueltazurda” en el lazo al “tramolearlo” en el aire. Todo esto siendo siempre consecuente con su refrán y su filosofía de que: “del mismo cuero salen las correas...”.

También muchas otras cosas prácticas e ingeniosas le toca hacer al llanero conformando un todo armónico donde se vencen las limitaciones del momento y se saca el mayor provecho del apuro.

Este tipo de llanero de esa época ha desaparecido: el hombre que sin fijarse mucho comprende el lenguaje y la intención de los animales; el hombre de la malicia necesaria para vivir en el medio rústico; el hombre rudo que rastreaba y perseguía hasta matar al tigre predador y que montaba al caballo salvaje con sensato acoplamiento y hazañosa sencillez; el que conocía el lenguaje de los animales, ese ha desaparecido con la simple modificación de su ambiente.

La presencia del alambre de púas necesario para apotrerar los ganados y para clasificarlos, introdujo el sistema novedoso que afligió al llanero atronado que gustaba de competir en sabana, en barotales, donde él personalmente tenía que detener al animal. Técnicas avanzadas revolucionaron la ganadería con mayor sentido

de humanidad y buena economía y, el llanero audaz y asombroso pasó a ser una figura mítica de leyenda.

Los pueblos del comercio y centros de reunión en ese rincón de Guayana eran El Callao, Guasipati que pasó a ser capital del territorio del Yuruary y Tumeremo. El transporte personal se efectuaba en coche de caballos para los que disponían de tal vehículo. Cuando no, se recorrían las distancias a caballo en agradables bestias de buen caminar que rendían dos leguas por hora. Cuando se trataba de llevar carga se usaban los ruletas, carretas de bueyes de dos ruedas que eran construidas en el hato de buena madera de corazón de “yopo” o de “majomo”, importando sólo el eje del hierro macizo, las llantas de acero para las ruedas y las bocinas para que dentro de ellas, las puntas de eje aplomadas y engrasadas giraran interminablemente. Para largos viajes se usaban los wagones³ de cuatro ruedas a los cuales se les pegaban enyugados hasta siete yuntas de bueyes, se les construía una carroza lateral de palmas de moriche y se protegía de la intemperie con un encerado de lona por caballete. Los bueyes son adiestrados y tienen sus nombres a los cuales obedecen cuando ya están prácticos. La primera yunta que es veterana del camino y de los pasos difíciles se llama la “gayanera” y sus dos bueyes atienden individualmente el grito del carrero y así saben si deben coger a la izquierda o a la derecha, pues para esa enseñanza pasaron por la experiencia dolorosa de gritos y clavos de garrocha. Así también atiende la yunta que va en el timón (la timonera) que entre los dos bueyes se pelean el espacio y miden con gran precisión el centro del portón por donde debe pasar, sin tropezar, el carretón. Toda una admirable veteranía profesional.

En Guayana el ganado llenó una función social y allí no se vio como en otras partes del llano, el barajuste absurdo que se llamó “la desjarretadera” para dejar perder la carne cuando el cuero y la grasa valían más que el tasajo y para abreviar tiempo se le cortaba

3 N. del E. se refiere al nombre dado a carros transportadores.

“el garrete” (tendón de Aquiles) a la res para que cayera al suelo y allí descuerarla. Práctica ruinosa que en otros lugares constituyó un criminal desorden que fue difícil de contener.

Dueños de estas wagoneras cobraban el flete y trasladaban pesada maquinarias hasta las minas, como las grandes piezas macizas de los molinos del cuarzo. Llevaron también todo el pesado material de motores y calderas .del ingenio azucarero de “Las Nieves”. La carga de un ruleto era de 30 quintales y la de un wagon de cuatro ruedas, de 60 quintales. Estos carros gastaban normalmente 15 días en las 80 leguas entre San Félix y Tumeremo, pero a veces, en crudo invierno con los ríos crecidos llegaron a gastar tres meses en el recorrido. Los más destacados dueños de las wagoneras que disponían de gran cantidad de bueyes mansos de relevo escalonados en el camino, fueron don Pipito (Felipe) Manzanares y don Rafael Lezama.

Después vendrían los carros de mulas, más pequeños, rápidos y sonoros porque cada mula llevaba un cencerro bullanguero que la anunciaba a distancia, y que servía a la vez para ubicarla en su escondite de mañosería cuando ella misma creía que se les había perdido en la noche.

Desde mediados del siglo pasado y comienzos del presente, un buen llanero ganaba cuatro reales diarios más sus tres comidas a base de carne de ganado, aunque a veces no tenía tiempo sino para dos comidas al día. Tenía libertad de guardar diariamente sus “postreras” para tomársela al regreso de la sabana. La “postrera” consistía en leche que guardaba en una totumita sobre un arito de bejuco que se colgaba del alero del caney de ordeño. Se le llamaba postrera (quizás costumbre española) por ser la última leche de la vaca que ordeñara y que se supone ser la de mayor contenido de grasa. Para esos días el precio de una vaca giraba alrededor de los seis pesos y una libra de buen queso con toda su crema valía un real. Los precios han venido variando. En la Asociación de Ganaderos del Estado Bolívar de la cual fui presidente, hay una carta del exportador de ganado, don Virgilio Casalta, que se explica por sí misma, dice así:

Dr. Antonio Bello, Presente. Distinguido amigo:

En vista de que en los últimos tiempos he venido sufriendo pérdidas en mi negocio de exportación de ganados, no podré seguir pagando el precio de siete céntimos por libra por novillo de mil libras pastoreado y embarcado por cuenta del vendedor. El precio que registrá de hoy en adelante es el de SEIS céntimos por libra, cosa que participo a Ud. y a los demás ganaderos para que estén informados.

(Firmado)

Virgilio Casalta.

Cd. Bolívar, agosto 4 de 1936.

O sea, que un novillo de mil libras, traído a Ciudad Bolívar, pastoreado los días que fueran necesarios para esperar la oportunidad de embarque por cuenta del vendedor, valía la cantidad de setenta bolívares y ahora pasaba a valer sesenta bolívares. En esos días que se extendieron hasta 1945, se exportaba ganado a las Antillas incluyendo a Cuba. Precisamente, en el año 1924 don Pedro Battistini vendió en sus hatos de La Tigra y San Felipe a Francisco Sueiro, mil toros para llevar para Cuba al precio de cuarenta bolívares por animal.

Al ganado criollo se le notaba ya cierta degeneración consanguínea y el extranjero Salvador Rústice, criador de las orillas del Yuruary, empezó a traer desde Trinidad ganado del tipo Cebú, como dice la Historia que hizo Crespo después. El nuevo tipo de ganado dio un buen rendimiento de cruce, se aclimató bien. Rústice fue imitado por muchos criadores guyaneses que transformaron sus rebaños en cuanto a precocidad, rusticidad y cantidad de carne por animal. Los padrotes importados, animales mansos, venían con argollas en la nariz. Traídos de diestro por algún culí desde San Félix y sus alimentos para el camino venían en los ruletas o wagones de carga, cuyas jornadas coincidían. Así empezó a mejorar temprano el ganado guyanés.

El campo, el conuco, el trapiche de bueyes o caballos para el papelón, la leche y la carne completaban la dieta diaria en el núcleo

social campechano, pero nuestro hombre rural que siempre aspiró a algo mejor, tenía un comportamiento malicioso y se hizo desconfiado, refranero, reticente, chistoso, exagerando siempre los hechos y menospreciando las distancias: “Allí mismito”, podía ser todo un día.

Al hato acudían los maestros de escuela como algunos profesores de música y pintura. Por figurines europeos las damas tejían sus manteles, sobrecamas, cortinas y vestidos. La equitación femenina en bestias especiales era sólo un deporte en el cual competían en destreza y ligeras acrobacias. Algunas muchachas, por diversión, ayudaban en la búsqueda de algún rebaño cuando no había que hacerle frente a alguna recia intemperie.

Por lo regular el ganado era trabajado por el grupo de llaneros y esto creaba una relación social de gran interés. Se perfilaba la coherencia de compañeros entre dueño y peón que descartaba todo trato servil. En estos sitios de producción no hubo nunca esos tambores de enervante monotonía ni las canciones de un solo verso que parecen solazar al primitivo. El mestizaje dio otro compás a la vida llanera y un ritmo propio, alborotado como una Jota aragonesa, así presuroso y febril, se metió en la escala musical y jaropeó los patios entunados. De allí surgieron variantes expresiones típicas de la vida independiente del llanero.

La mutua cooperación en la misma tarea hacía que se emularan unos a otros y el dueño pasaba a ser el efectivo más hábil, quien a nadie podía imponerle una tarea que él fuera incapaz de realizar personalmente. Allí se ponía de relieve el prurito de la hombría que estimula la voluntad, que desafía la audacia y que a la vez se ofrece generosa cuando de esfuerzo se trate.

El llanero tiene “sus” vacas de ordeño a las cuales él mismo les pone nombres antes de amansarlas. Así tiene “sus” caballos de silla que cuida con esmero y con marcado cariño. Nadie puede “echar” una vaca de las que ordeña otro llanero ya que él mismo para hacerlo de acuerdo al grado de mansedumbre del animal, tiene su forma especial de abordaje pues, la vaca tiene que estar contenta para apoyar

la leche, guardando siempre las proporciones entre lo que se llama una vaca de patio y una vaca de corral. Aquí hace mucho el canto del ordeñador consonando siempre con el nombre de la vaca ya que en cada terminación ella oye sonar su nombre o su consonante, a tal punto que a veces la vaca maliciosa para identificar bien al ordeñador si le ha extrañado la voz, le huele la mano derecha cuando le va a enjear el becerro en la pata delantera.

El hecho de no tener tareas marcadas, más la libertad de montar sus caballos preferidos, le imparte un aspecto festivo y voluntario al trabajo llanero dentro de la recíproca cooperación del grupo. Hay un sentimiento de base que forma el equipo de trabajo donde cada cual sabe tornar su puesto y asumir su responsabilidad.

El llanero alegraba el ambiente con sus chistes aunque debía ir viendo los rastros que se produjeron en la noche y marchar en cauteloso silencio para no anunciarse a distancia trabajando rebaños cerriles en aquella euforia o competencia. A veces se repetían los mismos cuentos que eran nuevamente celebrados con el viejo entusiasmo de la primera vez. A veces eran tolerados dentro de la simpleza particular del momento. Un chiste viejo vuelve a calar si el momento es oportuno y el propio caso lo pide. Eso lo siente el llanero en el terreno corno sentir cuánto caballo le queda entre las piernas para calcular la resistencia, el ritmo y la distancia que falta.

Cuando el caso lo reclamaba por técnica de arreo de alguna “madrina” altanera o porque se le ponía de “cabrestero” guiando el rebaño, el llanero daba rienda suelta a sus coplas que lo hacían sentirse feliz “echando” al aire sus pesares o sus alegrías sin respetos ni temores. Una buena voz de bajo o de barítono bien manejada en el aire palabreando alguna filosofía popular creaba una admiración que se sentía en el silencio y hasta los animales parecían entenderla, la inteligencia salvaje se revelaba sola.

Lo que parece un trabajo simple y rutinario tiene inesperadas variantes que borran la monotonía y desafían el juicio, establecien-

dose una camaradería que abarca la sencilla satisfacción del llanero a tal punto que éste se pega del trabajo y siempre sobresale contento, sintiéndose hombre, porque Dios no dijo: “Dios y Hombre” como popularmente se alega, sino “Dios y Hombre Llanero...”. Pues para el llanero los otros... hombres no sirven mucho y el “patiquín” no sirve nada.

En este medio fue levantado Domingo Sifontes, con libertad de acción como dueño y como peón, como persona responsable, quien como tal, sentía la obligación de dar su aporte a la lucha de la sociedad por superar niveles, especialmente en la región en que vivía. Esto es: que daba ganoso esa especie de tributo tácito que exige la nacionalidad a las personas sensatas y generosas, pero que debe establecerse espontáneamente y surgir de la propia iniciativa, como expresión de su acatamiento al orden social o su deseo de mejorarlo para el bien común.

Domingo Sifontes realizó esfuerzos progresistas por propio dinamismo, a sus propias expensas y con riesgo de su propia vida, aprovechando un prestigio de buen ciudadano que con el tiempo fue sembrando en el medio ambiente. Su generoso espíritu fue siempre de trabajo desinteresado y con elevadas miras sociales sin esperar recompensa alguna. Nunca puso “peros” ni reparos a las dificultades para lograr su objetivo. El “Creía...” como lo expresa el ilustre y cultivado doctor Luis Felipe Vargas Pizarro al pronunciar la Oración Fúnebre ante su cadáver en El Callao en enero de 1912:

Creía en la verdad de la república y se esforzó por verla establecida; creía que la Patria de Bolívar y Sucre estaba llamada a gloriosos destinos, y yo sé que hubiera dado toda la sangre de sus venas por verla surgir radiante y transfigura de en medio de nuestras miserias políticas; él creía, en fin, en el apostolado de la razón y combatió cuanto estuvo a su alcance el poder de las preocupaciones, convencido de que la ignorancia de las masas es un medio propicio a todas las tiranías y atmósfera irrespirable para la libertad.

La familia Sifontes es de origen canario, gente laboriosa que se vino de Santa Cruz de Tenerife y en Venezuela se asentó en Aragua de Barcelona donde iniciaron sus trabajos agropecuarios. Aragua les ofrecía una temperatura ideal para el trópico, situada a unos 75 kilómetros de Barcelona, con una grande y fértil selva inmediata a orillas del río Aragua. Este lugar era más que atractivo, era invitante para la gente conocedora del campo. Los canarios, según su fama y su trayectoria, eran gente sana a diferencia de los españoles que exhibían desplantes de conquistadores y aspiraban a una condición dominante en el núcleo social persiguiendo la riqueza fácil. Eran tipos sencillos, honrados y confiables. Huella que dejaron honrosamente y para siempre en Venezuela mientras fueron absorbidos por la sociedad.

A los Sifontes mientras vivieron en Aragua les tocó la difícil experiencia de 1814, finalizando la Segunda República, de que allí se diera una espantosa batalla donde fueron fusilados todos los prisioneros patriotas y, según dice la española *Enciclopedia Espasa*:

La campaña se distinguió por un hecho increíble y sin igual en la Historia: A los fusilados y aún a los habitantes pacíficos que se encontraban en las calles o en los campos, se les cortaron las orejas, mandándolas a Cumaná, en donde los comerciantes de esta plaza las clavaban en las puertas de sus tiendas o se las ponían en los sombreros como escarapelas, que, como dice un historiador al relatar el hecho, eran trofeos de Cafres.⁴

Por cierto que la citada enciclopedia tiene un error cuando da la fecha de dicha batalla en “marzo de 1813”, víspera de días gloriosos de la Campaña Admirable de Simón Bolívar en Venezuela que se inició en San José de Cúcuta el día 14 de mayo de 1813 y el Libertador estaba presente en ese infortunado combate de Aragua de Barcelona que tiene lugar cuando la emigración a Oriente, en 1814.

4 *Enciclopedia Espasa-Calpe*, Tomo V, Madrid, 1972, p.1192. (Es conveniente explicar que esta palabra “Cafres” se refiere al salvajismo primitivo africano, crueldades extremadamente bárbaras).

Los Sifontes como humanistas eran estudiosos y revolucionarios, partidarios de la nueva patria que los acogía. No sabemos hasta a dónde puede haber llegado el trauma de la batalla de Aragua en la manera de pensar de la familia, su pariente muy cercano, Pedro María Freites, fue inmolado en la toma de la Casa Fuerte de Barcelona. Quizás esto explique en parte el desplazamiento hacia Guayana y hacia el Centro y aún aquí podría nacer la tendencia democrática del general Domingo Sifontes, sentimiento que quizás le fuera transmitido por su padre don Manuel Antonio Sifontes. En la familia Sifontes se encuentran frecuentemente los nombres Manuel Antonio, Domingo Antonio, Doña Manuelita, Agustín Antonio, sin duda, todos fervientes devotos de San Antonio. Aragua de Barcelona fue el eje y centro de la familia, desde donde la célebre, prestigiosa y muy querida Doña Manuelita, irradió su personalidad y su condición de gran matrona. De allí se produjo la disgregación. De este grupo se destacó como docto en filosofía y letras el Dr. Jesús María Sifontes, quien fundara el 20 de abril de 1883 en Caracas el Colegio Sucre (de Romualda a Manduca), donde estudió primero y después fue profesor, nuestro insigne novelista, don Rómulo Gallegos. A la muerte del Dr. Jesús María Sifontes, este conocido colegio fue regentado por el Dr. J. M. Núñez Ponte, de gratísima memoria.

En el Ejército Libertador figuran como oficiales subalternos, citados por Landaeta Rosales, Tomás Sifontes y José Ignacio Sifontes. Sinercio Sifontes de Tumeremo que se enlista en la División Roscio y pelea en Buena Vista de Orocopiche, se nos pierde en la historia después de la guerra Legalista, quizás como comandante de la columna Lara, se quedó en su puesto militar y no regresó a Tumeremo. Braulio Sifontes aparece en la *Gran Recopilación* de Landaeta Rosales⁵, como Jefe de la Marina Venezolana y otro Jesús María Sifontes, que no es el fundador del colegio Sucre (ya

5 Manuel Landaeta Rosales, *Gran recopilación geográfica, estadística e histórica de Venezuela*, Tomo II, Caracas, Banco Central de Venezuela, 1963, p. 65.

nombrado) figura en la misma estadística como graduado en Teología el día 23 de septiembre de 1882.⁶

Es de suponerse que los Sifontes como expertos del campo y capaces de producir, exploraron la región de Guayana hasta su fin y encontraron las ubérrimas tierras adyacentes a Tumeremo, pueblo que fue fundado por los frailes catalanes en 1788 bajo el nombre de “Nuestra Señora de Belén de Tumeremo”. Fue establecido con el fin de formar el hato común, pues ya se anunciaba en la correspondencia en que pedían el permiso a la Superioridad desde 1786, que ya estaba sobrepastoreado el hato de la Divina Pastora donde había prosperado tanto el ganado vacuno como el caballar.

Aconteció que Miguel Marmión, sucesor de Antonio de Pereda como comandante Gobernador de Guayana, se disgustó por la fundación del nuevo pueblo y así lo expresa en su informe sobre Guayana que reproduce el Capuchino Buenaventura de Carrocera⁷. Sin embargo, los religiosos obtuvieron de la Superioridad aprobación definitiva y el Gobernador Marmión se dio por molesto y protestó ante el Consejo de Indias. Por lo menos consiguió que le afirmaran a él que no fundarían sin su autorización. En 1790, ya para ausentarse Marmión hizo su última exposición al Rey, protestando de nuevo contra la fundación de Tumeremo, habiendo actuado los misioneros en contra de su voluntad. Recalca una vez más que todo sucedía por defecto del gobierno de Las Misiones que estaban “bajo un método arbitrario, no sujeto a reglas fijas ni ordenanzas, que eran necesarias”. El ganado no se trasladó a Tumeremo.

El pueblo debe de haber sido fundado con indios guaicás y arhuacos, muchos de los cuales huyeron lentamente hacia la selva inmediata y fueron reemplazados en parte por otros habitantes.

6 *Ibid*, p. 126.

7 Buenaventura de Carrocera, (Antonio Rabanal de la Hoz), *Misión de los capuchinos en Guayana*, Tomo I, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1979, p. 69 (sexto inciso).

Así desaparecieron muchas otras misiones. Una cita de Marco Aurelio Vila⁸ que toma de Ríonegro dice que Tumeremo en 1790 contaba con 351 habitantes, para 1816 reunía 632 y una cita del *Diario* de John Princep dice así:

Tumeremo fue la última misión establecida en estos lugares; su fecha 1788; prosélitos de la tribu Guayana. Población en 1803 sólo 416. Casas unifamiliares en número de 63. Iglesias y edificios conventuales construidos paralelos y adyacentes, pero los últimos muy expuestos al sol. Jardín grande de excelentes naranjas. Actualmente el ganado es el principal producto de Tumeremo. Aparte de las reses que hay aquí, se han enviado tres mil a San Miguel. El suelo alrededor susceptible de altos cultivos y bien adaptado para el arado, aunque no tan rico como en algunas otras partes. Un camino parte de aquí a Cura hacia el Sur-Este, la cual Misión ha sido últimamente abandonada; no quedaba a gran distancia del Cuyuní, uno de los tributarios del Esequibo, y era de las últimas fundadas: Su fecha 1782. Avechica y Currucay establecidas en el mismo período, han sido también abandonadas. En 1818 la población de Tumeremo se ha reducido a 286, a saber: hombres 35, mujeres 125, niños 125. La de Miamo 405, a saber: hombres 25, mujeres 250, niños 130. Cura parece que fue abandonada hace apenas pocos meses, y la mayoría de los indios se fueron a la selva.⁹

Comenta Julio de Armas citando a Armas Chitty:

Un día cualquiera llegaba el capitán poblador, clavaba cuatro horcones y elegía la casa; cercaba un cuadro de tierra que destinaba al corral. Inmediato a la casa construía el oratorio donde instalaba la efigie de un santo, patrono del sitio. Y las reses colonizaban la zona.¹⁰

8 Marco-Aurelio Vila. *Síntesis geohistórica de la economía colonial de Venezuela*, Caracas, Banco Central de Venezuela, 1980, pp. 322-23.

9 John Princep, *Diario de un viaje de Santo Tomé de Angostura en la Guayana española a las misiones capuchinas del Caroní*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la república, 1975.

10 Julio de Armas, *La ganadería en Venezuela*, Caracas, Ediciones del Congreso de la República, 1974.

Sin embargo, en Tumeremo no pasó así. Marmión no dejó pasar el ganado y ya hemos comentado el informe de Princep que dice que de Tumeremo acaban de pasar tres mil reses a San Miguel (que debe ser El Palmar). Los Sifontes aparecen en Tumeremo con ganado y de acuerdo a la cita que hace el Dr. Julio de Armas en su historia de *La Ganadería en Venezuela* “La célebre Micaela Risso Machado, los Ron, los Berroeta, los Salvatierra, los Sifontes y tantos otros, desde 1750 venían dedicados a la cría de ganados”.¹¹

En el libro tercero de *Misión de los capuchinos en Guayana* que publica el padre Buenaventura de Carrocera con la anuencia de la Academia Nacional de la Historia, aparecen varias y bien documentadas descripciones de la fundación y particularidades de Tumeremo.

El día 6 de febrero de 1817 se apoderó Piar de Upata y seguidamente de todos los pueblos misionales. Las relaciones públicas obedecen a otro orden de cosas como es lógico suponer.

En Tumeremo se había construido una iglesia en la esquina suroeste de la plaza. Esta iglesia duró hasta los años 20. Yo conservo una foto del entierro de Pedro José Fernández a quien Alamilla Ramos y Alejandro Noguera asesinan en 1920. Después, el año 24 vi al padre Jaime Olivera, haciendo él mismo de albañil construirle un nuevo frente con un arco ojival donde hizo un nido un pajarito que provocó un concurso poético que ganó Matías Carrasco. Luego, los fieles de Tumeremo iniciaron una colecta que llegó a Bs. 80.000,00. Este dinero le fue entregado a un tal Palumbo para construir una nueva iglesia que se derrumbó en el proceso de armarla y el Gobierno de esos días con el ingeniero Germán Lange hizo en 1958 la que actualmente existe. Diagonal a la iglesia construyó el ebanista don Carlos Carvallo quien casó con Santiago Olbrera, una gran casa con techo de zinc donde han vivido las familias Carvallo y Zambrano pasando por ella varias generaciones. Diagonal con la plaza en su esquina noreste, construyó Manuel Antonio Sifontes la casa donde

11 *Ibid*, p. 185.

vive hoy Napoleón Figarella y que conserva en una de sus ventanas los rastros del disparo que con perdigones le hiciera Camilo Ara al conde Antonio Cattáneo en 1920.

Es de suponer que las casas construidas dando un cuadro a la plaza, habrán sido las primeras casas construidas por familias que se arraigaron en ese pueblo y a eso debe referirse Princep cuando habla de grandes jardines de maravillosas naranjas, pues como el terreno no era escaso se hacían grandes jardines de frutales. Detrás de la casa de Sifontes cercó hasta la otra esquina Asunción Cabrera, casado con Amalia Trujillo. No sabemos con exactitud cómo se instalaron los Sifontes en Tumeremo, pero la primera concesión fue para Manuel Antonio Sifontes, no de otra manera se explica que el Pueblo quedara incluido. La primera forma de tenencia de la tierra fue mediante arriendo y luego se adquiere en propiedad el terreno en 1883 por medio de la compra global que hiciera don Antonio Liccioni de las 379 leguas y 921 hectáreas que estaban adjudicadas al Colegio de Guayana. El precio de esta compra fue de Bs. 600.000,00 en oro.

Ya como dueño del terreno, hace Manuel Antonio Sifontes la donación al pueblo para sus ejidos. En esos días el precio normal de una legua de sabana, legua española de cinco mil varas raíz, era de 125 pesos (Bs. 500). De acuerdo a la nota de Liccioni que se hizo pública y que figura en mi obra *La Guayana del oro y don Antonio Liccioni*, la extensión vendida a Manuel Antonio Sifontes fue de dos leguas con ocho décimas de legua, donde fundaron el ható “La Carata”.¹²

A la entrada de Tumeremo por el oeste, antes de pasar a Miriquirno, en el sitio que fue llamado “La Mendoza”, donde había una gran laguna que no se secaba nunca, se ubicó, también bajo arriendo primero y después por compra, el general José Vintila

12 Horacio Cabrera Sifontes, *La Guayana del oro y don Antonio Liccioni*, Caracas, Ediciones Centauro, 1984.

Navarro, hombre de muchos recursos financieros que fue después empresario de balatá por la zona del Nichare en el Caura y que llevaba grandes negocios con la casabanca de Ciudad Bolívar conocida como Blohm & Cía. establecida en 1843 por George Blohm y C. A. Gallert y que giró primero bajo el nombre Wupperman & Cía.

Los hermanos Leonardo Valentin y Asunción Cabrera fundaron y compraron “El Guarán”, espacio de más de cinco leguas que se extiende hasta las estribaciones del Cerro de Nuria que se divide de Tumeremo. Las sabanas actualmente conocidas como “Buena Vista”, cerca del río El Guarán, estaban ocupadas por los Delgado y en la parte llamada “El Recreo” tenía una gran casa colonial de tejas y corredores.

Por el lado sur de Tumeremo fundó el general Francisco Yrureta con punto de posesión en “Buenos Aires”, fundo que fue en aquella época un emporio de frutales y jardines de lo cual queda todavía rastro en el lugar. Este último propietario empezaba junto a “El Crucero”, donde estaba el botalón del lindero del Pueblo.

En Tumeremo, colinda la sabana con la gran región selvática que por un lado se extiende hasta el Brasil y por el otro a la zona en disputa con Guyana, que nos fue sorpresivamente usurpada con actos de piratería “diplomática” por el imperio británico, cada vez que Venezuela tenía conflictos internos, hasta que se produjo el choque con el general Domingo Sifontes que se conoce como “El Incidente del Cuyuní” que comentaremos más adelante.

Al pie de la serranía de Nuria había tierra negra de migajón que rinde frutos excelentes. Con sólo apreciar el estado natural de los ganados, se podía reconocer, fuera de toda duda, la buena calidad de los pastos que era la misma paja “saeta” de ahora pero que hoy carece de nutrientes y se hace indispensable sustituirlos por pastos nobles de mayor rendimiento.

En un informe enviado a España dice un Capuchino misionero que los pastos son excelentes y se le “parecen mucho a las yerbas

de Normandía”. Quizás este observador lo que vio fue el pasto “lamedora” que es un pasto muy suave y rico en proteína pero que es sólo de costa de Orinoco y sólo se puede utilizar cuando baja el agua, o sea: un pasto de área muy reducida y específicamente del verano. El mejor pasto nativo en Venezuela es la gamelotilla, nace entre la paja “saeta” pero sus retoños son muy perseguidos por el ganado y cada día se ve menos. En los terrenos que se deforestan para conuco, nace espontáneo el carrizo, gamelote tuyero o *panicum maximum*, de gran potencia engordadora. En Guayana ya había otro pasto traído por los españoles que se llamó “Tupuquén”, por ser allí, cerca de El Callao, donde primero se sembró, pero el llanero en sus apreciaciones gráficas lo llamó: “Cola e vaca”, pues a eso se le pareció. El primer nombre oficial fue el de “Paja Conquista” pero esa ironía se disolvió en el ambiente republicano. Se trataba de un pasto invasor procedente del África y rindió excelentes resultados. Con el paso del tiempo y la quema sistemática de las sabanas todos los años, la fuga de la capa vegetal de la tierra y los torrenciales aguaceros que se llevan las cenizas arrastradas al primer zanjón, este pasto presenta hoy en algunas partes un aspecto ruinoso y muchos lo llaman “Paja Coneja”, leñoso y malo, al punto de que algunos creen que se trata de otro pasto. Pero hablando de esto me dijo don Felipe Manzanares, gallarda persona de grata recordación y de gran experiencia en ganadería y en el manejo de wagones de carga, a la vez que dueño del hato “Santa Cruz” en el camino de Guasipati, que él pasó 35 años viajando en una mula por ese solo camino y había observado con dolor el proceso degenerativo de la paja “Tupuquén” que antes había dado tan buen resultado y que había sido la base de su fortuna. Con la variación negativa de la fertilidad de la tierra este pasto se hizo de un gran contenido de celulosa que requiere para ser digerida, más energía que la que ella le produce al animal y esto explica su flacura especialmente en verano.

Fue en el sitio denominado “La Carata”, nombre de una palma de abanico muy conocida y ante la perspectiva de una inmensa planada de pasto “tupuquén”, donde se ubicó don Manuel Antonio Sifontes, que es el padre de nuestro biografiado, que llegó a ser general y, de otro Manuel Antonio Sifontes que aparece en la *Gran recopilación geográfica, estadística e histórica*¹³, como graduado en Medicina en la Universidad Central de Venezuela, el día 28 de diciembre de 1862.

Agustín Sifontes, primo o sobrino de este segundo Manuel Antonio Sifontes, se casa en Tumeremo con Eugenia Torres y de allí nace Agustín Sifontes Torres, que llega a hacerse coronel en la guerra Legalista y quien a su vez contrae nupcias con Mercedes Sthory Ducharne, de Maturín, de donde nacen en Tumeremo: Mercedes (La Pelona); Agustincito (El hombre verraco de Tumeremo) y Elisa Sifontes viuda de Ramón Daly, quien vive hoy en Tumeremo.

El general Domingo Sifontes contrae matrimonio con Eufemia Cabrera, de sus colindantes de El Guarán. De allí nacieron en La Carata y en Buen Retiro: Manuel Antonio Sifontes, a quien describe el Dr. José Eugenio Sánchez Negrón en su obra *El Colegio Federal de Guayana*¹⁴ como graduado de Bachiller en Filosofía y Letras bajo el Profesor L. Zuera, el día 16 de julio de 1856. Otro Domingo Sifontes que se accidenta a muy temprana edad; Mercedes Sifontes (mi madre) quien se casa con Valentín Cabrera Nier, de sus primos de El Guarán; Carmelita Sifontes, que se une en matrimonio con José Francisco Pinto Correa, del comercio de Valencia; Ana Beatriz Sifontes, quien contrae nupcias con Laureano Rojas, empresario balatero barcelonés y quien regentaba las oficinas de Lorenzo Pío Cerani; y, María Josefa Sifontes, quien se une en matrimonio a don Pancho Salge, comerciante de Upata y luego sempiterno juez de El Mantero.

13 Manuel Landaeta Rosales, *Gran recopilación geográfica... op. cit.*, p. 119.

14 José Eugenio Sánchez Negrón, *El Colegio Federal de Guayana en la casa del congreso de Angostura*, Editorial Roderick, 1979, p. 36.

Del matrimonio de Manuel Antonio con Simona Delgado, nacieron varios hijos, entre ellos otro Manuel Antonio Sifontes (Delgado), a quien mata por la espalda Claro Zamora en Tumeremo.

El general Domingo Sifontes era un gran organizador y un revolucionario nato y como tal participó en algunos breves movimientos insurreccionales en Guayana que tuvieron carácter local por reivindicaciones definidas que fueron logradas. La principal lucha contra el gobierno que iba aparejada al reintegro del territorio del Yuruary al estado Guayana, era la lucha contra el gobernador Dr. Pedro Vicente Mijares, quien quería reducir los arrendamientos de las sabanas a cinco años en lugar de nueve, y con pagos adelantados y no permitía inversiones. Mientras que algunos arrendatarios como los Cabrera de El Guarán, planificaban una gran inversión de un trapiche de motor y otras maquinarias para la fabricación de azúcar al pie del Cerro de Nuria donde se fundó la hacienda “Las Nieves”. Estos primeros choques tuvieron lugar los días primero de septiembre de 1876 en Guasipati con la participación del propio gobernador, quien dio por ganada la escaramuzo contra el general Nicolás Torrellas. La segunda escaramuza que Manuel Landaeta Rosales llama “Combate”, tuvo lugar el día 14 del mismo mes de septiembre, en el cual fue tomado Guasipati y se consiguió la promesa por medio del general Toribio Muñoz, de que el gobernador sería removido como en efecto lo fue. Pero los años del primer centenario de Tumeremo fueron en pie de guerra, pues el 1887, fueron de choques, y fue sólo en el año 1889 en que el general Sifontes que no guerreaba por oportunismo ni por puestos públicos, en una ceremonia solemne en su hato Buen Retiro, colgó su espada creyendo que, como dice el llanero: “Las cosas se habían enderezado”.

La hostilidad se mantuvo debido a una táctica del gobierno que abusando de la poca mano de obra que había en el lugar, ordenó mantener una recluta permanente especialmente del pueblo de Tumeremo. Así, quitándole los obreros a los hatos querían reducir las

reacciones contra la virtual dictadura de la época en que un presidente en el poder elegía él mismo a su sucesor, como pasó con Rojas Paúl y Andueza Palacio. Después vino la intervención de prestigiosos amigos como el general José Vintila Navarro y don Antonio Liccioni, presidente de la compañía El Callao, empresa que ninguna actividad política tenía, estaba precisamente en el auge mayor de su producción. El gobernador Mijares fue removido dejando una muy mala imagen en el Yuruary. Después del arreglo amistoso, de Tumeremo no salió más recluta sino la cuarta parte a la que por ley tenía que acceder. Quedaron libres los hombres del pueblo de esa persecución de asalto, sorpresiva, como que si hubieran sido delincuentes o desertores.

Después de estas intempestivas luchas se puso de relieve el carisma personal de Domingo Sifontes, su veteranía, sus tácticas y su prudencia para arreglar problemas como firme decisión de sus actos, quedó tácitamente reconocido como general.

En esos momentos y sitios cualquiera que se alzara contra el gobierno, podía llegar a ser general si tenía la suficiente personalidad y algunos grandes bigotes que aparecieran como “bastón de mando”. Por eso se hace aquí necesario diferenciar al general Domingo A. Sifontes de los generales “macheteros”. Y por eso, presentamos aquí pruebas facsimilares de sus cartas y “partes de guerra” que reflejan directamente su sólida cultura, lo bien definido de sus conceptos, su sencillez expresiva, su precisión de datos orientados al bien común y su extraordinario y sostenido pulso en la uniformidad de la letra, su impecable ortografía, que hace de cada una de sus cartas una admirable obra de arte.¹⁵

De estas luchas no recibió Sifontes ninguna utilidad personal, pero quedaba anotado bajo la temible ojeriza molesta del gobierno como elemento revolucionario, fiel a sus principios, prácticamente calificado como enemigo político del gobierno tirano de Guzmán

15 Véanse: Documentos Anexos.

Blanco que tantas variantes y “aclamaciones” cultivó. Por todo esto, cuando se generaban perturbaciones en el poder central, el general Sifontes tenía que “coger el monte”. Después, asentada la espuma revolucionaria, volvía de la montaña, a la vida de paz del fundo pecuario, a su biblioteca, a su violín y a sus trabajos de agricultura y ganadería. En un pequeño gesto suyo puede analizarse su condición de hombre previsivo y de intención siempre honesta; helo aquí: cada vez que el general Domingo Sifontes tenía que abandonar el hato, dejaba encargada una persona de toda su confianza para vigilar todo. Para que esta persona no apareciera en los libros como empleado o con algún interés en el hato, le dio secretamente un ganado a medias y a tal efecto elaboró y registró un hierro en que figuraban cuatro “S” enlazadas y se le llamó el hierro de las cuatro eses, sin que nadie supiera su significado. El hierro tenía esta figura:¹⁶ cuando esta persona de confianza murió, ya los tiempos habían cambiado pero la sociedad seguía. Hubo oposición para que Sifontes le hiciera entrega a los herederos de las reses que les correspondían. Le fue muy fácil convencer a sus familiares, en el registro del hierro, estaba explicado que las cuatro significaban Sociedad, Sana, Segura y Secreta. Y había llegado el momento de revelar el secreto.

En esa época la sinceridad llanera reconocía con algunos actos, el valor, la franqueza y ciertas habilidades que adornaran a una persona. El virtuoso Luciano Mendiri de El Corozo y Daniel Belisario que era también músico y vivía en La Malanga, compusieron para Sifontes un valse, que titularon *El amigo fiel*. Cuando le fueron a hacer entrega del trozo musical en el cual creían haber captado los más nobles sentimientos aún dentro del poder abstracto de la música, dramatizaron la entrega por partes, tocando Mendiri una parte mientras Belisario explicaba lo que se pretendía expresar, y la forma específica de los merecimientos de Sifontes como guerrero generoso y como fiel amigo. Esto se realizó en la casa de las Carvallo

16 N. de E. En la edición de 1988 aparece una figura con 4 eses enlazadas.

en Tumeremo que tenía espacio para un gran baile y para que el pueblo se enterara del hecho. Hubo cambio de sinceras palabras de parte y parte. Pero el viejo guerrero tenía un principio que hoy parece tener una especie de acento vengativo, pero en esos días dentro de aquella sincera amistad no era así. Dijo quizás muy audazmente: “pagaré con la misma moneda”. Y, esta inspiración obligante le produjo un valse compuesto todo por él, con la sencillez y “piquetes” llaneros, y en una fiesta igual, estrenó la pieza musical después de anunciar su nombre que se hizo popular por un tiempo: “amor con amor se paga...”. Ese valse lo anunciaba y lo tocaba con frecuencia el esclarecido violinista don Luis Godoy, casado con María Zapata, padre de nuestra Marina de Muratti, quien vive hoy con su esposo Totico Muratti en Ciudad Bolívar.

En los primeros días en que Guayana logró su Independencia para irradiar, como un sol de gracia la libertad a otros pueblos; cuando se reunió con todas las formalidades legales el Congreso de Angostura; cuando el balance bélico parecía todavía bailar en la punta de una aguja y se requería la cooperación de todos los patriotas; cuando la economía estaba en la más amenazante y peligrosa bancarrota, tuvo lugar, con la presencia fatídica de otro espantajo, un problema planteado de urgencia por esos ingleses aventureros a quienes hemos llamado “La Legión Británica”, que no existió como tal sino en el ánimo de Farriar y en el pincel de Martín Tovar y Tovar. Querían dinero. Bastante dinero. Todo el dinero. Hicieron punto de honor, si es que el honor conocían, presionar en ese momento crítico por sus emolumentos y como agentes fiscales de Inglaterra lo que verdaderamente les interesaba era cogerse a Guayana de acuerdo al mapa del holandés Von Buchoenroeder[sic] que llamaba esa zona “tierra incógnita”, hicieron una proposición al Congreso de Angostura; que se les entregara casi toda la provincia liberada para ellos hacerla una Provincia inglesa que se llamaría Nueva Erín y su capital Nueva Dublin. A tal efecto ellos se ocuparon bien de definir los linderos.

Desde la desembocadura del Caño Mánamo en el mar, subirlo hasta el Orinoco y seguir Orinoco arriba hasta llegar al Caroní. Seguir el Caroní aguas arriba hasta su nacimiento en el lindero brasileño (lo que ellos llamaron “La zonda de Barceloneta”), del nacimiento del río Caroní, cogiendo ellos las hoyas hidrográficas del Caroní y el Cuyuní, abarcando toda la zona de montaña donde se había descubierto el Balatá y donde sabían que estaba el oro. O sea, la zona íntegra que Inglaterra ha querido siempre. La solicitud de los militares ingleses especificaba bien que los gobernadores y jueces tenían que ser ingleses. En otras palabras, habíamos libertado a Guayana para los ingleses sin que ellos hubieran tenido que pelear, y era tan crítico el momento que los ingleses creían que había fuerza moral para imponer ese criterio. Esto era una proposición grosera y del más audaz atrevimiento. No prosperó porque El Libertador tenía una gran visión de futuro y no se le escapaba la intención maligna de aquellos extranjeros que aparecían como dando su cooperación mediante el sueldo que ganaba cada uno en la campaña libertaria, pero que en realidad eran unos corsarios oportunistas que querían capitalizar nuestro esfuerzo. Eran sencillamente unos comerciantes de la revolución. Al negar indirectamente el Congreso sus pretensiones mediante la publicación de su plan de desarrollo interior para Guayana, se juntaron en protesta airada. Incluyeron al Almirante Brión a quien se le debía algo por armas y barcos robados, pues era corsario y actualmente manejaba la Armada nuestra en el Orinoco. Así se le planteó a Bolívar la necesidad inaplazable de obtener un préstamo para no tenerlos a ellos como enemigos en nuestro suelo. Es cuando se realiza el célebre “Empréstito de Zea”, que los ingleses banqueros llamaron *The colombian loan* porque se hacía en nombre de Colombia, que acababa de ser creada. El préstamo para cubrir la deuda era de 547.000 libras esterlinas, pero hubo que hacerlo por dos millones de libras pues, los prestamistas cobraron además del 6% corriente, el 70% (flat), los descuentos se presentaron en la

forma siguiente: por cada obligación de 100 libras que firmaba Zea en nombre de Colombia, recibía solamente treinta libras. Setenta correspondían a los usureros prestamistas. Y para mayor asombro tenemos el hecho de que quienes prestaban el dinero eran los mismos que aquí planteaban la urgencia del pago y la formación de la nación o provincia inglesa en Venezuela. Así pagó la estropeada y naciente república la supuesta ayuda extranjera.

Si analizamos el problema a sangre fría y en toda su verdad, encontramos que con aceptar los soldados ingleses lo que hacíamos era aliviar a Inglaterra de un candente problema social que se le presentaba con el licenciamiento de los ejércitos que tenía en la guerra napoleónica que ya había terminado.

A todo el que quiso reclamar se le dejó satisfecho con excepción de algunos abusos demasiado pronunciados. Al almirante Brión se le pagaron 150.951 libras esterlinas con 12 chelines, aumentado con el 70% de comisión de los “angelitos” ingleses. El que más cobró fue el coronel Elson, a quien se le pagaron 153.739 libras esterlinas con 16 chelines. No estaría demás recordar que El Libertador le acababa de dar a Brión 300.000 pesos y que fue como el sueldo que completaba la orden de que entrara inmediatamente por el Orinoco, haciendo caso omiso de su reciente compromiso con Mariño para que este fuera jefe del ejército, reemplazando a Bolívar mientras Brión presidía, como verdadero jefe, el congresillo de Cariaro. También se le cedieron a Brión que era especialmente negociante, centenares de mulas y miles de pacas de algodón de El Palmar y tabaco especial de Upata y de Barinas. El negocio de Brión consistía en vigilar la marcha de sus “préstamos” y en sacar dinero al movimiento de independencia. En vender armas y buques viejos que asaltaba en el mar con su patente de corso.

Debería, como obligación histórica, revisarse ciertos conceptos sobre estos espías y comerciantes ingleses. Hasta el último día Simón Bolívar consideró a Brión como un niño ingenuo, como

hombre generoso y de gran corazón. Pero Bolívar, que llegó con su cultura a conocer tan profundamente a los hombres, tiene que haber sentido en el fondo la traición de Brión en el congresillo de Cariaco y con este cobro perentorio y asqueroso en un momento de crisis que él debía ayudar a solucionar. Este cobro asqueroso al cual El Libertador no se refiere jamás en ninguna parte; tenía que haber afectado las fibras más sensibles de Bolívar. Quizás por técnica de lucha, por lo gran psicólogo que era, no consideró oportuno hacer mención de esa situación y... quizás por eso mismo lo puso a presidir el patíbulo de Piar.

Mientras se tramitaba el Empréstito de Zea, que por cierto dio mucho que comentar en forma muy injusta y subjetiva, James Hamilton y John Princep, someten a presión, a la consideración del Congreso de Angostura, otra proposición que les aprueba el organismo legislativo: que se les entreguen varios pueblos del interior de Guayana, a saber: “Tumeremo, Tupuquén, El Palmar y El Guarán hasta el Miamo”. Algunos de estos pueblos podían explotarlos a discreción y los otros haciendo contratos por arrendamiento y cobrándolo ellos directamente y si posible por adelantado. Este contrato les es dado por el plazo de nueve años “Hasta que les sea saldada la deuda que con ellos tiene la nación en guerra”. Debe aquí explicarse que la mención de “El Guarán hasta El Miamo” quiere referirse a los hatos colindantes en un gran paño de sabana por la costa de la serranía de Nuria que siempre formaron una unidad económica como son: San Felipe del Terepe, La Tigra, La Reforma, Guarancito y Tabacal. Esta extensión de sabana consta de 12 leguas cuadradas por la costa de la serranía de Nuria y corresponden a los terrenos que arrendó Antonio Liccioni primero y compró después. Estas tierras le quedaron en herencia a don Aurelio Battistini. Estos hatos mencionados conservan hoy los mismos nombres viejos.

James Hamilton y John Princep estaban autorizados para cobrar el arrendamiento de los terrenos de Tumeremo ocupados por

Manuel Antonio Sifontes (La Carata), “La Mendoza” de don José Vintila Navarro; “Buenos Aires” del general Francisco Yrureta; “El Guarán” de Leonardo Valentín y Asunción Cabrera; así como los fundos “La Tigra”, “San Felipe” (El Miamo) y “El Pilar” de Mathison. Los contratos tuvieron duración de nueve años y en muchos casos los pagos los recibieron en ganado y otros productos.

Dada la turbulencia de esos días se hace imposible investigar la magnitud del desastre que hicieron en los pueblos del interior de Guayana, los especuladores John Princep y James Hamilton, pues actuaban como dueños de todo el ganado cerril y de las mulas que tenían buen mercado en el extranjero. Estos animales, así como toda la mercancía que metieron burlando las exiguas autoridades de esos días, los pasaron por la vía del contrabando, por el entonces llamado “Caño Toro” y el pueblo de El Palmar.

Según el Informe de don Eugenio de Alvarado:

El año de setecientos cuarenta y dos abrió formalmente este camino un francés llamado Ignacio, famoso contrabandista, en compañía de un fraile agustino apóstata de su religión y por él condujeron doscientas mulas que habían sacado de las Provincias. Puestas ya en esta Tierra Firme, las llevaron a Esequibo y navegaron después a Barbados y Martinica.

Para comprender mejor esta situación geográfica es necesario explicar que todavía hoy esa es zona de contrabando. El llamado en documentos “Caño Toro” es el mismo río Grande que pasa por El Palmar. Este no es un río navegable pero tiene camino de selva sombreada por la orilla. Después de pasar un sitio que la gente de ahora ha llamado Puerto Rico, que fue estación balatera, río Grande tiene una caída de 32 metros y el sitio se llama “El Salto del Humo” por la forma en que se atomiza el agua al caer. De allí en adelante en que el río Grande ha caído al nivel del Orinoco, empieza a llamarse río Toro y a poca distancia se le incorpora el Orocoima, que tiene gran caudal. Ya es navegable y desemboca en el Orinoco

por el lado de Boca Grande y frente a la isla conocida como la Isla del Toro. Hay que advertir que una peculiaridad hace esta zona de contrabando para todas las épocas. En invierno toda esa planada de agua de ríos que caen al Orinoco se une, y por cualquier parte se navega perpendicular a la corriente. Se puede pasar a través del río Acure, del Arature, Cuyubini y Amacuro, que se juntan con el Barima. Se puede llegar hasta El Moroco y si se quiere se puede salir al mar por Morajuana usando el caño Guaima. Por estas razones el lindero de Venezuela con Guyana deba ser el río Moroco y así con gran visión de estadista, lo decretó El Libertador el día 15 de octubre de 1817. Al comentar el decreto el Dr. Rafael Seijas expone: “Era pues cosa reconocida que el límite Norte de Guayana se extendía hasta El Moroco”. Esta zona tiene otra peculiaridad con la cual está muy familiarizada la gente, especialmente mineros de Tumeremo. El río Cuyubini (que algunos confunden con el Cuyuní) corre por la cima de la montaña que viene de El Bochinche. Ya llegando al fin de la montaña alta le cae una grande y bella quebrada que se llama “La Margarita”, cuando esta le cae al Cuyubini se produce el llamado “Salto del Trueno”. Allí como en el caso de Río Grande, este río ha caído al nivel del Orinoco y no se encontrará más alturas, se forma toda una gran zona pantanosa por donde se han aventurado muchos cayeneros que han venido a salir a Tumeremo.

Se atropella la imaginación al pensar la ocupación y preocupación política que tendría Simón Bolívar el año de 1828 en época de la dictadura y de la conspiración. Esto para apreciar cómo estaba siempre pendiente de toda la administración. El día 24 de diciembre de 1828 El Libertador hace un decreto con algunos considerandos, entre ellos este:

Que las importantes misiones del Caroní en la Provincia de Guayana fueron arrendadas por el Gobierno en julio de 1819 por el término de nueve años al Coronel James Hamilton; que habiendo finalizado el término del arrendamiento y hallándose las misiones en estado absoluto de ruina, es necesario

que dicte el gobierno las providencias más eficaces para establecerlas en lo posible al estado primitivo, con dictamen del Consejo de Ministros.

Y, decreta:

Art. 1ro. Se declara que ha cesado el arrendamiento que hizo el gobierno de las misiones del Caroní en la Provincia de Guayana, las que el gobernador hará recibir inmediatamente según el contrato de arrendamiento hecho al coronel James Hamilton y aprobado por la Diputación Permanente en 9 de septiembre de 1820.

Es elocuente la conclusión tajante de Andrés E. Level; dice así: “Hoy todo está de pastadero de animales, únicos moradores. Le queda a Venezuela por pueblo: un hato y por vecinos. novillos”.

Para la apreciación cabal de la situación ganadera en cría extensiva de aquellos días, se puede calcular que una res requería para su subsistencia 5 hectáreas de buena sabana, mientras que hoy en los mismos lugares no mejorados, necesita un mínimo de 10 hectáreas por animal. Además en aquellos tiempos jamás hubo noticia de la llamada “peste-seca”, ni de la *tripanosomiasis*, de la “rabia paralítica” ni del tal “síndrome parapléjico” que diezma hoy a los criaderos.

El pasto “Tupuquén” resultó de primera calidad en aquellos buenos suelos, bueno para el crecimiento y engorde, rindiendo un peso en canal superior a los demás pastos de sabana y sólo superable por el peso de los novillos engordados en carrizales. La bondad del “Tupuquén” quedó constatada con la sorprendente historia de la ganadería en Guayana, a donde el misionero fray Tomás de Santa Eugenia, venciendo mil dificultades, trajo unas cien reses desde Píritu. El ganadero Pedro Figueroa, alrededor de 1730, le regaló 28 vacas y dos toros. De estos ganados se funda en Guayana una ganadería que según varias opiniones, llegó a contar 250.000 reses para los días de la independencia.

Un viejo adagio parece obedecer a la incisiva malicia con que los árabes ponían en cuarentena los dichos religiosos españoles, dice: “De dinero y Santidad, la mitad de la mitad”. Ese aforismo

al entrar al mestizaje y al campo se encontró con que los llaneros y otros exageraban su riqueza y el proverbio se adaptó al medio: “De ganado en cantidad, la mitad de la mitad”.

Si con la fuerza de este refrán hacemos esta drástica y chistosa reducción, la cuarta parte de 250.000 es 62.500 y aunque doblemos nuestro esfuerzo reductor, 30.000 reses, es todavía bastante para ese rincón interior de la Guayana, una riqueza considerable que, no a otras cosas obedecía sino a los buenos pastos que daban ese rendimiento en el ganado realengo.

En el “Estudio Preliminar” que hace Lino Iribarren Celis al *Bosquejo Histórico de la Revolución en Venezuela*, del padre José Félix Blanco: “En Oficio fechado en Upata el 27 de febrero, el general Piar nombró al padre Blanco, Comandante de las Misiones del Caroní y le daba en el mismo Oficio las instrucciones del caso”¹⁷. Luego más abajo establece:

A la entrada en el Orinoco, en julio, de la escuadra del Almirante Brión, el Libertador dio a Blanco la orden de suministrar al Almirante, en abono de la deuda contraída por la República, todos aquellos productos negociables, como ganado vacuno y mular, algodón y demás frutos del Caroní.¹⁸

En el mismo trabajo histórico hay una llamada que detalla:

En los nueve meses que duró la administración del padre Blanco se consumieron en el sostenimiento del Ejército y la Armada 12.000 (doce mil) reses, parte de las cuales se destinaron a salazones de tasajo para las campañas de Apure. Se suministró también al Almirante Brión gran cantidad de madera para reparaciones de la Armada y para construir transportes destinados al traslado de las tropas asignadas a la misma campaña. También 740 mulas y 200 pacas de algodón por abono de la deuda...¹⁹

17 Lino Iribarren Celis, “Estudio preliminar” en *Bosquejo Histórico de la Revolución en Venezuela*, del padre José Félix Blanco, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1960, p. 76.

18 *Ibid.*

19 *Ibid.*, p. 77.

Después de 1834 en que Andrés Narvarte como vicepresidente encargado decreta la fundación del Colegio Nacional de Guayana, se establece entre sus varias rentas, en el inciso tercero del artículo 71 del decreto el cual copio del libro: *El Colegio Federal de Guayana en la Casa del Congreso de Angostura* del poeta, jurista y amigo, Dr. José Eugenio Sánchez Negrón, “El producto del arrendamiento de las tierras de Tupuquén, Tumeremo y Guarán en Miamo, hecho por el Gobierno en favor del señor James Hamilton”.²⁰

Aquí noto yo una pequeña incongruencia. De acuerdo al Decreto del 24 de diciembre de 1828 ha cesado el contrato con James Hamilton y en 1834 se hace un reconocimiento tácito de la existencia de tal contrato. Me permito suponer que como se estaba decretando desde Colombia y había en potencia el germen de la separación que se iba a efectuar en 1830, pasaron unos años sin que se coordinaran las acciones o una cosa equivalente.

El ilustre y polifacético Dr. Julio de Armas, médico amante de la ganadería, cita al padre Buenaventura de Carrocera y al dinámico ratón de biblioteca y gran amigo Armas Chitty, en su historia de *La Ganadería en Venezuela* donde establece que con el ganado de fray Tomás de Santa Eugenia, se fundaron en Guayana las misiones de: Santa María del Yacuaro, San José de Cupapuy, San Francisco de Altagracia, Nuestra Señora de Monserrate del Miamo, San Miguel de El Palmar; La Divina Pastora, San Fidel del Carapo, Santa Eulalia de Mucurí, San José de Leonsa de Ayrna, Nuestra Señora del Rosario de Guasipati, Santa Rosa de Puga y otras.²¹

Para una apreciación práctica de los actuales hatos en los cuales familias que trabajan el campo, sin la ocurrencia de accidentales pestes, un ganadero modesto que explota mil reses, que sería lo que tenía el general Sifontes en La Carata, podía llevar una vida cómoda ron el complemento de la agricultura primitiva, pero por muchos

20 José Eugenio Sánchez Negrón, *El Colegio Federal...*, *op. cit.*

21 Julio de Armas, *La ganadería en ... op. cit.*, p. 247.

años seguirá teniendo sólo mil reses. Este fenómeno se explica por el hecho de que el ganado en cría extensiva donde se explota el queso y se vive del hato, se reproduce en un 20%, de lo cual el 10% representa la producción de novillos que van al mercado (mil reses y cien novillos) y el otro 10% suple las vacas viejas que se sacrifican para el consumo del hato y los becerros que se enferman de curso y mueren por causa de las queseras y del tigre.

En el sistema de cría extensiva, al fallar los pastos y aumentar el precio de los insumos, la ganadería extensiva deja de ser rentable y así fueron fatal y progresivamente desapareciendo los grandes hatos. La descapitalización se presenta y a ello se agrega que lo que antes era artículo de lujo, hoy son comodidades indispensables, como nevera o *freezer*, automóvil o camioneta, radio o televisión y, de manera general un alza en el nivel de vida que la sufre el hato.

El secreto de la gran reproducción bovina en los primeros tiempos guyaneses, así como todavía lo es hoy en Apure y Harinas, se debe a que tienen rebaños cerriles y no se “amarran” queseras. Además allí existe paja “lamedora” y gamelotilla que se fertiliza todos los años con la creciente del Apure y aún del propio Orinoco, además de que son planos los terrenos, conservan la fertilidad y retienen y aprovechan las cenizas de las quemas, mientras en las tierras quebradas como grandes partes de Guayana, las barre el primer aguacero. En Guayana sobraba tierra y aún sobra, especialmente selva para hacer nuevos pastos, por eso resulta un contrasentido motejar de latifundista, a un pequeño empresario ganadero que tenga mil reses, que era la capacidad de sustentación que tenía el hato La Carata si le calculamos 5,4 hectáreas por animal.

Tumeremo fue el último refugio de los frailes misioneros. Allí se dice que enterraron sus tesoros cuando tuvieron que huir porque un número de ellos fue fusilado en el Caroní por una supuesta equivocación. De estos tesoros sacó uno en Tumeremo al pie del

campanario de la Iglesia, don Julio Antoní, de nacionalidad italiana, quien se casó con María Carvallo, luego se volvió a Italia y no regresó.

El otro tesoro de que se habla lo sacó el nuevo propietario a quien los Sifontes vendieron La Carata, Rafael Ángel Matos Mora, uno de dos hermanos Matos Mora que se casaron en El Callao con dos hermanas Treja: Francisco con doña Encarnación y Rafael Matos con doña Dorila Trejo, hermanas del conocido ganadero don Miguel Trejo, casado con doña Narcisa Bastidas, muerto hace poco en Ciudad Bolívar a la edad de 94 años, y a quien se tenía como dueño de la posesión en el lindero de los ejidos de Tumeremo llamada “La Tranquera”. Como hemos dicho, Rafael Matos compró La Carata a los Sifontes y Francisco Matos compró a Buena Vista y El Recreo a Simona Delgado, quien era casada con Manuel Antonio Sifontes y quien fuera madre de Manuelito Sifontes, a quien mató Claro Zamora en Tumeremo.

En la época de que tratamos privaba un alto concepto del honor. La palabra era equivalente a un documento. En los compromisos o promesas del general Domingo Sifontes había un alto grado de franqueza. A ese sano y noble ambiente, le llegaron los picapleitos o leguleyos buscando una manera fácil de vivir. Parece que la misma complejidad social genera sus plagas y hasta sus antídotos. La sociedad cambiaría con la nueva presión de los negocios, especialmente los del oro y del balatá. Traerían una nutrida concurrencia, una gran inversión del capital foráneo. Vendría la falta de precisión, la reticencia maliciosa, la zanganería en la nueva terminología de los negocios que abandonaron su significativa y confiable sencillez por una mayor complejidad de donde podían surgir con sutiles interpretaciones, acciones de mala fe como para enredar al negociante adinerado en complicaciones que nunca había sospechado, dada la forma, la intención, sana y sincera, en que se redactaba un documento. La propia evolución, el mismo cambio que genera el progreso traería los nuevos factores que saturarían el ambiente.

Capítulo II

El territorio del Yuruari

El río Yuruari ha sido por excelencia el río del oro y le ha dado nombre a la región sur de Guayana. Parece fluir desde cerca de la Piedra del Supamo, costea la montaña hacia el sur, pasa cerca de El Manteco, recoge a los ríos Carichapo, Miamo y otras aguas menores, luego forma una caprichosa horquilla con la cual enlaza al pueblo de El Callao. Hoy tiene allí un puente que no tenía para aquellos tiempos tan llenos de asociaciones emocionales y de dudas esperanzadas. El río casi se devuelve después de coger los caños Guaruco, Dividival, Belén y el río Caballape que viene de Nuria, atraviesa la carretera que conduce a Tumeremo, cae al Yuruari que sigue por Masapire y Arapaco. Se junta con el Yuruán de aguas negras que trae adentro al Usupamo y frente al pueblo de El Dorado se une al río Cuyuní que viene corvando del sur con el Chicanán adentro. Ahora se llama el Cuyuní, los cursos menores pierden sus nombres al entrar en caudales mayores. Nuestro Cuyuní fronterizo se enrumba al este. Lo atraviesa el puente de la carretera que va a Santa Elena de Uairén. Más adelante el Cuyuní forma la isla de Anacoco junto con el Caño “El Negro” y recibe por la derecha el tributo del río Venamo que viene del sur. Más adelante le cae el río “Ekerekú” supuestamente guyanés, pues cae por la zona en disputa. Por el lado izquierdo le llega al Cuyuní el Botanamo que trae las aguas de El Guarán, El Corumo y Guarampín. Luego viene el fronterizo Acarabisi y de allí en adelante se enloquecen las aguas en el hervidero torrentoso de los pailones de Canaima o *Devil hall*, su rumbo es el Esequibo y el

mar el cual encuentra, ya inmenso, señorial, después de mezclarse por breve espacio con el Mazaruni selvático.

No es nuestro propósito hacer aquí la reseña de “El Callao”, pero la fuerza ambiental que condicionaba todos los programas y formas de vida de la región del Yuruari, emanaba del ruido industrial que con unos tres mil obreros trabajando en el estruendo de 777 pilones de cuarzo y manejando una mina que aumentaba asombrosamente todos los años, despertando progresivamente el entusiasmo. En el año de 1885 llegó a producir 8.193.510 gramos de oro. Al principio había una vida selvática y orden de campamento, con gente importada de Las Antillas, que ganaban al comienzo de 8 a 12 reales por trabajo de sol a sol, luego esto subió a 17 reales por 12 horas de trabajo y llegó hasta 32 reales por ocho horas de trabajo más otras comodidades de vida. Para reseñar cualquier cosa en este lugar se hace necesario mencionar la magnitud de la empresa, porque esto implica la vida de una sociedad heterogénea, un comercio especial que importaba directamente de Europa, que consumía los productos locales, que tentaba la ambición absolutista de los mandatarios y generaba la pretensión personal de los empleados oficiales para hacerse ricos rápidamente. La economía y su juego de mercado determinaban hasta la manera de comportarse en aquella sociedad compleja, de varios niveles, de varios idiomas, de varias culturas.

A través de un conocido personaje que tuvo mucha popularidad y se ganó el cariño de toda la sociedad yuruarenses podríamos dar idea de ciertas formas de vida. Tomemos a la gentil Inesita Rau. A su padre *mister* Rau, que por cierto tenía toda la dentadura de oro, no lo satisfacía el medio para que su hija viviera. Quedó viudo, la crió dentro del cariño de todas las familias. Le compró en Guasipati el hato “El Amparo” que regentaba Chavero. Y, cuando sintió que a él le llegaban sus últimos días se ocupó de situarle en Londres una cantidad considerable de la cual ella, mientras viviera, podría recibir solamente la renta del dinero. Si ella moría, el dinero revertía

al Tesoro en Londres para ser entregado a un orfanato. Todo se cumplió, pero asomó lo imprevisto. Nadie había presenciado una inflación en el mundo todavía. El patrón oro se perfilaba como una garantía absoluta. El dinero fue valiendo menos cada día, el hato se descapitalizó como proceso normal de la época y la rica pobre o la pobre rica, Inesita, con toda su dulzura y cariño, sólo disfrutó de ese tesoro humano, el cariño sincero de la gente de la región del Yuruari que bien la quisieron. Fue una digna representante de El Callao aristocrático, víctima de una sorpresa que nadie había conocido en el mundo: la progresiva desvalorización del dinero y del propio oro que hoy, por otras razones, eleva su precio internacional cada día. Se nota que es cierto que es la economía la que fija nuestra posición en la historia.

Donde quiera que ha aparecido el oro en el mundo se ha formado el consiguiente escándalo con visos de tragedia. Así en el Transvaal, en el Yukón o en California. Aquí, el venezolano, para expresar la confusión de estas noticias que siempre encierran misterio y las exageraciones a que son propicias, reducen la expresión a “una bulla”. Aunque lo de El Callao podría llamarse un tronido espantoso y no una bulla. Pero hoy, en el monte, lo corriente es anunciar un descubrimiento como “una bulla”.

Después de localizar varios afloramientos auríferos, tanto de oro de veta como de aluvión en Tupuquén, Cicapra o Nueva Providencia, se formó “una bulla” en El Callao que primero fue barranco y después fue pueblo. Esta “bulla” dejó humilladas a las exageraciones que genera el entusiasmo y sin embargo el tumulto de gente cosmopolita que se apretujó de inmediato en ese lugar selvático se comportó ordenadamente. A pesar de la libertad del porte de armas, no hubo como en California “la ley del revólver”, la imposición de mandones improvisados, ni asaltos a diligencias, ni vida nerviosa de sobresalto. En El Callao no había delincuencia y no sólo el oro cochano, pepitas, limallas y “ojos de mosquitos”, había en circulación y libre comercio, sino que para pagar a los

trabajadores de las compañías que se formaron, se importaban monedas de oro del extranjero en forma de libras esterlinas inglesas, napoleones franceses y morocotas americanas.

El gran oro de veta que se producía era proveniente del cuarzo aurífero sacado de galerías subterráneas mediante el uso regulado de dinamita, material que pulverizaba el molino triturador y que rendía un número de onzas de oro por tonelada de cuarzo. También existía otra forma de trabajar el oro y era lavando las arenas del fondo del río Yuruari o material extraído de un barranco cualquiera de uno o dos metros de profundidad, pues es por esa “formación” por donde se desplaza el oro de aluvión con los movimientos telúricos. El llamado “oro de flor” es oro suelto, grueso, que el impulso del agua no ha podido mover y se encuentra sólo removiendo las hojas de la superficie. Se encuentran también “conglomerados” donde por ciertas razones geológicas ha quedado aprisionado entre suelos de mayor consistencia que no le permiten pasar; el oro viaja solamente por las capas de granzón o arena. Las grandes “bullas” han sido siempre conglomerados o “bombas”. “La Amarilla” descubierta en el Alto Cuyuní por el general Juan Fernández Amparan era un aluvión rico regado por toda la montaña a diferentes profundidades, dato preciso sería considerar que se descubrió en 1910 y todavía hoy es mina rica aunque no en aquellas proporciones. “Payapal” descubierta por Juan Flores cerca del Yuruán era una “bomba” que dio oro por baldes de cochanos gruesos. Este tipo de mina se agota rápidamente porque el oro está amontonado, lo que hace que el minero la llame “una bomba”. El oro de filón, llamado también oro de veta o de cantera, está mezclado con la piedra y se esparce en grandes extensiones rindiendo una riqueza que se puede calcular de antemano. El mayor oro de El Callao era de este tipo y llegaba a grandes profundidades, por lo cual había que extraerlo de galerías subterráneas. El tipo de oro de las minas regula hasta el comportamiento de la gente, por ejemplo, el oro de aluvión típico de nuestras

selvas, forma un tipo de minero que vive esclavo de una ilusión que le imprime iniciativa al esfuerzo físico, lo obliga a trabajar hasta el agotamiento arriesgándose a perder la lucha, con la esperanza puesta en el último bateazo de la tarde. Este trabajo es difícil y azaroso, por lo cual como estímulo a las exploraciones privadas en la forma primitiva de la batea, surgió la costumbre, casi hecha ley, del libre aprovechamiento, donde la nación venezolana regala el oro a quien lo coja. Sistema poco adecuado al sentido común.

En El Callao el ambiente era sano. El llamado “asalto” al correo del oro que describe Celestino Peraza en *Los Piratas de la Sabana* trata de unos hombres que atacaron al americano Frank Bush en 1878, quien traía oro acuñado, importado de Europa, por valor de 52.000 pesos para pagar los obreros de las minas. Las remesas de esas minas no las robaron nunca.

Las primeras curiosidades de que hubo noticia en el descubrimiento del oro en Tupuquén, eran “que el indio Arsenio hacía balas de oro por falta de plomo para tirar venados”. El oro que hoy ha llegado a valer 8.000 bolívares la onza, valía en esos días 80, o sea una centésima parte de lo que hoy representa en el mercado, de manera que, en lo anecdótico, los venados matados por Arsenio con balas de oro no costaban mucho...

A la población de El Callao, como imantados por una irresistible tentación, acudieron intelectuales de toda laya que buscaban probar fortuna. Especialmente extranjeros disfrazados de supertécnicos, reputándose como promotores, queriendo vender supuestos prestigios y creyendo que de su talento y el dinero de los más tontos, podrían ellos sacar buen provecho. Tipo clásico de oportunista que junto con garzoneadores se presenta en toda mina de renombre. De estos fue Lucien Morisse que tan fácil se reputa médico insigne como especialísimo ingeniero de minas que se ríe y se burla de los otros en su libro *Excursión a El Dorado*, escrito en Francia para consumo local de los franceses, pero parece no haber encontrado quien se

convenciera de su extremada habilidad con que se hace propaganda en el libro, ni le dieran la importancia que él se atribuye para que alguien lo nombrara jefe de una expedición para encontrar o descubrir el nuevo “El Dorado” que él se estructuró en la mente. Hasta cierto punto quizás sí su entusiasmo estaba justificado, pues, la aventura y el romanticismo son franceses.

El editor Juvenal Herrera hizo traducir la obra auspiciada por la Corporación Venezolana de Guayana. No es nuestro propósito hacer análisis de la misma en este ensayo, pero el sabelotodo, que llegó tarde al sitio de los hechos, sólo pudo oír cuentos y de rato en rato confiesa el absurdo con mentiras intolerables. Comentamos lo relativo a El Callao porque es precisamente el ámbito que estamos describiendo y todos estos elementos formaban el todo social de El Callao, con toda su secuela de acontecimientos en los cuales tomó parte el general Domingo Sifontes cuyos datos biográficos corresponden a esa época.

Morisse no se inicia con fecha de entrada, parece hacer creer que él conoció a Liccioni y que vio lo que escribe. Pero en comentario dice que antes de salir de Casanare, esperó el correo y en las noticias venía el asesinato de Carnot, presidente de Francia. Carnot fue asesinado el 25 de junio de 1894, lo que quiere decir que ya había pasado la guerra Legalista en Guayana. Que estaba agotado el filón de la mina rica y que don Antonio Liccioni, cuya biografía tiene la audacia de abordar, ya estaba establecido en Ciudad Bolívar con empresas balateras en el Nichare y despachaba desde su oficina en la casa de las Doce Ventanas, hoy monumento histórico. Desde su oficina Liccioni llevó un diario que se conserva intacto, de todas las peripecias del movimiento “Legalista” en 1892, hasta la toma de Ciudad Bolívar. Morisse nos resulta un nuevo Chaffanjon²² con sus

22 N. de E. Jean Chaffanjon, fue un profesor francés de historia natural, explorador de la cuenca del Orinoco y del Asia Central. Autorizado por el

mentiras sensacionales y románticas en lo cual la gloriosa Francia ha sido siempre pródiga.

Quiere decir que fue en 1894 cuando Morisse viene a El Callao. Nos resulta obligatorio en bien de la verdad histórica y del respeto a nuestros escolares, hacer una breve digresión y comentar dos de sus grandes errores, que falsean toda la seriedad de las andanzas. En su *Excursión a El Dorado*, presenta a don Antonio Liccioni como uno de los más pequeños comerciantes ambulantes de Guayana. Morisse dice exactamente así:

Ya estamos casi en 1860. Pequeños comerciantes de Bolívar vienen a intercambiar sus productos y a comprar oro de Nueva Providencia. Uno de los más modestos es Antonio Liccioni, recién llegado de Colombia; llegó después de muchas dificultades con algunos asnos cargados de sarrapia, hilo, agujas y objetos de primera necesidad; hasta estableció un servicio de transporte por medio de mulas.²³

Esto hace poner en cuarentena todo lo dicho por Morisse. Pues consta de documentos fehacientes, algo muy diferente. Yo creo que Morisse no fue descuidado en sus apreciaciones, fue un lince, escribió con ánimo sensacionalista algo mal contado por otro que tampoco conoció a Liccioni, quizás por esa manía cuentera que tiene la gente de degradar a todo comerciante próspero, ridiculizando la forma en que se inició. Cosa que es algo así como una confesión de impotencia, pues se ve él superado por el hombre próspero a pesar de considerarse de mayor talla social sin haber podido lograr lo que logró el otro. Y tiene muchos más méritos una persona pobre, trabajadora y sensata que llegue a un alto nivel de prosperidad, que otra persona que haya llegado con recursos, con herencia o con trampolines inconfesables. Pero lo dicho por Morisse es mentira

general Joaquín Crespo para realizar las primeras expediciones en el Alto Orinoco en el año 1885.

23 Lucien Morisse, *Excursión a El Dorado, El Callao*, Corporación Venezolana de Guayana, 1986, p.119.

crasa. El capítulo se inicia diciendo que se está casi en 1860 y hay un diario manuscrito de don Antonio Liccioni que está en poder de su bisneta doña Malú Liccioni Casalta de Huncal y, papeles que he tenido en mis manos, que empieza diciendo: “En 1860 estaba yo de Prefecto en el Departamento de Casanare. Tenía órdenes de internar a no menos de treinta leguas a todos los revolucionarios venezolanos, Ley que cumplía con la mayor fraternidad posible”.

Es entonces, y esto consta en originales documentos históricos, cuando se produce la batalla de Copié. El día 17 de febrero de 1860 el general León de Febres Cordero derrota en Coplé a los federalistas comandados por el mariscal Juan Crisóstomo Falcón. Y a Liccioni le llegaron en su huida, casi desnudos, Falcón y el general Antonio Guzmán Blanco, a quienes distinguió, llevó a su casa de confianza y los asistió personalmente por doce días que necesitaron para rehabilitarse y ponerse en condiciones de volver a Curazao. ¿Cómo y a quién darnos crédito? ¿Podía don Antonio haber cometido la inexplicable estupidez de llevar sarrapia en burros para vender en El Callao con hilo y agujas para surcir las medias del Dr. Lucien Morisse? Y ¿cómo se desdobra para ser consecuente con esa fecha y aún con los años ulteriores?

Antonio Liccioni era exportador de novillos de ceiba desde Colombia para Las Antillas y le había dedicado un meduloso estudio a este comercio, al punto de que escribió un folleto que aún está al día. Son prácticas las sugerencias para manejar la exportación de ganado por el Orinoco haciendo una ceiba con paja “del Pará” o “lamedora” en las bocas del Orinoco de donde saldrían los animales con mayor peso y con la grasa exigida por el mercado, donde por tales razones el ganado de Puerto Rico era pagado a mucho mejor precio. Consta en documento original que reproduzco en parte en mi obra *La Guayana del Oro y don Antonio Liccioni*, que Liccioni encabezaba una organización de ganaderos en Colombia y formula una reclamación, que termina diciendo:

Lejos de establecer reclamos inmoderados, mis poderdantes se limitan a exponer el importe de los valores perdidos, dejando la indemnización de los perjuicios sufridos por causa de esas expropiaciones a la decisión del Gobierno colombiano y a la rectitud y generosidad del de Venezuela.

(Firmado:) Antonio Liccioni.²⁴

¿Cómo compaginamos esto con el hecho de que cuatro años antes lo haya visto Morisse con un burrito en El Callao vendiendo agujas e hilos a pleno sol?

Antes de volver a referirme a Liccioni relacionado con esta mentira, quiero poner de relieve el descuido de Morisse al escribir detalles geográficos. Morisse confiesa que no estuvo en Río Negro cuando hace la descripción absurda sobre el Caño Casiquiare, que es un fenómeno hidrográfico único en el mundo, como es el de la unión de dos grandes cuencas, Orinoco y Amazonas. En su obra dice:

El Orinoco y el Amazonas cuyas líneas de demarcación son apenas sensibles, no forman, por así decirlo, sino un solo y vasto sistema hidrográfico del cual el río Casiquiare que los comunica, entre mil quinientos y tres mil kilómetros de la costa, es el gran canal regulador corriendo tanto hacia una vertiente como hacia la otra, aunque generalmente hace hacia las aguas bajas y medianas, desde el Río Negro hasta el Orinoco.²⁵

Soberbia mentira: el Caño Casiquiare sale del Orinoco a un nivel de 283 pies y al entrar al Río Negro su nivel es de 212 pies, después de recorrer 204 millas, inclinándose así en promedio de 7.2 pulgadas por milla. (Estas son medidas oficiales de la Enciclopedia Británica). Si Morisse hubiera visto cómo desemboca el Casiquiare en el Río Negro un poco antes de llegar a San Carlos, llevando adentro otros dos ríos, no se le habría ocurrido semejante disparate. Esta mentira

24 Horacio Cabrera Sifontes, *La Guayana del oro y don Antonio Liccioni*, ediciones Centauro, 1984. Esto está fechado en octubre 11 de 1864. (Este documento está en la Biblioteca Nacional de Caracas y hay copia en Ciudad Bolívar).

25 Lucien Morisse, *Excursión al Dorado... op. cit.*, p. 53.

nos lleva a poner en cuarentena muchas de sus aseveraciones. Dice que en una carreta ha utilizado a la vez hasta sesenta bueyes, cuando el wagon grande solamente lleva siete yuntas y puede ser auxiliado en una emergencia con dos o tres yuntas más²⁶. Aquí se nota que él no pensó nunca que su obra podía llegar a ser traducida en Venezuela, si no se habría respetado un poco más.

El año 1865 estaba Liccioni todavía en Colombia asistiendo a sus representados ganaderos y cuando vino mudado a Guayana ya había comprado en costa de Caroní el hato “La Aurora” que nombra Chaffanjon en su libro *El Orinoco y El Caura*.²⁷

También había comprado el hato “San Felipe”. Este San Felipe es el de Cantarrana en la costa del Caroní, advertencia necesaria porque después Liccioni arrienda y compra otro “San Felipe” más importante: San Felipe del Terepe. En el primer San Felipe es donde Liccioni manda a apotrerar las primeras mil reses que trajo por delante hasta Soledad el general Eduardo Demóstenes Villegas, yerno de don Antonio, quien había guerreado bajo órdenes del conocido militar que fue edecán del Libertador y presidente de Colombia, Tomás Cipriano de Mosquera.

La mudanza de Liccioni de Ariporo para el Caroní recortaba en tres cuartas partes la distancia para su exportación de ganado a las Antillas y quizás si esa mudanza se produce por el hecho de que en 1860 se había regularizado el tráfico de embarcaciones de motor por el Orinoco y el Meta.

De que Liccioni no venía necesitado como para llevar sarrapia en burro desde Ciudad Bolívar hasta El Callao para revenderla, da cuenta el hecho de que al venirse a Venezuela ni siquiera buscó la sombra o protección de Guzmán Blanco que estaba de presidente

26 *Ibid.*, p. 184.

27 Jean Chaffanjon, *El Orinoco y El Caura*, Asociación Cultural Orinoco, prólogo Andrés Palazzi, p. 136.

de la República, cosa que se demuestra con esta prueba facsimilar de este telegrama cuyo original guardamos:

Caracas, 15 de mayo de 1883.

Señor Antonio Liccioni.

El Callao.

Mucho placer me ha causado su venida y ¿recuerda que no nos veíamos desde Moreno? ¿Cómo ha cambiado el tiempo todas las cosas! Gracias le doy a Dios porque Ud. es hoy todavía más feliz que entonces.

Guzmán Blanco.

Este telegrama tiene lugar cuando Guzmán llama a Liccioni, no para comprarle agujas e hilos, sino para venderle por Bs. 600.000 en oro, las 379 leguas y 921 hectáreas que tenía el Colegio Federal de Guayana en el Territorio del Yuruari, esto comprendía desde las costas de Tumeremo arrendadas por la familia Sifontes hasta San Félix.

De manera que se hace inútil referirse más al Dr. Morisse, quien a lo último pone de manifiesto su incomodidad a la cual es movido por un chauvinismo que se confiesa: después de llevar a Liccioni a una gran altura social como genio que flotó por su cuenta en un ambiente extraño, dice que el gran error de Liccioni fue preferir a sus técnicos ingleses en vez de preferir a los franceses.

Pero sigamos con nuestra biografía. La producción de oro iba en ascenso timoneada por don Antonio Liccioni. El general Guzmán Blanco en 1881, tentado quizás por el asombroso progreso de la mina “El Callao” y en su carácter de presidente de la República, mediante un Decreto, unió los cantones de Upata y Roscio formando el Territorio Federal Yuruari con capital en Guasipati. Ahora la región minera pasaba a depender directamente de la Presidencia de la República. En los “considerando” del decreto se asomó como motivación de la nueva división territorial, la suprema vigilancia sobre la zona fronteriza en que Inglaterra venía invadiendo, pues ya

habían construido un puesto de policía que llamaron “del Yuruán” y que estaba donde hoy está el penal de El Dorado. Ya en 1841 se había protestado enérgicamente por la abusiva presencia de postes de demarcación en las Bocas del Orinoco y una bandera inglesa en Punta Barima con las siglas de la Reina Victoria. Debido a las fuertes protestas los postes fueron removidos, pero la intrusión inglesa siguió siendo tan agresiva que en 1887 se llegó a la ruptura de relaciones con la Gran Bretaña, sin que accediera jamás a un arbitramento.

Pero la suspicacia popular sobre la formación del nuevo territorio, no creyó en esa motivación, sino en la tentación del oro de El Callao que fluía en cantidades fabulosas. Así que la creación del territorio del Yuruari inició un malestar en la zona y fue una bandera más para la lucha contra el sistema absolutista y autocrático de Guzmán Blanco.

Venezuela desde su independencia había venido de dictadura en dictadura con curiosas variantes. El Dr. Vargas, Soublette, Monagas, todos ligados a Páez y después del brevísimo tiempo que se vivió bajo “El Tratado de Coche”, vino Guzmán Blanco al poder con otra dictadura trapeciada por el Septenio, La Reivindicación o Quinquenio, La Aclamación, El Bienio y quizás se programaban otros períodos “de muleta”, pero llegó para el dictador su pacífica y lejana muerte en París en 1899.

Para el año 1883 Guzmán había hecho todo esfuerzo, recurrido a las tramoyas más originales para penetrar la mina de El Callao. Empezó por autoadjudicarse la concesión Austin, que fue la primera concesión minera de la zona y se le declaró caduca.

Después, en la compra que hace Liccioni de los terrenos del Colegio, sin aportar nada, se asocia en la compra creyendo quizás que allí se podría hacer una buena especulación. Liccioni como parte interesada quería resolver el problema de los criadores de la zona. Guzmán descaradamente se metió como socio en el documento pero, como dijimos, no aportó dinero. Quizás él creía que le correspondía

una parte por el hecho de ser presidente o sencillamente como jefe. Pues desde entonces para acá, en Venezuela, los jefes siempre han tenido privilegios. Como ejemplo veamos los divertidos casos de Crespo y Gómez. En el hato “Las Culatas” en el Caura, Crespo formó lo que se conoció como “las sabanas cresperas” y tenía allí al general Manuel González Gil, a quien el pueblo apodó “El Gallito del Caura”. Se dice que allí tenía Crespo 700 hombres y el mismo “Gallito” lo confirmó en el paso de Guri cuando estalló la Legalista y quería que le dieran el mando de la tropa en Guayana. Los hombres armados serían para alguna emergencia y se decía que cogían muchos orejanos. Esto no era considerado delito, en caso de comprobarse ciertos casos, todo se limitaba a la devolución del animal. Todo dueño de hato hacía lo mismo con tal que tuviera sabanas de cría. La copla anónima dice:

Cuando Cristo vino al mundo,
fue en un caballo alazano;
Iba perdiendo la vida
¡por cogerse un orejano!

Y el dicho popular que esconde las verdades en sus sentencias veladas, sacó una copla que se decía eran las órdenes de Crespo:

Coja Ud. el orejano
le dijo Crespo a “Gallito”;
Con tal tenga cacho y rabo,
¡no importa que sea chiquito!

El general Manuel González Gil estaba en 1884 en el Caura, Chaffanjon lo cita en su libro *El Orinoco y El Caura*²⁸, como el gobernador del Caura. Mucha gente llegó a creer que “Gallito” era un nombre o un título de González Gil. Hombre serio y de

28 Jean Chaffanjon, *El Orinoco y... op. cit.*, p. 68.

confianza que estaba allí con Crespo desde 1884 cuando quedó de presidente puesto por Guzmán Blanco. González estuvo en la guerra “Legalista” del 92 y fue presidente del estado Bolívar, donde compró el Hato Los Palos Grandes, entre Orinoco y Orocopiche. Mientras fue presidente del Estado mereció todo respeto y acatamiento, pero como era militar, después siguió siendo militar y cuando muere Crespo lo encontramos bajo órdenes de Nicolás Rolando en la pelea de Peñalosa con el Mocho Hernández en Manacal en 1900. Parece que fue fiel a sus principios, porque cuando Rolando cambia de posición en 1903 no aparece González Gil.

A la muerte de Crespo, Juan Vicente Gómez compró los llamados hatos crespes que no servían ni sirven para nada. Los compró, según anota Salcedo Bastardo en su *Historia fundamental de Venezuela*²⁹, al general Juan R. Guerra en 1911 por 80 mil bolívares y cuando se dieron cuenta de que es tierra inútil, la vendió Gómez a la nación por 17 millones de bolívares. De manera que sí se puede asegurar que en Venezuela, los Jefes políticos tienen sus privilegios. Así más o menos, quería Guzmán buscar un privilegio en la mina de “El Callao”.

El gobernador del nuevo territorio fue el Dr. Pedro Vicente Mijares, quien se inició en forma poco prudente. Hizo amenaza a los criadores sobre un posible reajuste de las formas contractuales de la tenencia de la tierra incluyendo alza en los arrendamientos y hasta la posible no renovación de los contratos a que ya hemos aludido. Las sabanas estaban administradas por una junta y ahora esa función recaía en el gobernador. Los ganaderos sintieron que les removían imprudentemente su base de sustentación, tanto más que algunos estaban atrasados en los pagos, ya que la ganadería no era muy rentable y algunos criadores estaban acogotados de compromisos.

29 José Luis Salcedo Bastardo, *Historia fundamental de Venezuela*, Caracas, Fundación Gran Mariscal de Ayacucho, 1977, p. 417.

Pero había la posibilidad de que en la sabana se encontrara oro y los predios pasaban a tener otro valor.

La tertulia introductora del gobernador le creó una mala imagen y generó un movimiento social de repudio que cundió de inmediato con la campaña para el reintegro del territorio al estado Bolívar. La lucha contra el gobernador Mijares tornó cariz político serio y el gobierno central se vio precisado a removerlo. Pero antes de la remoción que lo humillaba el hombre se “echó al campo” y le hizo frente a varias escaramuzas, entre ellas una fuerte que Landaeta Rosales cataloga de “combate” con el general Torrellas y otra donde le tomaron a Guasipati. Siendo ministro el Dr. Rojas Paúl, ofreció por medio de Sebastián Casañas, especie de *factotum* del régimen, que se había resuelto la reincorporación del territorio al Estado. Con esta especie de mentira piadosa se calmaron los ánimos, se consolidaron los bríos y se prepararon mejor para luchar con lo que todavía pesaba como el continuismo de Guzmán Blanco.

Resultó que el abogado Juan Pablo Rojas Paúl, político veterano, deviene presidente. Se fue formando un sentimiento antiguzmanista. Toleró que se volvieran a tumbar las estatuas de Guzmán Blanco; así quedaba certificada la ruptura con la decadente dictadura y el pueblo fue rodeando a Rojas Paúl de un halo de confianza y apreciando un régimen de libertades, sin presos políticos. Más bien, dándole acogida a las nuevas tendencias literarias que con la libertad de prensa, entraron al tapete de las discusiones. Las ideas renovadoras de aquel tiempo habían sido iniciadas por Laureano Vallenilla Lanz con su tesis sociológica de Sorrel y otros ensayistas. También fueron destacados Pedro Manuel Arcaya, Gil Fortoul y otros que explicaban las teorías evolucionistas de Darwin. Llegó el año 1889. Muchos generales en Guayana querían pelear porque ese es el oficio de los generales; ya existía el refrán: “Hay que quemarse el pecho...”.

El general Domingo Sifontes se perfilaba como un ductor confiable de cualquier campaña de este tipo y a él se acercaban en viajes expresos, los portadores de rumores. Pero de las experiencias de la guerra tenía Sifontes su personal filosofía. Él no era un aventurero político. Sentía que ya había dado su aporte a la lucha social. Aún después de los choques guerreros tenía que estar soportando molestias. Estaba asqueado de la lucha política y de sus nuevas formas. El guerrero colgaba su espada bajo la convicción triste de que pelear es inútil. Aunque convenía en que se debe mantener la moral combativa como obligación con el pueblo. Y argumentaba, que si se busca serenamente siempre aparecerá una mejor fórmula que matar a la gente para aligerar los procesos evolutivos y al final resultará una mayor armonía, sin quedar afectado por esos trances de enemistad imborrable y rencorosa que se produce en las acciones de guerra, pues en la guerra se sacrifica a quien menos culpa tiene y aunque se salga victorioso y se esfuerce por comportarse generoso haciéndole honor al vencido, la humillación no la perdona nadie sino aparentemente y los insultos de la agresión llegan a cobrar fuerza eterna. La sangre vertida y las vidas truncadas son a veces demasiado precio por una reivindicación entre hermanos que a veces depende de un solo individuo, que ni siquiera se expone en la lucha.

Para responder a todas las insinuaciones y ser consecuente con las luchas anteriores, el general Sifontes convocó a una ternera en su hato de “Buen Retiro” cercano a La Carata. Allí desarrolló toda una tesis, donde puso de relieve el oportunismo de algunos caudillos y la aparente variación de propósitos de algunos militares ambiciosos que ponían la verdad social en segundos planos y sólo vendían sus esfuerzos a la comodidad de un puesto público. Él le daba al acto amistoso de la ternera asada un valor solemne. Se estaba en 1889. El colgaba su espada, cosa que fue una impresionante y sincera ceremonia que tuvo sus punzantes ironías. Contra él se estrellaron los guerrilleros de oportunidad que sólo pueden vivir

peleando porque han hecho de la insurgencia una manera fácil de vivir ellos aunque sea matando a otros, y, esta manera de vivir la pagan los inocentes y los productores rurales. Les indicó, más o menos, que habían desaparecido del ambiente los factores que desinteresadamente lo habían hecho guerrear: Acaba de resumirse el programa de gobierno del Dr. Rojas Paúl en “Paz, Legalidad y Concordia”. Se ha terminado el guzmancismo y la práctica irritante de un presidente que por medio de su Colegio Electoral, impone a su sucesor o que negocia para seguir mandando en burla del pueblo. Se ha terminado el abuso y la tendencia al militarismo en el poder administrativo. Tenemos a un civil, un jurista democrático que mira hacia el horizonte político dando ejemplo de civismo que debemos respaldar, y es necesario, que él mismo sepa, la reacción que ha generado. Hay una profusa literatura que estudia a diario la situación y que hace la ubicación sociológica de las tiranías. Esta corriente intelectual tiende a consolidar el civilismo. No hay presos políticos y ha desaparecido ese temor permanente de desconfianza que socavaba los períodos presidenciales anteriores. “Se celebran estas fiestas en ‘Buen Retiro’ en forma cordial, pero veo algunos descontentos, como quien reclama haberse quedado ‘sin trabajo’, a cambio está naciendo la justa Paz en que debe vivir el venezolano”. Siguió el general veterano exponiendo minuciosamente detalles con voz que decía la verdad, voz que no preguntaba, sino decía... Muchos generales se quedaron como dice el refrán “con las cajas destempladas”. Entre estos generales inconformes figuraba, sobresaliente, parlanchín y “a la orden” para coger el mando, el general Celestino Peraza, que había llegado a El Callao husmeando el rastro del oro o para organizar algún movimiento subversivo del cual él sería el jefe indiscutido: Guayana sería solamente la banca, la despensa y el escenario fronterizo que él necesitaba. Decía uno que conocía su historia que era “gallo jugado en siete plazas” y quizás un poco

pasado de raza, de esos que terminan por cruzarse peligrosamente las espuelas hasta que un día se matan ellos mismos...

Pero los argumentos de Sifontes, como hombre sano y de experiencia, tenían todo el peso ingenuo de la honestidad y de las grandes verdades. Su reserva de odio se centraba ahora en ese gran peligro que amenazaba a Guayana: La invasión inglesa por las montañas del Cuyuní, cuyo próximo paso sería ocupar a Tumeremo y El Callao. Los ingleses buscaban el territorio del Yuruari y este peligro era inmenso ante las rencillas internas que sin programas sociales, solo peleaban un puesto en la administración. Casi se podía decir que todo el disgusto era guerrero...

Al territorio llegó otro gobernador, Camilo Alfaro, quien entró en disgusto con el general Toribio Muñoz que en un momento había actuado contra el gobernador Mijares, pero ahora era hasta candidato a gobernador. Pero todo había quedado igual, el nuevo gobernador incubaba las mismas pretensiones que su antecesor y el territorio quedó sin incorporarlo al Estado como era la exigencia popular.

Pero aconteció que el Dr. Juan Pablo Rojas Paúl, también impuso su candidato presidencial y éste trataría de dar los mismos pasos políticos de gobernar por medio de “mamparas”, ejemplo que habían sembrado en la costumbre los otros dictadores. El día 20 de mayo de 1890 llegó a la presidencia de la República, electo por el Colegio Electoral, el Dr. Raimundo Andueza Palacio, quien había sido ministro de Instrucción Pública en el gobierno de Rojas Paúl. La gente decía que era del mismo gabinete y traería las mismas malignas intenciones. Como en efecto, buscó a reformar la constitución para alargar el período y sin concluir el suyo, seguir mandando en una especie de “Petición de Principio”.

Crespo, quien había estado preso por el Dr. Rojas Paúl y le habían decomisado, con armas, la balandra “Ana Jacinta” con la cual pensaba hacerle la guerra a Rojas Paúl, que había sacado a Guzmán del poder, emitió un pronunciamiento en su hato “El Totumo” el

día 20 de febrero de 1892, anunciando que si reformaban la constitución para continuar en el poder, se alzaría en armas en busca de la “Legalidad”. Se movió el oleaje político como un mar de fondo. El ambiente se saturó en seguida. Había en Trinidad una pandilla de generales esperando noticias de guerra para entrar a Venezuela y sumarse a ellos. La amenaza de rebelión estaba tan inmediata que una serie de los adláteres de Andueza Palacio, como el general Zoilo Bello Rodríguez, su ahijado, encabezó una junta que obligó al presidente Andueza a salir para Trinidad con la promesa de que se repetiría “una aclamación” como la de Guzmán. Y dice la ironía caraqueña, que Andueza en La Guaira, todo desorientado, preguntó a sus “amigos” que si los que lo iban a “aclamar”, no eran los mismos que lo estaban echando del poder...

Zoilo Bello Rodríguez, quien también aspiraba a la presidencia de la República, era jefe militar de Andueza y quedó de Jefe de Estado Mayor de Joaquín Crespo.

Como reflejo de las condiciones políticas del Centro, la corrupción política empezó a germinar de nuevo en el territorio del Yuruari. Así como se acumulaban en Trinidad, hombres de mando en espera oportunista, así fueron llegando a El Callao generales sin gente aparentemente atraídos por el mercado del oro.

El Mocho Hernández, cuya obsesión era andar en campaña, se había activado en Ciudad Bolívar y por órdenes superiores, el presidente del Estado, Dr. José Ángel Ruiz, lo había reducido a prisión. Había llegado a Guayana se supone que por el río Toro, y corno propiedad particular, el rifle de 1882 conocido como el Winchester. Esto era como una invitación a la guerra. Casi todos los dueños de hatos habían comprado algunos porque era el más adecuado rifle calibre 44 para cazar tigres que azotaban la ganadería. Además el Winchester era una moderna carabina de guerra, semiautomática, que repetía cinco tiros, la capacidad de su recámara, y arma liviana para recargarla a caballo.

Volvió a “Buen Retiro” Celestino Peraza, complejo personaje ligado a las minas y a los gobiernos de turno de quien nos ocuparemos en el próximo capítulo.

Capítulo III

El general Celestino Peraza

Como reminiscencia típicamente feudal, flota todavía con asombro en la historia del pueblo de Chaguaramas en el estado Guárico, la inexorable rivalidad familiar, el odio de exterminio, que existió entre los belicosos y susceptibles Belisarios con la familia Manuit. La idea de eliminarse mutuamente es la que refleja Gallegos en *Doña Bárbara* cuando Santos Luzardo se presenta casa de Lorenzo Barquero y éste, ebrio, le increpa: “¡Luzardo! Un Luzardo casa de un Barquero, ¿y vives todavía?...”³⁰, mientras trata de cumplir la aberración de venganza familiar levantando un revólver y finalmente se desmadeja por efectos del alcohol que estaba ingiriendo. Pero ya Santos Luzardo era el abogado sereno y civilizado que luchaba contra esas insensatas explosiones de violencia que imperaban en el llano de esos días.

Los Manuit y Peraza formaron familia y quién sabe hasta qué punto harían honor a la bárbara tradición. Dice Nemecio Parada en su curiosa *Odisea de un telegrafista venezolano*:

El general Celestino Peraza fue uno de los Jefes del ejército destacado por el general Ignacio Andrade Presidente de la República, a combatir la Revolución Restauradora que se acercaba a la capital, y luego figura central que intervino en el tratado para la entrega del gobierno a la revolución triunfante.

30 Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*, Barcelona, editorial Araluce, 1929.

Fue también por corto lapso el Primer Secretario de la Presidencia de la República y Ministro de Fomento. A poco tiempo fue enemigo alzado en armas contra el nuevo Gobierno.³¹

Nos permitimos tomar del prólogo del libro *Los piratas de la sabana*, escrito por la diestra pluma de don Pedro Sotillo, algunos datos y noticias acerca de este polifacético venezolano...

Nació en la población de Chaguaramas el año 1850. Fueron sus padres don Pedro Peraza y Doña Luisa Berrueta. Murió en Villa de Cura de 80 años el 30 de noviembre de 1930, anciano, pobre y ciego, él, que fue paladín de la aventura, de la hazaña, del trabajo y de las letras por los caminos rurales de Venezuela; por los mares encrespados; por la eternidad de los llanos, por la ruta profunda y por el misterio de las selvas de su predilección.³²

Al referirse a un grave lance personal, dice don Pedro:

Sin duda que el mayor número de sus compatriotas no conoce el episodio trágico de Tinaquillo, cuando en función de Jefe de Estado Mayor, detuvo con un certero balazo la insubordinación acometedora de Natividad Mendoza, Jefe de la División de Vanguardia.³³

Esto copiado por Nemecio Parada de un escrito de Pedro Sotillo ha tenido demostración histórica.

Era Celestino Peraza oriundo de la Chaguaramas pleitera y guaparranda de mediados del siglo pasado³⁴. Hombre de fama de valiente, hombre de porte marcial, mal encarado. Se crió activo en la guerra y en la marina aprovechando cuanto tiempo libre tenía para estudiar, llevó una vida intensa y desarrolló una gran capacidad intelectual. Se apareció a la población minera de El Callao en el estado Bolívar, ya como general, tendría 40 años según el cálculo de la mayoría de las

31 Nemecio Parada, *Odisea de un telegrafista venezolano*, Biblioteca de autores y temas tachirenses, 1970, p. 151.

32 Pedro Sotillo, "Prólogo" en *Los piratas de la sabana* de Celestino Peraza, Tip. R. A. García, 1905.

33 *Ibid.*

34 N. de E. El autor se refiere al siglo XIX.

personas. Llegaba quizás atraído por la imantación que produce la fama del oro en las mentes inquietas. Empezó por adquirir una imprenta “Washington” a crédito que le concedió la casa mercantil de Canignani y Liccioni. Imprenta que no pagó nunca según una carta de Liccioni para el general José Manuel “Mocho” Hernández, negándose a traer para él una imprenta porque no le habían pagado la primera. Esta carta está en su original en el Archivo del general Hernández, en la Academia Nacional de la Historia.

Peraza parecía no poder con su importancia al mostrar un marcado desprecio de fondo a los demás y como en el caso aislado de Liccioni que es el único que podemos citar aquí, dejaba de pagar sus cuentas sin siquiera creer que le debía una excusa al comerciante. El general Celestino Peraza puso a funcionar su iniciativa: en seguida puso a circular la revista *Horizontes*, causando maravillosa impresión; allí puso de relieve su capacidad detallista y su proyección social. No había duda que buscaba derroteros y solicitaba indirectamente cooperación científica y social. Alguien comentó nivelando conceptos: “El hombre no es una bala perdida”. Y fue tal el prestigio que despertó *Horizontes*, que después de un tiempo devino el Órgano Científico-Literario de la Sociedad Guayanesa y tuvo por directores a J. M. Agosto Méndez, Luis Alcalá Sucre, Bartolomé Tavera Acosta y Luis Felipe Vargas Pizarro, con toda la seriedad e importancia que tan destacados literatos le supieron dar, especialmente cuando se editó en Ciudad Bolívar.

El general Peraza seguía siendo un extraño y, surgió de ese sector social que todo lo averigua y todo lo pone a circular, que había venido a El Callao, con un fin muy bien determinado: venía husmeando la posibilidad de una amplísima concesión minera que iba a constituir un monopolio, pues Guzmán Blanco, presidente de la república, había resuelto ponerle la mano a mina “El Callao”. Sin embargo, desde el segundo número de la revista *Horizontes*, el Peraza revolucionario, que a veces curiosamente tocaba los dos extremos de la

lucha social, se activó de inmediato contra la muy criticada gestión del gobernador Pedro Vicente Mijares. La revista siguió haciendo planteamientos revolucionarios, muy lógicos dentro del ambiente minero y llegó a dar una impresión totalmente opuesta a lo que la gente sospechaba al principio de la presencia del general Peraza en El Callao, que se concretaba en dos puntos: reintegración del territorio y contra el gobernador.

Se puede pensar que El Mocho Hernández estaría celoso de que le quitaran la dirección de la lucha que él quizás pretendía capitalizar en su favor. Y, Peraza no era más activo que Hernández. La diferencia entre los dos en un momento dado era que Peraza no conquistaba la confianza de la gente, mientras que El Mocho, como hombre sincero y sin reservas, tenía popularidad fanática, invariable. Por otra parte había factores curiosos: A la gente de la calle no le agradaba que Hernández anduviera vestido de uniforme de guerra en todo momento, quizás para hacer valer en su fuerza psicológica el valor del supuesto título de general que nadie sabía dónde ni cuándo lo había ganado. Mientras que Peraza, que vestía de liqui-liqui o cualquier otra indumentaria informal, tenía una asombrosa y atrevida historia de la marina y de la guerra en general que la gente no ponía en duda. El ser Peraza de Chaguaramas lo catalogaba de peleador.

Entre los dos hombres guerreros y luchadores hubo varios pasos de transición, primero se hicieron amigos. Peraza prestó la imprenta y allí se imprimieron unos pasquines contra el gobernador Mijares. Luego la imprenta hizo el mismo trabajo pero censurado por Peraza y alquilada la imprenta, “porque todavía no se había pagado”. La sociedad civil democrática de El Callao, quiso rectificar algunos conceptos y la imprenta le fue negada de manera absoluta. Por último los dos líderes rompieron lanzas y llegaron a una situación de incompatibilidad que pudo haber terminado en tragedia. Si violento y arrebatado era Celestino Peraza buscando una salida que no encontraba; así mismo era El Mocho Hernández, quien siempre quería

exhibirse ganando en todo pleito y siempre estaba dispuesto a repetir la escena que se produjo con el general Tomás Briceño, a quien después de un trato cordial en la esquina de Casanova Hermanos, le metió El Mocho el revólver a Briceño en la nariz y el disparo lo dejó chingo y amargado por el resto de su vida. Luego entre los que vivían ese pleito, se regó la noticia de que el gobierno utilizaba a Peraza para contrarrestar la azogada y constante actividad revolucionaria de Hernández. Esto, un día pareció ser cierto por un telegrama que el Dr. y general Sebastián Olsañas, *factotum* del gobierno, le puso directamente a José Manuel “Mocho” Hernández, diciéndole que el Dr. Rojas Paúl, quien era ministro del gabinete, le había prometido la reintegración del territorio al estado. Naturalmente que todo era mentira, una especie de contrafuego, contra la lucha antigobierno.

Pedro Sotillo, el poeta, redactor prudente y habilísimo de *El Universal*, quien en tiempos de Medina Angarita fue gobernador del Guárico, su estado nativo; Pedro Sotillo el literato, costumbrista, avezado polemista, el de la copla del indio que le pegó a la mujer con un bejuco porque la encontró dormida, bora arriba y sin guayuco... El periodista sincero y buen amigo que usó por bastante tiempo el viejo seudónimo “Luis Ruiz”, llora, más que lamenta, que un hombre de averías como Celestino Peraza, que conoció todas las asperezas de la vida cruda a la intemperie, muera anciano, sin recursos y ciego, como colmo de una ironía ante la audacia y la veteranía. Peraza, el hombre que sufrió prisiones, inició alzamientos guerreros, que desempeñó con elocuente habilidad la Secretaría General de la Presidencia cuando Cipriano Castro, así como la función de ministro de Fomento, cuando a este puesto renunciara por ser consecuente con sus ideas, su acérrimo enemigo desde El Callao, el general José Manuel “Mocho” Hernández. Su inquietud lo llevó hasta alzarse en armas a Castro, después de haber sido su secretario, su ministro, su amigo y confidente, “pero parece que Castro, hombre vivo, le vio la puerta”. Es de esta biografía de Peraza, hecha por Pedro Sotillo,

de donde cuestionamos algunos rasgos biográficos que los admitiría Pedro Sotillo con toda sinceridad: Peraza era voluble, oportunista y así cambió de propósito y de planes con toda facilidad. En potencia, habiéndose hecho amigo de Castro, era su fácil enemigo al encontrar un compañero de acción como Ramón Guerra. Le faltaba firmeza en sus conceptos sociales... Sembró desconfianza y no aparece manteniendo una amistad sincera con nadie. No estuvo nunca seguro del camino a coger, estaba afectado de ese nerviosismo agresivo que se cataloga como valentía y que es una especie de exhibicionismo como quien cultiva el miedo a tener miedo... Tenía un debilitamiento en sus fuerzas sensoriales que le impedían frenar la acción una vez iniciada. Este carácter constituye en cada individuo una forma de comportarse o de disipar su inconformidad; a unos los afecta como vicio incurable, a otros como enfermedad endémica, es ya tarde en la vida cuando por educación se hace serena la reacción. Pero algunos filósofos concluyen que cuando el hombre nervioso aprende a ser sereno es porque ya se le están acercando sus últimos días, por lo que alguien, algún viejo por supuesto, dijo que “la experiencia es una luz que sólo alumbra cuando quema...”.

No puede creerse, como dice Sotillo, que “Celestino Peraza haya llegado a El Callao con su guayare y su batea, que se metió a las profundas galerías mineras y las trabajó con éxito”. Primero porque el guayare es un artefacto exclusivamente de caminar en la montaña a pie y él seguramente con toda su pretensión de altura y en su innegable iniciativa, con su ya formada personalidad, pues rayaba en los 30 años, más su bien llevada condición de general, llegaría a caballo por la sabana o sea, por el camino real, como llegaba todo el mundo. El otro error es el hecho de que se hubiera metido en las galerías mineras con la batea que es exclusiva del trabajo del oro de aluvión que no es cuarzo que se saca con dinamita de las galerías subterráneas. Pero sí es de creerse que con su habilidad y su dinamismo se impuso en ese medio y se hizo reconocer durante un tiempo

hasta lograr uno de sus propósitos: dirigir una guerra o conseguir una concesión aurífera. Peraza cultivaba el interés intelectual que lo llevó a escribir allí como novela la historia que tituló *Los piratas de la sabana*. Escribió como anécdota absurda “El Muerto de La Carata”, al cual nos referiremos más adelante. Escribió sus largas *Leyendas del Caroní* y en una síntesis de “dos hojitas” hizo su macabra *Carne humana* que atribuye a una huida del general Santiago Rodil por el río Yuruán, donde tienen que comerse unos con otros. Escribió un folletico: *Cicapra*.

El hombre preocupado y luchador, lo es en todas partes, y este era inquieto, activo, inconforme y atormentado. Como siempre, buscaba una bandera, se sumó a la lucha que encontró viva que era la reintegración del territorio al estado. Pero llegó un momento en que buscando soluciones personales a su vida tenía que decidirse. Su aspiración oscilaba entre estar bien con las autoridades y obtener su apoyo o combatir las abiertamente, ya que las dos actitudes no cabían en el mismo propósito. La situación era definida, culminante, el momento no aceptaba medias tintas.

La mina había comenzado a reducir su producción, por lo cual el presidente de todo aquel emporio, don Antonio Liccioni, estaba despachando desde Ciudad Bolívar. Celestino Peraza empezó sus trabajos a fondo y encontró una compañía francesa que asumió los primeros gastos. En una combinación de tipo genuinamente político, si se entiende en venezolano lo que esta palabra implica, Peraza logró unificar ciertos criterios y planificó con la anuencia del mismo anterior gobernador, Pedro Vicente Mijares, que ahora había regresado a la mina como fiscal, su estrategia para una concesión.

Celestino Peraza estuvo tratando de “negociar” la guerra con el general Domingo Sifontes, quien se negó rotundamente a colaborar con el individuo que no le mereció confianza, como veremos más adelante. Le pareció a Sifontes que los dos tenían diferentes conceptos de la guerra y más bien, en una ceremonia solemne, como

se ha dicho, colgó su espada. Pero el general Peraza tenía ganada su batalla, con sus habilidades y con los sujetos que encontró obtuvo del Gobierno Nacional una gigantesca concesión que constituía un monopolio, aunque no llegó a disfrutarla porque hubo guerra y ganó su parte contraria. Las concesiones mineras abarcaban, fuera del filón de El Callao, toda la región aurífera de los ríos Yuruari, Yuruán, y Cuyuní. Concesión exonerada con una duración de 99 años que todavía estuviera en vigencia, estos documentos originales, intactos, se encuentran hoy en el archivo del “Mocho” Hernández en la Academia Nacional de la Historia. Están firmados por el entonces ministro de Fomento, el notable Rafael Villavicencio y por el entonces director de la Riqueza Pública: Guillermo Tell Villegas Pulido, quien desempeñara interinamente y como noveno designado en 1892, la Presidencia de la República y quien también, por cierto, había sido anteriormente apoderado de don Antonio Liccioni en la región del Yuruari con relación a la rica mina de “El Callao”. Esta fue la mina que llegó a las alturas de la fantasía, en 1885, en que produjo (repetimos) 8.193.510 gramos de oro y fue considerada la mina más rica del mundo. Dicho de otra manera que resulta más sencilla pero más asombrosa e importante: Ocho toneladas de oro.³⁵

Aconteció que, como habíamos establecido, el Dr. Pedro Vicente Mijares, repudiado en el lugar y quien había sido removido de la Gobernación del Territorio del Yuruari, después de las fuertes escaramuzas que Manuel Landaeta Rosales cataloga como “Combates”, y por la gran presión popular bajo el cognomento de “codicioso”, volvía ahora como fiscal y director de minas en El Callao, de donde estaba protestado y amenazado y que para colmo “o para derramar el vaso” fue luego Ministro de Fomento. Esto resultaba insultante para una gente que sabía que actuaba honradamente, toda la lucha se sumaba como una actividad perdida y una burla del Gobierno. El prometido Territorio no había sido reintegrado al Estado. Se trataba

35 Véase: Carlos Rodríguez Jiménez, *Upata*, Aguilar, p. 187, 1964.

de que el general Guzmán Blanco creía que la mina había reducido su producción por planificación maliciosa de sus directivos. Una manera de declararle la guerra a la mina para investigarla a fondo, fue ubicarle allí sus más jurados enemigos. El mismo Guzmán llamó esa técnica “La coacción sobre la mina El Callao”. Esta situación con la mina produce una larga discusión con extraños resultados, pero no cabe en este ensayo, véase en todo caso *La Guayana del oro y don Antonio Liccioni*.³⁶

Algo: Peraza no fue nunca sincero, él quería la dirección de la mina de El Callao, por eso se quejó siempre de que Liccioni fuera siempre el presidente. Si no, quería de inmediato concesiones sustanciales sobre los terrenos del oro. De no ser así quería la guerra bajo su dirección en una forma que alimentara su inquietud.

Reclama el poeta Pedro Sotillo que Peraza murió ciego, anciano y pobre, como culpando a alguien de la sociedad, como poetizando la injusticia. Sin embargo, tal parece ser el fin lógico de un hombre contradictorio que no le dio nada a la sociedad. No importa hacer las cosas, sino cómo se hagan. Peraza no convenció a nadie más que un corto tiempo, mientras salían a flote sus ambiciones personales. Siempre apareció desconfiado y a la vez los otros le niegan su confianza cuando recomiendan que no intervenga Peraza “por falso y aventurero”. Logra intervenir Peraza y de jefe negociador, traiciona el principio que defiende, negocia con Castro asegurando su posición personal, le entrega el Poder que iba a defender y entra de nuevo a Caracas formando parte del gobierno de Castro que era el jefe invasor. Después llega a ser Ministro y después se asocia con otros guerreros y se alza en el Guárico, donde pierde la pelea. O sea que terminó mal lo que podríamos llamar su negocio de la revolución.

En el *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*, nro. 88, se lee:

36 Horacio Cabrera Sifontes, *La Guayana del oro...*, *op. cit.*

El 16 de diciembre de 1900 entró en Chaguaramas, la revolución acaudillada por el general Celestino Peraza. “Eran ochenta hombres, casi todos armados”. Estas informaciones las envió el mismo día del alzamiento, el general Francisco Manuit hijo, partidario de Cipriano Castro y quien estaba en franca oposición a los otros Manuit, sus hermanos, que se habían unido a Peraza en estas aventuras que terminó, como lo había presentado Manuit, sin “importancia alguna”.

Celestino Peraza, General y político, escritor y periodista, había ocupado cargos de alta significación política durante los gobiernos de Joaquín Crespo y de Ignacio Andrade. Al lado de Luciano Mendoza actuó en las negociaciones de La Victoria que en octubre de 1899, dieron por resultado la caída del Presidente Andrade. Figuró en los primeros meses del gobierno de Castro como secretario de la Presidencia y ministro de Fomento. Pero en diciembre de 1900 se alzó en armas en el Guárico. Francisco Manuit aseguraba a Castro que eran cómplices en la revolución de Peraza, los generales Luciano Mendoza, Ramón Guerra y Leoncio Quintana.³⁷

En las tertulias femeninas las mujeres se encargaron de hacerle una mala imagen a Peraza, porque sonreía muy poco. A una de las más parlanchinas se le ocurrió decir que a ella no le gustaba porque su cara mostraba angustia, amargura, y además se peinaba por el centro de la cabeza, señal dudosa o de mal indicio hasta en un hombre normal. Otra dijo que esos gestos de su cara parecían acusar un complejo poderoso que él no alcanza a dominar, de allí su inquietud y su inconformidad permanente. Como era el personaje más destacado de los nuevos llegados, en él se centraba en esos días la opinión pública. También había quien comentara con admiración sus hazañas de guerra, su alcance intelectual y su empeño visible de sobresalir siempre en la sociedad.

En el libro del Dr. Manuel Alfredo Rodríguez, *El Capitolio de Caracas*, encontramos que se cita once veces al general Celestino Peraza, pero en todas las variantes coinciden, o sea que no hay muchas alegrías para compensar sus pesares... El concepto más tajante

37 *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*, Nro. 88, Caracas, p. 267, 1974.

y elocuente que lo define bien está donde leemos: “Esta designación es acompañada de la orden de que no se permitiera intervenir en las conversaciones al general Celestino Peraza –Jefe de Estado Mayor de Mendoza– por ser persona de carácter desleal y espíritu aventurero”³⁸. A poco se entera de que el autor de *Los piratas de la sabana* lleva la voz cantante en las pláticas pacifistas.

O sea que en cuanto a “negociaciones” estaban perdidos irremisiblemente. Peraza estuvo dos veces en el Yuruari y en ambas ocasiones buscaba a levantar gente. Se ofrecía para conducir la guerra hasta sus últimas consecuencias. En la primera época empezó a escribir *Las leyendas del Caroní* con notado éxito. Visitó todos los hatos cercanos. Se interesó por “El muerto de La Carata” y tomó notas, pero de allí él mismo aparece confundido y no sacó nada en claro.

En la *Gran Recopilación* de Manuel Landaeta Rosales aparece Celestino Peraza como escritor y periodista en el año 1889³⁹, precisamente después que se viene de su segunda visita a “Buen Retiro” y “La Carata”, día en que con gran solemnidad el general Domingo Sifontes colgó su espada y habló contra el espíritu guerrero. En esa oportunidad Sifontes le negó todo apoyo para toda posible Guerra Civil en Guayana y se refirió a la amplia libertad de prensa del presidente Rojas Paúl y a las tendencias sociológicas renovadoras que en esos días coparon la atención de los literatos, estudiosos y luchadores sociales, incluyendo los escritos del mismo Celestino Peraza.

Cuando llegó a “Buen Retiro” la noticia de que el general Celestino Peraza se había venido disgustado de El Callao, nadie reaccionó ante la noticia. En esos silencios que interesan a todos pero nadie los rompe, alguien pidió la opinión del viejo Taita Salas, filósofo analfabeto, profundo psicólogo práctico que a veces hablaba en parábolas o aplicando viejos proverbios sentenciosos. Había

38 Manuel Alfredo Rodríguez, *El Capitolio de Caracas, Un siglo de historia de Venezuela*, Caracas, ediciones del Congreso de la República, p. 441, 1974.

39 Manuel Landaeta Rosales, *Gran Recopilación... op. cit.*, Tomo II, p. 217.

inteligencia en sus conceptos y por eso todos le hacían preguntas de las cuales contestaba algunas. En este caso les recordó que él había emitido su opinión cuando vino Celestino Peraza a la ternera de “Buen Retiro”, donde el general Sifontes colgó la espada, y uno no podía tener dos opiniones sobre un solo hombre, así que él repetía que el hombre era como él había dicho antes: “Gallo jugado en siete plazas, un poco pasado de raza, de esos tan finos, que se matan ellos mismos cuando se le enganchan las espuelas en la nuca al rebatirse” y, “ahora creo que eso será siempre así”.

Capítulo IV

El muerto de la Carata

Desde las postrimerías del siglo pasado hasta la alborada del presente, en el hato de La Carata de la familia Sifontes, cercano a Tumeremo, se había formado un escándalo que causó ruido e interés científico y místico a escala universal. Empezó quizás con algunos breves cuentos grotescos muy peculiares al medio sabanero; sustos mal relatados apoyados en la oscuridad y el misterio; profecías dislocadas por la ingenuidad del campesino y, así, este suspenso fue cogiendo auge y significación hasta ser admitido como cierto, por personas de seriedad reconocida. En el hato salía... un “muerto”... Este supuesto muerto se hizo sentir por mucha gente seria, imantó las mentes teológicas de la época que pretendieron capitalizarla en su provecho y atrajo con su novedad a grandes personajes de muchas partes del globo.

La casa grande del hato era de estilo colonial y tenía cuatro galerías. En los cuartos y sala tenía piso de madera pulida y ladrillos en los corredores. Los cuartos tenían puertas hacia los corredores y se daba el fenómeno, cuando había el necesario silencio ya caída la noche, que se sentía como si alguien que había quedado trancado en un cuarto tocaba con fuerza la puerta para salir, sin que nadie averiguara por donde se había metido. Esa era una señal para que apagarán las luces del gasómetro, porque el duende quería una entrevista. Requerida su identificación para abrirle la puerta desde el corredor, el visitante con voz estentórea, siempre sonora y bien articulada, contestaba: “Soy el hermano penitente”. Se suponía que él salía al abrirle la puerta y alguien más de una vez le tiró ron furia una piedra o le lanzó una espada violenta al abrirle la puerta y no

encontró resistencia, no había cuerpo sólido, cuando más, se producía una carcajada burlona, como quien se ufana de ser invisible e invulnerable.

Podemos observar que el silencio y la oscuridad preparaban el ambiente, más adelante entrarán en juego otros dos factores. Ante “él” y sus “apariciones” con charlas frívolas y preguntas de fondo, sucumbieron todos los esfuerzos científicos, las teorías religiosas de inspiración divina o la tentativa que siempre fue burlada de “espantarlo con la cruz”. Así fueron las normas de percepción y la sensibilidad mística. Quedaron desairados muchos librepensadores como el mismo general Domingo Sifontes que era positivista en sus razonamientos y para quien no podía haber efecto sin causa. Don Juan Bautista Tavera, persona muy leída y sujeto a las teorías neoplatónicas del conocimiento; el sociólogo Bartolomé Tavera Acosta, estudioso de los rastros que han dejado en la mente humana las creencias supersticiosas y el significado de los petroglifos de pasadas culturas. Y, muchísimas otras personas calificadas como doctores en varias especialidades, generales, obispos, curas, párrocos o seminaristas, que llegaron, por un manifiesto miedo espiritual, a construirle una capilla en La Carata con cruces por los cuatro vientos y siempre, de algún modo o de otro, se fueron confundidos, experimentando temores con la tortura de las dudas. Menos el general Celestino Peraza, quien por “machismo” ridiculizó el hecho, pero cualquiera que fuera su explicación, no quedó ni convincente ni lúcido. Sacó dos hojitas impresas que tituló “El muerto de La Carata” y que adosó al final de la primera edición de *Los piratas de la sabana*. Según muy sensatas opiniones, se hace necesario decir que en el breve análisis de Peraza, éste no aporta ningún bagaje científico ni cómico que, ni siquiera como chiste, haga honor a su inteligencia. Ni se pegaron después esas dos hojitas mencionadas en las sucesivas ediciones de *Los piratas de la sabana*.

La tradición dependía de esos viejos acartonados que parecen burlarse del tiempo, como Taita Salas, a quien todos llegaron a llamar “El filósofo de la sensatez”; don Camilo Vidrogo cuyo hijo Camilito, tenía para esos días noventa años lúcidos también Manuel Antonio Sifontes, quien estudió para cura en Roma; hablaba latín con gran fluidez y ya sentía reclamante el llamado natural de la vida de hombre a que debía consagrarse, contempló las piernas de Simona Delgado y se decidió a hacer valer su cariño en una forma menos fúnebre que el arropo viejo de la sotana, signo del estancamiento y cultivo de todos los temores sobre los cuales los hombres todavía dudan. Allí en un gesto nervioso y profundamente humano, movido por esa ley natural que es el amor, ahorcó los hábitos antes de que estos lo amortajaran en vida. Todos estos viejos hacían averiguaciones curiosas entre la gente que llegaba y aprendían nombres de nuevas religiones, o de viejas religiones porque casi todas son más viejas que el catolicismo. Según la lista de Manuel Antonio, fugado del “curismo”, a La Carata vinieron taoístas y budistas chinos y japoneses; sacerdotes ortodoxos griegos con sus barbas y sus bonetes rituales; musulmanes de varias sectas que aunque pronuncian las mismas palabras de que Alá es Dios y Mahoma es su profeta, se odian a muerte y quisieran exterminarse unos a otros; vinieron representantes de otras sectas judaizantes; los propios rabinos con sus poderes *kosher*; adventistas sabatinos; anabaptistas flotantes en su incomprensible espera, así como coptos y brahmánicos. Todos llegaban tomando poses, con un aire sacerdotal de suficiencia aparentando la grandeza de su superstición al excluir a todas las demás creencias que, entre sí, se consideran falsas o por lo menos con las mismas raíces fundamentales de la reacción del salvaje ante lo desconocido. Cada quien vino creyendo, según explicaron sus intérpretes, que su religión era la verdadera que su intuición haría aflorar el misterio y se perfilaría la concepción de su universo como el dueño y depositario de la verdad. Pues, todos buscan la verdad y todos quieren llegar al cielo.

Unos dicen que se llega sufriendo; otros que se llega cantando sus alabanzas; unos autotorturándose y otros según lo que paguen por el entierro. Estos últimos parecen estar con la tendencia comercial del momento, pues las recomendaciones para el cielo, que en forma de “bulas” se vendían a los ricos en épocas pasadas, han llegado a vestir nuevo disfraz y tienen nuevo precio, por lo que pensamos que si se ponen al día ganarán intereses inflacionarios, ya que uno no puede sustraerse al medio en que vive.

Era cosa sabida en La Carata que El Hermano Penitente, atendía solamente la llamada de Pedro Manuel. (Este no es su nombre pero así, por lealtad familiar, llamaremos a este otro factor de historia vinculado por afinidad a la familia Sifontes). Para la plática con el fantasma que era quien, al parecer, imponía las condiciones, también se requería la monstruosa presencia de un personaje a quien llamaremos Joaquín, cuya descripción haremos más adelante. Son estos los dos factores que completan el raro cuadro de “El Muerto de La Carata”: silencio, oscuridad, Pedro Manuel y Joaquín.

Muchos razonadores trataban de ubicar la afinidad entre los personajes aludidos. Pedro Manuel era un erudito, personaje estudioso que vivió en Francia bastante tiempo pero conocedor de los aspectos rústicos de la vida y trabajos del campo. Con gran facilidad se enfrentaba en sutiles y delicadas polémicas con filósofos y científicos, desde los orígenes de los dioses persas de Zoroastro que vestidos del bien y el mal han recorrido todas las culturas y todos los vericuetos del mundo; profundizando en la llamada epistemología escolástica y en el racionalismo cartesiano. Términos que resultaban incomprensibles para la generalidad, en la nerviosidad del momento en que más habría impresionado la novedad de ver o hablar con “el muerto”, que tratar de comprender todas las teorías abstractas de las cuales, los estudiosos, en miles de años no han podido sacar nada en concreto.

Los visitantes foráneos traían intérpretes y ciertos amuletos para espantar al diablo, como crucifijos y talismanes simbólicos de viejas

religiones orientales. Que fue allí en el Oriente, miles de años antes de Cristo y del Dios de Abraham, donde del totem y tabú, por medio de la astrología, la alquimia y la presencia confusa de los sueños, nacieron todos los dioses que luego tomaron forma de hombres y de bestias. Pero como los dioses o los muertos son cosas que nadie ha visto jamás, el ruido de que en La Carata se revelaba uno en ciertas formas, provocó una concurrencia de personas que costaron la ruina de ese floreciente centro de producción. Además se presentó en el hato sin que nadie los llamara, un curioso parasitaje de curas, frailes y supuestos representantes de extrañas religiones que se dedicaban a vivir en el hato y fue necesario hacer nuevas construcciones para cobijarlos y matarles ganado todos los días para alimentarlos. Entre tantos, llegaban unos con su teoría de cómo debía entenderse y subsanarse el fenómeno. Un grupo de sacerdotes se unificó bajo la conseja de creer ciegamente en la fe, porque la fe es la que salva. Pero como tener fe es creer en lo que no se conoce, les resultó difícil convencer con ese postulado.

Cada visitante trataba de justificar su viaje y trataba de exponer una opinión novedosa sobre “El Muerto de La Carata”, cuyas intenciones debían ser malignas, a juzgar por una fórmula que dio para un niño enfermo y alguien por error se la dio a un perro que murió a los pocos segundos de haberla tomado.

¿Y cómo no iba a concurrir toda la gente de todas partes, si se trataba de esclarecer la más grande incógnita de todos los tiempos? ¿El mayor secreto universal que divide a los hombres con dudas insolubles? El que veía llegar más gente al hato donde se hacía ruinoso su estadía, protesta el momento, pero había que conciliar la decencia con la hospitalidad, teniendo en cuenta que los que llegaban sentían que se estaban acercando al gran secreto del mundo. Ver lo invisible era casi estar con Dios.

Los sabios del comienzo de la Edad Media en el Concilio de Nicea, obligados por el “Cisma Arriano”, amenazados por la

decapitación y “los autos de fe” donde en nombre de la religión, hicieron tanta carnicería humana, se había jurado con veneración, la imbecilidad más “genial” que ha concebido el mundo cristiano, que aún no ha sido corregido ni podrían hacerlo: el hecho absurdo de jurar “Creo en la resurrección de la carne”.

Si en lugar de esa sentencia que no tenía fundamento alguno, supuestamente inspirada, absoluta e inmodificable, hubieran dicho la verdad, de que todavía había limitaciones de la mente humana, pero lanzaban, como sugiere Aldous Huxley, una hipótesis de trabajo en la cual estaríamos perfectamente preparados para alterar los hechos cuando aparezcan, sin temer volver a otro Galileo, sin martirizar a nadie ni causar un descalabro en la religión, por una cosa que se dijo y se “juró”; se habría sido más razonable y más consecuente con la verdad y con el fin que se perseguía. Así, todo aparente misterio, sin ofender a nadie con nuestras intenciones, estaría sujeto a explicación sin los temores de San Agustín: que creía en Dios, pero dados sus méritos, quería que Dios le mostrara aunque fuera un pedacito de su rostro.⁴⁰

Las ruinosas condiciones de la acumulación de gente no programada en una casa de campo en aquellos niveles, eran de estrago insoportable, ya en nombre del “Muerto” o del “Vivo”, que quisiera distraerse produciendo aquel enojoso fenómeno. En todo caso los “jurados” no tendrían sino aceptación fatal del “acuerdo” a los términos absolutos de “creer en la resurrección de la carne”, pero habría amplitud suficiente para escudriñarle las posibles causas vulgares, como en cualquier otro fenómeno sin misterio. Podría razonarse de manera inductiva, de causa a efecto, científicamente, sin estar amarrado por un juramento y sin miedo a temores fantasmales por haber “dicho” que se creía en una cosa. El error radicaba en haber limitado el campo de acción. Si en el mundo se demostrara que la forma de la tierra es redonda y eso se comprobara fuera de

40 San Agustín, *Confesiones*, Barcelona, editorial Gredos.

dudas, ¿teníamos que insistir en que la tierra es plana porque así lo “juramos” dentro de la universalidad de nuestras creencias? Así se hizo por mucho tiempo y millares de personas sanas perdieron la vida por ser consecuentes con esa y con otras grandes mentiras ¡que llevaron gente a la hoguera!

El general Domingo Sifontes construyó un nuevo fundo que llamó “Buen Retiro”, cuyo nombre parece decirnos su propósito de descansar fuera de aquella jerigonza que cada día tomaba nuevas dimensiones y se le hacía más insoportable. Algunos creen que se mudó porque encontró más agradable vivir aislado; otros, porque como revolucionario, necesitaba estar escondido por elemental malicia que imponían las condiciones políticas de siempre y la tirante lucha civil; los más, creyeron que se había mudado en señal de protesta por el escandaloso costo diario de mantener aquel tumulto de nuevas personas a que obligaba la cortesía de “El Hermano Penitente”. Llovía gente de todas partes atendiendo a su curiosidad trascendente y con todos había que comportarse como exigía la decencia, la cortesía urbana y la popularidad casi paternal del general Sifontes.

Hace algunos días hablando con mi esclarecida amiga Maruja Agosto Aristiguieta, (exdirectora de Cultura del estado Bolívar), hija del ilustre guayanés de extendida fama, Dr. J. M. Agosto Méndez, quise enterarme si ella sabía algo del Muerto de La Carata, y me indicó que sus padres habían estado en La Carata especialmente invitados, y que ella, pequeña, los oyó comentar sobre el caso, como algo que los había dejado impresionados; los oyó hablar de haber sentido ruidos extraños sin aparente motivo y de contemplar un mecedor que se mecía solo.

Así también lo comenta nuestra ilustre escritora Lucila Palacios en su último libro autobiográfico titulado *Espejo rodante*, el cual hemos citado al comienzo, Y donde la autora parece que hiciera girar al revés el mecanismo añoso y oxidado pero revelador e interesante, de aquellos tiempos pasados.

Quizás fue la astrología lo que primero despertó en el hombre la tentación de buscarle formas a las constelaciones y así armó de fantasmas la imaginación con los signos del zodiaco que se movían con una sorprendente exactitud. O, quizás fue la oscuridad la que se hizo sospechosa de albergar peligros misteriosos; se dice y se admite como cierto que la luz eléctrica acabó con la “Sayona” y “espantó” al espanto, de la cochina negra que se barajustaba en el campo y relumbraba dice el campesino: “como un bulto negro blanqueando”. Lo que sí es seguro es que la luz mató todos los “espíritus” de la oscuridad que estaban cargados de cuentos maliciosos. Pero el hombre siguió con la manía de buscarle formas a lo desconocido. Formas extrañas que tomen las nubes cuando las presiona el viento. Cualquier forma irregular y momentánea, cualquier sueño caprichoso y accidentado podría significar un aviso trágico, de allí las complejidades del laberinto teórico y abstracto de querer interpretar los sueños y de querer establecer cómo y por qué se producen.

Es una ley psicológica invariable que cuando uno está dominado por una idea primaria, subordina a ella toda su excepción del universo. Ella actúa como una primera fase del conocimiento de todas las cosas. Nuestro hombre promedio del siglo pasado y aún, en un gran porcentaje del actual, que no han tenido la oportunidad de pensar por su cuenta y desbrozarse de complejos dominantes, han cultivado los supersticiosos temores y leyendas que sobre la muerte han venido creyendo sus antecesores, y, el antejuicio de la muerte ha sostenido las iglesias con un parasitaje humano que nos desprecia y que otros respetan aterrados. “Lo que se hereda no se hurta”, dice un viejo apotegma y yo le agregaría “y trae el rastro de su procedencia”. En la historia y en el arte las viejas formas de las cosas tienen los moldes antiguos y demuestran la función que tuvieron.

Nadie sabe, nadie aparece seguro de dónde “viven” los muertos que por orientación religiosa se les somete al cielo porque se creía que esa e a una altura maciza, antigravitante, a tal punto que al mismo

Dios lo pintan sobre una nube. Algo que está en contra del sentido común. Nadie sabe si Dios anda desnudo. Pero en la Capilla Sixtina, el célebre Miguel Ángel Buonarroti, obedeciendo quizás sus impulsos homosexuales, representó todas las figuras desnudas incluyendo a la virgen y a cristo:

Porque para este idealista el desnudo era sólo la expresión de la fuerza y de la belleza y, tanto la sensualidad como la cantidad se borraban ante su deseo de crear la vida y todas las formas de la vida.⁴¹

Paulo IV indignado pensó por un instante suprimir el terrible fresco, pero se contentó con que Daniel Volterra cubriese las desnudeces “más chocantes”.

También podemos asignarle a algún muerto su puesto en el infierno que inventó San Juan en su “Apocalipsis” para que lo desarticulara Dante en su *Divina Comedia* y lo sirviera menudo para el oportuno reparto en el grado de las penas. Dante se ocupó de hacerlo tan “dantesco” para darle una mayor dimensión a la venganza y una presencia asombrosa y aterradora al sufrimiento. Que así, más o menos, se establece en elucubraciones y fantasías macabras, que existieron caos de tortura eterna en edades antiguas que desde todos los tiempos han precedido la aurora de las leyendas.

Nuestro pobre aborigen y aún personas calificadas como cultas, muchas ya doctoradas, se espantan de lo desconocido, se autotorturan con temores subconscientes y se hacen tan susceptibles, tan esclavos del susto, que se horrorizan de encontrarse solos, o sea, que la misma soledad genera miedos indefinidos. Se le tiene horror a la tiniebla porque allí puede haber muertos penando por sus malas acciones o porque dejan tesoros enterrados. Se supone que alguien que haga una de esas diligencias, como eso de sacar y utilizar el dinero dejado escondido por un muerto, salva al “espíritu” del resto de la pena con que se le tiene amenazado. Esta teoría debe

41 *Enciclopedia Espasa Calpe*, Tomo XXIV, Madrid, 1974.

de haberse originado en el confesionario, como tantas otras de “La Minuta Secreta”, y, quizás más de una vez dio sus frutos gordos, porque hay una ley canónica prohibiendo el procedimiento, y el origen de tal ley debe haber tenido una causa.

Toda luz fatua que despierte sospechas de que hay algo enterrado produce temor en las mentes ingenuas. Estos gases luminosos se producen de varias maneras, pero alguien los asoció para siempre a la superstición. En el estado Anzoátegui a algunos fuegos fatuos que recorren los llanos en ciertas y determinadas ocasiones los llaman “Las bolas del tirano Aguirre”, aunque éste no estuvo nunca allí sino que de Margarita viajó directamente a Borburata por agua, después fue a Valencia y Barquisimeto donde lo matan. Casi todos los huesos viejos enterrados producen, como los palos podridos en la humedad selvática, una suave luz verdosa que se anuncia a cierto ángulo y a variable distancia. Así, la gente del campo especialmente los mineros, le temen a la presencia del propio oro que buscan y sufren de noche entre las alegrías de su hallazgo, el miedo del “muerto”, que creen ellos que fue quien le proporcionó la fortuna. Porque ese mismo “muerto” puede abordarlo con una proposición extraña. Y, este temor en el campesino se justificara porque ellos le piden en rezos a las Ánimas del Purgatorio, a la Virgen de los Siete Cogollos, al Ánima de Agustín Parasco, o a cualquiera otro muerto del camino, que les proporcione el oro, de manera que cuando lo encuentran es como si tuvieran una entrevista del muerto que lo ha favorecido. Además hay otra cosa a considerar: parece que hay muertos con prestigio ante las autoridades celestes o infernales que logran sacar sus permisos para darse sus paseítos y asustar a los otros de noche. No les faltaría pretensión a las “muertas” que han sido infieles, salir ahora que está de moda la falda rajada por delante y por detrás, venir a comprar su desodorante preferido, o a Max Factor poner una sucursal en los cementerios y arreglar el P.V.P. cada 60 días como se hace con las medicinas.

Estas reacciones en el hombre han sido muy estudiadas por grandes especialistas que han formado escuela. Los grandes psiquiatras o psicólogos, empezando por el Dr. Freud que lo concentra todo en el “Complejo de Edipo” y quiere explicar con esa fórmula todo el comportamiento humano. Hasta el “amor” del campesino por la tierra, prueba el amor natural del hijo por la madre. (La Madre Tierra).

Adler que se recuesta al llamado “Complejo de Inferioridad” como otro determinante psicológico u, otra manera de ver la misma cosa. Carl G. Jung, el suizo más célebre de la psicología moderna, el que escribió *El hombre y sus símbolos*, también discípulo de Freud, se basa en el sueño como el lenguaje interno, como aviso subconsciente. Cosa que agrada mucho a los ilusos y especialmente a los místicos que les gusta encallar en conclusiones etéreas y quedar siempre en lo abstracto cabalgando en un residuo inexplicable. Jung llega a la conclusión de que el hombre para llegar a comprenderse a sí mismo tiene primero que haber comprendido, estudiado y digerido sus determinantes vitales inconscientes. Cosa que nadie sabrá jamás por falta de un patrón para medir semejante conocimiento. Los logros serán relativos discutibles, en la misma sombra de las dudas. O sea que el gran Jung, hoy espejo natural de nuestras ilusiones, nos lleva al mismo terreno de la incógnita porque un sueño puede tener muchas causas y no siempre el mismo significado, si es que “significado” puede llamarse una suerte onírica. Mal podría el maestro Jung romper el juguete que lo hizo mundialmente famoso como psiquiatra; tenía que dejarlo intacto bajo su autoridad para que otros se diviertan ya que es una cosa tan insubsistente que nadie podrá nunca sacar conclusiones concretas. Su teoría sólo viene a explicar la relatividad de todas las teorías sobre procesos que dependen de la voluntad, del estado de salud física o mental, del estado de ánimo individual, o del accidente psicológico condicionado, sintetizado y asociado a las preocupaciones normales o del momento.

Y, si esto sale del genio, no es extraño que el hombre no cultivado conserve el miedo a lo desconocido o crea que alguien (muerto) a quién él le interesa, le pueda dar un consejo mediante el sueño y que éste tenga una significación futura. Sin que esto signifique que *El hombre y sus símbolos*, última obra de Jung que ha revuelto el universo, sea una pieza descartable, sino que su agradable lectura o estudio no nos saca del misterio que forma el miedo como efecto de un impulso pensante de un subconsciente dislocado o involuntariamente recargado.

Como hemos establecido anteriormente, en el fundo La Carata, donde nació ahora vivía el general Domingo Sifontes; donde nació mi madre y hasta nací yo, se decía que salía un muerto. Pero como ya hemos establecido, sólo había ciertos y determinados privilegiados que podían hablar con él y “constatar” su presencia. Ruidos extraños lo anunciaban y muchas personas a quienes podría dársele crédito moral, lo asociaban a una luz que de tiempo en tiempo, durante la época de lluvias, se veía en la pata de un “Fruta de Burro” cerca del tapón de la Laguna de La Carata. Era como un necesario complemento lógico, asociar la supuesta presencia del “muerto” con la luz del fuego fatuo, o admitir la presencia accidental del fuego fatuo como alguna forma particular de manifestarse el “muerto”.

En esos días, los hatos, por su situación alejada de los pueblos, estaban llamados a cierta función social. Así los hijos de ayudantes que sirvieron mucho tiempo Y que murieron en el fundo, devenían como de la familia y a veces tomaban hasta el apellido de los dueños. Un hijo de una india que se crió en La Carata fue llamado el “Indio Sifontes” y su prole regó el apellido. Se llamó Victoria Sifontes la hija de una criada que murió allí, ésta vivió por mucho tiempo en La Caratica de Tumeremo y como no se casó nunca, sus hijos tuvieron el apellido Sifontes. Hijo de una cocinera que murió en La Carata, se crió en el hato, llegó a ser un hombre monstruoso afectado quizás por una especie de neurosis epiléptica. Nunca fue

normal, nació y vivió sin un pelo en la cabeza, con una dentadura espaciada e incompleta, cosa que aumentaba su plantaje grotesco, a quien para los efectos de este relato, como anteriormente dijimos, lo llamaremos Joaquín. Joaquín hablaba muy poco, con mala articulación de las palabras, era atrevido y forzado, muy musculoso y la gente le temía pues, su reticente mirada era una amenaza gratuita. Al mismo tiempo era un subordinado absoluto a otra persona de la casa que lo sugestionaba, lo hipnotizaba y lo dormía a voluntad. Este hipnotizador, como hemos hecho ya la salvedad y la excusa, era Pedro Manuel. Fue tarde cuando llegó a descubrirse en forma inesperada y terriblemente dramática que Pedro Manuel era un ventrílocuo de gran fuerza en sus voces fingidas y un gran artista para imitar ruidos extraños sin que se le notara, ni se sospechara que era quien hablaba, sin mostrar ni el más leve movimiento de sus labios, aunque podemos afirmar que no hay misterio sin oscuridad. Por eso la oscuridad y el silencio eran los factores subjetivos principales que predisponían a la gente interesada y condicionaban esencialmente el ambiente, ya que la audiencia nada iba a ver, sino a pensar que constata: han la “presencia” invisible de un duende que hablaba como quisiera o respondía cuando el caso así lo pedía.

Pedro Manuel, que hablaba varios idiomas, hacía uso de su gran cultura y la gente se iba admirada de la gran soltura y armonía del lenguaje de “El Muerto de La Carata”. Esa fue la verdad que dio lugar a una especie de función costosa y espeluznante aún para los íntimos de la casa que llegaron a descubrir todo cuando murió, en otra parte, ese hábil protagonista, artífice de la macabra farsa.

Demás está decir que al morir Pedro Manuel, en forma bastante misteriosa que explicaremos más adelante, se acabó para siempre “El Muerto de La Carata”, lo curioso es que la fuerza mentirosa derivada de ese sainete siguió prevaleciendo, y ahora aparecían muchos que habían hablado con “el muerto”, que habían sentido el ruido peculiar de sus espuelas, el chapotear de su caballo cuando pasaba un

charco y los grandes barajustes del ganado con gente que lo gritaba de noche cuando todos estaban dormidos. Y, muchos campesinos aparentemente serios, al ponerlos como testigos se subordinaban al talento superior o a la confianza del compañero y hasta a la audacia necesaria para vivir en armonía entre personas de un mismo oficio, y con este ánimo confirmaban hechos que eran totalmente inciertos.

Uno de los primeros casos que generaron gran ruido fue la novedad de que el aberrado Joaquín se sentara disciplinadamente en mesa redonda como dócil y capaz... oyente en la oscuridad de las luces de carburo apagadas y sirviera de *medium* para responder preguntas complejas de hábiles interlocutores formuladas a un supuesto "muerto" cuyos pasos de acercamiento se escuchaban a distancia y que se anunciaba en voz extraña pero inteligible como un duende: "El Hermano Penitente". Es de creerse que en nada contribuía el imbécil con su presencia allí sino en que se creyera que él allí hacía algo trascendente. Estaría quizás hipnotizado sirviendo como para desviar la atención de los demás. Después de muchas de las llamadas "conferencias" con el Hermano Penitente, que en todas sus quejas y molestias nunca dejó saber lo que quería, mucha gente notó que el lenguaje no era del propio idiota Joaquín, sino que hablaba una especie de filósofo soñador y de una gran erudición. Quizás creyeron que así debía ser el lenguaje de un muerto que debe "sabérselas todas" y no tener limitaciones que quizás tuvo su humana presencia en la tierra.

De aquí salieron y se multiplicaron hasta la mentira absoluta, cuentos y teorías que atraieron gente de lejas latitudes, muchas de las cuales se fueron impresionadas por la "autenticidad" del Hermano Penitente quien, a más de un sacerdote en estado de trance, respondió el invisible "Muerto de La Carata" que a él le estaba prohibido revelar el motivo ni la duración de su cuarentena. Esto siempre fue repetido en tono concluyente que terminaba todo a posible

discusión. Si se le seguía hablando ya “Él” había desaparecido profundizando la interrogante.

Cuentos, sentencias, profecías de toda índole se estructuraron con “El Muerto de La Carata” y se echaron a la intemperie, a rodar y a deformarse a sufrir la contrariedad de todo lo impreciso. En muchas versiones podía haber algo de cierto, pero las más eran ocurrencias del momento, surgidas de la oportunidad aderezadas de exageración.

Como esto nos ha venido por cuentos que deben haber sufrido su correspondiente deterioro, tenemos derecho a suponer lo latosas, absurdas e imperfectas que serían las “tenidas” algunas veces, con un muerto que estaba vivo y un vivo que “hacía” de muerto.

Me decía mi tío Manuel Antonio Sifontes, con marcada mezquindad por los detalles, que cuando llegaban los hebreos o judíos, traían teóricos de su lucha histórica y querían siempre sacarle provecho moral al viaje. Hablaban por lo regular inglés o francés en discusión directa que se convertía en foro con Pedro Manuel y algunos de la casa que quisieran participar. Siempre se hablaba del *Corán* y la libre voluntad y, especialmente la Unidad de Dios y la Justicia. Se discutía sobre un neoplatonismo judío que contrasta con el racionalismo del Kalam. Y más bien resultaba una sesión de cultura general y la historia más dramática de un grupo social en el mundo, con sus cautiverios y sus diásporas, como es la del sufrido pueblo judío.

Recuerdo claro que en mi infancia oí a mi ilustre padrino Bartolomé Tavera Acosta, referir un cuento de unos judíos relacionados con este ambiente. Los judíos tan humanos, respetables y merecedores como cualquier otra raza, han necesitado defenderse en su vida que Eugenio Sue cataloga de “errante”, se les ha planteado como una necesidad u obligación social, ayudarse en grupos en todas partes del mundo donde se encuentren y hacen lo posible por no casarse fuera de la raza. Por tanto y para tales ayudas que mutuamente requieren, guardan dinero. Es más, han sido los más

grandes adinerados y mejores administradores en el mundo de todos los tiempos. La célebre casa Rothschild de Francia hizo en Venezuela a solicitud de don Antonio Liccioni, una inversión cuantiosa y audaz, para la formación de la Compañía Minera “El Callao”. De esa fama de manejar dinero se deriva el dicho “es un judío para la plata”, como quien tilda a alguien de avaro. El injusto e increíble cuento de Tavera dice: que una vez estaban en una de esas raras sesiones de medio espiritismo con “El Muerto de La Carata” un grupo de personas, todos judíos, que investigaban si era cierto que “El Muerto” penaba porque había dejado dinero y ellos querían ver si podían lograr saber el sitio del dinero, o principalmente si le podían hablar directamente en hebreo y obtener contestación privada.

Toda la tarde la pasaron los rabinos en una entusiasta y nerviosa espera, pues no sé en qué forma les habían asegurado que el Hermano Penitente venía esa noche. Oscureció y se sentaron con toda solemnidad y visible temor nervioso alrededor de la mesa en uno de los grandes corredores del hato. Se prendieron y luego fueron apagadas las luces del gasómetro que iluminaban la estancia. Rugió su monstruosa presencia Joaquín que parecía un ser de otro mundo metido a la fuerza donde no debía. La oscuridad parecía ser el incentivo a la presencia del “Muerto”. La emoción del silencio hizo sentir los pasos del acercamiento de “El Hermano Penitente”, tocó la puerta del cuarto que le abrió Pedro Manuel con una especie de cortesía reverente, visible en la medio oscurana por los doctores de la ley judaica que estaban congelados de angustia. Mientras la persona que iba a hablar preparaba mentalmente las palabras respetuosas y exactas que le darían solemnidad al acto, sin que mediara saludo alguno y con una especie de irrespeto o menosprecio al grupo que esperaba desde temprano, “El Hermano Penitente” aún sin identificarse con alguna ceremonia de costumbre les dijo despectivamente:

“Ustedes son todos judíos, su única ambición es el dinero, pues aquí lo tienen” y acto seguido se sintió que alguien ponía sobre la mesa varios saquitos de morocotas, sonido típico de aquella época;

bruscamente las derramaron sobre la mesa, allí rodaban y caían sonoras al suelo sobre los ladrillos con el sonido característico del oro en monedas sueltas. De pronto hubo un ventarrón, alguien abrió el gasómetro y apareció la luz clarísima del acetileno. En ese momento ninguno de los judíos estaba en su asiento, todos arañaban el suelo debajo de la mesa siguiendo el sonido de las monedas. No encontraron ninguna moneda y se dibujó en sus rostros una extraña mueca de conflicto. Por un minuto, a plena luz, volvieron a sus asientos. En un gesto de arrebató que colmó el silencio, dieron por terminada la reunión.

Esto debe haber sido completamente incierto, inventado de raíz por Bartolomé Tavera Acosta como sumándose al prejuicio contra la raza judía. Sin embargo, sobre esto siguieron inventando cantidades de ocurrencias, y es lógico suponer que sobre una cosa exagerada e imposible de discutir, se pueden poner de manifiesto las más raras inquietudes atribuyéndolas a lo sobrenatural. Sin embargo, este cuento nos permite extrañar que un sociólogo de la agudeza intuitiva de ese gran investigador de nuestros aborígenes, de sus leyendas y falsas creencias, además de ser él librepensador y positivista en sus análisis de las diferentes etapas sociales, no haya ubicado nunca el fenómeno y haya tenido que comentar como una abstracta y por el momento inexplicable, lo del “Muerto de La Carata”, lo que sin duda certifica, de manera incontrovertible, que el *show* estuvo muy bien montado con un gran *mise en scene*, como dice el francés, sin que esta frase tenga traducción exacta al español.

Más tarde aconteció que Joaquín, el monstruoso *médium* del “Muerto de La Carata”, fue víctima de un hecho divertido y trágico que merece mención especial: Al gigante, medio idiota, contra quien nadie se atrevía nunca a medir sus fuerzas físicas y ni siquiera a verlo directamente a los ojos por mucho rato, lo sorprendieron una noche cerca del tapón de La Carata (quizás le dieron algún brebaje) y le propinaron una descomunal paliza. Se cree que lo dejaron por muerto.

Nadie supo nunca, y creemos que él tampoco, quiénes lo agredieron. Quizás por no sentirse humillado de que lo vencieran de manera tan absoluta dijo en mal “bembeteo” de moribundo, que había visto y reconocido, todo vestido de blanco, al propio “Hermano Penitente” cuando lo levantó en peso y se lo llevó hasta el campanario de la iglesia de Tumeremo por encima de los montes de “El Chinay” y del Pariche. Que allá lo estropeó con una manopla de hierro y casi sin sentido se lo volvió a traer volando a La Carata y lo dejó caer desde gran altura cerca del tapón donde lo encontraron. A todo esto le agregó como para motivar lo misterioso del hecho y su relación con la luz, que cuando “se lo llevó”, él estaba marcando el “entierro” en la pata del “fruta de burro”. Que fue allí donde le llegó “el muerto”. Esta última expresión, de ser cierta, comprueba que el idiota sí creía firmemente y hasta le temería al propio “muerto” a quien se suponía representar aunque fuera con su autómatas y rugosa presencia. La misma gira hasta el campanario de la iglesia de Tumeremo tiene sus razones que podían obedecer a impulsos subconscientes para darle carácter religioso al hecho. O sea, que en sus estertores de muerte quería confesar que creía pero que temía... y sus temores llegaban hasta lo que le quedaba de vida, si era consciente lo que decía.

Joaquín fue llevado urgente a Tumeremo en un coche, pero no logró superar la crisis. Murió de varias fracturas en el cráneo e intensas magulladuras en otras partes del cuerpo. Pedro Manuel que personalmente lo asistió, dijo que al final quiso como corregir algo o acusar a alguien con señas y muecas grotescas. De esto se hicieron muchas especulaciones. Cada quien inventaba lo que le parecía oportuno, dándole todavía interpretación supersticiosa a las leyendas locales.

La luz siguió apareciendo y finalmente se hizo una excavación. Sacaron una tinaja grande de centavos negros españoles que según habían sido fabricados en México y fueron muy usados por los españoles para adquirir mercancías de los indios y comercios locales.

Pero un tiempo después, alguien siguió viendo la luz y se hizo otra excavación donde se encontró una plancha grande de hierro oxidado donde había descansado la botija de centavos negros. Se extrajo la plancha y se botó lejos. Algunos indios curiosos fueron y la barrieron con candela para quemar los malos espíritus, que así aplacaron el temor religioso de los vecinos, que, aunque nada creen, siempre rezan por... sí... acaso...

Ya entrado este siglo, el fundo La Carata fue vendido a Rafael Ángel Matos Mora, de quien se dice que siguió viendo la luz del Fruta de Burro, donde sacó definitivamente el entierro fraileño cuya cuantía y particularidades quedaron siempre en el más confuso secreto, que casi hizo de este hecho concreto, otro cuento y otra mentira que alcanzaba la tradición de “El Muerto de La Carata”.

Con el trajín del gentío desordenado y curioso en los patios de La Carata se dificultaba el trabajo del ganado que se sorprendía de ver tanta masa extraña. Fue necesario hacer otros corrales y casa de trabajo que alguien tituló “El Rosario”. Esta nueva posesión quedaba al este del fundo viejo y a unos cuatro kilómetros que la gente de tarde empezó a recorrer rezando el rosario, que primero fue silente y quizás con devoción, después fue cantado, luego se incorporaron todos los sacerdotes y quien quisiera con música religiosa y antorchas escandalosas, que mucha gente suponía que la evocación de la luz era para alumbrarle el camino a Dios que viniera a espantar el muerto, o al muerto, a quien más de una vez se trataba con veneración confusa, para que viera su ruta y se fuera. Sin embargo, una cosa era notable, desde la muerte del idiota Joaquín no había “salido” más el muerto de La Carata.

Los sacerdotes coordinaban voces y entre las espirales de incienso de olor santo y purificador, cantaban el *Tantum Ergo* y se rezaba con orden y voz alta, la Oración de San Cipriano, La Magnífica *Anima Mea*, y otra plegaria traída de Barcelona que tenía fuerza o poderes

especiales y serviría como remedio heroico de infinita trascendencia: “La Oración de San Celestino”.

Vendido el fundo La Carata, en 1908, la familia se mudó toda para la hacienda Las Nieves, al pie del cerro de Nuria, donde ya funcionaba el ingenio azucarero de mi padre Valentín Cabrera Nier. Pedro Manuel en Las Nieves se ocupó de entrar a la montaña con cuadrillas de hombres que iban a castrar el purguo en invierno y a veces se quedaban las cuadrillas en el verano trabajando oro. De manera que se pasaba bastante tiempo en el año en que el nombrado mayordomo no estaba en el caserío que se formó en Las Nieves, donde se mataban dos reses diarias para el consumo y trabajaban 400 obreros.

En el año de 1914, antes del mes de junio, andaba un ejército de cuatro mil hombres guiado por el general Marcelino Torres García y el general Vicente Ruiz Pérez, que tenía dos propósitos. Uno era justificar el hecho infame de que el general Juan Vicente Gómez, Presidente de la República, se declarara en campaña y no se eligiera un nuevo presidente. El otro era perseguir a ciertas bandas armadas guiadas por el general Pedro José Fernández Amparan, Ángel Custodio Lanza, Rafael Tovar García, el conde y general Antonio Cattáneo, don Pancho Rivera y otros generales criollos, que formaban la organización que se suponía esperar en la pica de Las Chicharras un parque que mandaba el Mocho Hernández por la vía de Demerara y la montaña de “El Bochinche”. Yo recuerdo plenamente, casi reproduciendo la emoción del momento en que empezaron los tiros y después las continuas descargas. La gente se acostaba en el suelo, pero los tiros estaban lejos. La llegada del parque no tuvo lugar. Por diligencias hábiles del presidente Gómez, fue oportunamente atrapado en Demerara y el célebre Mocho que venía sobre sus fueros perdidos y quizás navegando sobre su vieja popularidad, tuvo que huir por el Amacuro. Recuerdo perfectamente que en el mes de julio salimos de viaje para Puerto España (Trinidad).

Arribamos a ese puerto en el vapor “Delta” el día 4 de agosto con inusitado movimiento militar de las tropas inglesas; ese día Inglaterra había declarado la guerra a Alemania y se cerraban los puertos, los telegramas traducidos del inglés decían: Hoy 4 de agosto de 1914 Su Majestad George V ha declarado la guerra a Alemania. Era la Primera Guerra Mundial. Y empezaron con nosotros la primera requisita militar. El año 1915 por sucesos de la guerra no pude venir a Las Nieves en vacaciones; en un telegrama del mes de agosto que era mi cumpleaños, venía la noticia de la muerte de Pedro Manuel, a la cual yo no le di importancia. Confieso que aún después de muerto mi padre y de haber regresado del colegio, nunca di importancia ni pregunté detalles sobre Pedro Manuel, quien según deducía yo, habría fallecido de muerte natural. Ha sido ahora, tratando de “ver” El Muerto de La Carata con el objeto de describir esos episodios, cuando ha salido a flote el grupo de detalles ignorados por mí, que me habían escamoteado mis tíos con relación a la muerte de Pedro Manuel y su nexa con “El Muerto de La Carata”.

Mi estudiosa y querida prima, la actual Dra. Francia Zambrano Carvallo, a quien por suerte encontré en Tumeremo, me precisó lo que a ella le habían contado sobre la muerte de Pedro Manuel, sus supuestos motivos, fecha aproximada, etc., etc. Esta información la he concatenado con viejos comentarios de mi tío Manuel Antonio Sifontes y saco en claro lo siguiente: La muerte de Pedro Manuel no se comentaba en la casa donde todos eran católicos porque creían que Dios le había mandado una muerte impresionante porque había representado al diablo con escándalo profano e imperdonable sacrilegio. No quedó en la casa ni un solo retrato suyo que no tendríamos objeción en publicar ahora aunque hemos reservado el nombre, con la obligada excusa histórica.

En Las Nieves se producía básicamente azúcar en panelas de una libra, pero en esos días de 1915 se estaba produciendo para la casa comercial de Ciudad Bolívar que giraba bajo la firma de Palazzi

Hermanos, 64 mil galones de ron fuerte, el que entonces se conocía con el nombre de “Ron 36”, que tenía el precio de Bs. 4,00 por galón. La gente del balatá había salido de la montaña por el fuerte verano, que espesa y reduce el látex al extremo de que “el palo no chorrea”, según la definición del obrero.

A Pedro Manuel se le confió el alambique para su dirección nocturna y en ese lugar había una gran cantidad de grapas o toneles de madera donde se fermentaba el guarapo de la caña. Los iones en que se descomponía el guarapo convirtiéndose el azúcar en alcohol eran visibles como burbujas que viajaban desde fondo a la superficie del tonel con su característico ruido de la eferescencia. La grapa despedía un olor invitante, tentador y era sabrosa al probarla, pero con ese fermento se emborrachaba la gente de manera casi rayana en la locura. Algunos obreros se las ingeniaban y sacaban algunas taparitas con las cuales se intoxicaban, como lo hacían escondido, nunca podían medir el grado de fortaleza en que estaba la grapa, pero era sabido que el que “cae” con guarapo de grapa se intoxica por varios días, a veces llega a la inconsciencia o le da el “trance burrero” que vuelve como loca a la gente. De allí que existiera un gran celo y vigilancia para que los obreros no se acercaran a las galerías de fermentación.

Podemos conjeturar que una noche, Pedro Manuel se dejó llevar de la opinión de algunos amigos a quienes favoreció con alguna cantidad de un guarapo que en las condiciones en que estaba parecía apto para tomar. El parece haber tomado con ellos y al sentirse mal fue casa de Ramón Rodríguez, hombre de confianza, a ver quizás, si podía reemplazarlo en el trabajo. Encontró que allí se había “prendido” un joropo. Según el llanero filósofo Taita Salas, Pedro Manuel venía bañado en sudor, penetró a la salita del baile de cuatro y maracas, se quitó la franela y la exprimió, desacato a la gente que no hacía nunca, por lo que se dedujo que estaba totalmente ebrio, víctima de un entusiasmo insensato aunque él de por sí era hombre de juegos

pesados, de los cuales hay algunos relatados en otra parte y otros que no se pueden relatar ahora sin identificar el personaje cuyo nombre tratamos de mantener en secreto.

Pedro Manuel en el joropo vio que la gente se reía, desnudo de media cintura, sacó la lanza y cortó las cuerdas del cuatro. Alguien le tiró un palo a la mariposeante lámpara de querosén y al quedar en lo oscuro hubo un estallido de alegría, como desahogando una incontenible presión interna que llegaba al paroxismo de la nerviosidad, hablaba el subconsciente en Pedro Manuel, dejó escapar palabras de burla en su inconfundible y torrentosa voz fingida que él le asignaba al “Hermano Penitente”. Al escucharlo el llanero viejo Taita Salas que lo había sufrido en La Carata por varios años, prendió un mechuso y vio a Pedro Manuel, quien fuera de control, seguía hablando sentencioso con la voz propia, peculiar, típica de “El Muerto de La Carata”. Es de suponerse que Taita Salas al recibir la sorpresa echaría su “carajo” bien grandote, sonoro y lleno de sincero asombro. Que esos gestos le arrancan al llanero la sorpresa. De allí corrió a la casa principal con el susto en la garganta que lo hacía tartamudear y se le partían las palabras en su desconcertante emoción anunciando por partes la identificación de Pedro Manuel con el muerto de La Carata, lo cual él habría sospechado más de una vez sin atreverse a tamaña acusación.

Cuando buscaron a Pedro Manuel para constatar el hecho, encontraron sólo el alambique cerrado; el joropo se había dado por terminado y cada pareja se había ido a su casa. Aunque muchas ignoraban el motivo que impulsó la carrera de Taita Salas, pues ellos no estaban familiarizados con esa voz, aunque encontraron en ella un imponente acento de amenaza, de pretendida suficiencia y altanero menosprecio.

Es de suponer que a Pedro Manuel se le rebose violento el subconsciente y alterado por una bebida de alto grado de toxicidad, relajadas sus fuerzas sensoriales, disparó sin recato frases reprimidas

que ya se habían oído en momentos de suspenso y tribulación en La Carata hablando, en trance, como “El Hermano Penitente”; palabras que muchas veces campanearon los tímpanos de Taita Salas, quien ignorando su significado se las repetía como un sonsonete, una muletilla, un estribillo que lo perseguía y le torturaba la mente, como una imprecación misteriosa. En otra forma, esas palabras confusas eran palabras del diablo. Y, aunque mi prima la Dra. Francia Zambrano Carvallo, me dice que fue otro día en que lo encontraron muerto, estrangulado y con visibles señales de que los asesinos le quisieron sacar la lengua y además que tenía varios días muerto. Yo, usando mis conocimientos y la lógica del momento me permito pensar que: No podía tener varios días de muerto y con la lengua afuera sin que los zamuros se hubieran dado su banquete. Lo encontraron en el camino de su casa que era lugar por donde pasaba gente todos los días. El hecho comentado de que le quisieron sacar la lengua, detalles que usaron las beatas para una gran especulación religiosa, se puede explicar de la siguiente manera: El lugar donde lo encontraron muerto no fue exactamente donde lo mataron. Al amarrarlo por el cuello para rodarlo (por lo menos entre dos) le hizo notables marcas en el cuero de la garganta y aún esa misma rodada cerro arriba por donde lo pasaron le daría esa posición a la lengua. El estrangulamiento fue la marca del mecate. El cráneo lo tenía destrozado romo de un mazazo, una mandarría o una “mano de pilón” después que cayó víctima de la borrachera. Estrangularlo sano era muy difícil por su agilidad y su fortaleza física. Se puede deducir que primero le dieron el macizo en el cráneo, luego le amarraron un travesaño en el cuello como a un buey y lo rodaron entre dos al sitio donde creyeron conveniente dejarlo.

Así se explica fácilmente el fenómeno sin recurrir a esa frágil hipótesis de que Dios lo mató así, ni lo matara El Muerto de La Carata que había sido, precisamente, él mismo. Más nunca nadie allí habló sino como una breve y muy lejana curiosidad algo sobre el tal Muerto de La Carata.

“El Muerto de La Carata” fue un producto de la oscuridad, de la superstición y de los prejuicios ingenuos. La gente todavía cree que cuando viene la noche está cargada de misterios y fantasmas. Y, ¡esa noche metafísica y enigmática no existe! No hay una noche universal. Cuando aquí son las doce de la noche, en el Japón son las doce del día. La oscuridad pasajera que llamamos “noche” es la sombra andante a razón de doce horas por vuelta, de una parte del globo terráqueo. Si se circula la tierra en 24 horas no encontramos noche en ninguna parte. La sombra se produce porque el sol, girando en su elipse nos queda de un solo lado. Si tuviéramos otro sol diametralmente opuesto al actual, no hubiera noche, ni esos casos imaginarios supuestamente insondables, y, nueve décimas partes de las supersticiones que han azotado la humanidad habrían dejado de ser una parte de nuestra historia.

Capítulo V

El Mocho Hernández

El hombre siempre ha vivido en sociedad. Los núcleos sociales desde el estado tribal han sido dominados por un piache o “sabio” que representa la autoridad por vejez, por veteranía o por imposición. Pasada la etapa de las relaciones tribales, ese cacique pasa a ser el jefe o gobernante, y de acuerdo a su iniciativa personal y a las posibilidades económicas del medio, dejará un rastro en la tradición donde un grupo lo acata y otro lo adversa. La historia y el tiempo nivelarán los conceptos.

Se dice que en toda la historia de la humanidad nadie ha sido nunca buen gobernante. Aquellos guerreros insignes que han logrado fama universal, han sido los que han muerto a tiempo, cuando sus propósitos estaban todavía en forma embrionaria. Los grandes capitanes conductores de tropas como Alejandro, Bolívar, Napoleón, murieron en plena actividad, su fama quedó sola como signo paradigmático, el tiempo magnifica, la engalana y casi la santifica al impartirle una orientación positiva que apunta hacia logros trascendentes que fatalmente no se pudieron alcanzar y todavía flotan como una bandera, como una utopía, como un deseo casi inalcanzable de armonía popular. Aun así, Francia gastó 19 años en recoger los restos de Bonaparte y Venezuela gastó doce años en recuperar los restos de Simón Bolívar.

Esa es la gloria que en sí constituye una contradicción porque se obtiene por guerras y conquistas que suponen tragedia y sufrimiento, y, así seguirá sucediendo hasta eliminar las fuerzas del anclaje, a las cuales sólo vencerá el progreso científico.

El caso que nos ocupa sobre José Manuel “Mocho” Hernández, es el hecho raro de haber consolidado una fama singular aún en vida. Logró una gran popularidad, nunca lograda por caudillo alguno por más abnegada que haya sido su lucha y que le haya dedicado sus esfuerzos, sus estudios y su vida a la causa popular, anteponiendo este interés a los suyos personales o de conveniencia.

Merece la pena estudiar el fenómeno de la fama de guerrero sin guerrear, sin gobernar, sin realizar actos ni triunfos trascendentes que adquirió en Venezuela, su pueblo y pueblos cercanos, popularidad que sirvió de fama y pedestal a su vida. Este fue el llamado “general” José Manuel Hernández, alias “El Mocho” Hernández, quien estuvo directamente ligado en parte de su vida en Guayana a nuestro biografiado general Domingo Sifontes. Era Hernández hijo de un carpintero, nacido en la bullanguera y popular parroquia de San Juan en Caracas y llegó a convertirse en la figura más prestigiosa y de asombrosa atracción que en todos los tiempos ha tenido el país.

Dice don Vicente Lecuna en su libro *La Revolución de Queipa* que:

Durante los gobiernos progresistas de Guzmán Blanco la oposición ocurrió con frecuencia a la lucha armada, bien por pasiones mezquinas e intereses heridos, o bien por restablecer prácticas republicanas desatendidas por el dictador y opuestas al régimen imperante, y también por la natural oposición a métodos y a ciertos actos administrativos notoriamente contrarios a los intereses públicos.

Entre los opositores de ideas puras, que pudiéramos llamar sentimentales, se hallaba el joven José Manuel Hernández, quien a los 17 años fue dejado por muerto en el combate de Los Lirios a principios del Septenio y milagrosamente salvado al día siguiente, al término de este combate, hallándose Hernández en el suelo, herido de un balazo fue macheteado en el cuello y en un brazo, quedándole la mano derecha desfigurada, de donde se le designó con el apodo de “El Mocho”.

Hijo de isleños trabajadores y honrados, no tuvo otra educación que la corriente en escuelas primarias, pero por su rápida comprensión de las cosas y sus viajes, adquirió instrucción suficiente para desenvolverse atinadamente en sociedad.

De carácter activo y emprendedor no pudo nunca dedicarse con calma a ningún negocio particular por su impaciencia de opositor apasionado y conspirador.⁴²

En otra parte de la misma obra citada, dice Lecuna sobre la estadía del Mocho en Guayana que en 1892:

se alzó con un puñado de hombres, triunfó gloriosamente en Guayana y dueño del estado Bolívar, hizo una honrada administración, pero no pudo seguir adelante la guerra por haber recibido orden del general Crespo, de entregar al general Velutini el ejército y los fondos del Estado y la Aduana, para la campaña de Cumaná.⁴³

También en una nota al pie, dice Lecuna:

Detalle significativo: En esa época se publicó un folleto narrando extensamente la Revolución del Yuruari, pero como el autor era del Partido Liberal Amarillo, no nombra a Hernández ni una sola vez aunque él fue el alma de esa revolución.⁴⁴

A estas aseveraciones del Dr. Lecuna que merecen todo nuestro respeto, hay que desbrozarlas de ciertas inexactitudes coladas dentro de un ambiente que Lecuna no vivió sino que luego le fueron contadas, quizás por el mismo Mocho Hernández, cuyos entusiasmos o resentimientos en más de una ocasión han deformado la verdad.

Para esos días el “amarillo” combativo del Partido Liberal no había penetrado en Guayana que siempre quedó a la zaga de los movimientos insurreccionales, como para crear un prejuicio del que escribe la relación de la guerra de 1892 (La Legalista) y no nombra a Hernández. Es completamente incierto que Hernández se alzara en Guayana con un puñado de hombres a quienes llevó hasta el triunfo. En los primeros tres meses cruentos de la guerra del Yuruari donde murieron más de mil hombres encerrados por

42 Vicente Lecuna, *La revolución de Queipa*, ediciones Garrido, 1954.

43 *Ibid.*, pp. 42-44.

44 *Ibid.*, p. 43.

la gran creciente de ese año en que se tapó La Piedra del Medio del Orinoco y la más grande que registra la historia, no figuró el general Hernández. Esto lo prueba el primer Parte de Guerra que se le manda a Hernández pidiéndole que se incorpore o que se haga cargo de la División Roscio. En esos días se creía ciegamente, en la capacidad guerrera, de organización, administrativa y estratégica del Mocho. El Parte de Guerra está firmado en Laguna Larga por el Jefe de Estado Mayor, general Domingo Sifontes, y tiene fecha 22 de mayo. Empieza diciendo: “Alzados en Tumeremo el día 7 de mayo, los generales A. Zerpa, Domingo Sifontes, Ruperto Puerta y coroneles Pedro L. Machado y A. Zapata, nos pusimos el 9 en movimiento sobre la plaza de El Callao, etc., etc.”.⁴⁵

El primer hombre práctico, malicioso, de ojo de garza llanera, que le descubrió limitaciones al general Hernández, fue el coronel Anselmo Zapata, quien un día le dijo a Sifontes: “General, estamos en manos de un loquito, impulsivo y hasta faramallero. Podemos llegar a perder la confianza de la gente”.

El Mocho Hernández era uno de esos conspiradores profesionales como han existido muchos en las filas militares casi en todas partes. Especialmente en grupos de guerrilleros que no pudieron nunca salvar la distancia entre el dicho y el hecho... Su carácter apasionado lo hizo descollar más que a otros, su plantaje marcial y su manía de estar siempre uniformado más la coincidencia de una serie de arrestos menores que le daban talante de víctima. Su herida en la batalla de Los Lirios. La fábula en la cual parece creer sinceramente el Dr. Vicente Lecuna de que una vez en una barricada, encontrándose cercado por la policía saltó a caballo por encima de la guardia. Todo esto aderezado por el populacho acostumbrado a exagerar para impresionar, le creó una aureola de caudillo audaz

45 Se publica la prueba facsimilar y manuscrita en los documentos anexos, estos se encuentran en el Archivo del Mocho Hernández en la Academia de la Historia.

y novelesco. A todas estas condiciones atrevidas se le sumaba la parte modesta pero de más valor, su honradez orgullosa, su pobreza profesional Y su entusiasmo de lucha permanente. Esto hizo retumbar su fama y su pasión a escala nacional.

Muchos periódicos abrazaron sus consignas y se declaraban “Mocheros” donde ni siquiera lo conocían. De allí que en la historia política de Venezuela no haya existido un caudillo que haya jamás alcanzado tan extraordinario prestigio. Si a todo esto le agregamos los fracasos que tuvo, comprenderemos el porqué de esa popularidad tan extendida y apasionada en el tiempo y el espacio.

Naturalmente que muchos años más tarde, andando en Cojedes por los llanos Barreteros, le llegó al recuerdo en el momento de una de sus arengas que figura en *La Revolución de Queipa*, del “puñado de hombres guayaneses”, y los llama en su alocución con entusiasmo cuando dice: “¡Soldados de Guayana, cada uno de ustedes vale por un ejército!!!”⁴⁶. Pero ya los soldados de Guayana no estaban con él, con la excepción del general Rafael Tovar García, quien lo acompañó en esa campaña hasta caer preso de las fuerzas enemigas. La fuerza guayanesa invocada por Hemández, no fue una fuerza de mercenarios, estaba compuesta por dueños de hatos que peleaban conscientemente por reivindicaciones concretas que comprometían su honor. Eran los familiares y peones de los dueños de fundos pecuarios. Cada uno con un aporte logístico, provisiones, ganado, bestias, rifles de su propiedad, gente de confianza con un asombroso entusiasmo, confiada en quien fue el verdadero organizador de la campaña legalista en Guayana: El general Domingo A. Sifontes, quien le entrega al general Hernández cuando éste viene atendiendo la llamada, las fuerzas de combate vencedoras y le hace una enumeración y clasificación de los hechos en forma que los capitalizara el nuevo caudillo y aprovechara ese ambiente triunfal con el prestigio necesario para que fuera obedecido y respetado

46 *Ibid.*, pp. 175-176.

como exigía la campaña. La disciplina de guerra así lo reclamaba. El mismo Libertador dice en uno de sus despachos “que en la guerra hay que ponerle a las acciones, calor y entusiasmo al describirlas, así como exagerarlas. Es cuestión de técnica y estrategia de guerra donde el factor psicológico puede ser decisivo”.

En 1887 cuando José Manuel Hernández llega a El Callao se asoció con el general Celestino Peraza, quien ya tenía su imprenta. Allí editaron unos comunicados de protesta contra el gobernador Pedro Vicente Mijares. Denunciaron el fraude electoral donde querían por orden de Sebastián Casañas poner al Dr. Martínez Mayz. Campaña en que triunfó El Mocho y le dio fama como luchador político. Pero entonces tuvo varios encontrones violentos con el general Celestino Peraza, quien estaba ya interesado en otro aspecto de la lucha: trataba de conseguir a su nombre el monopolio que buscaba Guzmán Blanco quien ya había desaparecido de la escena. Quería Peraza coger las riendas del territorio minero. No prestó más la imprenta Peraza y a Hernández se le ocurrió una idea que dio inmediatos buenos resultados: hizo una recolecta popular y por medio de la casa Dalton & Cía. importó una imprenta del pueblo donde se continuó la lucha. El recibo o factura original de la casa Dalton por la imprenta se encuentra en el Archivo de Hernández en la Academia de la Historia.

Hernández tuvo varios choques personales en los cuales expuso su vida como el caso que repetimos de caerse a tiros con el general Tomás Briceño, a quien le dio un tiro en la nariz y lo dejó “chingo”, mientras Briceño le “raspó” con una bala “las falsas costillas” según reza el expediente levantado por el Dr. Juan B. Izaguirre, juez del Crimen de El Callao.

Para comprender mejor la situación surgida en el territorio del Yuruary, que obligó al general Domingo Sifontes a descolgar la espada en Buen Retiro y “echarse al campo” en pie de guerra con

su División Roscio, formada por él en Tumeremo y hatos vecinos, nos resulta obligatorio un pedacito de historia.

La guerra estalló en Guayana porque era un proceso que venía madurando con la represión política que tenía tres motivos visibles, notorios y chocantes: El proyectado continuismo de Andueza Palacio en la presidencia modificando la Constitución para darle visos legales al nuevo abuso que se hacía en el establecimiento descarado de una nueva dictadura, estructurada con los elementos viejos, protestados e indignos del sistema que concluía su mandato y se resistía a entregar el poder. Segundo: el muy sintomático nombramiento como ministro de Fomento del Dr. Pedro Vicente Mijares, gobernador repudiado y notorio que utilizando a Celestino Peraza como testaferro “se estaban cocinando” en sociedad con los vigilantes de la riqueza pública, concesiones mineras casi de por vida monopolizando toda la región aurífera. A todo esto se agregaba la prohibición de las imprentas de El Callao y Guasipati, más la llegada de un nuevo equipo de criminales que actuarían como espías políticos para una dictadura como no la había sufrido Guayana.

Esta campaña se llamó “Legalista” según la bandera de protesta que por la modificación de la Constitución lanzó el general Joaquín Crespo y costó en el Yuruary más de mil hombres. Sus encuentros fueron triunfales con excepción de la batalla de “Buena Vista de Guri” donde fueron derrotados por la concurrencia de los generales del Gobierno, Santos Olrreira, Marcelino Torres García, José Ángel Ramos y otros. Pero ya al día siguiente tenían nuevos bríos pues, como hemos dicho, no se trataba de soldados mercenarios ni reclutamiento, eran llaneros dueños de sus caballos y armas con una meta fijada.

La vieja pesadez feudal se había hecho tolerable desde que entró a gobernar el general Antonio Guzmán Blanco en su llamado “Movimiento de Abril” de 1870 año en que lanza su progresista Decreto de instrucción pública gratuita y obligatoria para todos los

niños venezolanos. Otras medidas revolucionarias como el Registro Civil, tan admirable como la lucha contra la supremacía del Clero que quedó por debajo del Estado y que en Colombia quedó por encima, de manera que ni el divorcio procedía. Fue Guzmán quien decretó obras visibles. En 1874 se erige la estatua ecuestre de Simón Bolívar en la Plaza Central de Caracas y se inicia la construcción del Capitolio y del Teatro Municipal. Además los ferrocarriles que si bien dieron pérdidas incalculables por garantías de beneficio de un mínimo de 6% de lo cual era garante la nación, empezaron a sembrar pueblos y a despertar otros del letargo de las distancias y grandes silencios acercándolos al mercado. Toda esta política dio un extraordinario auge al Septenio, pero nuestro poco modesto gobernante se erigió estatuas él mismo y se hizo llamar “El Ilustre Americano”, a la vez que abrazó el vicio absolutista de gobernar por medio de autómatas elegidos a voluntad por su “Colegio Electoral”. Esto constituía una burla a la sociedad. Después del año 1877 Guzmán Blanco reforma la Constitución acortando el período presidencial a dos años e hizo elegir a un militar para “que le cuidara el coroto” como dice el sarcasmo criollo. Este militar de personalidad y prestigio fue el general Francisco Linares Alcántara, quien de inmediato se encontró dominado por ciertas amistades y se dispuso a desconocer a Guzmán Blanco, quien se había ido a vivir a París y quería seguir gobernando por control remoto. Como primera señal antiguzmancista se decreta el derrocamiento de las estatuas que tenían los nombres sarcásticos de “Saludante y Manganzón” puestos por el chisposo pueblo de Caracas.

Pero parece que alguien “le anduvo adelante” Alcántara muere en forma misteriosa y al retumbar la noticia se alzó en Valencia el general Gregario Cedeño, avanza sobre Caracas y proclama “La Reivindicación” para el regreso de Guzmán Blanco. El nuevo ejercicio del Poder se llamó “El Quinquenio” y Venezuela fue objeto de una nueva división territorial que se prestó a las más variadas

interpretaciones. Se divide o reduce a nueve estados, que desde la Federación en 1863 tenía 20 estados como los tiene actualmente.

Otra medida de absolutismo absentista se repite con la escogencia de un militar veterano como era el general Joaquín Crespo. Pasaron los dos años, en nada se destacó Crespo, mientras Guzmán gozaba de un lujo asiático en París. Vencidos los dos años se formó un movimiento que se llamó “La Aclamación” y vuelve Guzmán a la presidencia al fenecer el año 1886. En 1887 se vuelve el dictador a su rochela parisina dejando encargado a otro militar a quien el pueblo de Caracas, caricaturista ingenioso, bautizó con el remoquete de “La Cochina de Naguanagua”, su nombre era general Hermógenes López. Guzmán no regresa más a Venezuela, pero se dice que dejó todo arreglado para que su amigo, el abogado Juan Pablo Rojas Paúl fuera elegido Presidente por “su” Colegio Electoral, y así sucedió el año 1888.

A Rojas Paúl se le alza Joaquín Crespo como ya expusimos en capítulo anterior. Rojas Paúl le hace apresar una goleta, la Ana Jacinta, en la cual traía un parque comprado en Holanda. Rojas, inteligente y sagaz, compró las armas y consiguió el exilio “voluntario” del general Crespo. Pero después Rojas Paúl hace el mismo truco que se había convertido en costumbre o quizás fue forzado a ello por las circunstancias y “su” Colegio Electoral elige a quien, como ya dijimos, había sido su ministro, el Dr. Raimundo Andueza Palacio. Este se adelantó un poco más en viveza que los predecesores. Como pretendía seguir la misma rutina de convertirse en Dictador, generó de inmediato un malestar que ya hacía presentir las consecuencias. Ya existía tácitamente una reacción contra lo que se asomaba al horizonte. Andueza pensaba y así lo declaró, reformar la Constitución para alargar el plazo del período presidencial y gozarlo él mismo quedándose en la presidencia. La revolución en potencia la necesitaba una bandera, ahora la tenía.

En Guayana había nerviosidad especialmente en la zona minera, que aunque había decaído el gran filón de oro, existía casi virgen la zona del oro de aluvión en las hoyas de los ríos Cuyuní, Yuruary, Yuruán y Usupamo. Es de suponer que aún hoy esté por descubrirse otro filón de oro. Siempre habrá una sorpresa en los terrenos vírgenes de la Guayana, por eso había que hacer algo urgente contra el monopolio de concesiones que se estaba cocinando, utilizando para ello al general Celestino Peraza, quien ahora le “echaba un tiro al gobierno y otro a la revolución”.

Un buen día los perros vigilantes del fundo Buen Retiro anunciaron dos transeúntes a caballo. Venían bien montados con displantes de veteranía llanera, apurando las bestias para que mostraran bríos llegando a la casa. Uno venía tallado en un liquiliqui blanco que era el general Celestino Peraza, ya amigo de la casa. El otro vestido de uniforme de guerra de oficial francés y gorra de campaña, era el “general” José Manuel “Mocho” Hernández, a quien se le había adelantado la fama y venía uniformado porque esa era su obsesión, el ambiente guerrero. Nos permitimos suponer que andando de mañana en el campo por un camino real se sentiría en sus ilusiones ausentes, como marchando en punta de un ejército que él mandaría algún día. Creemos que El Mocho habría sido feliz en su vida con sólo cambiarse diariamente el uniforme militar y marchar día y noche con la sombra por delante brincándole del caballo al camino, con algo de sorpresa bélica, con emociones ausentes pero a corta distancia, que todas esas inquietudes condensa la pasión.

“El Mocho” era un hombre carismático. Se le escapaba cierto nerviosismo al primer encuentro, pero en la cara se le reflejaba la verdad y la honradez, era un hombre sano por naturaleza. Quizás esa franqueza manifiesta era el manantial de su popularidad. A corta distancia de su gesto había inconformidad y a flor de labios tenía la protesta. Mientras en el Yuruari ayudó a la lucha por la reintegración del territorio al estado Bolívar, protestó enérgico con escritos

agresivos y hacía en forma velada su propaganda personal como líder político. Es de creerse que nunca se sintió detrás de nadie sino en la vanguardia oteando el “peligro” de su fama en el horizonte. Su pensamiento trataba de alcanzarse a sí mismo en la realidad, perfilándose siempre como ductor de alta veteranía que quizás le faltaba. Se presentaba siempre como jefe de algo que todavía no existía. En mi obra *Guayana y El Mocho Hernández* hago lo posible por describir su complejo carácter, su divertida y accidentada historia, sus costumbres y muy especialmente sus movimientos en Guayana que fue donde floreció su fama. Algunas veces se me hace necesario repetir aquí algunas escenas ya expuestas en otra parte, pero que se hacen indispensables al ponerlo en acción en la guerra legalista.

En frecuentes visitas a Buen Retiro se acordaron y se reconocieron cualidades mutuamente el general Sifontes y El Mocho que, como un gallo de cuerda, “reventaba la Zapatilla”.

Era una creencia generalizada de que el general José Manuel Hernández era un guerrillero diestro, atrevido y veterano. Lo de veteranía no era más que voluntad. Una sola pelea donde lo habían dejado por muerto siendo muy joven, ya descrita. Era toda la experiencia que ofrecía con grandes ansias de superación. Tremenda iniciativa y gran valor personal. De allí que la gente lo juzgara como un gran conductor de tropas y quizás un buen administrador. Algo genial, fuera de lo común, se sospechaba en su escrutadora mirada y su manifiesta buena voluntad. En una de sus cartas para el general Domingo Sifontes que cita el gran amigo y fecundo literato J. A. Armas Chitty, termina diciéndole: “Espero encontrarlo en el camino de los hombres honrados”. Especie de confesión de que se consideraba jefe del movimiento revolucionario que hervía en el ambiente. También había en su correspondencia algo de reconocimiento, pues sabía que el verdadero jefe y organizador del movimiento era el general Domingo Sifontes, veterano del lugar.

El mismo Domingo Sifontes creyó a El Mocho con capacidad suficiente en el manejo de las tropas, cualidad que no tenía. Esta guerra Legalista en Guayana fue la única que ganó El Mocho, o que se ganó en su nombre, porque estuvo asistido y timoneado de cerca por personas veteranas y conocedoras del lugar, del terreno donde se libró la última gran batalla de Buena Vista de Orocopiche el 10 de agosto de 1892, con la cual quedó terminada la guerra en el estado Bolívar y el general Hernández quedó como jefe civil y militar del estado Bolívar. Irónicamente llegó a la cúspide de su gloria que no pudo disfrutar. La Batalla de Orocopiche fue dirigida después de serios encontrones rivales, por el veteranísimo dueño del lugar donde se peleó: general Antonio José Betancourt Sucre.

Estuvo el general Hernández cortísimo tiempo de jefe civil y militar de Guayana. Ya que el general J. A. Velutini, intrigante y capaz ministro profesional de todos los gobiernos que sabía “pasarse a tiempo”, capitalizó los esfuerzos de los revolucionarios guyaneses y junto al general Manuel González Gil de la plena confianza del general Joaquín Crespo, les hizo ver que ellos habían pacificado el estado y que Hernández era potencialmente su enemigo. El Mocho fue llamado para formar en la Constituyente de 1893 y González Gil quedó de jefe civil y militar de Guayana. Al Mocho lo esperaba la parte candente de su vida. Sus grandes marchas y contramarchas y hasta saber de la muerte de Crespo que lo adversaba en la pelea, sin poder ni querer cobrar lo que ganó. Así fue su vida. El hombre honrado, que fue cargado con ironías del destino; que caminó todos los rumbos sin llegar a ninguna parte, tras sus propias huellas: Las del hombre honrado.

Capítulo VI

La guerra Legalista, Batalla de Orocopiche

Este movimiento en Guayana fue uno de los primeros que se levantaron contra el continuismo de Andueza Palacio en la Presidencia de la República. Cuando lo inicia el general Joaquín Crespo con su alocución de “El Totumo” ya el fermento, con visos irrefrenables, se había formado en Guayana. Poderosas razones para el alzamiento se habían producido y agudizado en el territorio del Yuruari con una intensa represión de parte del Gobierno. La cárcel de Guasipati se llenó de personas representativas del comercio y del campo que eran tenidas engrilladas e incomunicadas, que siempre ha sido en Venezuela característica del preso político a quien no se sigue juicio ni se le dice por qué está detenido. Así se producen los milagros democráticos de la Orden Superior, que funde todos los poderes...

Para colmo de las provocaciones, ahora había regresado como inspector de minas y envalentonado, el repudiado exgobernador Dr. Pedro Vicente Mijares, contra quien circulaban coplas y refranes poco decorosos, como estigma de su abusivo comportamiento anterior. Pero la ironía insufrible la constituyó el hecho confirmado de que el día 26 de febrero de 1892 el gobierno del presidente Andueza había dado descaradas concesiones mineras al general Celestino Peraza por 99 años. Las concesiones que abarcan los ríos Yuruari, Usupamo, Yuruán y Cuyuní más un terreno lateral por ambas orillas de los mencionados cursos de agua, o sea toda la zona del oro en la selva virgen; estaban firmadas por su fugaz e inteligente ministro de Fomento Rafael Villavicencio, y refrendadas por el director de la Riqueza Pública Dr. Guillermo Tell Villegas Pulido, quien antes fue

apoderado de la mina “El Callao” cuyo presidente era don Antonio Liccioni. El presidente Andueza recibió protestas que casi declaraban la guerra contra el nuevo fiscal cuya presencia compactó más los elementos de lucha que antes se habían manifestado en las escaramuzas que sacaron a plomo de fusil al que era anteriormente gobernador codicioso. De manera que antes de que se organizara la fuerza de los dueños de hatos de la región y daba vueltas la rueda de ese gran molino de complejidades que culmina con la guerra, exactamente el día 29 de marzo, el presidente Andueza Palacio, con miras a la cuadratura de su plan, nombró al Dr. Pedro Vicente Mirajes, ministro de Fomento, bajo cuya jurisdicción quedaban las minas y las nuevas concesiones a resguardo de amenazas y de nuevos ataques.

El presidente Andueza Palacio tenía desde el 19 de marzo de 1890, como ministro de Relaciones Interiores al Dr. y general Sebastián Casañas, *factotum* del gobierno y quien también aspiraba a la presidencia de la república. Ya Guzmán Blanco había sido descartado en la cuestión minera, pero el propósito lo asumiría la nueva dictadura para lo cual se pensaba enmendar la Constitución. O sea que el propio gobierno proyectaba darse un autogolpe de Estado y pelear lo que fuera necesario, pero seguir mandando y explotar en lo posible mediante un testaferro, que en este caso lo sería el general Celestino Peraza, presunto dueño de las nuevas concesiones, que pensaban ir vendiendo por partes.

Los preparativos para una guerra se habían adelantado tanto que ya no era posible retroceder. Bajo el comando del general Domingo Sifontes con sus vecinos y familiares, se agruparon los ganaderos de la zona, con sus equipos de bestias y sus armas: los Winchesters calibre 44. No se trataba de una soldadesca arreada a punta de sable, ni a la sombra de una consigna vengativa. No era tampoco la búsqueda de una posición política. A juicio de Sifontes nada funcionaba bien sin organización. Elaboraron sus planes que hace días venían tomando forma, y partieron como decía Taita Salas: “Poco a poco

y apurado...”. El día 7 de mayo están en Tumeremo donde dan un comunicado. Se declaran “alzados” y reciben la jubilosa manifestación del pueblo. Una especie de concurso rápido que venía bien pensado, ubicó al general Víctor Antonio Zerpa como primer jefe, Domingo Sifontes creyó oportuno situarse como jefe de Estado Mayor General que es la persona que lleva toda la responsabilidad organizativa. Luego arrancaron hacia El Callao con instrucciones mil veces repetidas, de obedecer estrictamente la orden de respeto a la propiedad y a la familia como principal consigna “legalista”, pues no era una guerra de “topo a todos” como le gusta a los profesionales del desorden.

Los pueblos de El Callao y Guasipati se entregaron sin resistencia. En nada se interrumpió el trabajo de las minas en El Callao, y en Guasipati las autoridades continuistas huyeron y se llevaron las llaves de la cárcel donde estaban los presos engrillados. El pueblo derribó las puertas y salieron el Dr. Diego Otacón, quien pasó a comandar un sector del ejército legalista. El Dr. José Tadeo Ochoa y el coronel José Ángel Urbina quedaron ubicados en puestos de mando. El coronel Urbina resultó un hombre curioso, quería hacerse guerrero permanente y tenía una consigna que hubo que prohibirle porque la hacía cantar en los pueblos; decía, como cogiéndose toda la iniciativa y con una musiquita pegajosa: “Sígannnos muchachos, sigan la rutina, que seiscientos hombres, no vencen a Urbina”. Después a Urbina lo esperaban en el camino de la guerra, largas historias entre traiciones y barajustes. El día 22 de mayo se produce el primer comunicado oficial de la División Roscio, en papel con membrete impreso en la imprenta que fue comprada a Dalton & Cía. con la espontánea suscripción popular.

El Mocho Hernández se había declarado “alzado” huyéndose de Ciudad Bolívar donde tenía la ciudad por cárcel. El Parte de Guerra llama al general José Manuel Hernández y está firmado por

el general Domingo Sifontes, desde Laguna Larga cerca de Upata ya... “en el camino de los hombres honrados”. Dice así:

ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA
Estado Bolívar - Ejército Legalista
Estado Mayor General de la División Roscio

Cuartel General en Laguna Larga,
22 de mayo de 1892.

Ciudadano general,
JOSÉ MANUEL HERNÁNDEZ,
DONDE ESTÉ.

Cumplo con el deber de participar a Ud. las operaciones militares que se han verificado en esta región del Yuruari.

Alzados en el pueblo de Tumeremo, el 7 del mes en curso, los generales A. Zerpa, Domingo Sifontes, Ruperto Puerta y Coroneles Pedro L. Machado y A. Zapata, nos pusimos en movimiento el 9 sobre la plaza de El Callao, que fue ocupada en la mañana del 10 marchando enseguida hacia Guasipati, plaza que ocupamos sin resistencia a las 5 del mismo día, pues las fuerzas Continuistas que la guarnecían al mando de Pereira Lozada, la evacuaron cobardemente, dejando en la cárcel cargados de grillos a los ciudadanos Rafael Rivera, Juan J. Sandoval, Leoncio Zurita, Dres. Diego E. Chacón y José Tadeo Ochoa, a quienes el pueblo puso en libertad a nuestra llegada, rompiendo las puertas de la cárcel cuyas llaves se llevaron los opresores.

Este “Parte de Guerra” lo incluimos en los documentos anexos y podrá leerse completo y detallado. Termina pidiendo al Mocho Hernández que venga a ponerse a la cabeza del ejército en ese lugar donde es inmenso el entusiasmo por la “Legalidad”. Le dicen que son las cuatro de la tarde y dentro de dos horas emprenderán la marcha indicada, “contando con que Ud. obrará con su conocida actividad en el sentido indicado”.

Al pueblo viejo de San Buenaventura de Guri donde lo esperaba el ejército Legalista en acción, llegó por la vía de Yaunó el general José Manuel Hernández. Detrás de Hernández, “pisándole los talones”

como dice el apuro campesino, llegó el general Manuel González Gil, de presencia un poco exótica, medio calvo en la parte frontal de la cabeza, la barba la tenía raspada en el centro y las patillas abiertas en dos colas, imitando quizás la moda crespetera, se les alargaban exageradas como formando partes laterales de una gran barba de aspecto medieval, causaba extrañeza especialmente en una persona totalmente desconocida. Era “El gallito del Caura” de la ganadería crespetera, según lo anunció un soldado que lo conocía. Hernández había sido recibido con vítores y disparos. Tal actitud de la gente al recibir a Hernández era admitirlo como jefe según se había acordado y un prolongado toque de corneta lo hizo asumir su morisquetero plantaje militar. Al día siguiente, ante aquel hombre de porte marcial y pulcro uniforme con la gorra de combate, el pequeño general Manuel González Gil deslucía mucho y difícilmente podría hacer resaltar su personalidad metido en un traje de campesino. Sin embargo su práctica militar, lo hizo ser oído en el necesario silencio como quien reclama un derecho, que eso mismo reclamaba. Decía ser el enviado por el general Joaquín Crespo a dirigir la acción de guerra. Esto causó cierto revuelo momentáneo y un sorpresivo malestar en la tropa que llevaba más de tres meses “actuando” como en familia. Al fin reconoció que no iba a conseguir imponer su autoridad y aceptó que se le diera una escolta para su regreso, pero haciendo saber que perdían 700 hombres que él tenía en el Caura.

Según noticias del explorador francés Jean Chaffanjon que remontaba el Orinoco, en la página 145 de sus manuscritos, cita a su buen amigo el general Manuel González Gil como “El gobernador del Caura”, al llegar a “Las Bonitas”. Quizás si González Gil era el único que conocía al general Crespo de todos los guyaneses que peleaban, pero ofrecía poca confianza una persona que pretendía capitalizar, sin credencial alguna, como director, una tropa de gente desconocida para él y que tenía marcado su rumbo y su propósito. El general Hernández, siempre teatral, en lugar de caminar, brincaba, corría, dando impresión de gran movilidad y de seguridad en sus

desplazamientos. Ya había asumido el mando y no estaba dispuesto a discutir su posición.

Después de una retirada del sitio, que consideraron prudente, dejaron gente arreglando canoas para pasar el Caroní muy crecido y volvieron al lugar. Pasaron con gran dificultad el Caroní y la tropa se encaminó hacia Yaunó, donde había quedado la gente que el Mocho Hernández había reunido, los 14 que salieron de Ciudad Bolívar más la gente que se le reunió en Araciama.

De allí partieron hacia San Antonio Placideño en las orillas del crecido Orocopiche y hubo un primer tiroteo con los campovolantes de Santos Carrera y Trifón Landaeta. Fue al día siguiente cuando las tropas de Carrera (jefe expedicionario del Gobierno) atravesaron el Orocopiche y siguieron hacia “La California”, sitio donde había pernoctado el ejército Legalista el día anterior. El ejército, aparentemente, bajo el mando del Mocho Hernández que le daba prestigio, pero timoneado por los baqueanos del lugar, se ubicó en los cerros de Buena Vista de Orocopiche y allí se dio la gran batalla el día 10 de agosto de 1892. Hubo ciertos tropezones que son comunes a los choques guerreros, El Mocho quería destacarse y meterse dentro del plomo para que lo vieran arriesgar su vida mandando en un terreno que no conocía y que por un momento dislocó peligrosamente el plan de batalla. El comando de la tropa Legalista pasó a Antonio José Betancourt Sucre, que a más de ser dueño del terreno, había guerreado en él desde muchacho y el paso del río Marcela lleva su nombre: “El Paso de Betancourt”.

El presidente del estado Bolívar era Juan Teófilo Benjamín Siegert, hijo del Dr. del mismo nombre, prócer de la Independencia y célebre inventor del Amargo de Siegert o de Angostura. A Ciudad Bolívar habían llegado comisiones militares que desconocían la autoridad del presidente del Estado y de manera inconsulta habían reducido a prisión a varios comerciantes que se habían negado a contribuir con una suma de dinero que les había sido exigida. El delegado militar

especial era un tal P. L. Martín y a la vez el general Santos Carrera, de gran prestigio oriental, se presentó como jefe expedicionario en Guayana. Esta nueva gente llegada bajo dirección militar le hacían la vida imposible al presidente Siegert, se entrecruzaban órdenes contradictorias, se estableció en forma epistolar un conflicto de poderes hasta que la junta de administración fue metida a la cárcel de orden militar.

En su desesperación y quizás temiendo que lo redujeran a prisión las comisiones militares que parecía que lo que buscaban de urgencia era dinero, el presidente Siegert formó un grupo de amigos y colaboradores y salió de la ciudad a alcanzar para incorporarse a ellas, las fuerzas de Santos Carrera que perseguían a lo que habían llamado “las montoneras Legalistas”. En el “Parte de Guerra” del día siguiente, el general Santos Carrera da cuenta a P. L. Martín, de la presencia de Siegert y sus acompañantes en el campo de batalla cuando ya se avistaban los ejércitos en Orocopiche.

El ejército Legalista, dando la impresión de que iban huyendo, ocuparon las alturas y se situaron a esperar al enemigo que tenía obligatoriamente que llegarles por el único paso de morichal por donde podía vadearse “Las Dos Aguas”.

El coronel Anselmo Zapata, aguerrido y confiable elemento que hizo un gran papel en esa pelea, se había opuesto repetidamente a que “El Mocho” siguiera dando órdenes teatrales. Para él, el tal “Mocho” no era sino un payaso de fiesta, un loquito, que bien podía conducirlos a un fracaso. Aún los generales Domingo Sifontes y el bonachón general Víctor Antonio Zerpa que lo tenían como ídolo, llegaron a convenir mediante prudente porfía, en darle el mando de esa acción al general Betancourt.

Las alturas ocupadas por el ejército Legalista estaban con dos ríos crecidos a la espalda, el Marcela y el Orocopiche. Cosa que daba al enemigo la impresión de que se había cometido un grave error.

Así, en su veteranía de guerrero viejo, lo apreció Santos Carrera y creyéndolos en desventaja o equivocados, decidió atacarlos a fondo.

La pelea fue cruda. Hombres veteranos armados de Winchesters, ubicados en la llamada “Piedra del Murciélago”, disparaban todos a punto fijo tendidos cómodamente sobre la piedra. Al propio jefe expedicionario Santos Carrera, le mataron tres caballos entre las piernas. La mortandad de parte de los Continuistas fue grande, digna de mejor causa. La gente de Carrera pelearon como unos héroes, quizás por las consignas que les había prometido su Jefe: “Muchachos, ayúdenme a derrotar al Mocho Hernández y esta noche serán ustedes dueños de esta Ciudad Bolívar”. Pero el mismo general Santos Carrera con todo su Estado Mayor cayeron muertos en la refriega. El general Carrera luchó tan heroicamente que mereció el reconocimiento póstumo por sus enemigos, quienes hicieron el generoso gesto de sepultarlo con altos honores militares y en un lugar apartado.

El gobernador Siegert huyó con su gente y tuvo que botar las armas para poder pasar el Orocopiche crecido. Fue uno de los primeros que llegó a Ciudad Bolívar, con la noticia de la derrota. La cantidad de bestias y de hombres muertos fue de tal magnitud, que la tropa triunfadora no pudo venir a Ciudad Bolívar el mismo día sino el día 13 de agosto, en que entraron a tambor batiente. La ciudad estaba acéfala. El gobierno y los militares expedicionarios se habían huido hacia Trinidad en el vapor inglés “El Callao” que desembarcaba mercancía en el Puerto de Blohm. Sólo don Pedro Romberg, persona representativa del comercio y el Dr. Brígido Natera, asumieron autoridad formando una Comisión de Emergencia y evitaron el saqueo de la ciudad. Pues la administración anterior se fugó con el dinero y las armas que pudo. Después desde Trinidad, Juan Teófilo Benjamín Siegert quien se presentaba como una víctima de la agresión oficial, haría una larga y detallada descripción de los hechos que es necesario comparar con los tres

“Partes de Guerra” de la misma acción que fueron elaborados por las fuerzas triunfantes, por causas curiosas, de rivalidades. Muchos estuvieron de acuerdo en que El Mocho no había hecho nada que merezca destacarse. Así se explica que el historiador Dr. Vicente Lecuna se queje de que hay un “Parte de Guerra” sobre Orocopiche donde ni siquiera se menciona a Hernández. Un segundo Parte de Guerra es todo elogio y observancia de las jerarquías en favor del comandante de las Fuerzas Legalistas que lo fue el general José Manuel Hernández, firmado por un pequeño grupo que los demás protestaron y no quisieron firmar. Otro Parte Oficial firmado por el general, jefe de Estado Mayor Domingo A. Sifontes y el secretario, que le hacen el necesario acatamiento y alguna justicia dentro de la estricta disciplina militar, necesario en un momento dado, para capitalizar la acción y darle aspecto triunfal y ordenado a la batalla que se acababa de ganar.

A uno de los “Partes de Guerra” se sumó una nota que decía:

Además de 240 prisioneros, se recogieron 154 muertos y cerca de doscientos heridos del enemigo; todas las bestias aperadas de los jefes y oficiales, tres cargas de parque además de las 15 que se habían cogido en el lugar donde cayó muerto el general Santos Carrera; esto, y toda clase de prendas de vestir, maletas, etc., a orillas del río Marcela, a cuyas aguas se arrojaron los derrotados, siendo de los primeros el presidente del estado Bolívar, Juan T. B. Siegert. Posteriormente se extrajo de este río más de un centenar de fusiles y cerca de cien cobijas, la derrota, pues, había sido completa; y a Ciudad Bolívar no entraron ni cien hombres de los 860 que tres días antes habían salido en busca de las “montoneras Legalistas” a cuyo jefe se proponían traer atado a la cola de un caballo.

Con el número de muertos del general Santos Carrera y de algunos de sus jefes y oficiales, también los muertos “Legalistas” fueron enterrados, los demás fueron incinerados para evitar la putrefacción, habiendo transcurrido más de 24 horas de estar a la intemperie.

Había muchas bestias muertas, pues el solo general Carrera perdió tres caballos que montó en la pelea.

Nuestro jefe de Estado Mayor en Buena Vista, general Domingo A. Sifontes, fue demasiado modesto al redactar el Parte Oficial de la batalla, y posteriormente tuvo que rectificarlo, en cuanto al número de muertos y heridos del enemigo; parque cogido y número de fuerzas que realmente alcanzaron a las cifras que dejamos anotadas, más bien excedidas, pues en los bosques vecinos al campo de batalla se hallaron muchos días después, varios cadáveres que se escaparon a las primeras investigaciones, varios fusiles más.

En la cárcel o en la guerra se conocen rápidamente los hombres entre sí; allí se sabe quién es quién. Ya los días de la campaña eran suficientes para que desde el soldado hasta los jefes conocieran al Mocho Hernández tanto en su dramatismo y audacia como en sus liviandades. Se daba el caso extraño de que sus seguidores entusiastas lo elogiaban con una exageración que casi lo desnaturalizaba y así mismo sus detractores abultaban sus defectos, de manera que se tocaban peligrosamente los dos extremos. Sin embargo, habiéndolo nombrado públicamente primer jefe de la División Roscio se imponía el acatamiento a la jerarquía y como es el jefe el que capitaliza los logros, la batalla se ganó y fuera cual fue su actuación personal: El “ganó” la batalla de Orocopiche. Este triunfo constituyó la primera y única victoria de una entidad federal cuyo crédito daba al general José Manuel Hernández su fama de estrategia y así, por consejo del general Domingo Sifontes, jefe de Estado Mayor que había abrazado la bandera Legalista, se le participó al general Joaquín Crespo en campaña, por cumplir una costumbre castrense que jerarquiza la guerra. Así se le daba al triunfo local una dimensión nacional.

Después de las acostumbradas ceremonias públicas, “El Mocho” quedó ruidosamente aclamado como jefe civil y militar del estado Bolívar, más, algunos irónicos le pronosticaron fallas y lo catalogaron como falta de una noción firme de organización. De estos dimes y diretes llegó a asomar una verdad gigantesca y extraña que no cabía dentro de aquel espíritu emprendedor y generoso. Y era el hecho sospechado, de que al triunfar había sobrepasado emocionalmente

el límite de sus ambiciones. No le sería posible gobernar. La fuerza de la intriga y la confrontación con culturas superiores lo harían caer en la trampa de las limitaciones con que estaba signada su vida, obedeciendo al aforismo de que “el hombre vive tratando de ocultar quién es”. Y, él sencillamente, no pudo “ser”, nunca, ni ahora, ni después.

El general José Antonio Velutini, astuto y plegadizo, se vino de Trinidad en el mismo barco en que se fueron de Ciudad Bolívar los integrantes del Gobierno “Continuista”. Hombre veterano, acostumbrado a cazar oportunidades en los cambios de gobiernos; de mayor capacidad y más experiencia política que El Mocho Hernández, con mañas de zorro viejo que sabe ventear las posibilidades. Ya había madurado su vida en la política de altura cuando fue nombrado en 1884 ministro de Crédito Público del presidente Joaquín Crespo. El día 14 de septiembre de 1886 fue nombrado por Guzmán Blanco, ministro de Fomento. El 20 de junio de 1893 fue ministro de Hacienda en el segundo gobierno de Crespo (cuando se embolsilló al Mocho Hernández). El 10 de abril de 1901 fue ministro de Relaciones Interiores de Cipriano Castro. Con Juan Vicente Gómez en 1909 fue segundo vicepresidente encargado de la Presidencia de la República, bajo la voluntad absoluta del general Gómez y con tal carácter, el día 24 de abril de 1909 nombra sus ministros para el Despacho Ejecutivo.

Este gallo viejo se le metió por los ojos al Mocho Hernández y casi le quitó el poder cuando estuvo en Ciudad Bolívar, desde donde empezó a comunicarse con el general Crespo, como si él hubiera triunfado y pacificado el Estado, cuando en realidad no había participado en nada. Absolutamente en nada.

En mi obra *Guayana y el Mocho Hernández*, reproduzco un telegrama de Velutini donde confiesa intenciones de “robarse el show”. El general que rastrea oportunidades asumió carácter de superjefe al llegar a Ciudad Bolívar y en su supuesta posición

de jefe de Estado Mayor del Ejército de Oriente, le pasa una nota a Hernández confirmándolo él en el puesto de jefe civil y militar del estado Bolívar y seguidamente le pide un permiso para recibir unas armas en San Félix atendiendo una oferta de los generales Trifón Landaeta y Aniceto Cotúa. Velutini fue inmediatamente investido del cargo de la tal Comisión. Firma un acuerdo de Paz que nada significaba y directamente, pasando por encima de las autoridades militares triunfantes, se desencaja de la subordinación al Mocho Hernández y dirige un telegrama abstracto que envía directamente al general Crespo, dice así:

Orientales: Os doy la fausta nueva de la completa pacificación de la Sección Guayana, por el Convenio de Paz celebrado hoy con el general Aniceto Cotúa en esta misma fecha. Dentro de poco abrirá operaciones sobre Barcelona nuestro numeroso ejército para acabar de consolidar en el Oriente el dulce imperio de la paz y del régimen legal. Viva la Paz. Viva el Ejército Legalista. Viva “el General Crespo”. Cuartel General en San Félix a 20 de agosto de 1892.

José A. Velutini.⁴⁷

Es poco el comentario que se necesita para ver cómo Velutini pasó por sobre La Campaña de Guayana y pone un supuesto triunfo suyo como fragmento de una cosa mayor que él está dirigiendo y, reconoce directamente a Crespo como jefe, sin tener en cuenta a ninguno de los que hicieron la guerra y triunfaron en Guayana.

A “El Mocho” le faltó habilidad para la confrontación y la necesaria firmeza en las riendas del poder. Lo vieron vacilar y perdió autoridad. Velutini se atrevió hacer una colecta en Bolívar y que para una supuesta y nunca efectuada campaña de Oriente. De hecho el general Hernández cayó dentro de las limitaciones personales y se enredó en la intriga política que recortaría su breve ensayo

47 Horacio Cabrera Sifontes, *Guayana y El Mocho Hernández*, ediciones Centauro, 1980, p. 117.

administrativo, pues buscarían la manera de hacerlo llamar por el jefe Legalista. Ofreciéndole una posición de aparente mayor relevancia.

A los pocos días, sin pena ni gloria, fue llamado a participar en el “Constituyente” y reemplazado por el general Manuel González Gil, quien había quedado disgustado con él desde la discusión del “Paso de Guri” donde el ejército que traía el general Domingo Sifontes, no quiso someterse a su mando sin conocerlo.

Desde Trinidad, el expresidente Juan Teófilo Benjamín Siegert, editó un folleto que tuvo gran circulación y que serenamente ponía de relieve unas verdades. El folleto defensivo que publica Siegert enumera los factores de descomposición del régimen político para esos días confusos que no eran más que un reflejo de la incertidumbre del gobierno central. Se siente peso, serenidad y justicia en algunos de sus argumentos. Arremete contra el Mocho Hernández y contra el folleto titulado *La Revolución Legalista* del cual denuncia inexactitud, parcialidad y vehemencia. Del folleto de Siegert titulado *Exposición a los pueblos del estado Bolívar*, citamos:

Elógiense enhorabuena la actividad de Hernández, su constancia y tenacidad, pero no con tales exageraciones, ni concediéndole altas dotes militares a quien tuvo de hecho por auxiliar poderoso los desacertados proceder de sus mismos adversarios; a hombres como los señores generales Domingo A. Sifontes, Antonio Zerpa, Tomás Pérez, Feliciano Fernández, Florentino Vidal, Lara, José María Betancourt, Berardo Lezama, Hermanos Zapata, etc., etc., por soldados a un puñado de jóvenes valerosos como los hermanos Fajardo, Rodríguez, los hermanos Gruber, Alberto Mathison y tantos otros que se escapan a mi memoria; y, por último, por Mentor inseparable, la suerte caprichosa que como la Minerva del paganismo lo condujo a través de sus errores dispensándole una visible protección.⁴⁸

A los diez y siete días de descanso de las bestias y de ayudar a Hernández a poner un poco en orden la administración, los ganaderos del interior que en Tumeremo habían iniciado la revuelta

48 Johan Benjamin Siegert, *Exposición a los pueblos del estado Bolívar*, pp. 18-19.

y que tenían cuatro meses retirados de sus hogares, se regresaron a sus haciendas. Entre ellos el general Domingo Sifontes y el coronel Anselmo Zapata, sin siquiera creer que se les debía alguna indemnización de guerra o la reposición de sus gastos personales, fórmula muy acostumbrada por el soldado o Jefe triunfador. El general Víctor Antonio Zerpa quedó empleado por Hernández y con el triunfo de Crespo que entró triunfante a Caracas en el mes de octubre, llegó a merecer la confianza de todos y a desempeñar con habilidad la cartera de Relaciones Interiores. Después volvería a Guayana con una misión militar como delegado de la Presidencia.

Fue notable y mereció una serie de consideraciones filosóficas el desencanto del general Sifontes, se venía engrandeciendo en proporción directa a la distancia recorrida a pata de mula voluntaria que reconociendo que regresaba a sus comederos, soltaba la oreja al compás del pasitrote rendidor.

El hombre enrumbado camina con el tiempo y piensa con el sol. El resto de las fuerzas naturales que giran en el mundo, de las cuales él es factor importante, se combinan y se interpenetran para formar un todo aparentemente estático, pero profundo y violentamente dinámico, con fallas, caídas y recomienzos interminables.

El regreso es como recorrer al revés los accidentes y vueltas del camino que habían quedado esterado de muertos queridos que ofrendaron sus vidas en aras de un supuesto progreso, de la igualdad y la decencia humanas. Recordarlos era como revivirlos al pasar. Habían sido casi hermanos, compañeros y amigos los que se habían matado unos a otros. Así debe de haber pensado Simón Bolívar cuando dijo: “Sólo la Independencia hemos ganado”.

Un llanero minucioso sufre la muerte de sus caballos especiales, tanto más sentirá a sus amigos de quien la ausencia le agranda los méritos y le revela toda la inteligencia y la energía del personaje. Sifontes presentía los efectos de otras grandes empresas que llenarían su vida impulsada para las dificultades y las preocupaciones. Sin

embargo, antes que afligirse por los problemas, antes que desfallecer, se acicateaba para encontrarse a sí mismo, no dejándose dominar por la inercia; no dejándose vencer por el culto a sí mismo, al individuo, al general, al rey, pretendiendo llegar a vivir en un país, en un pedazo de tierra, donde en plena confianza pudieran morar todos juntos aportando cada uno su experiencia.

En el “Parte de Guerra” de la batalla de Orocopiche dice el general Sifontes, contrario a la agresividad triunfal que ostentan otros “Partes de Guerra” para el enemigo: “Estos heridos fueron, sin excepción, recogidos y asistidos generosamente por nuestros soldados, que sólo ven en el vencido, hermanos cuyas desgracias son desgracia de la familia venezolana”.

Otro desencanto del triunfo fue conocer a fondo el sentir de los generales cuya influencia y renombre destacará la historia, por ejemplo: El general Zoilo Bello Rodríguez, que aspiraba a la presidencia de la República, que fue jefe de Estado Mayor y ministro del Interior, sólo quería dinero, como lo demostró después al vender su exilio por una suma sustancial que cubría sus ambiciones según establece Manuel Alfredo Rodríguez en su obra *El Capitolio de Caracas*: “El exministro y exsecretario Bello Rodríguez se había marchado del país con anuencia de Andrade y con la grata compañía de una buena suma ordenada por el mismo presidente”.⁴⁹

Luciano Mendoza, que después de vencer al Páez ya viejo se armó con una fama de primera espada, que fue centro de las negociaciones por el Poder y que en combinación con su jefe de Estado Mayor que fue el general Celestino Peraza y asociando a la vez a otro “gran guerrero” como lo fue Ramón Guerra que se había alzado con Peraza, resolvieron entre ellos, la forma más conveniente para “ellos”, de entregar el gobierno que fueron a defender y venir acomodados en el nuevo equipo. Estos tres generales veteranos de esos días, demostraron con su individualismo mezquino que la

49 Manuel Alfredo Rodríguez, *El capitolio de... op. cit.*, p. 443.

carrera castrense no conlleva una ideología militante con la cual se deba ser consecuente entre la lealtad y el esfuerzo, sino que es más bien como una técnica de amenazar y de matar gente con un engaño que un eufemismo llama “estrategia”, y que puede usarse a la mejor conveniencia en pro o en contra de cualquier principio. “Inaudito”, decía el general Sifontes, y preguntaba al aire:

¿Con quién se cuenta? Esto clama por una Ley Orgánica, moralizadora e institucional que sirva con lealtad, especialmente, contra los invasores que son los verdaderos enemigos, una ley que defina al enemigo, que establezca los principios y que no subordine el saqueo del Tesoro al triunfo militar.

Hacía sólo cuatro meses que se habían jurado ciertos principios y habiendo ganado, ya los pueblos estaban protestando una nueva tiranía bajo la férula del Mocho Hernández cuyos procedimientos están resultando tan tiranos como los otros contra quienes se combatía.

El pueblo guayanés ya estaba enfilando sus protestas injustamente contra el general Domingo Sifontes, quien había tomado la iniciativa de la guerra y que esgrimía los hechos antiliberales como una bandera desafiante.

El Mocho Hernández, por una crítica que le hizo el pueblo de Guasipati en su periódico, mandó a ponerle censura a la prensa y después mandó a cerrar la imprenta comprada por aquella contribución espontánea del pueblo y que tanto sirvió para romper la tiranía; la amenaza del gobierno para monopolizar el oro; el regreso del odiado Dr. Pedro Vicente Mijares como fiscal de Minas, y, en fin de cuentas, que le dio calor democrático a la lucha cívica.

En los telegramas cuyo facsímil publicamos, así como la carta personal del general Sifontes para el fracasado administrador general J. M. Hernández, hacen palmaria evidencia de cómo el absolutismo contra el cual se luchó no pudo ser hábilmente timoneado por el nuevo sistema del Mocho, quien con toda su preocupación social, no comprendía que gobernar no es hacerse

obedecer, sino armonizar la mayor cantidad de contradicciones propias de la sociedad donde todos necesitamos vivir, con libertad, ajustados a la ley. Carta del general Domingo A. Sifontes fechada en:

Guasipati, 16 de noviembre de 1892:

Señor General José M. Hernández,
Donde Esté. Estimado General:

El señor Luis Manuel Salazar, puso hoy en mis manos su carta fecha 8 del que rige.

La he leído con detenimiento. Su contenido no me ha causado sorpresa alguna, pues como bien diría Ud. conozco su manera de ser.

Inútil juzgo contestar uno a uno todos los puntos que ella contiene; para eso, necesitaría mucho tiempo de que no puedo disponer, si he de aprovechar la presente ocasión para San Félix, pero sí diré a Ud. lo siguiente:

Soy Yuruareense, y ya por mi larga residencia, relaciones de familia e intereses que al Yuruari me ligan me creo, si no con mejor derecho, sí con mayores deberes que muchos, para con esta tierra que, como al resto de la Patria, aspiro a ver próspera, grande del mayor grado de verdadera libertad, orden y justicia posibles.

Por alcanzar tan inestimables bienes, abandoné, como otros muchos, mi hogar, comprometiendo el porvenir de mi larga familia.

No salimos a combatir en pro del personalismo; sí de los principios, de las libertades públicas, de los derechos ciudadanos cobijados por la bandera "Legalista" enarbolada contra las prácticas odiosas del despotismo.

Por eso, cuando he visto hoy, que no tenemos en el estado Bolívar, ningún enemigo armado, algo semejante, a la que practicaban los hombres de la usurpación obedeciendo a costumbres inveteradas en nuestro organismo social, he hablado al amigo, me he dirigido al jefe, con la franca rudeza y sinceridad del compañero, llamando su atención sobre esas cosas, que creo mal hechas, y que juzgo hacen mal, mucho mal a la Causa, que es de todos. A Ud. general, ha desagradado la franqueza de mi lenguaje, que, aunque usado en carta particular, califica de irrespetuoso; lo siento, pero no puedo hacerlo de otro modo, dirigiéndome a quien se dice amigo de la libertad.

Yo sé que es Ud. uno de los poquísimos inmaculados, no contagiado del despotismo, es decir, de no haber servido en 20 años ni un solo día a los tiranos; pero eso, que sin duda debe ser a Ud. muy satisfactorio, no constituye, a mi modo de ver, título que le alcance por encima del nivel de los demás hombres. Y como Ud. General, no sólo califica mis bien intencionadas observaciones de crítica acre, sino que mancomunándose con el general Crespo, dice va a herir también a dicho jefe y a los principales hombres de la revolución, yo desearía, hago más, exijo a Ud. (ya que por falta de un órgano de publicidad me sea imposible hacerlo hoy aquí), publicar mis aludidas cartas, para conocer, a ese respecto, la opinión del público; pues me resisto a creer que nadie pueda hallar en mis palabras lo que no ha estado en mi pensamiento.

He leído todos los números de *Legalistas Guasipatenses*, y en ninguno de ellos he encontrado, ni por asomos, las tendencias a la división de hombres de la revolución, la anarquía, intriga e insidias de que Ud. le acusa, y de que dice me hago partidario, por sólo haber manifestado a Ud. que semejante medida, (la cerrada de la imprenta), era contraproducente. O leyó Ud. muy prevenido, los Legalistas, después de la inconclusa censura del Acta del Jefe Civil que tanto le ha molestado, o es Ud. suspicaz en demasía.

Yo no desconozco los grandes merecimientos del amigo Palma, ni tampoco los grandes deberes de Ud. para con él, pero hágame el favor de creer también, que habemos acá muchos, con mayores motivos que otros para amar esta tierra y procurar su bien. Esto no impide que reconozcamos lo que a Ud. debe la revolución que, sin Ud. en Guayana, poco hubiera alcanzado; porque es Ud. tenaz, valiente, de extraordinaria actividad, pero esa actividad, constancia y valor a toda prueba, no le habrían llevado a Ud. al pináculo de la gloria, sin el concurso Tan oportuno y decidido, del paciente y sufrido ejército del Yuruari. Ud. no debe olvidar que, sin el movimiento de estos pueblos, iniciado el 7 de mayo en Tumeremo, nunca hubiera el general Hernández pasado el Caroní, ni mucho menos librado la providencial batalla de Orocopiche, salvadora del estado Bolívar. Si alguien hubiere interesado en desconocer esa verdad, ese no será un Yuruareense.

No he visto su discurso de que me habla: Aquí, al menos la generalidad, está ignorante hasta de lo que pasa en esa ciudad; y no puede ser de otro modo, no viniendo periódicos, ni habiendo órgano en qué reproducir algo de lo que a uno que otro particular pueda remitir algún amigo. Así pues, no sé cuál sea la determinación que tenga formada y a que alude.

Su carta que contesto, anunciada con anticipación, tan meditada, es altamente impolítica y ofensiva para un defensor de la causa legalista, verdaderamente independiente y celoso de su dignidad.

Con esta fecha dirijo a esa Jefatura Civil y Militar, mi renuncia del puesto con que, sin merecerlo, se sirviera honrarme.

Deseo lo pase bien. Su Atto. SS. y Amigo,

(firmado) D. A. Sifontes.

A cortos días fue reemplazado el general José Manuel “Mocho” Hernández por el general Manuel González Gil en su condición de jefe Civil y Militar del estado Bolívar. Por un lado se nota que triunfó la intriga de Velutini y habían trascendido los inadecuados arrebatos administrativos. El Mocho fue llamado por Crespo a formar en la Constituyente de 1893. Allí fue consecuente con su manera de pensar, planteó las necesidades guayanesas. Por delante, fuera de Guayana, lo esperaban curiosas y forzadas piruetas de guerra, de las cuales nunca pudo lograr dividendos.⁵⁰

De aquí empieza una nueva vida del Mocho Hernández que en forma testimonial nos relata el Dr. Vicente Lecuna en su obra titulada *La Revolución de Queipa*. Se trata de otro mundo, otra geografía, otras correderas, otros fracasos. José Rafael Pocaterra sintetizó su definición del bueno y popular Mocho Hernández poniéndolo como: “Un fracaso contado por su propio esqueleto”. El Mocho fue el hombre que movilizó mucha gente, se hizo ídolo del pueblo, pero tuvo siempre muy conscientemente, miedo a triunfar.

50 Para más sobre el Mocho Hernández léase: Horacio Cabrera Sifontes, *Guayana y el... op. cit.* Sigamos el rastro del general Sifontes. Léanse los telegramas que disgustado por sus procedimientos, desde Guasipati, envía al general Hernández el general Domingo Sifontes. Todos hablan por sí mismos. Los originales de los telegramas igual que las cartas con Pruebas facsimilares, se encuentran clasificadas en el Archivo del Mocho Hernández en la Academia de la Historia en Caracas. Así también el historial minero de las concesiones que hemos descrito.

La movilización atropellada fue su obsesión, la honradez fue su bandera. Es la parte grata del recuerdo del Mocho Hernández, que nos lleva hasta Orocopiche y nos hace ver que no siempre se triunfa cuando se triunfa...

Capítulo VII

El incidente del Cuyuní

Los españoles fueron los descubridores del subcontinente suramericano y como tales, estaban amparados por el latinazo jurídico del *Uti Possidetis Juris* (Como has venido poseyendo, seguirás poseyendo). Casi como el indiscutible derecho ingenuo y natural que alegan los muchachos cuando dicen: “¡Yo la vi primero!”. O sea, que en aquella época primitiva se admitía en forma universal que descubrir una cosa conlleva un derecho de posesión.

Los holandeses eran súbditos españoles. Formaban parte del gran imperio. En el siglo XVI navegaron las costas de las Guayanas y se asentaron en el estuario del río Eequibo que es el mismo del río Demerara, pues corren paralelos y salen juntos al Atlántico. Allí formaron los holandeses unos conucos. Para esa época, a su vez, libraba Holanda en Europa una guerra contra España por su Independencia. Esto culminó en 1648 con el Tratado de Münster. En el arreglo internacional, con el testimonio de todos los países, España da su libertad a Holanda y a esa Holanda independiente le reconoce en propiedad lo que hasta ese momento había ocupado en la Guayana, taxativamente, los “establecimientos” de Demerara, Berbice y Esequibo, sin extensión determinada. Se supone que cada “establecimiento” tendrá un *hinterland* tolerable como espacio vital, que debería figurar en el plano o escritura. De todas maneras al figurar un “establecimiento” que puede ser un sitio de negocio o de cultivos, se le ha puesto una limitación.

Los ingleses también estaban en guerra con Holanda dentro del interés de las guerras napoleónicas e Inglaterra planificaba sus

conquistas en las cuales, en forma arbitraria, incluía el subcontinente suramericano. Inglaterra tomó a Trinidad porque la consideró “El Gibraltar del Continente”, o sea, que hacía el papel de guardián militar de la América del Sur, como lo hace el Peñón de Gibraltar en la boca o entrada del mar Mediterráneo. De allí se abrieron las ambiciones de dominar las bocas del Orinoco, por lo cual Inglaterra, con aparato de fuerza, en el año 1796, ocupó en la Guayana, los puestos holandeses sobre el Esequibo como primer paso estratégico al dominio del continente. Era su “cabeza de puente”.

Venezuela a la vez estaba en su lucha por la Independencia. Llegó el año 1814. Año que muchos historiadores han llamado para Venezuela “El Año Negro”. Es el año de la entrada de Boves a Caracas; año de la desastrosa Emigración a Oriente; es el año de la terrible batalla de Aragua de Barcelona y es el año cuando finaliza La Segunda República y quedan expulsados de Venezuela sus combatientes Bolívar y Mariño.

En ese mismo año, en Europa se produce la primera abdicación de Napoleón Bonaparte y su prisión en la isla Elba. Inglaterra como nación dominante procede a “legalizar sus estados de hecho” y elabora con toda tranquilidad, el llamado “Tratado de Londres” mediante el cual Holanda le “vende” a Inglaterra, por una determinada suma cuya inversión es objeto de otro tratado, los “establecimientos” de Demerara, Berbice y Esequibo que ella (Inglaterra) tenía ocupados militarmente.

El río Esequibo tiene muy poco trecho navegable debido a su condición rocosa, pero por allí y desde allí, empezaron las intrusiones inglesas río arriba por el Esequibo y por el río Cuyuní, en exploraciones de oro, de maderas y especialmente de balatá. Así llegaron a penetrar por un territorio del Cuyuní que el mayor Von Buchoenroeder[sic] consideraba “Tierra Incógnita”. Estos movimientos ingleses eran tan conocidos que Venezuela sólo esperaba la posibilidad de protestarlos. Por eso al darse la Batalla de Carabobo

que en 1821 sella nuestra independencia y en la cual los ingleses estaban “colaborando” bien pagados; el mismo Libertador, destacó a José Rafael Revenga como plenipotenciario de la entonces Colombia, a los efectos de reclamar esa intrusión inglesa al oeste del río Esequibo. Mientras iban y venían los paquetes diplomáticos, Inglaterra, mediante sus tentáculos coloniales se adentraba en las zonas vírgenes de la Guayana. Se consideraba a sí misma un gigante y tenía el pleno dominio de los mares, habiendo derrotado las flotas de España y Francia combinadas en Trafalgar.

En 1834 Inglaterra envió a un agrimensor austríaco llamado Roberto Schomburgk a que determinara el lindero de la Guayana Británica con Venezuela. Tenemos motivo para creer que el hombre procedió de buena fe y realizó un mapa partiendo del río Pomerón en el Atlántico en ángulo hacia el Esequibo, dejando los terrenos que habían sido ocupados por los holandeses en el estuario del río Esequibo, como espacio vital, como *hinterland*. Este mapa estuvo tan bien figurado que Inglaterra resolvió no mostrarlo al comité, pero tampoco pudo borrarlo de la imaginación de los demás ni hacer desaparecer todas las copias que habían circulado.

Schomburgk se fue a Londres, encontró formas de congraciarse con la Reina Victoria, ésta lo armó “Caballero” y lo mandó de nuevo con órdenes amplias del Foreign Office (Oficina de asuntos extranjeros); Ahora en la oportunidad de su regreso Schomburgk era un Caballero inglés al servicio de La Corona, con conocimientos de las ambiciones expansionistas del colonialismo inglés. O sea, ahora era un instrumento de conquista. De manera que cuando volvió ya titulado por la realeza en 1841, fijó postes y marcas con las insignias de la Reina abarcando la entrada del Orinoco. Punta Barima llegó a llamarse “Victoria Point”. Así que los nuevos mapas arropaban todo el territorio de Delta Amacuro. Existen documentos curiosos enviados por Schomburgk, que hoy son de dominio público, donde el austríaco Caballero explica en detalles por qué

debe Inglaterra apropiarse la entrada al río Orinoco, su estrategia y su ayuda a dominar todo el continente, pues por él se puede llegar hasta el corazón de Colombia y hasta el Perú.

Es divertido estudiar el proceso de ampliación progresiva de las ambiciones británicas adentrándose en Venezuela hasta 27 años después de muerto el geógrafo, llegando a abarcar en sus pretensiones toda la hoya hidrográfica del Cuyuní hasta Upata, El Manteco, Guasipati, El Palmar, Tumeremo, El Callao y El Dorado.

La protesta venezolana por la fijación de postes de alinderamiento en 1841, fue seria y firme. A tal escándalo respondió Lord Aberdeen por Inglaterra que los postes no eran sino puntos de referencia para orientación. Y, en desagravio, mandaron a remover las marcas, a quitar las insignias y los postes fijados. Inglaterra nunca quiso arbitraje porque carecía de documentos que acreditaran su presencia cogiéndose casi toda Guayana. Pero continuó dando pasos adelante, acercándose a El Callao y cogiéndose todo el balatá, hasta que llegó el año 1895 en que hubo el choque fronterizo que fue llamado “El Incidente del Cuyuní”, cuyo puesto de Guardia venezolana, estaba bajo las órdenes directas del general Domingo A. Sifontes. Los ingleses atrevidamente habían hecho sus construcciones frente a donde está hoy el pueblo de El Dorado. Todavía no habían llegado al Yuruán, pero como ese era su próximo paso a dar, de una vez le pintaron con gruesas letras el nombre a la estación: “Department of police of Cuyuni and Yuruan rivers”.

Había sucedido que después de la guerra Legalista, en el año 1893, el general Domingo Sifontes se trasladó a Caracas vía Trinidad y dice él mismo en su obra *El Incidente del Cuyuní* que cuando estaba para regresar a Guayana recibió un telegrama del general Joaquín Crespo, presidente de la República, invitándolo a entrevistarse con él en Maracay. En la entrevista estuvo presente el Dr. José R. Núñez, quien se había desempeñado como un hábil director de Política y luego sería ministro del Interior y hasta ayudante de campo del

general Crespo en tiempo de guerra. El general Sifontes rechazó varios puestos ofrecidos por el general Crespo, a quien ahora conocía después de haber hecho la campaña legalista en Guayana, supuestamente, bajo su superior mandato. El general Crespo sacó una espada con un escudo de oro y una inscripción que decía: “Joaquín Crespo, en Premio de Lealtad y Valor, 1893”⁵¹. Sifontes, agradecido por el gesto y con sincera cortesía, le dijo, como condicionando el regalo: “General, yo colgué mi espada con mucha ceremonia y delante de personas que tienen un espíritu guerrero. Si llego algún día a usar otra espada, será solamente en rechazo del invasor inglés, ¡ese sí es nuestro enemigo!”.

De esa entrevista salió el nombramiento del general Domingo A. Sifontes como comisario de Fronteras. Para los efectos de la guarnición, Sifontes fundó el pueblo de El Dorado⁵². Lo ubicó exactamente en la unión de los ríos Cuyuní y Yuruán. Se escogió tal sitio porque quedaba justo al frente de donde tenían su gran *bungalow* los ingleses, al cual llamaban “Estación de Policía del Yuruán”. Allí se empezó por instalar la estación telegráfica que tuvo que ser hecha de un todo desde Guasipati, porque a juicio del general Sifontes la comunicación es esencial en el cuidado de una frontera tan tentadora como esta les parecía a los ingleses.

De allí se originó una nutrida correspondencia, por ejemplo: de su libro *El Incidente del Cuyuní* tomamos esto como literatura de orientación sobre el caso, sobre su vida y condiciones:

Viví siempre apartado de la política, alejado, por consiguiente, de puestos públicos, de que nunca he vivido; pero observando, sin embargo, el giro de la cuestión de límites con la Guayana Británica, lamentaba nuestra debilidad que permitía a los ingleses avanzar cada vez más su línea de observación, dentro de la cual aparecían ya incluidas algunas de las misiones fundadas por los españoles, siendo una de ellas Tumeremo, lugar de mi residencia. Parecióme

51 Espada que hoy conservo.

52 Nombre que le he puesto sin autorización del gobierno.

siempre que sólo la acción enérgica del pueblo y gobierno venezolanos podría salvar la integridad nacional, y que, en todo caso, era preferible perder en desigual pero honrosa lucha el suelo querido de la Patria, a permitir ser de él vergonzosa y pacíficamente despojados.

En la medida de mis cortas facultades intelectuales, hice por la prensa franca manifestación de mis ideas siempre al respecto dicho.

Creí en 1889 desaparecidas las causas que me habían hecho tomar parte en la política, vi posible la concordia entre los venezolanos y el restablecimiento del régimen legal. Luego, cuando en 1892, quiso sentarse un precedente funesto para la libertad, el retroceso al personalismo, tomé puesto en la revolución que llevó el nombre de Legalista.

Fui uno de los promotores del alzamiento del Yuruari y asistí con mis amigos a toda la ruda campaña guayanesa. Ocupada el 13 de agosto la capital del estado Bolívar por consecuencia de la acción librada el 10 del mismo en Buena Vista de Orocopiche, diez y siete días después me retiré del ejército para volver al Yuruari al lado de mi familia en desamparo por mi ausencia. En septiembre de 1893 hice viaje a Caracas con el fin de reponer mi salud quebrantada. Ya para regresar, recibí el 19 de noviembre un telegrama del general Crespo, llamándome a Maracay. Al día siguiente conocí al jefe de la revolución en cuyas filas había servido.

Ofrecíome el general Crespo el puesto de jefe de los Castillos de Guayana. Me excusé, manifestándole con la debida franqueza mi incompetencia para dirigir tales obras de reconstrucción proyectadas. Rehusé también la oferta de hacerme emplear en Ciudad Bolívar.

Había yo insistido antes —y también después— en la necesidad, urgente en mi concepto, de reconstruir esas antiguas fortalezas dichas, con arreglo a los modernos adelantos en la materia, para así asegurar el Orinoco y estar a cubierto de una sorpresa de parte del filibusterismo británico, llegado el caso. Pero sí acepté gustosamente la Comisaría del Cuyuní y sus afluentes, que después se me ofreció. Quería ir allá donde estaban los usurpadores de nuestro suelo. También así podría ver con frecuencia a mi familia de cuyos cuidados necesitaba.

El 2 de marzo de 1894 me hice cargo del puesto, dando principio en seguida a varias exploraciones y otros trabajos que me fueron ordenados, los que juzgué de mayor urgencia, tales como vehículos para recorrer los ríos, de que en absoluto carecía, vías de comunicación, telégrafo, etc., etc.

La crudeza del invierno anticipado de aquel año, sólo permitió ocupar los puestos o subcomisaría de Acarabisi, Yuruán y Chicanán provisionalmente en ranchos o tiendas de campaña. Bastaba, además, la vigilancia establecida en los ríos para impedir el paso a los ingleses a la margen izquierda, cosa que ni siquiera intentaron ellos nunca, y que por mi parte deseaba, pues su objeto por entonces era ocupar la “Línea Schomburgk”.

Domingo A. Sifontes⁵³

La situación se fue haciendo más tensa cada día. Los ingleses estaban urgidos y ambiciosos del oro que brotaba de El Callao; de los grandes bosques balateros del Venaino; de la vía de exploración que ofrecía el Cuyuní al corazón de la selva; de las inmediatas sabanas que empezaban en Súa Súa a la salida de la montaña hacia Tumeremo donde podría criarse ganado de que ellos carecían en Demerara en forma absoluta.

Mediante comentarios concretos sobre los hechos que tuvieron lugar podemos apreciar la actitud del general Sifontes. A continuación copiamos del historiador Eduardo Oxford López, de su obra *La Guayana hispano-venezolana*:

Antecedentes de una usurpación

Nosotros conservamos en los anaqueles de nuestra modesta biblioteca, con cuidadoso afecto similar al que se dedica al pergamino que señala la constitución del hogar y sus más destacados sucesos, un ejemplar contentivo de dos obras igualmente importantes relacionadas con una vieja e incancelada deuda venezolano-británica por nuestra Guayana, que con la inicial y reciente tentativa autonómica de los nativos de Demerara cobran inusitado interés y demandan la más vigilante atención de parte de los venezolanos. Posiblemente estas dos obras palpitantes exteriorizaciones de un patriotismo auténtico son en la actualidad de las que debemos mantener a la mano y presentes para seguir el curso de los procesos políticos que han sacudido la anonimidad y el despertar de la Guayana inglesa. Porque en una: “Por las Selvas de Guayana” que con patriótica devoción redactara la experta pluma del doctor Elías Toro, hállese detallado el proceso reclamatorio de su legítimo derecho que

53 Domingo A. Sifontes, *El incidente del Cuyuní*, p. 2.

sostuvo Venezuela antes del artero y fraudulento Laudo de París de 1899, con minuciosa anotación de las diversas etapas y alternativas que señaló la gestión venezolana; y en la otra: “El Incidente del Cuyuní”, vibración varonil de patrióticos arrestos, compiló el denodado y consciente general Domingo A. Sifontes, toda la documentación suscitada con motivo de la pretensión inglesa de enclavar su bandera en la margen derecha del Cuyuní, hecho que desbarató varonilmente este insigne soldado venezolano, habiendo detenido al comisionado de policía de Demerara, señor Douglas D. Barnes, junto con la oficialidad y la tropa que lo acompañaba, a quienes envió a la capital del estado Bolívar en calidad de presos, poniendo coto al desmán británico e impidiendo que las zarpas del ambicioso inglés siguiesen profanando la soberanía nacional. Arrió la bandera británica que temerariamente la mencionada policía demerareense había izado en la estación de policía que “porque sí” habían construido sobre la margen derecha del Cuyuní. Y desde esa fecha –2 de enero de 1895– ya el desafiante pabellón británico no volvió a flamear en expresión de dominio, en las ubérrimas tierras del Cuyuní!!!

El curioso e interesante folleto del general Sifontes, editado en la tipografía “La Empresa” del Señor A. Siegart en Ciudad Bolívar en 1895, lo hubimos como obsequio inestimabilísimo que nos hiciera uno de sus descendientes en Tumeremo, que fue el centro de acciones y decisión del audaz militar guayanés. De él habremos de transcribir muchas de sus más sobresalientes notas que habrán de rememorar las viriles horas vividas en la lejanía guayanesa, sin otro norte que el cumplimiento del deber por parte de quien hasta la fecha, no ha merecido de la república la consagración de una estatua que lo recuerde, de un municipio que lleve su nombre; de la colocación de un retrato en el Salón Elíptico del Palacio Federal, en donde no desentonaría entre los que allí están colocados en honra de nuestros Libertadores, para perenne evocación y respeto ciudadanos.

Obsesionado por un alto y noble ideal patriótico –mantener enhiesta la soberanía de la Patria en aquellas descuidadas latitudes nacionales– el general Sifontes se ufano siempre de haber cumplido su deber; y a la intriga, envidia y rivalidades que mereció en la época de su actuación y denuedo, opuso serenamente la documentación oficial y personal que había alentado y recibido durante su ejercicio de comisario general de Fronteras, con residencia en El Dorado. Ni la arrogancia del intruso inglés ni la responsabilidad que le acarrearán sus decisiones oficiales lograron desviarlo de su rumbo. ¡Hacia Tumeremo! ¡Hacia el Yuruari! ¡Hacia el bajo Orinoco!... se perfilaba la garra en

sombras del león británico; pero en la vasta soledad del interior de Guayana latía un corazón patriota y decidido en el pecho generoso y sin miedo del general Domingo A. Sifontes, a quien se puede aplicar, parodiándolo, la histórica apreciación del general Level de Goda, con respecto a los misioneros: Hasta donde llegó la decisiva actuación personal del general Domingo Sifontes, hasta allí llegaron los ingleses invasores.⁵⁴

Del libro de Oxford copiarnos otro breve capítulo que considero necesario para la comprensión de la biografía del general Sifontes, ya que el alcance de este ensayo no podría abarcar toda la complicada y larga historia del diferendo con el cual se asocia. El artículo se titula precisamente: “El Incidente del Cuyuní”, dice así:

La tercera etapa de esta trágica odisea se refiere a una nueva tentativa de ocupación y despojo ocurrida el año 1894. En el caso, que no obstante las reiteradas protestas de Venezuela, los ingleses venían en avance en nuestro territorio, dispuestos a asentarse en la margen derecha del río Cuyuní. Ningún argumento en base de historia ni en base de geografía tenía valor alguno ante el Gobierno de su Majestad. Los buenos patriotas venezolanos miraban desazonados la temeridad del invasor, entre ellos los que nacidos y criados en la región del Yuruari medían en toda su trascendencia la importancia de la usurpación que el inglés pretendía. Nombrado el general Domingo Sifontes con carácter de comisario de Fronteras con residencia en El Dorado, hubo oportunidad de dirigirse al presidente de la República, general Joaquín Crespo, y en carta de 29 de 1893, le dice:

“Por lo que con el Dr. Acevedo, Ministro de Relaciones Interiores, he tenido ocasión de hablar, veo que el Gobierno presta seria atención a la enojosísima cuestión límites guayaneses. Como venezolano me contenta altamente.

La disyuntiva que nos presenta el usurpador es esta: O abandono cobarde de la rica región guayanesa, o la guerra, que tarde o temprano habrá de surgir en reivindicación de nuestros derechos. No habrá quien no opte por esto último, que el propio nacional decoro impone. Después del rechazo del arbitramento propuesto por nuestro gobierno, no queda otra solución digna que esa; pero

54 Eduardo Oxford López, *La Guayana, hispano-venezolana*, Caracas, ediciones Garrido, 1954, p.15.

para cuando llegue el caso, la nación debe estar preparada para hacerla en favorables condiciones.

Hoy detener al inglés en su progresivo movimiento de avance, asumiendo una actitud digna, es ya algo. Lo demás vendrá con la paz, bien inapreciable a cuya conservación debemos dedicar todos nuestros esfuerzos, porque con ella vendrán: El restablecimiento de las garantías ciudadanas, del orden administrativo, de la confianza necesaria al desarrollo industrial, el progreso en todas sus manifestaciones, circunstancias estas indispensables a los pueblos para ser prósperos y fuertes.

Indispensable se hace un plan de gobierno, de política general determinada, que coadyuve a ese fin. A solucionar de modo digno esa cuestión, cuya capitalidad a nadie puede escaparse, debe atender preferentemente la nación con todas sus energías. No es la suerte del Yuruari la que se ventila, es la de la Guayana entera, es la honra nacional por cuya conservación deben aceptarse todos los sacrificios...

Nombrado comisario nacional del Cuyuní, voy gustoso a ese puesto. No podré hacer tal vez todo cuanto quisiera en servicio de mi Patria; pero sí haré cuanto esté en la medida de mis facultades.⁵⁵

Y así fijada la meta de su empeño, dice Oxford, el responsable ciudadano que había en el general Sifontes, entregóse a trabajar infatigablemente al logro de los patrióticos ideales que sustentara. Apreciando en su debido valer lo que representaban las vías de comunicaciones:

Dióse en organizar debidamente el funcionamiento de la línea telegráfica que para la época sólo llegaba a Guasipati; la llevó primero hasta El Callao y luego a Tumeremo e inició su extensión hasta las propias márgenes del Cuyuní que era su inmediato y principal objetivo. Abrió el camino de recuas por la montaña que a partir del sitio llamado Súa-Súa llega hasta El Dorado, fue así afianzando la pacífica posesión venezolana en las tierras hacia las cuales se extendía la ambición inglesa. Situó gente venezolana en el Alto Cuyuní y en el Ararabisi, para así demostrarle a los intrusos invasores que la propiedad de esos terrenos era nuestra. Tomó las providencias policiales aconsejables en el caso, y permaneció alerta y listo para afrontar cualquier contingencia

55 *Ibid.*, p. 25.

que de su resuelta actitud podría derivarse. En correspondencia para el Dr. José Ramón Núñez (1894) a la sazón ministro de Relaciones Interiores, le informaba:

“Venezuela no ha reconocido la ocupación de la margen derecha del Cuyuní; ha protestado contra ella; por consiguiente, no aceptándola, no hay motivo para privarse de hacer uso de dicha margen para todo lo que se juzgue conveniente”.⁵⁶

Bullía en la mente del esforzado guayanés la idea firme y fija que a los ingleses había que echarlos de la margen derecha del Cuyuní. Al logro de tan patriótico fin puso todo su empeño y todas sus energías. Entre tanto hace avanzar a los trabajadores de las vías que facilitan la comunicación con el Acarabisi, con Botanamo, con el Yuruán. Hay una nota definida: afianzar la legitimidad de un derecho. Y en su apoyo, el ministro Núñez, le expresa en comunicación del 8 de junio de 1894:

Respecto a las cuestiones que privada y confidencialmente somete Ud. a mi consideración, me es satisfactorio poner en conocimiento de Ud. lo siguiente: El Gobierno aprueba y apoya el pensamiento de Ud. relativo a la ocupación de la margen derecha del Cuyuní y a la ejecución en ella de todos los actos que se desprenden del legítimo derecho de propiedad. Como Ud. muy bien dice, Venezuela no ha reconocido ni podido reconocer la ocupación por los ingleses de esa zona de terrenos, como legítimos propietarios de ella. Antes bien, ha visto en ese hecho un atentado contra nuestro derecho indiscutible, ha considerado que es una usurpación violenta y descarada de nuestros bienes y de nuestras riquezas naturales y ha respondido a ella con enérgica y solemne protesta levantada ante las naciones del mundo civilizado... Vuelvo a tocar el punto de las líneas telegráficas y de las vías carreteras, para decir a Ud. que el general Crespo —con quien como Ud. lo ve, he hablado sobre todos los particulares de su carta— aspira a que aquellas obras estén en actividad, al servicio público, en el más breve tiempo posible.

Las ideas y los propósitos manifestados por Ud. en su citada carta, sus planes, sus proyectos, su resuelta actitud, su probada eficacia, su singular actividad,

56 *Ibid.*

el estado de su ánimo, la inclinación de su espíritu en todo lo referente a las graves y formidables cuestiones que tenemos pendientes con la Gran Bretaña, han merecido, y complacido se lo confieso a Ud., mi más entusiasta aplauso como amigo de Ud. y mi más profunda gratitud como hijo de Venezuela. Yo me siento satisfecho de ver cómo prueba Ud. grandeza y patriotismo y entereza de carácter.

Para salvar a la Patria en sus conflictos supremos están las almas viriles como la suya. Ella sabrá agradecer los que ya le ha prestado y los que le prestare en lo sucesivo.

Hasta aquí la carta del ministro Núñez para el general Sifontes. ¿Cómo compaginar esta situación elogiosa basada en la entereza de Sifontes, y la futura comunicación del propio general Crespo diciéndole que: “Le fuera dejando a los ingleses la margen derecha del Cuyuní”?

Ya se le ha escrito a Ud. por el órgano respectivo, que debe ir desocupando aquel punto, pero sin que aparezca en modo alguno que ello obedece a reclamaciones del invasor, sino como cosa espontánea de Ud.

Su Afectísimo Amigo: Joaquín Crespo.

No era Sifontes hombre para aquella orden que dislocaría sus sinceros sentimientos. No resistiría figurar en un acto que considerara humillante para la nación. Afortunadamente se produjo el choque que por detalles de Enrique Bernardo Núñez y de Eduardo Oxford López, del “Incidente del Cuyuní” y muchos otros comentarios fue así: El Inspector Barnes del lado inglés mandó una nota con carácter de *ultimatum* puesto que llevaba fecha fija, para que salieran todos los venezolanos y sacaran “sus cosas”. Eran los días finales de 1894 y el general Sifontes enfermo se fue a Tumeremo donde estaba su familia. Allí le llegó la nota remitida con expreso. El creyó que se trataba de una de tantas amenazas de Douglas D. Barnes, que así se llamaba el inspector de policía del Distrito Guayana Británica. Sifontes contestó al capitán Andrés Avelino Domínguez lo siguiente:

Me he impuesto de la nota de Barnes para Ud. No tiene contestación. El tono empleado es chocante: y aunque es posible que eso no sea más que una de tantas amenazas, esté Ud., no obstante, prevenido. Si el diablo lo tienta y hace eso que dice, recupere el puesto por la fuerza. Si a ello diere lugar, redúzcalos a prisión y deme aviso. Mientras tanto permanezca Ud. circunspecto, sin contestar nada si vuelve a escribirle. Mucha vigilancia y avíseme cuanto pase allí.

Llegó el día de Año Nuevo de 1895. Dice Domingo Sifontes en su *Incidente del Cuyuní* que informó al ministro de Relaciones Interiores:

Los ingleses, que acostumbraban bajar diariamente el río y subirlo a las seis de la mañana, lo hicieron así el día primero y permanecieron tranquilos en su establecimiento. En la mañana del día dos bajaron como siempre y no obstante estar nuestra guardia haciendo ejercicio de bayoneta calada en el cuartel de la margen izquierda, atracaron al puesto venezolano, saltaron a tierra y a presencia del pueblo, de que sólo los separa el ancho del río (150 metros), arriaron la bandera nacional, colocando la inglesa en la misma asta. Ante tamaña audacia, indignados los ciudadanos quisieron hacerle fuego. El capitán Domínguez pasó el río con un piquete y haciendo prisioneros a los ingleses, cuyo jefe trató de resistir, izó de nuevo el Pabellón Nacional. Pasó los presos a la margen izquierda y en seguida volvió con fuerzas al puesto inglés. Barnes quiso impedirles desembarcar; hízolo sin embargo, Domínguez, le intimó orden de prisión, bajó la bandera inglesa y colocó en su puesto la bandera venezolana.

En presencia de hechos consumados, premeditadamente llevados a cabo por los ingleses, en la obligación de tomar una medida, procedí del modo que lo hice... El titulado Inspector Barnes, autor del atentado cometido, en su declaración escrita de su puño y letra, dice categórica y terminantemente que él personalmente, bajó la bandera venezolana y colocó en la misma asta la inglesa... Ante hecho de tal magnitud, ya consumado, sólo dos soluciones se presentaban; desaprobar lo ejecutado (por el oficial venezolano se entiende) o castigar la falta cometida haciendo caer sobre los culpables el peso de la ley. Tal el criterio que ha guiado mi proceder en este trascendental asunto. En los momentos de conflicto los soldados causaron daños insignificantes y han merecido mi más completa reprobación y por quitar a ellos al mismo

tiempo todo motivo de quejas hice el pago correspondiente a 467,50 bolívares recabando de ellos un recibo. Así mismo, a la vez que procedí del modo dicho, les han sido guardadas toda clase de consideraciones, pagados sus gastos todos y los de la escolta que los conduce a Ciudad Bolívar, compuesta de personas decentes que los llevan como he ordenado, con los miramientos debidos.⁵⁷

Como puede entenderse de la comunicación anterior, a estos presos se les levantó un expediente. Fueron remitidos bajo el mando del comedido y prudente coronel Luis Manuel Betancourt. Tanto el presidente Joaquín Crespo, ingenuo campechano, lo suficientemente timorato para asombrarse con esa variante del conflicto fronterizo, puso el grito en el cielo y así su fiel general Manuel González Gil, que estaba enemistado con irreductible rencor, del general Sifontes desde que la tropa de “La Legalista” se negó a aceptarlo como jefe en el Paso de Guri. Había reemplazado al Mocho Hernández como jefe civil y militar de Guayana. González Gil se sentía incómodo y humillado por el hecho de que el general Sifontes rendía cuentas al presidente y al ministro del Interior directamente. Las autoridades mandaron a soltar los presos y condenaron los hechos del general Sifontes. Pero todavía no los habían soltado cuando destacaron desde Demerara⁵⁸ un equipo de 30 policías de vanguardia con campamentos portátiles y 50 hombres de boga que debían tomar a Tumeremo.

El general Domingo Sifontes, quien había sido llamado a Caracas urgente, a donde él había informado hasta el más mínimo detalle, hizo caso omiso de la llamada de la superioridad cuando le dieron esta noticia. Se levantó el pueblo ganoso como en la oportunidad Legalista. Acudieron espontáneos dueños de hatos con sus peones y armas con cuanta bestia encontraron. Aquel mar de gente cubrió la sabana en la noche y amanecieron en Súa-Súa. Allí bajo la bandera inglesa habían llegado los equipados 30 policías de vanguardia jefaturados por el propio expedicionario Michael McTurk, quien huyó

57 Domingo A. Sifuentes, *El incidente del... Op. cit.*

58 Según Ovidio Abreu y Enrique Bernardo Núñez.

herido. Muy pocos escaparon con él y el pueblo persiguió por su cuenta a los derrotados. Otros quedaron heridos y fueron llevados a Tumeremo, pobres trabajadores reclutados, tres de ellos, trabajaron por mucho tiempo en el ingenio azucarero de mis padres llamado “Las Nieves”; fueron ellos Willie Pinder que dejó su nombre en “el rastrojo de Pinder”, Francis Brown que se metió a limosnero de muy avanzada edad y Joseph Franklin, quienes dieron detalles de que fueron reclutados en Bartica Grove. De la otra falca con los 50 bogas no se supo nada nunca. Lógico es suponer que se sumaron a los derrotados.

Michael McTurk era un expedicionario británico compenetrado con toda la zanganería colonial, trabajaba con el propósito de hacerse baqueano de toda la selva guayanesa. Trabajo que llaman los ingleses *scouting*. Una vez penetró por el Amacuro y dentro de sus atrevimientos hizo preso a nuestro comisario Roberto Welles y se lo llevó a Demerara para seguirle un juicio. Por cierto, que ningún delito le encontró la corte. Parece haber sufrido un fuerte complejo de inferioridad. Una vez se presentó a El Callao vestido de gala militar inglesa y el general Vicente Ibarra lo hizo cambiarse el traje oficial inglés y salir por Ciudad Bolívar, sabiendo que está prohibido introducirse en Venezuela por caminos no habilitados. Por su rabia contra todo lo venezolano, fue escogido para guiar en la última aventura inglesa en que salió herido y derrotado. En el *Incidente del Cuyuní* del general Sifontes, se encuentra una visita que hizo al general Sifontes previa cita que pidió Barnes. En el Cuyuní el Salto de Aracín pasó a llamarse el *Son of a bitch* que fue la imprecación que según algunos testigos le soltó McTurk cuando se sintió atropellado en la fuga última, teniendo que “correr” el peligroso chorro mientras estaba inutilizado por la herida de la refriega de Súa Súa, que por cierto, los ingleses no han nombrado jamás y que de acuerdo a las recomendaciones del presidente Cleveland que intervino en el suceso, debía separarse para siempre el Incidente

del Cuyuní como acto de roce fronterizo, de la disputa territorial, donde él (Cleveland) pensaba intervenir haciéndole honor a la Doctrina de Monroe.

El general Sifontes convino en una reunión en la Embajada Americana en Caracas, que no se mencionara más la bandera, ni el choque de Súa Súa, y, al firmar les repitió, solemnemente: “Pero si vuelven los mataremos a todos”.

Cuando el general Domingo Sifontes lo consideró conveniente pasadas las amenazas locales, se fue a Caracas. Se anunció con todo protocolo. No fue recibido por el general Crespo. No se le pagaron sus gastos ni los recibos que le correspondían. Asombra que no haya sido recibido por el ministro Núñez, cuya carta de admiración y elogio parece tan sincera. Sifontes entonces publicó toda la historia que constituye una de sus obras, *El Incidente del Cuyuní*, menos los datos del choque de Súa Súa por convenio de honor y palabra de caballero... Quizás la publicación ofendería más a Crespo al aparecer él sugiriendo que abandonaran la margen derecha del Cuyuní pero “Como cosa suya”.

Necesario es decir, y recalcarlo no estará nunca demás, que si no se pelea ese puesto como se hizo, esa fuera nuestra frontera y se habría perdido una considerable cantidad de terreno del más rico que tiene Guayana, que es toda esa región del Cuyuní hasta La Gran Sabana, inclusive. De allí que nuestro gallardo historiador guayanés Eduardo Oxford López, de tan sólida y honesta fibra, dice, imitando a Level de Goda, que “La civilización llegó hasta donde fue llevada por alguna persona confiable, en este caso el general Domingo A. Sifontes”.

Es prudente anotar que el general Domingo Sifontes, que había pagado un supuesto daño sufrido por un artefacto de la policía inglesa para que no tuvieran razón de queja, al derrotar a los asaltantes de Súa Súa, se encaminó directo a El Dorado, pasó el río y voló e hizo quemar hasta sus cimientos todas las instalaciones inglesas, de

lo cual no se dijo nada. Ahora era su responsabilidad personal. El sería más guayanés que Crespo presidente. Pero... allí no volverían los ingleses, y así fue, no volvieron.

Por otra parte, Enrique Bernardo Núñez, que hace un minucioso y pormenorizado estudio del “Incidente del Cuyuní”, concluye estableciendo que Sifontes, sin saberlo, estaba obligando, como sucedió, a que Inglaterra aceptara el arbitraje, aunque le faltó malicia para sospechar que en toda forma seríamos traicionados, como lo fuimos, por nuestros representantes americanos, ya que una de las condiciones aceptadas para el arbitramento fue que no estuviéramos presentes en la defensa de nuestro territorio usurpado. Esta condición absurda fue aceptada por Crespo, por los representantes americanos y aún por muchos sinceros defensores venezolanos. En ese momento comentaba el hábil y noble Alejo Fortique, que tanto tuvo que hacer con ese lindero: ¿Dónde encontrar un árbitro imparcial...? Dicho que se fue a los vientos y verdad que se imprimió en el tiempo para siempre como fórmula invariable que no necesita ni acepta explicación.

El litigio, con una sentencia negociada, entró en su fase congelada para siempre, como “Cosa Juzgada” y no había más nada que hacer. Pero el abogado internacionalista que representó a Venezuela, Severo Mallet-Prevost, dejó una carta sellada al juez Otto Schoenroch para que fuera abierta después de su muerte. Allí describió el escándalo que hacía írrito y nulo el Laudo Arbitral de 1899. El caso dejó de ser Cosa Juzgada y entró de nuevo en discusión. Pero lo elocuente es la línea con que termina la carta sentenciosa de Mallet-Prevost, dice así: “¡Se despojó a Venezuela de una hermosa franja de terreno donde la Gran Bretaña no tenía la menor sombra de derecho!”

Capítulo VIII

La gran manifestación antiinglesa en Caracas

Día de navidad de 1895

Por su cuenta, de boca en boca y de corrillo en corrillo, el reclamo contra la burla de los ingleses fue tomando forma y puesto en la historia. Nadie dijo cuándo, pero la inercia dijo cómo, y la dignidad salió a flote como una flor de loto. Se distinguía bien y se culpaba directamente a los blancos británicos que timoneaban la conquista, no a los negros montoneros que como carne de cañón y llegados en las sentinas de los barcos negreros, por el asiento negociado a España en el Tratado de Utrecht en 1713 para traer negros cimarrones a la América, equivalente a cazar animales en barajuste de las montoneras, dominarlo a lazo y torturas y traerlos al mercado buscando comprador.

En el caso de Súa Súa todos los sacrificados fueron negros, potencial de esclavo detestado ya por el medio social, llevados a punta de bayoneta a matarse por algo que no les importa y cuya naturaleza ignoran. Pues habían poblado en previsión defensiva del despojo que se proponían hacer, 40.000 negros traídos del África en su mercado libre ante el horror del mundo. Con eso habían poblado la Guayana que decían haber “comprado” a los holandeses. Pero el sentimiento, la reacción contraria fue asomando en la historia, los esclavos habían sido libertados en muchas partes del mundo y el Papa llegó a sentenciar que los negros y los indios tenían alma...

Formado el concepto y recogida en el ambiente la lógica resultante del momento y los recientes sucesos, se protestó contra el

inglés y alguien asomó que debía hacerse en cadena y oficialmente, con toda la fuerza representativa de la sociedad.

El general Crespo en la presidencia había perdido toda fuerza moral ante la magnitud del planteamiento que hacia el pueblo entre el cual entraron figuras humanistas de alta representación como Eloy González, literato que había sido secretario de la República, Tomás Llamozas con casi iguales credenciales y con gran acento de combate en su voz revolucionaria, así también entraron sociólogos curtidos en la lucha, como César Zurneta. El general Domingo Sifontes fue llamado a Guayana.

Y, se programó con fuerza creciente, desopinada del gobierno caudillista, la gran manifestación antiinglesa para desplegarla frente al gobierno y frente a los indiferentes, por las calles, a gritos y con discursos de orden debidamente asignados a los mejores oradores de talla internacional, que eran conocidos por sus conceptos de progreso y su gran presencia como humanistas y anticoloniales.

Durante todo el año estuvieron circulando novedades, directes y folletos Y hubo intelectuales que mantuvieron vivo el ambiente revolucionario, que el gobierno toleraba con tal que no fueran directamente contra él. Después de salida la obra del general Sifontes que se editó en Ciudad Bolívar en la Imprenta de Siegart & Cía., dijo alguien: “que le había caído más leña al fogón”.

El general Sifontes acudió a la llamada. Este tipo de movimiento se salía de la escala de sus posibilidades. Sería un observador sin injerencia en el asunto. El día 24 de diciembre de 1895 era un día de espíritu altamente revolucionario. Una hoja impresa circuló por millares, muy bien redactada y llamando a la acción pacífica pero demostrando que cuando el pueblo lo quiere, se pueden mover las montañas. Una especie de lección cívica para el absolutista gobernante que fue reducido a la impotencia. La hoja informaba exactamente así:

CLUB SIMÓN BOLÍVAR

Programa de la Gran Manifestación Anti-inglesa

Las Juntas Parroquiales, las delegaciones y agrupaciones de los Estados, las Colonias Extranjeras y los Gremios, Corporaciones y Sociedades, fijarán el sitio en que deben reunirse para concurrir en Cuerpo a la Plaza Bolívar, de donde partirá la procesión a las tres p.m.

Para la mejor organización del paseo, los miembros de la junta directiva del club ejercerán las funciones de maestros de ceremonia, ayudados por una persona designada de antemano por cada una de las distintas agrupaciones. El distintivo de los miembros del club será una roseta con los colores de las Repúblicas de Norte América y Venezuela. La concurrencia deberá organizarse preferiblemente por cuerpos, para facilitar su incorporación, de la esquina del Principal hacia el Sur, todas las juntas parroquiales; desde la esquina del Principal hacia el este, los representantes de los Estados, las Colonias, los gremios, corporaciones y sociedades.

El orden de la marcha será el siguiente: 1) la música, 2) el club Simón Bolívar conduciendo el escudo de armas de Venezuela, 3) la representación del estado de Los Andes, 4) la representación del estado Bermúdez, 5) la representación del estado Bolívar, 6) la representación del estado Carabobo, 7) la Representación del estado Falcón, 8) la representación del estado Lara, 9) la representación del estado Miranda, 10) la representación del estado Zamora, 11) la representación del estado Zulla, 12) las colonias americanas o sus representantes, conduciendo sus respectivas banderas en el orden siguiente: América del Norte, Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, Santo Domingo, San Salvador, Uruguay. 13) la colonia española y demás colonias europeas, 14) la prensa conduciendo el Escudo de Armas del Distrito Federal, 15) Centro Católico Venezolano, 16) Centro Científico Literario, 17) Centro Teosófico Venezolano, 18) Club Agrícola, 19) Colegio de Ingenieros, 20) Círculo de la Juventud Católica, 21) Grande Oriente Nacional, 22) Gremio de Impresores, 23) Gremio de Institutores, 24) Liceo Jurídico, 25) Logia Lealtad N° 16, 26) Sociedad Central Propagadora de la Defensa del Territorio Nacional, 27) las juntas parroquiales y la ciudadanía de las parroquias en el orden siguiente: Altigracia, Antímamo, Candelaria, Catedral, El Recreo, El Valle, La Vega, Macarao, Macuto, San José, San Juan, Santa Teresa, Santa Rosalía.

La Comitiva se dirigirá por la Avenida Oeste hasta la esquina de Piñango y de aquí cruzará al Norte hasta Las Dos Pilitas, para desfilar por delante de la Legación Americana.

El Señor César Zumeta hablará al Sr. ministro para demostrar las simpatías de Venezuela hacia la gran república que representa dignamente. Al llegar a la plaza del Panteón, y en frente de la estatua de Miranda, la concurrencia se dividirá en orden en dos alas: Una que ocupará la avenida sur de la plaza y otra que ocupará la del norte.

El Club Simón Bolívar ofrendará en la estatua del precursor de la independencia de Suramérica una corona de laureles; y ocupará la tribuna en este acto el Dr. Tomás C. Llozas. Concluido por el club el deber de patentizar su admiración al ilustre Patricio, la procesión se dirigirá a la plaza Washington, donde será ofrendada otra corona al fundador de la patria norteamericana. Hablará en esta ocasión el Dr. Luis R. Guzmán.

Por la calle Sur 1 subirá la procesión de la plaza Bolívar, siguiendo el itinerario siguiente: Cipreses a Velásquez, Velásquez a Madrices y de aquí a La Torre. El Club depositará otra corona en la estatua del padre de la patria; y acto continuo se dirigirá frente a la Casa Amarilla, donde hablará al presidente de la República el Señor Eloy G. González.

Terminado este acto, las juntas y la ciudadanía de las parroquias se dirigirán en buen orden al punto designado por aquéllas, en donde las despedirá el orador elegido por las respectivas Juntas. Sólo tendrá derecho a discurrir hasta la terminación de estos actos aquí señalados, los oradores designados por el club. La junta directiva distribuirá a los concurrentes los pabellones de las repúblicas americanas y los pendones que ha mandado a hacer, con los escudos de los Estados de la Unión Venezolana. Los pabellones de las naciones americanas se distribuirán hasta la 1 p.m. del día 25, en la imprenta Bolívar, de San Francisco a Sociedad. Caracas, 24 de diciembre de 1895.

LA JUNTA DIRECTIVA.

La manifestación se desarrolló tal como estaba prevista y con un entusiasmo pocas veces visto en Caracas. Los oradores fustigaron con la debida seriedad y firmeza a la Inglaterra anacrónica de las conquistas y del malabarismo de sus líneas de frontera que caminaban adentrándose en Venezuela cada vez que teníamos dificultades

internas y sobre todo, lo absurdo del rechazo de la fórmula de arbitraje. Muchos oradores repitieron la disposición de teñir de rojo el Esequibo si eso devenía necesario. El Incidente del Cuyuní, se despedía con un contagioso sentimiento patriota que como una campanada sonora llamaba a la defensa dela soberanía venezolana.

Amplia y estimulante armonía espiritual experimentó el general Domingo Sifontes al oírse nombrar positivamente en los discursos de aquellos hombres representativos, a algunos de los cuales sólo conocía de fama como diplomáticos. Aquellos hombres al poner sus sentimientos al servicio de la patria, pedían, si devenía necesario, un sacrificio del gobierno. Así pidieron también la intervención del presidente Cleveland. En cuanto a Sifontes: jamás estuvo su corazón más satisfecho de la forma en que había cumplido su deber. Con un reconocimiento público de esa naturaleza no le quedaba nada que aclarar. Deben haber estado conmovidas en lo más profundo sus fibras emocionales, frenadas sólo por la prudencia que es necesario observar en esos casos. Suponemos que se le agolpaba la emoción en la garganta y quizás si escondida entre la hombría y la prudencia y llena de influjo humano, rodaría alguna lágrima patriota diluida en la satisfacción que reconcilia al hombre con la humanidad. No todo esfuerzo está perdido.

Capítulo IX

La oración fúnebre

Varios artículos de periódicos y citas en libros de estudios se han hecho del general Domingo Sifontes. Por ejemplo, ese grande y sincero historiador guayanés del momento Dr. Manuel Alfredo Rodríguez, en su obra *El Capitolio de Caracas*, dice como corolario de una exposición:

El recuerdo de las hazañas de la independencia venía a confrontar a los venezolanos en la hora de prueba a que les sometía la insolencia del usurpador inglés. En el fondo de La Guayana, el general Domingo Antonio Sifontes, comandante de la estación de El Dorado, se oponía valerosamente al grosero despojo y probaba que los padres de la patria sí habían dejado descendencia.⁵⁹

Mario Briceño Picón publica un artículo:

La ruta marcada por Walter Raleigh, a zarpazos de piratería, fue el título que los hijos de Albión hicieron suyo para pretender dominar el valor estratégico del Orinoco, ya para clavar en 1895 el pabellón victoriano frente al pueblo de El Dorado, en el majestuoso Cuyuní.

Pero no vamos a comentar historia de la secular y dolorosa controversia, la cual daría origen a disputas interminables de Cancillerías, hasta culminar en el duelo anglovenezolano en el írrito Laudo Arbitral de 1899.

Lo que hoy nos anima a tomar la pluma, es recordar simple y llanamente al patriota venezolano general Domingo Antonio Sifontes, el cual, en su condición de comisario nacional de Fronteras, protagonizó el 2 de enero de 1895. El Incidente del Cuyuní, contra los invasores ingleses.

Lo hecho por nuestro Sifontes guayanés, deben saberlo todos los venezolanos: arrió la bandera inglesa en la margen derecha del Cuyuní, y envió al intruso Douglas D. Barnes, arrestado a Ciudad Bolívar. El patriota militar en su

59 Manuel Alfredo Rodríguez, *El Capitolio de... op. cit.*, p. 419.

actuación puso a salvo la estupenda porción territorial que media entre la margen derecha del Cuyuní y la cumbre de la serranía del Roraima, incluso en ella, las altiplanicies de Chicanán y de La Gran Sabana.

Domingo Antonio Sifontes, obró como todo un hombre y sin embargo el gobierno venezolano en manos de Crespo ordenó la libertad de los británicos detenidos y destituyó al recio comisario, mostrando así un servilismo lamentable. Tal conducta, por la debilidad internacional de nuestra patria, si no tiene justificación por lo menos es explicable. Pero lo que no es explicable ni justificable, cuando sobre el tapete tenemos sin resolver el problema del Esequibo, es que nuestra Cancillería, tan dada actualmente a publicaciones “sin calzar firma” a fin de falsear la verdad histórica, omita un folleto recordatorio de uno de los más grandes patriotas que hemos tenido después de nuestros Libertadores, es decir, el general Domingo Antonio Sifontes.

Nosotros al recordar el Incidente que le cubrió de gloria ante la opinión nacional, lo exaltamos no solamente como un héroe escarnecido por las presiones políticas y diplomáticas, sino como un venezolano clarividente; y precisamente ahora cuando el ministro de la Juventud de Herrera Campíns, condujo en forma alegre, por decir lo menos, a un grupo de jóvenes venezolanos al territorio en reclamación, no está demás que meditemos sobre estas frases de Sifontes, que lo enaltescen como militar humanista: “Extensa, riquísima en minas, en gomas, maderas de tinta, etc., en la zona de feracísimos terrenos, apropiados para la agricultura, existente entre el Corumo que corre de norte a sur, orillando las sabanas de Tumeremo, y Morajuana, que conduce al Océano”. Y continúan así: “Cuando el pito de las locomotoras resuene en esas solitarias selvas, y se hayan levantado ciudades en los puertos de mar y centros industriales háyanse establecido en los confines de la Patria, habrá cesado el peligro de nuevas invasiones, la paz, garantía del trabajador, estará asegurada y habrá sonado para Guayana y la república la hora anhelada de su redención y del progreso: el reinado de la justicia será. Entonces podremos alardear de libres y civilizados, de patriotas y dignos, porque habremos edificado; mientras tanto no”.

En otra oportunidad dijimos, y no está demás repetirlo hoy, que aparte de enseñar en nuestras escuelas y liceos la gesta de nuestra independencia, estamos en el deber de mostrar la indiferencia con que cuidó la república sus fronteras. El escritor Mario Briceño Iragorry, recordaba a Sifontes por 1948, en estas frases que remataban un bello artículo de fogosidad y patriotismo: “Quijote de la nacionalidad, nuevo Ledesma enfrentado a los filibusteros del siglo XIX, el general Domingo Sifontes supo concretar una actitud que correspondía,

mejor que alegato juicioso de los juristas, al dolor del pueblo que miraba el bárbaro destrozo de su geografía, perpetrado en nombre de la fuerza de una potencia que hacía burla de los legítimos derechos de un pobre pueblo indefenso. Como homenaje a la memoria de este venezolano enérgico y resuelto, bien estaría su nombre en la proa de las naves que en nuestra costa mantienen en alto la bandera Patria”.

Al evocar “El Incidente del Cuyuní”, épico episodio que puso de manifiesto que ninguna razón asistía al invasor inglés, recordemos a Sifontes, si no para que su nombre se tenga presente en el bautizo de una nave venezolana como lo deseaba el patriotismo de mi padre, por lo menos para que lo lleven las tierras de El Dorado que él supo defender. El ejército venezolano, fiel a la tradición de su heroísmo, bautizó el cuartel de Tumeremo con su nombre, pero hace falta que trascienda más aún, porque Sifontes fue, por igual, héroe militar y héroe de civilidad.⁶⁰

La muerte del general Domingo A. Sifontes tuvo lugar en El Callao a los 78 años de edad. Estaba acompañado de sus familiares y del buen amigo el conde Luciano Antonio Gastón Cattáneo Quirín, quien en ese momento le tocaba al fonógrafo un aria de *Tosca* que era de su predilección y de pronto se dio cuenta de que se le había quedado dormido para siempre.

Entre las personas que lo condujeron al cementerio estaba esa ilustre gloria de Guayana, el Dr. Luis Felipe Vargas Pizarra, quien le dijo estas palabras como su oración fúnebre y que fueron publicadas por la revista *Horizontes*, entonces dirigida por el Dr. Luis Alcalá Sucre, Dr. J. M. Agosto Méndez y Bartolomé Tavera Acosta. Debemos esta versión de la revista *Horizontes* a la gentileza del historiador y generoso amigo Dr. Manuel Alfredo Rodríguez quien, entre sus activos literarios tiene, como buen guayanés, un ejemplar de la revista:

Este muerto amado no es un derrotado de la vida. A la edad en que la mayor parte de los hombres se tornan fríamente egoístas y se arrebujan bajo el manto del más desconsolador pesimismo; a la edad en que los hombres no luchan porque creen vanos e inútiles los esfuerzos por el bien, el hermano Sifontes,

60 Mario Briceño Picón, *Sifontes: un patriota olvidado*.

conservaba intacta la fe del ideal. La muerte, la veía a las espaldas como un ángel libertador, y ante sí consideraba al mundo como un campamento donde los hombres son soldados de una idea, en donde la vida es lucha perpetua por la realización del bien que soñamos, en donde el deber es ara sobre la cual hay que sacrificar al hombre viejo que existe en nosotros, ese yo ignaro y egoísta que Escévola quemó en un brasero, y que está destinado a desaparecer sobre la faz de la tierra a impulso de la educación y por obra de los progresos de la Moral del Crucificado.

Qué hermoso es llegar a la tarde de sus días conservando sus ideales que acariciaron nuestra frente en la mañana de la juventud, y caer –como los héroes de Ossián– sobre su escudo, creyendo todavía en la exaltación de la justicia y en el triunfo definitivo del bien. ¡Así vivió el Hermano! El creía en un Dios de verdad y de misericordia; y la mejor oración de su alma era el incienso de un pensamiento honrado y de una conciencia recta. El creía en la verdad de la república y se esforzó como bueno verla establecida, creía que la patria de Bolívar y Sucre estaba llamada a gloriosos destinos, y yo sé que hubiera dado toda la sangre de sus venas por verla surgir radiante y transfigurada de en medio de nuestras miserias políticas; él creía en fin, en el apostolado de la razón y combatió en cuanto estuvo a su alcance el poder de las preocupaciones, convencido de que la ignorancia de las masas es un medio propicio a todas las tiranías y atmósfera irrespirable para la libertad. Justo es llorar la desaparición de un ser amado, pero examinándolo bien –si pudiésemos retener nuestras lágrimas– sobre esa fosa entreabierta, se debiera cantar más bien, cantar la victoria de un noble corazón que ha triunfado sobre el tiempo, porque el tiempo no pudo sino encanecer sus cabellos, sin poder nada sobre su espíritu, siempre joven, siempre soñador como un árbol florido en medio de las crudezas del invierno...

Cuando tantos caemos abrumados bajo el peso de los desencantos, él llega a este lugar con un alma entera, y, de pie sobre ella, al entregar su cuerpo a la fosa y despedirse de nosotros para refugiarse en el seno de Dios, podría decir con la santa satisfacción del justo: “El tesoro que me confiasteis, Señor, al enviarme a la vida, no lo he perdido en los conflictos del mundo: aumentado lo traigo y a tus plantas le pongo... Y, por mis faltas terrenas, como una gracia de tu infinita misericordia, Perdóname, Señor. Así sea”.

El Callao, enero de 1912.⁶¹

61 Luis Felipe Vargas Pizarra, revista *Horizontes*, 1912.

ANEXOS

Acta de Instalación de la Sociedad Liberal Democrática

A los veinte i tres días del mes de setiembre de mil ochocientos ochenta i nueve, previo permiso del ciudadano Jefe Civil del Distrito, reunidos los informantes a invitación de un respetado número de ciudadanos de este condado, se escojió al ciudadano Doctor Juan L. Cordero como Director, i este expuso “Que la reunión tenía por objeto formar una sociedad que se adhiriese á los liberales y patrióticos propósitos de la Sociedad Liberal Democrática instalada en El Callao, el 17 de junio [intro] próximo”, Diose lectura al Acta de Instalación de esta sociedad, i todos los presentes manifestaron: que se adhirieron a dichos propósitos.

Procediose á la elección de una Junta Directiva de los trabajos de la sociedad, compuesta de un Presidente, dos vicepresidentes, un tesorero, un secretario i seis vocales, i resultaron electos Presidente Señor Dr. Bernardo Baute; primero y segundo vicepresidentes, José Francisco Alcalá i Ramón Grillet, respectivamente; Tesorero, Miguel M. Pulido; Secretario, Juan José Campos, i vocales, primero, segundo, tercero, cuarto, quinto i sexto, los señores: Pro. Luis B. Pérez, Civil [Lans], Vicente Sucre [Menor], Doctor Juan R. Cordero, Francisco Alcalá y Francisco Aponte hijo.

Acordose participar oficialmente la instalación a los ciudadanos Gobernador del distrito i Jefe Civil del distrito i señalar para las reuniones ordinarias de la Junta el primer i tercer domingo, de cada mes, i segundo i cuarto para las sesiones de la sociedad de siete a nueve p. m. –Terminó– El Presidente B. Baute, el primer vicepresidente Francisco J. Alcalá i segundo vicepresidente Ramón Grillet; el tesorero, M. M. Pulido; vocales, Pro. Luis B. Pérez; Civil [Lans], Vicente Sucre [Menor], Doctor Juan L. Cordero, Francisco Alcalá, Francisco Aponte hijo; secretario, Juan J. Campos; Señores, A. Fernández, Rafel [Elías] Fuente, [Juan] Fajardo, Fidel Ángel Mazadri, José María Large, Federico Molina, Jacinto Benjamín,

Francisco Alcalá J., Juan F. Cabrera, Juan J. Gutiérrez Delgado, Rafael Sánchez, Pablo Garsonetti, Eugenio M. Valdez, Agustín Lezama, Andrés Lara, Nicanor Radra Manuel Tarife, Tomás Perozo, F. R. Cova, Julio Flores, Pedro Pérez, Eliseo Astudillo, Jesús M. Puerta, Ramón Rangel, Manuel Ruiz, Antonio Rivera, Santiago Martínez, Crístulo Muñoz, Asunción Navarro.

Es copia fiel del acta, continuando más firmas que irán por separado.

EL SECRETARIO,
JUAN J. CAMPOS

Hacienda Colombia, Julio 1787.

Señor Presidente y Caballeros miembros de
la Real Academia de las Ciencias de El Havano

El Callao.

Tengo la honra de acusar
recibo a la Circular que con fecha 17.
del mes de Mayo de San Pedro de V. V. de
V. V. firmada junto con el Sr. D. D. que
enclosed el acta de instalación de esa
respetable Cuerpo.

En Cuenta de las particu-
lares que parieron a V. V. los
deseos de suyo recibidos en tan elocuentes
propuestas.

Yo de V. V. pte. J. D.

J. Casado

Hacienda Colombia, Julio 1889.

Sr. Presidente y demás miembros de la Sociedad Liberal Democrática de [El Callao].

El Callao.

Tengo la honra de acusar recibo á la Circular que con fecha 17 del mes 11 me han permitido vosotros dirigirme junto con el boletín nº 1 que envuelve el acta de instalación de ese respetable Cuerpo.

En cuenta de las patrióticas ideas que animan á vosotros les deseo el mejor acierto en tan elevados propósitos.

Me despido de vosotros atentamente

C.C. CASADO

Caracas, mayo 21 de 1871

Señor
Jose Manuel Hernandez
Pte

Mi estimado amigo
He recibido su respble carta de 20 del corriente y he tomado buena nota de su contenido

Le agradezco sus informes sobre el Hierro, los que considero muy juiciosos e importantes.

Tendré presente sus indicaciones para aprovecharme de ellas oportunamente

Estimo altamente las manifestaciones de aprecio y deferencia con que me favorece y me es grato ponerme a sus ordenes

Sea su amigo afmo

R. Ruedera Palacio

Caracas, mayo 31 de 1891

Señor José Manuel Hernández
Pte.

Mi estimado amigo.

He recibido su afable carta de 28 del corriente y he tomado buena nota de su contenido.

Le agradezco sus informes sobre el Yuruary, los que considero muy juiciosos para aprovecharme de ellos oportunamente.

Estimo altamente las manifestaciones de aprecio y deferencia conque me favorece y me es grato ponerme á sus órdenes.

SOY SU AMIGO AFÍN
R. VIDRIERA PALACIOS

ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

Estado Bolívar. Ejército LEGALISTA.

ESTADO MAYOR GENERAL DE LA DIVISION BOSCHIO

Cuartel General en *La Guaca, Araya*. Mayo 27 de 1902.

Cdno. Grad

Don M^{te} Hernández
Pende, está

Cumpla con el deber de participar
a Ud. las operaciones militares que
se han verificado en esta región del
Zurumare

Hechos en el pueblo de
Sucre, el 7 del mes en curso
los Gratos et de las, Domingo Fontes,
Rafael Puerto y Corruel Pedro et
Machado y et Lapata, nos fuimos
el 9 en movimiento sobre la plaza
de El Callao, que fué ocupada
en la mañana del 10 marchando
en seguida hacia Guacipati, plaza
que ocupamos sin resistencia a las
5 del mismo día, pues las fuerzas
Continuistas que la guarnecían, al
mando de Pedro L. Gade, la evacua-
ron cobardemente. Dejando en la
Caj. Cargados de Gratos a los Edms
Rafael Puerto, Juan J. Sandoval Tomas
Scharte, Sr. B. E. Chacón y otros me-
a quienes el pueblo fué en liber-
tad. Antes de nuestra llegada, rompió
en las fuerzas de la Caj. el Cuzco
Mora de. llevaron los prisioneros
en espera de los Contin

17 de Mayo 1902

Guardamele

después de El Estero y tiempo pa-
ra donde se habian desfilado con
sicuza, llegó el día III en que, según
se dice, fué sorprendido este Alarido
en su Campamento de Carcará, entre
2 y 3 de la tarde, por las fuerzas del
Capitán Juan de M. Ovalles, con cerca de
200 hombres bien armados; pero así
bastaron algunos momentos de bre-
ve para quedar ovalles completamente
derrotado, dejando en nuestro poder
50 infantes armados de Remingtons
y 70 soldados de Caballería, que se re-
pasaron al vez rendida la infantería.

Solo tuvimos que lamentar la muerte
de 8 de nuestros Compañeros en con-
trando contra estos el Capitán Pedro
Grujillo, que murió en la primera
Carga.

Cuatro días después emprendi-
mos marcha hacia Urate, donde
se habian reconcentrado los derro-
tados de Ovalles y el Jefe de Armas.
Quien con 80 hombres habia salido
hacia el sur en obsecuencia nuestra
y que una casualidad hizo no la
encontrásemos en el tránsito. Luego
después de saber la ocupación de
El Alto y Guacipati por las fuerzas
Legitimas emprendió la retirada hacia
Urate, por la vía de El Estero,
siendo hostilizado en el trayecto
por una escuadrón de Caballería
Luzado del Coronel Tomas Pura que
se habia desfilado en su persecución.
Esta mañana llegamos a este
Campamento donde hemos sido infor-
mados por espías avanzados hacia
Chirica, que las fuerzas continuas

que tambien evacuaron la plaza
Upatz, replegandose hacia San Ser.
recibieron en el dia de ayer fuerzas de
Polvar en su cuartel, montante á 300
hombres, con lo cual tendrán un
total de 700 hombres. En tal situa-
cion, y siendo nuestra principal fuer-
za la caballeria, y sin preticho los 200
de infanteria que nos acompañan, entre
los cuales solamente hay los 50 rean-
tos tomados á Apallio, no pudiendo
sostener un combate con fuerzas, si igua-
les en número, bien armadas y con plaza.
Se ha resuelto replegar hacia Guiz, ade-
lantando á Ud. un batallon con esta co-
munizacion, para que mande un refuerzo
ó venga personalmente con él á ponerse
á la cabeza de este Ejercito, para
destruir de una vez el enemigo, conti-
nuista de estas localidades, donde es
mayor el entusiasmo por la causa
de la libertad.

Con las 4 de la tarde, y
dentro de 2 horas mas emprende-
remos la marcha indicada, con-
tando con que Ud. obrará con su Com-
cida actividad en el sentido indi-
cado.

El portador es un amigo de
confianza y puede con el mismo ade-
lantarse sin determinacion

Atte y Federacion
Jijintas

ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

Estado Bolívar. Ejército Legalista.

ESTADO MAYOR GENERAL DE LA DIVISIÓN ROSCÍO

Cuartel General en Laguna Larga. Mayo 22 de 1892.

Ciudadano General José M. Hernández,

Donde esté

Cumplo con el deber de participar a Ud. las operaciones militares que se han verificado en esta región del Yuruari.

Alzados en el pueblo de Tumeremo, el 7 del mes en curso, los generales A. Zerpa, Domingo Sifontes, Ruperto Puerta y Coroneles Pedro L. Machado y A. Zapata, nos pusimos en movimiento el 9 sobre la plaza de El Callao, que fue ocupada en la mañana del 10 marchando enseguida hacia Guasipati, plaza que ocupamos sin resistencia a las 5 del mismo día, pues las fuerzas Continuistas que la guarnecieron al mando de Pereira Lozada, la evacuaron cobardemente, dejando en la cárcel cargados de grillos a los ciudadanos Rafael Rivera, Juan J. Sandoval, Leoncio Zurita, Dres. Diego E. Chacón y José Tadeo Ochoa, a quienes el pueblo puso en libertad a nuestra llegada, rompiendo las puertas de la cárcel cuyas llaves se llevaron los opresores.

En espera de las continuidades [del 1 del mes] y [ilegible] por donde se habían despachado comisiones, llegó el día 14 en que pudiera decirse, fué sorprendida esta división en su campamento de Caicara, entre 2 y 3 de la tarde, por las fuerzas del general Juan de M. Ovalles, constante de 200 hombres bien armados, pero solo bastaron algunos momentos de brega para quedar Ovalles completamente derrotado dejando en nuestro poder 50 infantes armados de Remingtons y 70 soldados de caballería que se nos pasaron al ver rendida la infantería.

Solo tuvimos que lamentar la muerte de 5 de nuestros compañeros encontrándose entre estos el Capitán Pedro Trujillo, que murió en la primera carga.

Cuatro días después emprendimos marcha hacia Upata donde se habían reconcentrado los denotados de Ovalles y el general A. Luengo, quien con 80 hombres había salido hacia Tumeremo en solicitud nuestra y que una casualidad hizo no la encontrásemos en el tránsito. Luengo después de saber la ocupación de El Callao y Guasipati por las fuerzas legalistas emprendió la retirada hacia Upata por la vía de El Miamo, siendo hostilizada en el trayecto por un escuadrón de caballería al mando del coronel Tomás Pérez, que se había destacado en su persecución.

Esta mañana llegamos á este campamento donde hemos sido informados, por espías avanzados hasta Chirica, que las fuerzas continuistas que también evacuaron la plaza [de] Upata, replegándose hacia San [perdido] recibieron en el día de ayer fuerzas de Bolívar en su auxilio, montante á 300 hombres, con lo cual tendrán un total 400 hombres. En tal situación, y siendo nuestra principal fuerza, la caballería, y sin pertrecho los 200 de infantería que nos acompañan, entre los cuales solamente hay los 50 Remingtons tomadas á Ovalles, no pudiendo sostener un combate con fuerzas, sí iguales en número, bien armada y con brega se ha resuelto replegar hacia Guri, adelantando á usted un expreso con esta comunicación, para que mande un refuerzo ó venga personalmente con él á ponerse a la cabeza de este Ejército, para destruir de una vez el núcleo continuista de estas localidades, donde es numeroso el entusiasmo por la causa de la Legalidad.

Son las 4 de la tarde, y dentro de 2 horas más, emprenderemos la marcha indicada, contando con que usted abrirá con su conocida actividad en el sentido indicado.

El portador es un amigo de confianza y puede con el mismo adelantarnos su determinación

ALIAS Y FEDERACIÓN
D. SIFONTES

116
1872
1872
Guaymas 16 Obre 92
Gral. F. M. Hernandez
En una de mis cartas
hijidas a Ud. le hablé
detenidamente respecto al
incidente de Casado, Mi-
quel Ninos y de Puerta.
No he recibido contestación,
y en embargo, puedo hoy
hacerle para imponerle
de otros asuntos que Ud.
no debe ignorar, y que
han causado aquí muy
mala impresión, uno
de esos es el embargo
del hato de San Sato, hom-
bre generalmente conocido
como honrado, padre
de familia, etc. etc.

y trabajador. Proceder
contra sus intereses es
una inmoralidad que
nos desautoriza por
seguro, llamados los
Legalistas, por su santa
causa se abarcan los
pueblos del Uruguay.
El otro punto es haber
prohibido la publicación
de "el Legalista" Uruguay.
Cerrando la imprenta
por haber censurado
un procedimiento
forzado de la autori-
dad local.
Ese es, permitame lo
decirselo, un procedi-
miento "inducista".



una medida
impolítica, inconsulta
y contraproducente.
Probablemente no agrada-
rará a Uds, esta mi
franqueza, pero yo no
puedo proceder de otro
modo sin faltar al
deber que me impone,
al entrar en la revolu-
ción, el respeto a las
garantías y derechos
del ciudadano

Dr. Sifontes

8 y 110 pm

Guasipati, 16 de octubre de 1892

General F. M. Hernández

En una de mis cartas dirigidas a usted le hablé detenidamente respecto al incidente de Casado, Miguel Muñoz y de Puerta. No he recibido contestación, sin embargo, vuelvo hoy [á] hacerlo para informarle de otros asuntos que usted debe ignorar, y que han causado aquí muy mala impresión, uno de esos es el embargo del hato de F. A. Santo, hombre generalmente conocido como honrado, padre de familia, inofensivo y trabajador. Proceder contra sus intereses es una inmoralidad que nos desautoriza por seguir llamándonos Legalistas, por su santa causa se alzaron los pueblos del Yuruary.

El otro punto es haber prohibido la publicación de “El Legalista” Yuruao, cerrando la imprenta por haber censurado un procedimiento torcido de la autoridad local.

Ese es, permítamelo decírselo, un procedimiento [ilegible], una medida impolítica, inconsulta y contraproducente. Probablemente no agrada a usted esta mi franqueza, pero yo no puedo proceder de otro modo sin faltar al deber que me impuse al entrar en la revolución, el respeto a las garantías y derechos del ciudadano.

ATENTAMENTE
D. SIFONTES
8 y 40 p. m.



Guasipati 3 de Noviembre.
Gral J. M. Hernandez.
Recibi telegrama. Por dere-
chos Mineros no ha habido
ninguna entrada en esta ofi-
Compañia Chile pide espera
por parecer fondos. Callao y
Union se entenderán en soli-
zar. Callao pide pago anual por
renta sobre producción 176-
pesos 74 pts. Este es el in-
greso que ha habido. Los
Admirantes subalternos de correos
de Guasipati, Upata y Telcallao
curran por sueldos que no
pueden ser satisfechos por
falta de fondos y orden
expresa de esa Jefatura

Civil y Militar. Lo mismo
En el Inspector de Minas
No hay fondos de Ins-
trucción Pública por consi-
guiente no se pueden pa-
gar las Escuelas, ni
por que unas están cer-
radas y otras para ha-
cer parece que se les
debe desde Abril.

D y F
D. A. Fuentes
4 pm

Guasipati, 8 de noviembre de 1892.

General F. M. Hernández

Recibí telegrama. Por derechos mineros no ha habido ninguna entrada en esta oficina. [La] Compañía Chile pide espera por carecer fondos. Callao y Unión se entenderán en Bolívar. Callao [sí] pagó uno por ciento sobre producción 176 pesos 14 céntimos. Este es el ingreso que ha habido. Los ciudadanos subalternos Correal, de Guasipati, Upata y El Callao recurren por sueldos que no pueden ser satisfechos por falta de fondos y orden expresa de esa Jefatura civil y militar. Lo mismo respecto de [la] mina.

No hay fondos de construcción pública, por consiguiente no se pueden pagar las escuelas, motivo por que unas están cerradas y otras para hacerlo parece que se les debe desde abril.

ATENTAMENTE
D. SIFONTES

Duplicada

Guatemala 16 de Noviembre de 1872

Señor General
José M. Hernández
Donde está

Estimado General

El Señor Luis Manuel Salazar, fué hoy en mis manos su carta fecha 8 del
cu dice:

1. Le he leído con detenimiento.

2. Su contenido no me ha causado sor-
presa alguna, pues como bien dice U. cono-
ce su modo de ser.

3. No puedo juzgar contestar uno á uno to-
dos los puntos que ella contiene; para eso
necesitaria mucho tiempo, de que no pue-
do disponer, si he de aprovechar la pre-
sente ocasión para San Peten, pero si
diré á U. lo siguiente:

Soy yunaguense, y ya por mi larga
residencia, relaciones, vínculos de flami-
lia e interés que al Suruani me ligan,
y creo, si no con mayor derecho, si con
mayores deberes que muchos fuera con esta
libra que, como al resto de la justicia,
aspiro á ver prospera, gozando del ma-
yor grado de verdad, de libertad, orden
y justicia posibles

J. M.

dejan con tan inestimables bienes, abundando como otros muchos, mi hogar, contribuyendo al porvenir de mi larga familia.

No salimos a combatir en pro del centralismo, si de los principios, de las libertades públicas, de los derechos ciudadanos, todos colocados por la bandera legalista, en una lucha contra las prácticas odiosas del despotismo.

Por eso, cuando he visto hoy, que no tenemos en el Estado Boliviano, ningún enemigo armado, algo semejante a las que practican los hombres de la usurpación obedeciendo a costumbres inculcadas en nuestro organismo social, he hablado al amigo de este he dirigido al Sr. con la franqueza y sinceridad del compañero llamando su atención sobre esas cosas, que creo mal hechas, y que juzgo hacen mal, mucho mal si ha caído, que es de todos.

Al Sr. general, ha desagradado la franqueza de mi lenguaje, que, aunque usé en carta particular, califica de irrespetuosas. Lo siento, pero no puedo hacerlo de otro modo, dirigiéndome a quien se dice amigo de la libertad.

Es sí que es W uno de los proquisi

nos immaculados, no contagiado de despa-
tismo; es decir, de no haber servido en 20.
años, ni en solo día a los tiranos; pero
que sin duda debe ser a V. muy in-
factoria, no constituye, a mi modo de
ver, título que le alce por sobre el nivel
de los demás hombres.

Y como V. General, no solo califica
is bien intencionadas observaciones, de críti-
ca acre, sino que mancomunándose con
el Enal. Obrero, dice ya a herir también a
dicho jefe y a los principales hombres de
la revolución, ya deseara, haci mas, expa
a V. (ya que por falta de un órgano del
hiciéred me sea imposible hacerla hoy aquí),
de publicar: a mis aludidos cartas,
para conocer, a ese respecto, la opinion del
pública; pues me resisto a creer que na-
die queda halter en mis palabras lo que
no ha estado en mi pensamiento.

De todo todos los números de "El Legalis-
ta Quasipatense, y en ninguno de ellos he
encontrado, ni por asombro, las tendencias
a la division de los hombres de la revolución,
la anarquía, intriga i insidias de que V.
le acusa, y de que dice me hace partidaria,
por solo haber manifestado a V. que de-
mejante medida, (la cenada de la impion-
te, era contra productente. Ouya muy

prevenido, los Legabistas, despues de la in-
consulta consubra del acta del Jefe Civil
que tanto le ha molestado; á es V. suspi-
rar en demencia.

No desconozco los grandes merecimientos
del amigo Zubna, ni tampoco los grandes
deberos de V. para con él, pero hágame
el favor de creer tambien, que habernos acá
¡pachos con mayores motivos que otros pa-
ra amar esta tierra y procurar su bien.
Esto no impide que reconocamos lo que
á V. debe la restitución que, sin V. en
Guayana, poco hubiera alcanzado; porque
es V. tenaz, valiente, de extraordinaria ac-
tividad; pero esa actividad, constan-
cia y valor á toda prueba, no le habria
llevado á V. al fundamento de la gloria
sin el Concurso tan oportuno y decidido
del faciente y sufrido ejercito del Suruani.
V. no ha debido olvidar que sin el movi-
miento de estos pueblos, iniciada el 7 de
Mayo en Timucuma, nunca hubiera el
General Hernandez pasado el Caroni,
ni mucho menos librado la providen-
cial batalla de Orocopiche, salvadora
del Estado Bolivar. Si alguien hu-
biera interesado en desconocer esa verdad,
ese no ser á un Yumaranese.

No he visto su discurso de que me

habla: aquí, al menos la generalidad, está ignorante hasta de lo que pasa en esa ciudad; y no puede ser de otro modo, no viniendo periódicos, ni habiendo órgano en que reproducir algo de lo que a uno que otro particular pueda remitir algún amigo. Así, pues, no se cual sea la determinación que tenga V. Tormenta y a que alude.

El carta que conteste, anunciada con anticipación, tan meditada, es altamente impolítica y ofensiva para un defensor de la causa legalista, verdaderamente independiente y celoso de su dignidad.

Con esta fecha dirijo a esa Jefatura Civil y Militar, un recuerdo del afecto con que, sin merecerlo, se sirviera honrarme.

De sea lo pase bien -
Su Ocho S. y Amigo

D. A. Siquero

Guasipati, 16 de noviembre de 1892:

Señor General José M. Hernández,
Donde Esté. Estimado General:

El señor Luis Manuel Salazar, puso hoy en mis manos su carta fecha 8 del que rige.

La he leído con detenimiento. Su contenido no me ha causado sorpresa alguna, pues como bien diría Ud. conozco su manera de ser.

Inútil juzgo contestar uno a uno todos los puntos que ella contiene; para eso, necesitaría mucho tiempo de que no puedo disponer, si he de aprovechar la presente ocasión para San Félix, pero sí diré a Ud. lo siguiente:

Soy Yuruareense, y ya por mi larga residencia, relaciones de familia e intereses que al Yuruari me ligan me creo, si no con mejor derecho, sí con mayores deberes que muchos, para con esta tierra que, como al resto de la Patria, aspiro a ver próspera, grande del mayor grado de verdadera libertad, orden y justicia posibles.

Por alcanzar tan inestimables bienes, abandoné, como otros muchos, mi hogar, comprometiendo el porvenir de mi larga familia.

No salimos a combatir en pro del personalismo; sí de los principios, de las libertades públicas, de los derechos ciudadanos cobijados por la bandera “Legalista” enarbolada contra las prácticas odiosas del despotismo.

Por eso, cuando he visto hoy, que no tenemos en el estado Bolívar, ningún enemigo armado, algo semejante, a la que practicaban los hombres de la usurpación obedeciendo a costumbres inveteradas en nuestro organismo social, he hablado al amigo, me he dirigido al jefe, con la franca rudeza y sinceridad del compañero, llamando su atención sobre esas cosas, que creo mal hechas, y que juzgo hacen mal, mucho mal a la Causa, que es de todos.

A Ud. general, ha desagradado la franqueza de mi lenguaje, que, aunque usado en carta particular, califica de irrespetuoso; lo siento, pero no puedo hacerlo de otro modo, dirigiéndome a quien se dice amigo de la libertad.

Yo sé que es Ud. uno de los poquísimos inmaculados, no contagiado del despotismo, es decir, de no haber servido en 20 años ni un solo día a los tiranos; pero eso, que sin duda debe ser a Ud. muy satisfactorio, no constituye, a mi modo de ver, título que le alcance por encima del nivel de los demás hombres.

Y como Ud. General, no sólo califica mis bien intencionadas observaciones de crítica acre, sino que mancomunándose con el general Crespo, dice va a herir también a dicho jefe y a los principales hombres de la revolución, yo desearía, hago más, exijo a Ud. (ya que por falta de un órgano de publicidad me sea imposible hacerlo hoy aquí), publicar mis aludidas cartas, para conocer, a ese respecto, la opinión del público; pues me resisto a creer que nadie pueda hallar en mis palabras lo que no ha estado en mi pensamiento.

He leído todos los números de Legalistas Guasipatenses, y en ninguno de ellos he encontrado, ni por asomos, las tendencias a la división de hombres de la revolución, la anarquía, intriga e insidias de que Ud. le acusa, y de que dice me hago partidario, por sólo haber manifestado a Ud. que semejante medida, (la cerrada de la imprenta), era contraproducente. O leyó Ud. muy prevenido, los Legalistas, después de la inconsulta censura del Acta del Jefe Civil que tanto le ha molestado, o es Ud. suspicaz en demasía.

Yo no desconozco los grandes merecimientos del amigo Palma, ni tampoco los grandes deberes de Ud. para con él, pero hágame el favor de creer también, que habemos acá muchos, con mayores motivos que otros para amar esta tierra y procurar su bien. Esto no impide que reconozcamos lo que a Ud. debe la revolución que, sin Ud. en Guayana, poco hubiera alcanzado; porque es Ud. tenaz, valiente, de extraordinaria actividad, pero esa actividad, constancia

y valor a toda prueba, no le habrían llevado a Ud. al pináculo de la gloria, sin el concurso tan oportuno y decidido, del paciente y sufrido ejército del Yuruari. Ud. no debe olvidar que, sin el movimiento de estos pueblos, iniciado el 7 de mayo en Tumeremo, nunca hubiera el general Hernández pasado el Caroní, ni mucho menos librado la providencial batalla de Orocopiche, salvadora del estado Bolívar. Si alguien hubiere interesado en desconocer esa verdad, ese no será un yuruareense.

No he visto su discurso de que me habla: Aquí, al menos la generalidad, está ignorante hasta de lo que pasa en esa ciudad; y no puede ser de otro modo, no viniendo periódicos, ni habiendo órgano en qué reproducir algo de lo que a uno que otro particular pueda remitir algún amigo. Así pues, no sé cuál sea la determinación que tenga formada y a que alude.

Su carta que contesto, anunciada con anticipación, tan meditada, es altamente impolítica y ofensiva para un defensor de la causa legalista, verdaderamente independiente y celoso de su dignidad.

Con esta fecha dirijo a esa Jefatura Civil y Militar, mi renuncia del puesto con que, sin merecerlo, se sirviera honrarme.

Deseo lo pase bien. Su Atto. SS. y Amigo.

(FIRMADO)
D. A. SIFONTES.

Carta de Domingo Sifontes
enviada al director del diario
El Tiempo, publicada en la edición nro. 629
con fecha 22 de abril de 1895

Caracas 19 de abril de 1895.

Señor Don Carlos Pumar.
Director de El Tiempo.
Su Oficina.

Impuesto del informe publicado en el número 616 de su ilustrado periódico suministrado por el título Inspector inglés Barnes, relativo a los sucesos ocurridos en agosto del año próximo pasado y enero del corriente en las riberas del Cuyuní deber mío es rectificar los intencionados errores en que ha incurrido en su relato el mencionado oficial inglés, con tanta mayor razón, cuanto que no solo trata de herir mi dignidad personal sino también la del gobierno que en dichos actos me cupo la honra de representar, en mi carácter de Comisario Nacional en aquella región.

Para mejor esclarecimiento de los hechos forzoso me es retroceder las cosas al estado en que se hallaban en marzo de 1894. Fecha de mi llegada a aquellas comarcas, honrado con el cargo de Comisario Nacional del Cuyuní y sus afluentes, el cual me fue discernido por el actual Supremo Magistrado de la Nación.

Siendo el objeto primordial de mi cometido el fomento de la colonización en la sección de la República puesta bajo mi jurisdicción, procedí a verificar desmontes considerables en las riberas del Yuruán y el Cuyuní.

En la margen izquierda de este último río se fijó el asiento de la Comisaria General poniéndole por nombre “El Dorado”, a la población que se levanta.

En marzo solo existían entre una y otra ribera, nueve casas: 6 en la izquierda y 3 en la derecha. De estas últimas, dos con sus respectivas labranzas, fueron fundadas en 1870, por José Francisco y Loreto Lira Miguel Ángel González y Lorenzo Rivas; y la otra construida en 1890, por un súbdito británico llamado McTurk,

frente a la desembocadura del Yuruán, y en la cual residían seis individuos de la misma nacionalidad, ocupados en los trabajos de un pequeño conuco, y, desde abril o mayo, bajo las ordenes del titulado Inspector Barnes.

Visitado yo por este, existió entre nosotros pocas, pero corteses relaciones –y según lo dice el mismo Barnes en su informe– por disposición del Gobierno del Demerara trató él de perturbar en sus trabajos de fabrica de casa y labranza, sobre la margen derecha, a un joven de nacionalidad alemana Guillermo Full, haciéndole retirar junto con sus peones, del referido lugar. Full puso su queja ante la Comisaria y fue por está autorizado para llevar un número mayor de peones con sus respectivos machetes de trabajo –el inglés viéndole en mayor numero, se retiro a su casa.

En la mañana siguiente volvió a ser ocupado el puesto por los mismos agentes ingleses, pero armados de rifles. Un tanto molestado por tan inexplicable tenacidad y odiosa pretensión, ordene poner a las ordenes de Full ocho hombres armados también, y a toda eventualidad. Lo mismo que el día anterior los ingleses fueron desalojados, sin causarles daño alguno, y a la vez fueron notificados de que no intentasen la repetición de aquella instrucción.

Este incidente, sin embargo no altero mis buenas relaciones con Barnes, quien por su fino trato, se capto mi aprecio personal.

Desde entonces deje una guardia de siete policías en el punto dicho, decidido como estaba a vigilar debidamente el río, para impedir a todo trance el tráfico de contrabando, que antes se hacía de acuerdo con los mismos ingleses.

La colonización avanzaba de tal modo que para los últimos días de diciembre se contaban por todas 23 casas, unas ya terminadas y otras en construcción.

En el río Coroco –treinta lenguas más abajo– afluente del Cuyuní, sobre la derecha fabrico el ciudadano Pedro Ravelo una casa y fomentó la labranza de frutos menores.

Este lugar es la misma antigua posesión en que, con carácter de autoridad venezolana nombrada por la Gobernación del antiguo Territorio Yuruary residió el malogrado General Felipe Parra, años antes en 1890.

Que el conflicto ocurrido el 02 de enero fue premeditado por los colonos usurpadores de Demerara, lo comprueba el editorial del Argosy, del 24 de noviembre del año próximo pasado, en el cual se pronosticaba una colisión probable entre venezolanos e ingleses del Yuruán, y de antemano se lamentaba la pérdida de preciosas vidas, por supuesto de ingleses, a la vez que se nos perjudicaba a los venezolanos los más hirientes calificativos y los más atroces dicerios.

Prueba más elocuente se hallara en la siguiente nota dirigida por Mr. Barnes al encargado de la Comisaria del Cuyuni, durante mi ausencia de “El Dorado”, motivada por la grave enfermedad que puso en riesgo mi vida. Léase :

13 de diciembre de 1894

Estación de Policía del Yuruán

Río Cuyuni –Guayana Británica–

Al Oficial Comandante de la Estación venezolana. “El Dorado”

Río Cuyuní. Venezuela

Señor:

Refiriéndome a mis Cartas del 12 y 13 de Octubre de 1894, dirigidas al General Sifontes, con Motivo de la venta hecha por Manuela Casañas a uno de los Oficiales de la casa y conuco que poseía a la margen británica del río Cuyuní, tengo ahora el honor de decir a usted que, en mis dos cartas aludidas, manifestaba dar de plazo al comprador de tiempo conveniente para mudar los artículos comprados.

Habiendo transcurrido ya dos meses, pienso que ese tiempo es más que razonable al efecto; y por consiguiente pongo en conocimiento de usted que, los frutos que quedan, casa, etc., etc..., deben ser quitados de dicho conuco antes del 31 de diciembre de 1894.

En 1° de enero de 1985 tomare de hecho posesión del mencionado conuco y de todo cuanto el contenga, en nombre del Gobierno de la Guayana Británica; y no permitiré a nadie entrar en él sin mi permiso.

Durante los últimos tres días algunos soldados venezolanos han desmontado un lugar inmediato a dicho conuco, a despecho de mis advertencias.

Protesto, por tanto, con la mayor energía contra la violación continua del territorio Británico, en el cual persisten los soldados venezolanos. De todo lo cual daré informes a mi Gobierno en primera oportunidad.

Sírvase acusarme recibo de la presente nota.

De Usted obediente, etc.

D. Barnes

Hiere el patriotismo el tono altanero de la nota anterior; y con lo ya por mi expuesto y con lo informado por el mismo Mr. Barnes, no se necesita de mucho esfuerzo para comprobar la premeditación del atentado por parte del inglés; y es esto tanto más irrefutable cuanto que el mismo Barnes declara solemnemente en su informe, haber sido autorizado previamente por su Gobierno, para proceder como lo hizo, apoderándose alevosamente de nuestro puesto de policía, en momentos en que la guardia destinada a custodiarlo se hallaba en el cuartel practicando los ejercicios ordinarios, cosa que frecuentemente sucedía.

Hay actos ante los cuales la paciencia se pierde y el ánimo se subleva. Por eso no fue extraño que la ciudadanía de “El Dorado” se exasperara y que hasta los mismos extranjeros participaran de la natural indignación ante el insólito atentado retado así el patriotismo, el Capitán Domínguez, jefe de nuestro cuerpo de Policía repasó precipitadamente el río con parte de sus agentes y reparo el ultraje inferido reduciendo a los agresores a prisión.

Avisado yo por expreso, púseme en marcha para “El Dorado” inmediatamente, donde llegué en la tarde del día 8.

Procedí a instruir el sumario de ley. —Contestes las declaraciones tomadas, entre estas, la del mismo Barnes, puesta en inglés de su puño y letra, la detención fue decretada.

Barnes me propuso abandonar el Cuyuní exigiéndome le dejara ir para Demerara por el río, exigencia a que no me fue posible acceder; no

obstante le hice diferentes concesiones, siendo una de ellas la de permitir que hasta Ciudad Bolívar le acompañara el señor George Cipriani, amigo suyo y empleado de mi dependencia; porque juzgaba punible la falta cometida, creía que podía incurrir en grave responsabilidad para con mi Gobierno. Así se lo manifesté personalmente, significándole a la vez la pena que me producía el procedimiento que el deber patriótico me imponía tomar respecto de él en tales circunstancias. Barnes contesto, apretándome cordialmente la mano: "... comprendo sus deberes, General; y a pesar de todo, protesto a usted mi personal y sincera amistad. Yo también como subalterno y servidor de mi país no hago más que cumplir las órdenes que recibo...". Me manifestó, además, que el día de su arresto, gentes del pueblo y subordinados míos, le habían causado algunos daños en su establecimiento.

Queriendo quitarle todo motivo de queja me apresure a pagarle el monto del daño causado, sin averiguar nada sobre el particular y bastándome con su palabra. –sobre esto, conservo el recibo que me otorgó junto con la lista detallada de los efectos que dijo le faltaron.

Ante la cuestión magna de la usurpación del territorio en la parte más valiosa de nuestra rica Guayana, ¿quién, que venezolano fuera, sin mengua suma, detendría su consideración ante este hecho, sin hacerse reo de lesa patria, cómplice del inglés?

Plausible fue, y me complazco en ello, que el odio nacional no tomara en ese día de patriótica indignación mayores proporciones.

En cuanto al maltrato hecho a un súbdito inglés, el individuo a que Mr. Barnes ha hecho referencia es un loco y sordo. Impertinente cuando se halla en estado de embriaguez, y a quien la guardia del río hizo dormir una noche al aire, como ella misma lo hacía, para evitar que se pudiera llevar en la noche una embarcación. Días después fue arrestado, porque pasando por el cuerpo de guardia le fue pedido por el Sargento un papel que trato de ocultar. Insolentado por que se insistió en que lo entregara, recibió de un policía un guiacorreazo dado con el cinturón. Avisado por Barnes, que me busco al efecto, hice soltarlo

en el acto y reprendí al policía (así lo ha manifestado y publicado el mismo inspector inglés en otra ocasión). También ordene no hacer mas caso de que aquel pobre diablo, fueran las que fuesen las insolencias que en ciertos momentos pudiera proferir. Este mismo individuo me pidió auxilio para irse y ordene darle el pasaje y manutención hasta Ciudad Bolívar. Barnes sabe todo esto y ¡lo calla!

Los demás sucesos los consigna el Inspector en un Informe; pero es del caso hacer constar que él y los suyos fueron puestos en libertad en Upata, sin llegar a su destino.

El expediente con que fueron remitidos fue abierto por el señor Cesar Urdaneta.

Pero lo que a fuer de caballero debió no silenciar el oficial británico, es: que los gastos todos, de él, su segundo, los siete individuos de su dependencia y el loco todos desde el día de su arresto, verificado el 2 de enero hasta su llega a San Félix el 28 del mismo. Corrieron por cuenta de la Comisaria General. Debíó también decir que mis consideraciones personales para él fueron tan espontaneas, que llegue a poner a su disposición para el viaje mi mula aperada y que en Guasipati como en Upata y demás puntos que recorrió, siempre me manifestó perfecto reconocimiento por las atenciones recibidas, tanto de mi, como de los individuos que componían la escolta, señores Coronel Luis Manuel Salazar y Oficiales Luis Barrios Gómez y Pedro Manuel Hernández, y ciudadano George Cipriani. Véase en comprobación de lo dicho la siguiente carta que de Upata me dirigió Barnes:

Upata: 21 de Enero de 1895

Señor General D. A. Sifontes.
Estimado General—

Tengo el honor de informar a usted que ayer, a nuestra llegada aquí, fuimos puestos en libertad por orden del Presidente, Y seguimos ahora para Georgetown, vía Trinidad. No puedo sin embargo dejar a Venezuela sin manifestar a usted que desde nuestra salida del Cuyuni el señor Luis Manuel Salazar nos ha prodigado los mayores cuidados y atención en todo lo que

hemos necesitado, y que no tenemos nada de qué quejarnos. Lo mismo debo de decir de sus compañeros. Doy a usted personalmente las gracias por todas las molestias que se ha tomado, no dudando también haberle causado inconvenientes con la traída del señor Cipriani. Con recuerdos amistosos del señor Baker y míos, tengo el honor de suscribirme de usted obediente servidor.

D. Barnes.

¿Cómo se compadece este procedimiento con lo manifestado luego Barnes en su Informe, en el cual aparece exagerado mezquinamente los hechos, a la vez que oculta otros que podrían enaltecerle si fuera verídico y justo?

Pero, ¿qué mucho que Mr. Barnes sea injusto en Londres, si ya desde Altagracia donde encontró al señor Cesar Urdaneta, comprendió el terreno en que le era más conveniente situarse? Delante de los individuos de la escolta, que hasta aquel lugar acompañaron a los ingleses, dijo Urdaneta a Barnes, al encontrarlos:

— ...ya sé que a ustedes los han maltratado mucho

— No señor, —contesto el inglés— a nosotros se nos ha trato bien y el general Sifontes nos pago un pequeño daño que nos hizo su gente.

— No; yo sé que los han tratado muy mal. El general Sifontes es el culpable de todo lo sucedido. El Gobierno ha desaprobado su proceder y lo llama a Caracas. Yo vengo a reemplazarlo. Así pues yo espero que ustedes regresaran conmigo para su puesto, pues conmigo tendrán toda clase de garantías...

Un colono de Demerara no defendería mejor que Urdaneta la causa de la Usurpación.

El inglés puede decir en contra nuestra cuanto se le antoje; procurar nuestro descredito está en su interés; pero un venezolano, en el asunto que nos ocupa, no podría sin estar envilecido, defender así los intereses del invasor.

¿Qué interés ha llevado Urdaneta en hacerme aparecer responsable de lo sucedido? Esta él en Ciudad Bolívar el día 02 de enero, y yo me encontraba a veintitrés lenguas distantes del Cuyuni ese

mismo día. Cónstale también, por encontrarse bajo un mismo techo conmigo en “El Dorado” que fui sacado en hamaca de aquel punto, en los últimos días de noviembre, gravemente enfermo. Sabe así mismo que el 23 de Diciembre, hallándose en mi casa del Buen Retiro, pasando Pascuas conmigo, Salí por primera vez fuera de mi habitación, para ir en compañía suya y de otros amigos, señores Luis N. Neyr, Carlos Lezama y otros a dar un paseo a una casa vecina, donde llegue a duras penas, tal era mi estado de debilidad producido por las fiebres.

¿Qué interés obligaba a Urdaneta, distinguido por mí en todas ocasiones a convertirse a su regreso, pocos días después, en mi gratuito enemigo?

¿El puesto del Cuyuni? Bien sabe él que no es mío y que lo serví siempre con la mayor dignidad y buena voluntad. Ojala pueda él desempeñarlo como lo aconseja el patriotismo y los intereses de la Republica.

Habiame abstenido de hablar, no obstante que la voz de la intriga se ha alzado mezquina y cruelmente para tergiversar los hechos ocurridos y relatados por mí; pero las inexactitudes en que ha incurrido el Oficial inglés en su informe publicado en Londres, me obligan a interrumpir mi silencio. A fin de ilustrar el criterio público y dejar, por mí parte bien puestos la honra y los derechos de la Nación. Como a la vez salvar mi concepto de empleado público.

Contando con que usted se servirá publicar esta carta me suscribo su atento.

SERVIDOR Y COMPATRIOTA
DOMINGO ANTONIO SIFONTES

Bibliografía

- BRICEÑO PICÓN, Mario.(1975). *Sifontes: un patriota olvidado*.
- CABRERA SIFONTES, Horacio. (1980). *Guayana y El Mocho Hernández*, Caracas, ediciones Centauro.
- CABRERA SIFONTES, Horacio. (1984). *La Guayana del oro y don Antonio Liccioni*, Caracas, ediciones Centauro.
- CHAFFANJON, Jean. (1972). *El Orinoco y El Caura*, Asociación Cultural Orinoco.
- CARROCERA, Buenaventura de. (Antonio Rabanal de la Hoz). (1979). *Misión de los capuchinos en Guayana*, Caracas, Academia Nacional de la Historia.
- DE ARMAS, Julio. (1974). *La ganadería en Venezuela*, Caracas, ediciones del Congreso de la República.
- GALLEGOS, Rómulo. (1929). *Doña Bárbara*, Barcelona, editorial Araluce.
- IRIBARREN CELIS, Lino. (1960). “Estudio preliminar” en *Bosquejo Histórico de la Revolución en Venezuela*, del padre José Félix Blanco, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- LANDAETA ROSALES, Manuel. (1963). *Gran recopilación geográfica, estadística e histórica de Venezuela*, Tomo II, Caracas, Banco Central de Venezuela.
- LECUNA, Vicente. (1954). *La revolución de Queipa*, ediciones Garrido.
- MORISSE, Lucien. (1986). *Excursión a El Dorado, El Callao*, Ciudad Bolívar, Corporación Venezolana de Guayana.

- OXFORD LÓPEZ, Eduardo. (1954). *La Guayana, hispano-venezolana*. Ediciones Garrido.
- PALACIOS, Lucila. (1985). *Espejo Rodante*, Caracas.
- PARADA, Nemecio. (1970). *Odisea de un telegrafista venezolano*, Táchira, Biblioteca de autores y temas tachirenses.
- PERAZA, Celestino. (1905). *Los piratas de la sabana*, Caracas, Tipografía R. A. García.
- PRINCEP, John. (1975). *Diario de un viaje de Santo Tomé de Angostura en la Guayana española, a las misiones capuchinas del Caroní*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, Carlos. (1964). *Upata*, Madrid, Aguilar.
- RODRÍGUEZ, Manuel Alfredo. (1974). *El Capitolio de Caracas, un siglo de historia de Venezuela*, Caracas, ediciones del Congreso de la República.
- SALCEDO BASTARDO, José Luis. (1977). *Historia fundamental de Venezuela*, Caracas, Fundación Gran Mariscal de Ayacucho.
- SAN AGUSTÍN. (1971). *Confesiones*, Barcelona, editorial Gredos.
- SÁNCHEZ NEGRÓN, José Eugenio. (1979). *El Colegio Federal de Guayana en la casa del congreso de Angostura*, Editorial Roderick.
- SIEGERT, Johan Benjamin. (s/f). *Exposición a los pueblos del estado Bolívar*.
- SIFONTES, Domingo A. (s/f). *El incidente del Cuyuní*.
- SOTILLO, Pedro. (1905). "Prólogo" en *Los piratas de la sabana* de Celestino Peraza, Tip. R. A. García.
- VARGAS PIZARRA, Luis Felipe. (1912). *Revista Horizontes*.
- VILA, Marco-Aurelio. (1980). *Síntesis geohistórica de la economía colonial de Venezuela*. Caracas, Banco Central de Venezuela.
- VV.AA. (1974). *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*. Nro. 88, Caracas.
- VV.AA. (1974). *Enciclopedia Espasa Calpe*, Tomo V y XXIV. España.

El abuelo
se imprimió
en la imprenta Bicentenario de Carabobo
de la Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, Venezuela,
en el mes de mayo de 2024





El abuelo

La historia tiene caminos misteriosos para sacar del olvido a personajes y acontecimientos. El revitalizado conflicto fronterizo entre Guyana y Venezuela ha devuelto a su justo sitio a un patriota desconocido. Domingo Sifontes conocido como “El llanero intelectual” por su inmensa pasión por el conocimiento y la lectura. Se dedicó desde muy joven a la actividad ganadera y pronto se interesó por la actividad militar, ingresó a la academia castrense y se destacó oportunamente. Acompañó a la revolución Legalista del general Joaquín Crespo donde obtuvo una importante y definitiva victoria en la batalla de Orocopiche. En 1884 fundó la población de El Dorado, en el estado Bolívar. El general guayanés desde su puesto de comisario supo defender la soberanía nacional y el suelo patrio con integridad y honor de la invasión británica en el conocido “Incidente del Cuyuní”. Sus restos fueron justamente trasladados al Panteón Nacional el 9 de enero de 2024.

HORACIO CABRERA SIFONTES (Tumeremo, 1910-1995)

Escritor, historiador, dirigente político y cineasta. Estudió ingeniería de sonido en California (EE.UU.). En su juventud se unió a la lucha clandestina en contra de la dictadura de Juan Vicente Gómez, lo que le mereció cárcel por cuatro años (1930-1934), y después deportado junto a Jovito Villalba. En su exilio en EE. UU. acompañó a Rómulo Gallegos a realizar una adaptación de cinematográfica de *Doña Barbara*. Regresó al país y se dedicó a labores agropecuarias, lo que le valió la confianza del sector para presidir la Asociación de Ganaderos y luego en 1958 fue designado por la Junta Patriótica como gobernador del estado Bolívar. Más tarde fue elegido senador de la república en el periodo 1963-1968 donde trabajó en el legítimo reclamo de Venezuela por el Esequibo, que derivó en el acuerdo de Ginebra. Ha publicado libros de ensayo, historia y narrativa, entre los que podemos nombrar: *Caracamacate* (1937), *La Guayana Esequiba* (1970), *La Rubiera* (1972), *El conde Cattaneo* (1975), *La verdad del lago Parima* 1979, *Guayana y el Mocho Hernández* (1980), *Nuestros linderos con Brasil* (1982), *El tigre de madre viejo* (1985).

